PREMIO NOBEL DE LITERATURA 2007

# DORIS LESSING

# CANTA LA HIERBA



# Annotation

Un asesinato es el punto de arranque de esta novela publicada en 1950, la primera de Doris Lessing, autora galardonada con el premio Príncipe de Asturias de las letras. Situada en la Suráfrica segregacionista, Canta la hierba describe la historia de una mujer blanca en el seno de una sociedad dividida por el color de la piel y en la que imperan la injusticia y la desesperación. Mary Turner, hija de unos pobres granjeros y nacida en África, se convierte en una joven urbana, trabajadora e independiente, hasta el día en que sorprende los cotilleos de sus amigas y decide que debe casarse para silenciarlos.

# Sinopsis

Un asesinato es el punto de arranque de esta novela publicada en 1950, la primera de Doris Lessing, autora galardonada con el premio Príncipe de Asturias de las letras. Situada en la Suráfrica segregacionista, Canta la hierba describe la historia de una mujer blanca en el seno de una sociedad dividida por el color de la piel y en la que imperan la injusticia y la desesperación. Mary Turner, hija de unos pobres granjeros y nacida en África, se convierte en una joven urbana, trabajadora e independiente, hasta el día en que sorprende los cotilleos de sus amigas y decide que debe casarse para silenciarlos.

Título Original: *The Grass Is Singing*
Traductor: Giralt Gorina, Pilar
©1950, Lessing, Doris
©2007, Editorial Argos Vergara
ISBN: 9788471787309
Generado con: QualityEbook v0.66

Doris Lessing

# CANTA LA HIERBA

*En este podrido agujero entre montañas*
*A la luz de la luna, canta la hierba*
*Sobre las pisadas tumbas, en torno a la capilla.*
*Hay la capilla vacía, hogar sólo del viento.*
*No tiene ventanas y la puerta oscila,*
*Los huesos secos no hacen daño a nadie.*
*Sólo un gallo se yergue en el tejado,*
*Kiki-ri-kí, kiki-ri-kí,*
*Al resplandor de un rayo. Y una ráfaga húmeda,*
*Henchida de lluvia.*

El Ganga estaba sumergido y las hojas lacias Esperaban la lluvia, mientras los nubarrones Se reunían a lo lejos, sobre el Himavant. La jungla acechaba, encorvada y silenciosa.
Entonces habló el trueno.

De Tierra baldía, de T.S. Eliot, con agradecimiento al autor y a los señores Faber & Faber.

«Los fracasos y los inadaptados son la mejor medida para juzgar las debilidades de una civilización».

Autor anónimo

A la señora Gladys Maasdorp, de Rhodesia del Sur, por quien siento el mayor afecto y admiración

# Capítulo primero

### Misterioso crimen

> *Crónica de nuestro enviado especial*. Mary Turner, esposa de Richard Turner, un granjero de Ngesij fue hallada muerta, víctima de asesinato, en la veranda de su casa ayer por la mañana. El criado, que ha sido arrestado, confesó ser el autor del crimen. No se ha descubierto ningún móvil. Se cree que buscaba objetos de valor.

El periódico no decía mucho. Gentes de todo el país debieron leer la noticia y su titular sensacionalista sintiendo un arrebato de cólera y algo parecido a la satisfacción, como si vieran confirmado un convencimiento, como si se tratara de algo que ya era de esperar. Esto es lo que sienten los blancos cuando los nativos roban, asesinan o violan.

Y luego debieron volver la página.

Pero los habitantes del «distrito», los que conocían a los Turner, ya fuera de vista o por haber chismorreado acerca de ellos durante largos años, no volvieron la página con tanta rapidez. Muchos debieron recortar el párrafo para guardarlo entre cartas viejas o entre las páginas de un libro, conservándolo quizá como un presagio o una advertencia y mirando el trozo de papel amarillento con semblantes inexpresivos y enigmáticos. Por qué no discutieron el asesinato; aquello fue lo más extraordinario del caso. Dio la impresión de que un sexto sentido les había dicho todo cuanto había que saber, aunque las tres personas que estaban en posición de explicar los hechos no abrieron la boca. El asesinato no se comentó, sencillamente. «Mal asunto», observaría alguno, mientras los rostros de quienes le rodeaban asumían aquella expresión reservada y cauta. «Muy malo», se limitaría a responder alguien y allí acababa todo. Era como si existiera el tácito acuerdo de no dar al caso Turner una publicidad indebida haciendo comentarios acerca de él. Sin embargo, el distrito era una zona agrícola y las aisladas familias de blancos se veían muy de tarde en tarde y estaban hambrientas de establecer contacto con los de su misma clase, de charlar, discutir e intercambiar chismes, de hablar todos a la vez para aprovechar al máximo una hora de compañía antes de volver a sus granjas, donde sólo veían sus propias caras y las de sus criados negros durante interminables semanas. Normalmente aquel asesinato habría sido tema de discusión durante meses enteros; todos habrían estado agradecidos de tener algo que

comentar.

Un forastero habría pensado tal vez que el emprendedor Charlie Slatter había recorrido todas las granjas del distrito conminando al silencio a sus ocupantes; pero aquello era algo que nunca se le habría ocurrido. Los pasos que dio (y no cometió ningún error) obedecieron al instinto y no a un plan deliberado. Lo más interesante de todo el asunto fue aquella conspiración de silencio. Todos se comportaron como una bandada de pájaros que se comunican —o al menos tal es la impresión que dan— por medio de una especie de telepatía.

Mucho antes de que el asesinato les distinguiera, la gente hablaba de los Turner con la voz dura e indiferente reservada para los inadaptados, los proscritos y los exiliados por voluntad propia. Los Turner no gozaban de ninguna simpatía, aunque pocos de sus vecinos les conocían y ni siquiera les habían visto de lejos. ¿Por qué resultaban antipáticos? Porque «se mantenían apartados», esto era todo. Nunca se les veía en los bailes, fiestas o concursos hípicos del distrito. La impresión general era de que tenían algo de que avergonzarse; no estaba bien encerrarse de aquel modo, era una bofetada para todos los demás. ¿Qué razón tenían para ser tan estirados? ¡Ninguna, desde luego! ¡Sólo había que ver cómo vivían! Su casa minúscula podía pasar como vivienda temporal, pero no como un hogar permanente. Incluso algunos nativos (aunque no muchos, gracias al cielo) poseían casas similares; y debía causarles una mala impresión ver a personas blancas viviendo en aquellas condiciones.

Entonces alguien usó la frase «blancos pobres», que causó una gran desazón. No existían marcadas diferencias económicas en aquellos días (aún no había llegado la era de los magnates del tabaco), pero sí una clara división racial. La pequeña comunidad de sudafricanos blancos vivía su propia vida y los británicos hacían caso omiso de ellos. Los «blancos pobres» eran sudafricanos, nunca británicos. Pero la persona que llamó a los Turner blancos pobres persistió tercamente en su actitud. ¿Cuál era la diferencia? ¿Qué era un blanco pobre? Se trataba de un estilo de vida, de una cuestión de categorías. Lo único que faltaba a los Turner para ser blancos pobres era una caterva de hijos.

Aunque los argumentos eran irrefutables, nadie quería pensar en ellos como blancos pobres. Hacerlo habría equivalido a rebajar al propio bando. Después de todo, los Turner eran británicos.

Así pues, el distrito trataba a los Turner de acuerdo con aquel *esprit de corps* que es la primera regla de la sociedad sudafricana pero que los propios Turner despreciaban. Al parecer, no reconocían la necesidad de un *esprit de corps* y tal era en realidad la causa de que la gente les odiara.

Cuanto más se piensa en aquel caso, más extraordinario resulta.

No el asesinato en sí, sino el modo general de enfocarlo, la compasión hacia Dick Turner y la sutil pero fiera indignación contra Mary, como si fuera algo desagradable e impuro que mereciera ser asesinado. Pero nadie formuló ninguna pregunta.

Por ejemplo, muchos debieron preguntarse quién era aquel «enviado especial». Alguien del distrito encargado de cubrir la noticia, porque el párrafo no estaba redactado en lenguaje periodístico. Pero, ¿quién? Marston, el ayudante, era una bofetada para todos los demás.

Pero resulta peculiar para un forastero que Slatter fuese autorizado a hacerse cargo del asunto, a encargarse de que todo fuera olvidado con un mínimo de comentarios.

Porque no podía haberlo planeado: sencillamente, no dispuso de tiempo. Por ejemplo, cuando los peones de Dick Turner le dieron la noticia, ¿por qué se sentó a escribir una nota al sargento a la estación de policía? No usó el teléfono.

Cualquiera que haya vivido en el campo sabe lo que es un teléfono no automático; uno levanta el auricular después de haber girado la manivela el número de veces requerido y en seguida, clic, clic, clic, puede oír levantarse los auriculares de todo el distrito y sonidos ahogados como una respiración, un susurro, una tos reprimida.

Slatter vivía a ocho kilómetros de los Turner. Los peones le avisaron a él en cuanto descubrieron el cadáver. Y aunque era un asunto urgente, no usó el teléfono, sino que envió una carta personal a Denham por medio de un mensajero nativo que fue en bicicleta a la estación de policía, situada a casi dieciocho kilómetros. El sargento mandó inmediatamente a la granja de los Turner a media docena de policías nativos para que averiguasen lo que pudieran. En cuanto a él, se dirigió primero a ver a Slatter porque la redacción de la carta había excitado su curiosidad. Por esta razón llegó tarde al escenario del crimen. Los policías nativos no tuvieron que ir muy lejos para encontrar al homicida. Después de registrar la casa, echar una ojeada al cadáver y dispersarse por la ladera de la pequeña colina sobre la que se levantaba la granja, vieron a Moses salir de un pisoteado hormiguero delante mismo de sus narices. Se les acercó y dijo (con estas u otras palabras similares): «Aquí estoy». Le pusieron las esposas y volvieron a la casa a esperar la llegada de los coches policiales. Desde allí vieron aparecer a Dick Turner entre los arbustos próximos a la casa, seguido por dos perros que gemían. Estaba fuera de sí, hablaba de modo incoherente y entraba y salía de los arbustos con las manos llenas de tierra y hojarasca. Le dejaron en paz, pero sin perderle de vista, porque era un hombre blanco, aunque estuviera loco, y los negros, aun siendo policías, no ponen las manos encima de carne blanca.

Lo que sí preguntaron algunos, sin interesarse demasiado, fue por qué se había entregado el asesino. No existían muchas posibilidades de fuga, pero podría haberlo conseguido. Podría haber corrido hasta las montañas y vivido allí oculto una temporada. O escapado a territorio portugués. Sin embargo, el Comisionado Nativo del Distrito manifestó durante una reunión social que el hecho era perfectamente comprensible. Quienquiera que supiese algo sobre la historia del país o hubiese leído las memorias o cartas de los viejos misioneros y exploradores, conocería un poco la sociedad gobernada por Lobengula. Las leyes eran estrictas: todo el mundo sabía lo que podía o no podía hacer. Cuando alguien hacía algo imperdonable, como tocar a una de las mujeres del Rey, se sometía con total fatalismo al castigo, que solía consistir en el empalamiento sobre un hormiguero o una hoguera, o algo igualmente desagradable. «He obrado mal y lo sé —decía—. Por lo tanto, he de ser castigado». La tradición era afrontar el castigo y no cabía duda de que había algo hermoso en ello. A los comisionados nativos, que tienen que estudiar lenguas, costumbres y otras cosas, se les perdonan las observaciones de esta índole, aunque ningún acto de los nativos debe calificarse de «hermoso». (No obstante, la moda cambia: a veces es permisible ensalzar los viejos hábitos, siempre que se mencione lo depravados que se han vuelto últimamente los nativos.)

Así pues, este aspecto de la cuestión fue desestimado, aunque no sea el menos interesante, porque Moses podía no haber sido un matabele. Estaba en Mashonaland; aunque ya se sabe que los nativos deambulan por toda África. Podía proceder de cualquier parte: territorio portugués, Nyasalandia, Unión Sudafricana. Y ha pasado mucho tiempo desde los días del gran rey Lobengula. Pero es bien sabido que los comisionados nativos tienden a pensar en términos del pasado.

Pues bien, después de enviar la carta a la estación de policía, Slatter se dirigió a la granja de los Turner conduciendo a gran velocidad su lujoso coche americano por las infames carreteras de la región.

¿Quién era Charlie Slatter? Fue él quien desde el principio hasta el fin de la tragedia personificó a la Sociedad para los Turner. Interviene en el relato en media docena de ocasiones; sin él, las cosas no habrían ocurrido tal como ocurrieron, aunque tarde o temprano, de un modo o de otro, los Turner habrían sido igualmente víctimas de la fatalidad.

Slatter había trabajado como dependiente en una tienda de comestibles londinense. Le gustaba decir a sus hijos que, de no haber sido por su energía y carácter emprendedor, ellos correrían aún por los suburbios vestidos con harapos. Conservaba en perfecto estado el

acento vulgar de los barrios bajos, incluso después de haber vivido veinte años en África. Un día se le ocurrió una idea: hacer dinero. Y lo hizo. Hizo mucho dinero. Era un hombre tosco, brutal, despiadado y a la vez bondadoso, a su manera y según sus propios impulsos, que no podía evitar hacerse rico. Había cultivado la tierra como si diese vueltas a la manivela de una máquina que expulsara billetes de una libra por el otro lado. Fue duro con su esposa, haciéndole soportar penalidades innecesarias al principio; fue duro con sus hijos hasta que hizo dinero, cuando les dio todo lo que quisieron; y sobre todo fue duro con los peones. Éstos, las gallinas que ponían los huevos de oro, se hallaban todavía en aquel estado en que no conocían otro modo de vivir que produciendo oro para otras personas. Ahora ya se han despabilado, o están empezando a hacerlo. Pero Slatter creía en cultivar la tierra con el látigo, que pendía sobre la puerta de su casa como una divisa: «No te importará matar en caso necesario». Una vez mató a un nativo en un arrebato de cólera y fue condenado a pagar una multa de treinta libras. Desde entonces reprimió su ira. Los látigos están muy bien para los Slatter de este mundo, pero no tanto para los que carecen de su seguridad en sí mismos. Fue él quien dijo a Dick Turner, hacía ya mucho tiempo, cuando éste empezó a cultivar la tierra, que debía comprar un látigo antes que un arado o una grada, y aquel látigo, como pronto veremos, no sirvió de nada a los Turner.

Slatter era un hombre bajo, macizo, de brazos gruesos y constitución fuerte. Tenía el rostro ancho y velludo y la expresión astuta, vigilante, un poco taimada. Su mata de cabellos rubios le confería cierto parecido con un presidiario; pero las apariencias le tenían sin cuidado. Sus pequeños ojos azules apenas se veían porque se había acostumbrado a entornarlos después de tantos años bajo el sol de Sudáfrica.

Mientras conducía inclinado sobre el volante, casi abrazado a él en su determinación de llegar cuanto antes a casa de los Turner, sus ojos no eran más que rendijas azules en un rostro crispado. Se preguntaba por qué Marston, el ayudante, que al fin y al cabo era empleado suyo, no había acudido a él con la noticia del asesinato o al menos enviado una nota. ¿Dónde estaría? Su cabaña se hallaba a sólo doscientos metros de la casa. ¿Y si se había acobardado y desaparecido? Charlie pensó que podía esperarse cualquier cosa de aquel determinado tipo de joven inglés. Sentía un desprecio innato hacia los ingleses de expresión blanda y voz no menos blanda, pero no por ello dejaban de fascinarle sus modales y educación. Sus propios hijos, ahora ya mayores, eran caballeros. Le había costado mucho dinero lograr que lo fueran; pero aun así les despreciaba, aunque también estaba orgulloso de ellos. Este conflicto se manifestaba en su actitud hacia Marston: dura e indiferente, pero respetuosa en el fondo.

De momento, sólo sentía irritación.

A medio camino notó que el coche se tambaleaba y, profiriendo maldiciones, lo detuvo. Era un pinchazo; no, dos pinchazos. El fango rojo de la carretera contenía fragmentos de vidrio. Su irritación se expresó en un pensamiento apenas consciente: «¡Muy propio de Turner tener cristales en sus caminos!» Pero Turner era ahora necesariamente objeto de una piedad apasionada y protectora y la irritación se concentró en Marston, el ayudante que, según Slatter, podía haber impedido de algún modo aquel crimen. ¿Para qué se le pagaba? ¿Por qué se le había empleado? Pero Slatter era un hombre justo, a su manera y en lo que concernía a su propia raza. Se contuvo y dedicó toda su atención a reparar una rueda y cambiar la otra, trabajando sobre el barro rojizo de la carretera. Tardó tres cuartos de hora y cuando terminó y hubo lanzado hacia los arbustos los trozos de cristal verde del fango, el sudor empapaba su rostro y sus cabellos.

Cuando por fin llegó a la casa vio, al acercarse entre los matorrales, seis relucientes bicicletas que estaban apoyadas contra las paredes. Y frente a la casa, bajo los árboles, a seis policías nativos y entre ellos Moses, con las manos esposadas delante de él. El sol centelleaba en las esposas, en las bicicletas y en el húmedo y abundante follaje. Era una mañana bochornosa y agobiante. En el cielo había un tumulto de nubes descoloridas que ondeaban como una colada sucia. Los charcos del suelo pálido reflejaban el resplandor del cielo.

Charlie se acercó a los policías, que le saludaron. Llevaban fez y su uniforme, tan parecido a un disfraz, aunque este último pensamiento no se le ocurrió a Charlie, que prefería a los nativos o bien debidamente vestidos, de acuerdo con su condición, o en taparrabos. No soportaba al nativo a medio civilizar. Los policías, seleccionados por su físico, eran un magnífico puñado de hombres, pero resultaban eclipsados por Moses, un gigante robusto, negro como linóleo pulido y vestido con una camisa y pantalones cortos, ambos mojados y manchados de barro. Charlie se plantó delante del asesino y le miró a la cara. El hombre le miró a su vez, impasible e indiferente. La expresión del rostro de Charlie era curiosa: reflejaba una especie de triunfo, un cauto deseo de venganza y miedo. ¿Por qué miedo? ¿De Moses, que estaba prácticamente colgado? Pero se sentía inquieto, confuso. Entonces recobró el dominio de sí mismo con un respingo, se volvió y vio a Dick Turner a pocos pasos de distancia, cubierto de lodo.

—¡Turner! —exclamó con acento perentorio. Se interrumpió al ver su semblante; Dick no parecía reconocerle. Le cogió del brazo y le condujo hacia su coche. En aquellos momentos ignoraba que estaba completamente loco; de haberlo sabido, su indignación habría sido

mayor. Después de aposentar a Dick en el asiento trasero del coche, volvió a la casa. En la sala se hallaba Marston, con las manos en los bolsillos, en una posición de aparente tranquilidad. Pero el rostro estaba pálido y tenso.

—¿Dónde se encontraba usted? —le espetó Charlie con voz acusadora.

—Normalmente, el señor Turner me despierta —respondió con calma el muchacho—. Esta mañana he dormido hasta tarde. Al llegar a la casa he visto a la señora Turner en la veranda. Después han llegado los policías. Le esperaba a usted.

Pero tenía miedo; en su voz sonaba el miedo a la muerte, no el que controlaba los actos de Charlie; él no había estado en el país el tiempo suficiente para comprender el temor especial de Charlie.

Slatter gruñó; jamás hablaba si no era necesario. Miró a Marston largo rato y con curiosidad, como tratando de dilucidar por qué los peones de la granja no habían llamado a un hombre que dormía a pocos metros de allí, yendo en cambio instintivamente a avisarle a él. Pero ahora no miró a Marston con desprecio o desagrado, sino más bien como a un futuro socio que aún ha de probar su valía.

Dio media vuelta y entró en el dormitorio. Mary Turner era una forma rígida bajo una sábana blanca llena de manchas. De un extremo de la sábana sobresalía una maraña de cabellos pálidos como la paja y del otro, un pie torcido y amarillento. Entonces ocurrió algo muy curioso. El odio y el desprecio que habría sido lógico esperar de él cuando miraba al asesino, desfiguraron sus facciones en aquel momento, mientras contemplaba a Mary. Frunció el ceño y, durante unos segundos, sus labios se torcieron, descubriendo los dientes en un rictus malévolo. Estaba de espaldas a Marston, quien se habría asombrado al verle. Luego, con un movimiento brusco y violento, se volvió y abandonó la habitación, precediendo al ayudante.

—Yacía en la veranda —explicó Marston—. La he levantado y llevado a la cama. —Tembló al recordar el contacto con el cuerpo frío —. He pensado que no podía dejarla tirada allí. —Titubeó y añadió, contrayendo los músculos de la cara, cuya piel palideció—: Los perros la lamían.

Charlie asintió con la cabeza, lanzándole una mirada penetrante. Parecía indiferente a la posición en que había sido hallada, pero al mismo tiempo aprobaba el dominio de sí mismo de que hiciera gala el ayudante al realizar tan desagradable tarea.

—Había sangre por todas partes. La he limpiado... Después se me ha ocurrido que debía haberlo dejado todo tal como estaba para la policía.

—Da lo mismo —dijo Charlie con acento distraído. Se sentó en una de las toscas sillas de madera de la sala y permaneció absorto,

emitiendo un tenue silbido. Marston se quedó junto a la ventana, esperando la llegada del coche policial. De vez en cuando, Charlie echaba una rápida ojeada a su alrededor y se humedecía los labios con la lengua. Luego volvía a silbar por lo bajo. Al final, puso nervioso a Marston.

Inopinadamente, con cautela y casi en tono de advertencia, Charlie preguntó:

—¿Qué sabe *usted* de esto?

Marston advirtió el énfasis puesto sobre el *usted* y se preguntó qué sabría Slatter. Se mostraba muy seguro de sí mismo, pero estaba tenso como un alambre. Contestó:

—No sé qué decirle. Nada, en realidad. Es todo tan difícil... —Vaciló, dirigiendo a Charlie una mirada implorante.

Aquella súplica muda irritó a Charlie porque venía de un hombre, pero también le complació; le gustó que el muchacho se confiara a él. Conocía muy bien el tipo, venían muchos desde Inglaterra para aprender agricultura. Solían proceder de una escuela pública, muy ingleses, pero extremadamente adaptables. A juicio de Charlie, aquella capacidad de adaptación les redimía. Era extraño ver lo deprisa que se acostumbraban. Al principio eran tímidos, aunque altivos y retraídos al mismo tiempo; y aprendían los nuevos hábitos con gran sensibilidad, cohibidos, pero con una sutil perfección.

Cuando los colonos viejos dicen: «Hay que comprender el país», lo que quieren decir es: «Debe usted acostumbrarse a nuestras ideas sobre los nativos». En realidad, vienen a decir: «Aprenda nuestras ideas o lárguese; no le necesitamos». La mayoría de aquellos jóvenes habían crecido con vagas ideas sobre la igualdad. Durante la primera semana les escandalizaba el trato dispensado a los nativos y se indignaban cien veces al día por la indiferencia con que se les interpelaba, como si fueran cabezas de ganado; o por un golpe o una mirada. Llegaban dispuestos a tratarles como seres humanos. Pero no podían rebelarse contra la sociedad a la que se habían incorporado y no tardaban en cambiar. Adquirir su maldad era difícil, por supuesto, pero no seguían considerándolo «maldad» durante mucho tiempo y, al fin y al cabo, ¿con qué ideas habían llegado hasta allí? Con ideas abstractas sobre la decencia y la buena voluntad, aquello era todo; un puñado de ideas abstractas. En la práctica, el contacto con los nativos se reducía, a la relación entre amo y criado. Nunca se les conocía en el contexto de sus vidas, como seres humanos. Unos meses más tarde, aquellos sensibles y decentes muchachos se habían endurecido para adaptarse al país árido, áspero y requemado por el sol al que habían venido a instalarse; habían adquirido una nueva personalidad más en concordancia con sus miembros fortalecidos y tostados por el sol y con sus cuerpos curtidos.

Si Tony Marston hubiera llegado al país unos meses antes, todo habría sido más fácil, o así lo creía Charlie. Por esto dirigía al muchacho una mirada especulativa, no condenatoria, sino sólo cauta y alerta.

—¿A qué se refiere al decir que es todo tan difícil? —inquirió.

Tony Marston se removió, incómodo, como si no conociera la respuesta. Y en realidad no sabía qué pensar; las semanas pasadas en casa de los Turner, con su ambiente de tragedia, no le habían ayudado a superar su confusión. Los dos criterios —el que había traído consigo y el que estaba adoptando— seguían siendo conflictivos. Y en la voz de Charlie había una aspereza, una nota de advertencia, que le desorientaba. ¿Contra qué pretendía advertirle? Era lo bastante inteligente para saber que se intentaba ponerle en guardia. En esto difería de Charlie, que actuaba por instinto e ignoraba que su voz constituyera una amenaza. Era todo tan insólito. ¿Dónde estaba la policía? ¿Qué derecho asistía a Charlie, que era un vecino, para ser avisado antes que él, que era prácticamente un miembro de la familia? ¿Por qué había asumido Charlie el mando de la situación?

Sus ideas sobre lo procedente estaban confundidas pero no así sus ideas sobre el crimen, que, sin embargo, no podía expresar de buenas a primeras, sin preámbulo. Pensándolo bien, el asesinato era bastante lógico; si recordaba los últimos días, veía que debía ocurrir algo parecido, casi podía decir que había estado esperando alguna clase de violencia o un suceso desagradable. La ira, la violencia, la muerte parecían naturales en aquel vasto y áspero país... Había reflexionado mucho desde que entrara tranquilamente en la casa aquella mañana, preguntándose por qué todos se levantaban tan tarde y encontrando a Mary Turner asesinada en la veranda y a los agentes de policía fuera, custodiando al criado; y a Dick Turner murmurando en voz baja y pisando los charcos, loco, pero al parecer inofensivo. Lo que no había comprendido hasta entonces, lo comprendía ahora y estaba dispuesto a hablar de ello. Pero le desconcertaba la actitud que adoptaba Charlie; no acababa de entender su significado.

—Verá —explicó—, cuando llegué sabía muy poco acerca de este país.

Con ironía risueña, pero brutal, Charlie replicó:

—Gracias por la información. —Y añadió en seguida—: ¿Tienes idea de por qué este negro ha asesinado a la señora Turner?

—Bueno, sí, tengo una ligera idea.

—Pues será mejor que dejemos opinar al sargento, cuando venga.

Fue un desplante para hacerle callar. Tony guardó silencio, airado y aturdido a la vez.

Cuando llegó el sargento, observó al homicida, vio a Dick sentado en el coche de Slatter y entró en la casa.

—He estado en su casa, Slatter —dijo, saludando a Tony y dirigiéndole una mirada penetrante. Entonces entró en el dormitorio y sus reacciones fueron las mismas de Charlie: de venganza hacia el asesino, de emocionada piedad hacia Dick y de amarga y desdeñosa cólera hacia Mary; hacía muchos años que el sargento Denham vivía en el país. Esta vez Tony vio la expresión del rostro y se sobresaltó. Los semblantes de los dos hombres mientras contemplaban el cadáver le inspiraron inquietud, incluso miedo. En cuanto a él, sentía cierto malestar, pero no mucho; más que nada le agitaba la piedad, por saber lo que sabía. El malestar era el que habría sentido ante cualquier irregularidad social, sólo el malestar producido por el fracaso de la imaginación. Pero aquel horror profundo e instintivo le asombraba.

Los tres volvieron en silencio a la sala.

Charlie Slatter y el sargento Denham se colocaron de lado como dos jueces, dando la impresión de que adoptaban deliberadamente esta actitud. Tony se detuvo delante de ellos, dueño de sí mismo pero sintiéndose invadido por un absurdo sentimiento de culpabilidad, sólo a causa del talante de los dos hombres, en cuyos rostros sutiles y reservados era incapaz de leer nada.

—Mal asunto —comentó con brevedad el sargento Denham.

Nadie contestó. Abrió un cuaderno de notas, ajustó la goma sobre una página y mantuvo el lápiz en el aire.

—Unas preguntas, si no le importa —dijo.

Tony asintió.

—¿Cuánto tiempo hace que está aquí?

—Alrededor de tres semanas.

—¿Viviendo en esta casa?

—No, en una cabaña del sendero.

—¿Vino a hacerse cargo del lugar mientras ellos estaban fuera?

—Sí, durante seis meses.

—¿Y luego?

—Luego me proponía ir a una plantación de tabaco.

—¿Cuándo se ha enterado de lo sucedido?

—No me han llamado. Me he despertado y encontrado a la señora Turner.

La voz de Tony indicaba que ahora estaba a la defensiva. Consideraba un agravio, incluso un insulto no haber sido prevenido; y sobre todo porque aquellos dos hombres parecían encontrar normal y natural que se prescindiera de él de aquel modo, como si su reciente llegada al país le descalificase para cualquier responsabilidad. Y le molestaba ser interrogado; no tenían derecho a hacerlo. Empezaba a dominarle la cólera, aunque sabía muy bien que ellos no eran conscientes del agravio implícito en su actitud y que sería mucho mejor para él tratar de comprender el verdadero significado de aquella

escena que preocuparse por la propia dignidad.

—¿Comía con los Turner?

—Sí.

—Aparte de las comidas, ¿venía a la casa… socialmente, por decirlo de algún modo?

—No, casi nunca. He estado muy ocupado aprendiendo mi trabajo.

—¿Se lleva bien con Turner?

—Sí, creo que sí. Quiero decir que no es fácil conocerle. Estaba absorto en su trabajo y era evidente que le disgustaba mucho abandonar el lugar.

—Sí, pobre diablo, era un mal trago para él.

La voz sonó de repente tierna, casi sentimental, llena de piedad, aunque el sargento dio a las palabras un tono brusco y luego cerró con fuerza los labios, como para presentar al mundo una expresión ecuánime. Tony estaba desconcertado: las reacciones inesperadas de aquellos hombres le confundían. No sentía nada de lo que sentían ellos; era un extraño en aquella tragedia, y tanto el sargento como Charlie Slatter parecían sentirse personalmente implicados, porque ambos habían adoptado de manera inconsciente posturas de abatida dignidad, como abrumados por el terrible peso que representaba el pobre Dick Turner y sus sufrimientos.

Sin embargo, era Charlie quien había echado literalmente a Dick de su granja; y en entrevistas previas, a las que Tony había asistido, no había dado ninguna muestra de aquella piedad sentimental.

Hubo una larga pausa. El sargento cerró el cuaderno, pero aún no había terminado. Miraba de soslayo a Tony, sin saber cómo formular la siguiente pregunta. O así lo creyó Tony, convencido de que habían llegado al momento crucial de todo aquel asunto. El rostro de Charlie, atento, un poco taimado, un poco temeroso, lo proclamaba.

—¿Ha visto algo fuera de lo corriente mientras ha estado aquí? —inquirió el sargento con una voz sin inflexiones.

—Sí, en efecto —profirió Tony, resuelto de improviso a no dejarse avasallar. Porque sabía que le estaban avasallando, aunque le separara de los dos hombres un abismo de experiencia y conocimientos. Le miraron con el ceño fruncido e intercambiaron una rápida ojeada, que desviaron en seguida, como temiendo indicar una conspiración..

—¿Qué ha visto? Espero que se dé cuenta de lo… desagradable… de este caso… —La última frase fue una súplica involuntaria.

—No cabe duda de que un asesinato es siempre desagradable —observó secamente Tony.

—Cuando haya estado en el país el tiempo suficiente, comprenderá que no nos gusta que los negros vayan por ahí asesinando a mujeres blancas.

Tony tenía atragantada la frase «Cuando haya estado en el país...». La había oído tan a menudo que le atacaba los nervios. También le encolerizaba. Y le hacía sentir inexperto. Le habría gustado soltar la verdad con una declaración abrumadora e irrefutable; pero la verdad no era así. Nunca lo era. El hecho que él conocía, o adivinaba, acerca de Mary, el hecho que aquellos dos hombres estaban conspirando por ocultar, podía formularse con bastante sencillez. Pero lo importante, lo que realmente hacía al caso, o al menos así lo creía él, era comprender el marco, las circunstancias, los caracteres de Dick y Mary, la pauta de sus vidas. Y aquello no era tan fácil de exponer. Había llegado a la verdad siguiendo muchos vericuetos y habría que explicarla sin omitir ninguno. Y su emoción dominante, que era una piedad impersonal hacia Mary, Dick y el nativo, una piedad mezclada con rabia contra las circunstancias, le impedía saber con claridad por donde debía empezar.

—Escuche —dijo—, le diré lo que sé desde el principio, pero me temo que será un poco largo...

—¿Quiere decir que sabe por qué han asesinado a la señora Turner? —La pregunta equivalió a un corte astuto y rápido.

—No, no es eso exactamente. Sólo que puedo desarrollar una teoría. —La elección de las palabras fue muy desafortunada.

—No necesitamos teorías, necesitamos hechos. Y, en cualquier caso, debe usted pensar en Dick Turner. Todo esto es muy desagradable para él. Hay que pensar en el pobre diablo.

Otra vez lo mismo: el ruego totalmente ilógico que por lo visto no era ilógico para aquellos dos hombres. ¡El asunto no podía ser más ridículo! Tony empezó a perder los estribos.

—¿Quiere o no quiere saber lo que tengo que decir? —preguntó con irritación.

—Adelante. Pero recuerde que no quiero oír fantasías. Quiero hechos. ¿Ha visto algo *determinado* que arroje luz sobre este asesinato? Por ejemplo, ¿ha visto a ese negro intentando robar joyas o algo parecido? Quiero hechos, no castillos en el aire.

Tony se echó a reír. Los dos hombres le miraron, estupefactos.

—Sabe tan bien como yo que este caso no se puede explicar con tanta facilidad. Usted lo sabe. Es algo que no se puede decir en dos palabras, blanco o negro.

No había nada que replicar a esto; nadie habló. Como si no hubiera oído las últimas palabras, el sargento Denham preguntó por fin, con el ceño muy fruncido:

—Por ejemplo, ¿cómo trataba a su criado la señora Turner? ¿Maltrataba a los peones?

El exasperado Tony, que buscaba a ciegas un asidero en aquel torbellino de emoción y lealtades medio comprendidas, se agarró a la

pregunta como un modo cualquiera de iniciar su relato.

—Sí, creo que le maltrataba. Aunque, por otra parte...

—Le reñía, ¿eh? Bueno, las mujeres suelen hacerlo en este país, ¿verdad, Slatter? —La voz era desenvuelta, íntima, informal—. Mi vieja me vuelve loco... debe ser culpa de este país. No tienen idea de cómo tratar a los negros.

—Hay que ser hombre para tratar con ellos —intervino Charlie—. Los negros no comprenden a las mujeres que dan órdenes; ellos mantienen a las suyas en el lugar que les corresponde.

Rió y el sargento hizo lo propio. Se volvieron a mirarse, incluyendo a Tony, llenos de un alivio manifiesto. La tensión había remitido; el peligro había pasado; una vez más habían esquivado a Tony y, al parecer, daban la entrevista por concluida. El muchacho apenas podía creerlo.

—Pero, escuche... —empezó, y se detuvo a media frase. Los dos hombres le miraron con semblantes graves e irritados. ¡Y el aviso era inconfundible! Se trataba del aviso que se da al novato que está a punto de traicionarse *a sí mismo* hablando más de la cuenta. Comprender aquello fue demasiado para Tony. Renunció; se lavó las manos del asunto. Miró, atónito, a los otros dos; compartían el mismo estado de ánimo y emoción, en una avenencia perfecta; pero no eran conscientes de ello; su tratamiento conjunto de la cuestión había sido instintivo; no tenían la menor idea de que hubiera en él algo extraordinario, ni siquiera ilegal. Y, a fin de cuentas, *¿había* algo ilegal? Pensándolo bien, se trataba de un diálogo inconsecuente, ahora que el cuaderno de notas estaba cerrado... y lo había estado desde que llegaran al momento crucial de la escena.

Charlie observó, volviéndose hacia el sargento:

—Será mejor sacarla de aquí. Hace demasiado calor para esperar más.

—Sí —asintió el policía, alejándose para dar las órdenes pertinentes.

Tony se dio cuenta más tarde de que aquella observación brutalmente prosaica fue la única referencia directa a la pobre Mary Turner. Sin embargo, ¿por qué referirse a ella? Aunque se trataba de una conversación cordial entre el granjero que había sido su vecino más próximo, el policía durante cuyas rondas había invitado a su casa y el ayudante qué había vivido allí varias semanas. No era una ocasión formal: Tony se lo dijo a sí mismo una y otra vez. Más adelante el caso pasaría a un tribunal de justicia, donde sería tratado debidamente.

—El juicio será sólo una formalidad, desde luego —dijo el sargento, como si pensara en voz alta, con una mirada a Tony. Se hallaba junto al coche policial, viendo cómo el agente nativo levantaba el cuerpo de Mary Turner, que habían envuelto en una

manta, para depositarlo en el asiento trasero. Estaba rígida; un brazo estirado chocó horriblemente contra la estrecha portezuela; fue difícil meterla dentro del vehículo. Por fin lo lograron y cerraron la puerta. Y entonces se presentó otro problema: no podían colocar a Moses, el asesino, en el mismo coche; no se podía poner a un negro al lado de una mujer blanca, aunque estuviera muerta y él la hubiera matado. Sólo quedaba el coche de Charlie, y el loco, Dick Turner, estaba sentado en el asiento trasero, con la mirada fija. Todos parecían sentir que Moses, tras haber cometido un asesinato, merecía ser llevado en coche; pero no había otra solución, tendría que ir andando hasta la estación de policía, escoltado por los agentes en bicicleta.

Una vez ultimados todos estos detalles, se produjo una pausa.

Permanecieron junto a los coches, en el momento de separarse, contemplando la casa de ladrillos rojos y tejado brillante por el calor, los espesos y envolventes chaparrales y el grupo de negros iniciando bajo los árboles su larga caminata. Moses, impasible, se dejaba conducir sin realizar ningún movimiento voluntario. Su rostro carecía totalmente de expresión; parecía tener los ojos fijos en el sol. ¿Pensaría quizá que le quedaba poco tiempo para verlo? Imposible afirmarlo. ¿Arrepentimiento? No daba ninguna señal de él. ¿Miedo? No se advertía ninguno. Los tres hombres miraban al asesino absortos en sus propios pensamientos, especulando, ceñudos, pero sin considerarle importante ahora. No, no tenía importancia: era el eterno negro que roba, viola y mata si se *le* da media ocasión. Ni siquiera para Tony era ya importante; y su conocimiento de la mente indígena era demasiado exiguo para permitirle cualquier conjetura.

—¿Y qué hacemos con él? —preguntó Charlie, indicando a Dick Turner con el pulgar. Quería decir: ¿qué papel hará en el juicio?

—Tengo la impresión de que no servirá de mucho —opinó el sargento quien, después de todo, tenía mucha experiencia en muertes, crímenes y locuras.

No, lo importante para ellos era Mary Turner, que había dejado en mal lugar a su bando; pero, como estaba muerta, ni siquiera ella constituía un problema. Lo único todavía pendiente de solución era la necesidad de guardar las apariencias. El sargento Denham entendía de esto; formaba parte de su trabajo, aunque no apareciera en el reglamento, y estaba bastante implícito en el espíritu del país, el espíritu del que él estaba impregnado. Charlie Slatter entendía de esto, nadie mejor que él. Seguían el uno al lado del otro; como movidos por el mismo impulso, el mismo temor, la misma pesadumbre, permanecieron juntos hasta el último momento, antes de abandonar el lugar, dirigiendo a Tony la última advertencia silenciosa, mirándole con gravedad.

Y Tony empezó a comprender. Ahora sabía, por lo menos, que lo

que se había dirimido en aquella habitación que acababan de abandonar no tenía nada que ver con el asesinato como tal. El asesinato en sí no era nada. La lucha que se había librado con unas breves palabras —o, mejor, en los silencios entre las palabras— no tenía nada que ver con el significado superficial de la escena. Lo comprendería mucho mejor al cabo de unos meses, cuando se hubiera «acostumbrado al país». Y entonces procuraría olvidar aquella revelación, porque vivir con la segregación racial en todos sus matices e implicaciones significa cerrar la mente a muchas cosas, si quiere uno seguir siendo un miembro aceptado de la sociedad. Pero en el intervalo habría algunos breves momentos en que vería las cosas con claridad y comprendería que en la actitud de Charlie Slatter y del sargento la «civilización blanca» luchaba en defensa propia, una «civilización blanca» que jamás, jamás admitirá que una persona blanca, y en particular, una mujer blanca pueda mantener una relación humana, ya sea para bien o para mal, con una persona negra. Porque una vez ha hecho esta admisión, se desmorona y nada puede salvarla. Por esto no puede de ninguna manera permitirse fallos como el de los Turner.

A causa de aquellos pocos momentos lúcidos y *de* su confusa intuición, puede decirse que Tony fue aquel día la persona de más responsabilidad entre las presentes. Porque ni al sargento ni a Slatter se les habría ocurrido pensar jamás que pudieran estar equivocados; les mantenía, como en todos sus contactos con la relación entre blancos y negros, el sentimiento de una responsabilidad casi mártir. Sin embargo, también Tony quería ser aceptado por aquel país nuevo. Tendría que adaptarse y, si no lo conseguía, sería rechazado; veía la cuestión con toda claridad, había oído demasiadas veces la frase «acostumbrarse a nuestras ideas» para hacerse ilusiones al respecto. Y, si hubiera actuado de acuerdo con sus ya confusas ideas sobre el bien y el mal, con su sentimiento de que se cometía una monstruosa injusticia, ¿qué diferencia habría supuesto para el único participante de la tragedia que no estaba muerto ni loco? Porque Moses sería colgado sin remedio; había cometido un asesinato, era un hecho evidente. ¿Deseaba acaso continuar luchando a ciegas por un principio? Y de ser así, ¿por qué principio? Si hubiese dado un paso hacia delante, como estuvo a punto de hacer, cuando el sargento Denham subió finalmente al coche y hubiese dicho: «Oiga, no pienso cerrar la boca acerca de esto», ¿qué habría ganado? Es seguro que el sargento no le habría comprendido. Sus facciones se habrían contraído y fruncido su ceño por la irritación y, levantando el pie del pedal del embrague, habría preguntado: «¿Cerrar la boca acerca de qué? ¿Quién le ha pedido que lo haga?» Entonces, si Tony hubiese murmurado algo sobre la responsabilidad, habría dirigido a Charlie una mirada

significativa, encogiéndose de hombros. Tony podría haber continuado, haciendo caso omiso del gesto y de la implicación de su error: «Si tiene que echar la culpa a alguien, cargue con ella a la señora Turner. No se puede tener todo. O los blancos son responsables de su conducta o no lo son. En un asesinato de esta clase intervienen dos. Aunque en realidad no se la puede culpar, no pudo evitar ser como era. He vivido aquí, lo cual ninguno de ustedes dos ha hecho y todo el asunto es tan complicado que resulta imposible asegurar quien es el culpable». A lo que el sargento habría replicado: «Puede usted decir lo que piensa ante el tribunal». Esto era lo que habría dicho, como si la cuestión no hubiera sido decidida —aunque sin mencionarla explícitamente— sólo diez minutos atrás. «No se trata de dar la culpa a nadie —habría dicho el sargento—. ¿Acaso alguien ha pronunciado la palabra culpa? Pero no se puede negar el hecho de que este negro la ha asesinado, ¿verdad que no?»

Así pues, Tony no dijo nada y el coche policial desapareció entre los árboles. Charlie Slatter lo siguió en su vehículo con Dick Turner. Tony se quedó en el claro, ante la casa vacía.

Entró con lentitud, obsesionado por una imagen nítida que persistía en su mente tras los sucesos de la mañana y que se le antojaba la clave de todo el asunto: la mirada en el rostro del sargento y de Slatter mientras contemplaban el cuerpo: aquella mirada casi histérica de temor y odio.

Se sentó, llevándose las manos a la cabeza, que le dolía mucho; en seguida volvió a levantarse y fue a buscar a un estante polvoriento de la cocina un frasco de farmacia marcado con un marbete que decía «Coñac». Lo apuró de un trago y sintió debilidad en los muslos y rodillas, causada también por la repugnancia que le inspiraba aquella casa pequeña y fea que parecía contener entre sus paredes, e incluso en los ladrillos y cemento, los miedos y el horror del asesinato. Sintió de repente que no soportaría permanecer en ella ni un momento más.

Miró la agrietada hojalata del techo, combada por el sol, el barato mobiliario de tapizado desteñido, el polvoriento suelo de ladrillo cubierto con viejas pieles de animales, y se preguntó cómo habían soportado aquellos dos, Mary y Dick Turner, vivir en un lugar semejante año tras año durante tanto tiempo. ¡Si incluso la cabaña de techo de paja donde vivía él en la parte trasera era mejor que esto! ¿Por qué continuaron de aquel modo, sin revestir siquiera los techos? Sólo el calor del lugar ya era suficiente para volverle a uno loco.

Y entonces, con la cabeza un poco confusa (el calor hizo que el coñac le causara efecto en seguida), se preguntó cómo había empezado todo aquello, cuándo se había iniciado la tragedia. Porque a pesar de Slatter y del sargento, seguía creyendo tercamente que las causas del asesinato tenían que buscarse muy atrás y que eran ellas lo

más importante. ¿Qué clase de mujer había sido Mary Turner antes de llegar a aquella granja y de que el calor, la soledad y la pobreza le hicieran perder lentamente el equilibrio? Y el propio Dick Turner… ¿cómo era antes? Y el indígena… pero aquí sus pensamientos se atascaron por falta de conocimientos. No podía ni empezar a imaginar cómo era la mente de un nativo.

Pasándose la mano por la frente, intentó con desesperación, y por última vez, conseguir una visión de conjunto que aislara al asesinato de las confusiones y perplejidades de la mañana y lo convirtiera tal vez en un símbolo o una advertencia. Pero fracasó en su empeño. Hacía demasiado calor. Todavía estaba exasperado por la actitud de los dos hombres. La cabeza le daba vueltas. La temperatura de la habitación debía superar los treinta y ocho grados, pensó lleno de cólera, levantándose de la silla y sintiendo que las piernas le fallaban. ¡Y sólo había bebido, como máximo, dos cucharadas de coñac! «Maldito país —pensó, crispado por la ira—. ¿Por qué ha de sucederme esto a mí, por qué he de verme complicado en un maldito y retorcido asunto como éste cuando no he hecho más que llegar? ¡Nadie puede esperar de mí que encima haga el papel de juez, jurado y Dios misericordioso!»

Se tambaleó hasta la veranda, donde la noche anterior se había cometido el crimen. Sobre el ladrillo se veía una mancha rojiza y un charco de agua de lluvia estaba teñido de rosa. Los mismos perros grandes y sucios lamían los bordes del agua y se alejaron encogidos cuando Tony les gritó. Se apoyó contra la pared, con la vista perdida en los empapados verdes y, marrones del veld[1] y en las colinas, afiladas y azules después de la lluvia, que había caído a raudales durante media noche. Se dio cuenta, a medida que el sonido le iba penetrando, que las cigarras chillaban a su alrededor; había estado demasiado absorto para oírlas. Era un chillido continuo e insistente que procedía de cada matorral y de cada árbol y que castigaba sus nervios. «Me marcho de aquí —dijo de repente—, me marcho para no volver. Viajaré al otro extremo del país. Me lavo las manos de todo esto. Que los Slatter y los Denham hagan lo que quieran. ¿Qué puede importarme a mí?»

Aquella mañana hizo el equipaje y fue a casa de los Slatter para decir a Charlie que no se quedaba. Charlie pareció indiferente, casi aliviado; ya se le había ocurrido pensar que no necesitaba a un administrador ahora que Dick no regresaría más a la granja.

A partir de entonces la granja de Turner se convirtió en pasto para el ganado de Charlie. Lo invadieron todo, incluso la colina donde se levantaba la casa, que permaneció vacía hasta que se derrumbó.

Tony volvió a la ciudad, donde erró una temporada por los bares y hoteles en busca de un trabajo que le conviniera. Pero su

adaptabilidad y despreocupación iniciales habían desaparecido. Ahora era exigente. Visitó varias granjas, pero ninguna le gustó; la agricultura había perdido su atractivo para él. En el juicio, que fue como el sargento Denham había profetizado, una mera formalidad, declaró lo que se esperaba de él. Se insinuó que el nativo había asesinado a Mary Turner en plena borrachera, ávido de dinero y joyas.

Una vez terminado el juicio, Tony vagó sin rumbo hasta que agotó el dinero. El asesinato y aquellas pocas semanas con los Turner le habían afectado más de lo que suponía. Pero como no tenía dinero, tuvo que pensar en algo para ganarse la vida. Conoció a un hombre de Rhodesia del Norte que le habló de las minas de cobre y los elevadísimos salarios. Aquello sonó fantástico a los oídos de Tony, que tomó el próximo tren con dirección al cinturón del cobre, resuelto a ganar algún dinero y empezar un negocio por su cuenta. Pero los salarios, una vez allí, no le parecieron tan espléndidos como desde lejos. El costo de la vida era muy alto y, además, todo el mundo bebía mucho… Pronto dejó el trabajo subterráneo y se convirtió en una especie de supervisor. Y así, al final, acabó en una oficina desempeñando un empleo burocrático, que era de lo que había huido al venir a África. Pero no estaba tan mal, en realidad. Había que tomar las cosas como venían, la vida no es nunca tal como uno la desea… Esto era lo que se decía a sí mismo cuando estaba deprimido y recordaba sus antiguas ambiciones.

Para la gente del «distrito», que de oídas lo sabía todo acerca de él, era el muchacho llegado de Inglaterra que no había tenido agallas para soportar más que unas cuantas semanas el cultivo de la tierra. No tenía agallas, dijeron. Debía haber aguantado más.

# Capítulo segundo

A medida que la línea férrea se extendía, serpenteaba y se ramificaba por toda Sudáfrica, cerca de ella y separadas entre sí por un puñado de kilómetros, surgían pequeñas aldeas que se antojaban al viajero grupos insignificantes de horribles edificios, pero que eran los centros de distritos agrícolas de una extensión aproximada de trescientos kilómetros. Cada uno de ellos contiene la estación, la oficina de correos, a veces un hotel, y siempre una tienda.

Si uno buscara un símbolo para expresar a Sudáfrica, la Sudáfrica creada por financieros y magnates de las minas, la Sudáfrica que horrorizaría a los viejos misioneros y exploradores que trazaron el mapa del Continente Negro, lo encontraría en la tienda. La tienda está por doquier. Se sale de una y a los dieciséis kilómetros se llega a la siguiente; se saca la cabeza por la ventanilla del tren y allí está; todas las minas tienen su tienda y también muchas granjas.

Siempre es el mismo edificio de una sola planta dividido en segmentos como una tableta de chocolate, con verdulería, carnicería y licorería bajo un tejado de chapa ondulada. Tiene un alto mostrador de madera oscura y, detrás del mostrador, estantes atiborrados de todo, desde un mejunje contra el moquillo hasta cepillos de dientes, todo mezclado. Hay un par de percheros con baratos vestidos de algodón de colores chillones y quizás un montón de cajas de zapatos o una caja de cristal para cosméticos o dulces. Despide un olor inconfundible, compuesto de barniz, sangre seca del matadero de la parte posterior, pieles secas, frutas secas y fuerte jabón amarillo. Detrás del mostrador hay un griego, un judío o un hindú. A veces, los hijos de este hombre, odiado por todo el distrito por explotador y forastero, juegan entre las hortalizas porque la vivienda se halla justo detrás de la tienda.

Para miles de personas de todas las partes de Sudáfrica, la tienda es el telón de fondo de su infancia. Tantas cosas se centraban en ella. Evoca recuerdos, por ejemplo, de las noches en que el automóvil, después de viajar interminablemente por una oscuridad polvorienta y fría, se paraba de improviso ante un cuadrado luminoso donde había hombres con vasos en las manos y a uno le llevaban al bar bien iluminado para beber un sorbo de ardiente líquido que «ahuyentaba la fiebre». O podía ser el lugar adonde uno iba dos veces por semana a recoger el correo y ver a todos los granjeros de muchos kilómetros a la redonda comprando comida y leyendo cartas del hogar con un pie apoyado en el estribo del coche, ajenos por un momento al sol, al cuadrilátero de polvo rojizo, donde los perros se apiñaban como

moscas en torno a un trozo de carne, y a los grupos de curiosos nativos; transportados momentáneamente al país por el que sentían tan honda nostalgia, pero en el que no volverían a vivir: «Sudáfrica se te mete en la sangre» decían con pesar aquellos exiliados por voluntad propia.

Para Mary, la palabra «Hogar» —pronunciada con nostalgia— significaba Inglaterra, a pesar de que sus dos progenitores eran sudafricanos y no habían estado nunca allí. Significaba «Inglaterra» a causa de los días en que llegaba el correo, cuando se escabullía hasta la tienda para ver entrar los coches y marcharse cargados con comestibles, cartas y revistas de ultramar.

Para Mary, la tienda era el verdadero centro de su vida, incluso más importante que para la mayoría de los niños, ante todo porque vivía a la vista de una de ellas, en una de aquellas aldeas pequeñas y polvorientas. Siempre tenía que cruzar la calle para ir a buscar una libra de orejones o una lata de salmón para su madre, o a preguntar si había llegado el periódico de la semana y permanecía en ella durante horas, contemplando los montones de pegajosos confites de colores, dejando resbalar entre los dedos el fino grano guardado en sacos que bordeaban las paredes o mirando de reojo a la niña griega con quien no le permitían jugar porque su madre decía que sus padres eran gitanos. Y más tarde, cuando se hizo mayor, la tienda adquirió otro significado: era el lugar donde su padre compraba las bebidas. A veces su madre se exasperaba y se quejaba al camarero del bar de que no le llegaba el dinero mientras su marido malgastaba el sueldo en alcohol. Mary sabía, incluso de niña, que su madre se quejaba por el placer de hacer una escena y exhibir sus sufrimientos, que en realidad gozaba del lujo de quedarse en el bar mientras los clientes fortuitos la miraban y se compadecían de ella; le complacía quejarse de su marido con voz ronca y afligida. «Todas las noches viene a casa directamente desde aquí —solía decir— ¡todas las noches! Y espera que yo alimente a mis tres hijos con el dinero que le sobra cuando le da la gana de volver a casa». Y entonces callaba, esperando la condolencia del hombre que se embolsaba el dinero legítimamente suyo y de sus hijos. Pero él, siempre terminaba diciendo: «Dígame, ¿qué puedo hacer yo? No pretenderá que me niegue a servirle un trago, ¿verdad?» Y ella, una vez había interpretado la escena y recibido la comprensión suficiente, se alejaba despacio por la explanada de polvo rojizo hacia su casa, llevando a Mary cogida de la mano. Era una mujer alta y huesuda, de ojos coléricos que despedían un brillo malsano. No tardó en convertir a Mary en su confidente. Solía llorar mientras cosía y Mary la consolaba, llena de congoja, impaciente por irse pero sintiéndose importante al mismo tiempo, y odiando a su padre.

Esto no quiere decir que bebiera hasta el punto de volverse

brutal; raramente se emborrachaba como algunos de los hombres que Mary veía fuera del bar y que le inspiraban verdadero terror. Bebía todas las tardes hasta que estaba alegre, un poco aturdido y de buen humor y entonces llegaba a casa y tomaba una cena fría, solo a la mesa. Su mujer le trataba con una indiferencia glacial, reservando sus comentarios desdeñosos para cuando sus amigas iban a la hora del té. Era como si no deseara dar a su marido la satisfacción de saber que le importaba o sentía algo por él, aunque sólo fuera desprecio y burla. Se comportaba como si no estuviera en la casa, y para todos los efectos prácticos, no estaba. Llevaba el dinero, pero no el suficiente, y aparte de aquello era un cero a la izquierda en la casa y lo sabía. Bajo, de cabellos rizados y mates y una cara redonda y arrugada, tenía un aire de jocosidad inquieta y agresiva. Llamaba «señor» a los funcionarios insignificantes que iban a visitarle y gritaba a los nativos que estaban a sus órdenes; trabajaba en el ferrocarril como bombeador.

Además de ser el foco del distrito y el lugar donde su padre se emborrachaba, la tienda era la entidad poderosa e implacable que enviaba facturas a final de mes. Nunca podían pagarse del todo; su madre siempre tenía que suplicar al dueño un mes más de gracia. Sus padres se peleaban por aquellas facturas doce veces al año. Jamás discutían por nada que no fuera dinero; de hecho, su madre solía observar con voz seca que podía haber tenido peor suerte; ser como la señora Newman, por ejemplo, cargada con siete hijos; ella, al menos, sólo tenía tres bocas que alimentar. Pasó mucho tiempo antes de que Mary captara la relación entre aquellas frases y para entonces sólo quedaba una boca que alimentar, la suya, porque su hermano y hermana murieron de disentería un año más polvoriento de lo normal. Sus padres se unieron en aquella desgracia durante una temporada; Mary recordaba haber pensado «No hay mal que por bien no venga», porque sus hermanos eran mucho mayores que ella y no le servían como compañeros de juegos y su pérdida fue ampliamente compensada por la felicidad de vivir en una casa donde de repente no había peleas y su madre lloraba pero había perdido aquella dura y terrible indiferencia. Sin embargo, la fase no duró mucho. Siempre la recordó como la época más feliz de su infancia.

La familia se mudó tres veces antes de que Mary fuese a la escuela, pero después no podía distinguir entre las diversas estaciones donde había vivido. Recordaba una polvorienta y remota aldea diseminada ante una hilera de arracimados árboles gomíferos, con una plaza de polvo que se arremolinaba y posaba tras el paso de las carretas de bueyes; con un aire perezoso y cálido que resonaba varias veces al día al ritmo del silbido y la tos ronca de los trenes. Polvo y gallinas; polvo, niños y nativos yendo y viniendo; polvo y la tienda... siempre la tienda.

Entonces la enviaron a un internado y su vida cambió. Era extremadamente feliz, tan feliz que temía volver durante las vacaciones al lado de su padre ebrio y su madre amargada y a la casita que parecía una caja de madera construida sobre zancos.

A los dieciséis años dejó la escuela y obtuvo un empleo en una oficina de la ciudad, una de aquellas soñolientas ciudades desperdigadas por el mapa de Sudáfrica como pasas por un pastel. También allí era muy feliz. Parecía haber nacido para la mecanografía, taquigrafía y contabilidad y la cómoda rutina de un despacho. Le gustaba un orden previsible en las cosas y, en especial, la amable impersonalidad de aquel trabajo. Cuando cumplió los veinte años tenía un buen empleo, sus propios amigos y un nicho en la vida de la ciudad. Su madre murió y quedó prácticamente sola en el mundo, ya que su padre había sido trasladado a otra estación, a setecientos kilómetros de distancia. Apenas le veía; estaba orgulloso de ella, pero (lo más importante) la dejaba en paz. Ni siquiera se escribían; no eran de los que escriben cartas. A Mary le complacía haberse deshecho de él. Estar sola en el mundo no le inspiraba ningún terror, al revés, le gustaba. Y perder de vista a su padre equivalía en cierto modo a vengar los sufrimientos de su madre. Nunca se le ocurrió pensar que también su padre debía haber sufrido. «¿Por qué? —Habría replicado de haber oído aquella sugerencia—. Es un hombre, ¿no? Puede hacer lo que quiera». Había heredado de su madre un feminismo árido que no tenía ningún significado en su propia vida, ya que llevaba la existencia cómoda y despreocupada de una mujer soltera en Sudáfrica e ignoraba lo afortunada que era. ¿Cómo podía saberlo? No conocía la situación en otros países, carecía de modelos que la ayudaran a evaluar la suya propia.

Por ejemplo, nunca se le ocurrió pensar que ella, la hija de un simple empleado de ferrocarril y de una mujer cuya vida había sido desgraciada por las presiones económicas hasta el punto de morirse literalmente de amargura, vivía más o menos como las hijas de las familias más ricas de Sudáfrica y podía hacer lo que se le antojaba; casarse, si tal era su deseo, con quien le diera la gana. Estas cosas no le pasaban siquiera por la imaginación. «Clase» no es una palabra sudafricana y su equivalente, «raza», significaba para ella el botones de la empresa donde trabajaba, los sirvientes de otras mujeres y la amorfa masa de nativos que veía por las calles y en los que apenas se fijaba. Sabía (la frase estaba en el aire) que los nativos empezaban a «descararse», pero en realidad no tenía ningún contacto con ellos; estaba fuera de su órbita.

Hasta que cumplió veinticinco años no sucedió nada que alterase su vida cómoda y serena. Entonces murió su padre, con lo cual quedó roto el último vínculo que la unía a una infancia cuyo recuerdo

aborrecía. Ya no había nada que la conectara con la sórdida casita sobre zancos, los silbidos de los trenes, el polvo y las pendencias entre sus padres. ¡Nada en absoluto! Era libre, y cuando terminó el funeral y volvió a la oficina, deseó que la vida continuara tal como había sido hasta entonces. *Se* sentía muy feliz; aquélla era tal vez su única cualidad positiva, porque no poseía ninguna otra que la distinguiera, aunque a los veinticinco años era más bonita de lo que había sido nunca. El simple bienestar la favorecía; era una muchacha delgada que se movía con torpeza, tenía cabellos de tono castaño claro, cortados a la moda, y graves ojos azules y vestía bien. Sus amigos la habrían descrito como una rubia esbelta; su modelo eran las estrellas de cine de apariencia más bien infantil.

Llegó a los treinta años sin que nada cambiara. El día en que los cumplió sintió una vaga sorpresa exenta de la menor desazón —porque no advertía ninguna diferencia— al constatar lo deprisa que pasaban los años. ¡Treinta! Parecía una edad respetable, pero no tenía nada que ver con ella. Sin embargo, no celebró el cumpleaños; lo dejó pasar inadvertido. Se sentía casi ofendida de que pudiera ocurrirle semejante cosa, porque no se diferenciaba en nada de la Mary de los dieciséis años.

Había sido ascendida a secretaria particular de su jefe y ganaba un buen sueldo. Si hubiese querido, habría podido alquilar un piso y darse la gran vida. Era muy presentable; tenía el aspecto discreto y uniforme de la democracia blanca sudafricana. Su voz era una entre miles: apagada, con cierto sonsonete, escueta. Cualquier otra podía haber llevado sus vestidos. Nada le impedía vivir sola, incluso conducir su propio coche y dar fiestas en pequeña escala. Podría haberse convertido en una persona independiente. Pero aquello iba en contra de su instinto.

Prefería vivir en un club femenino, fundado en realidad para ayudar a mujeres que no ganasen mucho dinero, pero hacía tanto tiempo que residía en él que a nadie se le ocurría pedirle que se fuera. Lo había elegido porque le recordaba el internado y la había entristecido mucho dejarlo. Le gustaba el ir y venir de las chicas, comer en un gran refectorio y encontrar al llegar del cine a una amiga en su habitación con la que charlar un rato. En el club era una persona de cierta importancia, fuera de lo corriente. Para empezar, era mucho mayor que las otras y había llegado a asumir el papel de una comprensiva tía solterona a quien confiar los propios problemas. Porque Mary no se escandalizaba nunca, ni condenaba, ni contaba chismes. Parecía un ser impersonal, exento de pequeñas preocupaciones. La rigidez de sus modales y su timidez la protegían de muchos celos y rencores. Parecía inmune. Aquélla era su fuerza, pero también una debilidad que ella no habría considerado como tal; la

molestaba, casi la repelía, pensar en intimidades, escenas y contactos. Vivía entre todas aquellas chicas jóvenes con un aire un poco distante que proclamaba con idéntica claridad que las palabras: me niego a participar. Pero no tenía la menor conciencia de ello y se encontraba muy feliz en el club.

Fuera del club femenino y de la oficina, donde también era una persona de cierta importancia a causa de sus muchos años de trabajo en ella, llevaba una vida colmada y activa. No obstante, en algunos aspectos podía llamarse pasiva, porque dependía por completo de otras personas. No era la clase de mujer que da fiestas o es el centro de un grupo; seguía siendo la muchacha a quien «se invita a salir».

Su vida era realmente extraordinaria; las condiciones que la hacían posible están pasando y cuando el cambio sea completo, las mujeres las recordarán como una desaparecida Edad de Oro.

Se levantaba tarde, con el tiempo justo para llegar a la oficina (era muy puntual) pero no para desayunar. Trabajaba con eficiencia, pero a un ritmo pausado, hasta la hora del almuerzo, que tomaba en el club. Otras dos horas de trabajo por la tarde y estaba libre. Entonces jugaba a tenis o a hockey o nadaba. Y siempre con un hombre, uno de aquellos innumerables hombres que la «sacaban», tratándola como a una hermana: ¡Mary era tan buena compañera! Del mismo modo que parecía tener cien amigas, pero ninguna íntima, tenía (al parecer) cien amigos, que la habían invitado a salir, o que aún la invitaban, o que se habían casado y ahora la invitaban a sus casas. Era amiga de media ciudad. Y al atardecer acudía siempre a fiestas nocturnas que se prolongaban hasta la medianoche, o iba a bailar o al cine. A veces iba al cine cinco noches por semana. Nunca se acostaba antes de las doce o más tarde. Y así vivió día tras día, semana tras semana, año tras año. Sudáfrica es un lugar maravilloso... para la mujer blanca soltera. Pero ella no cumplía con su misión, porque no se casaba. Pasaron diez años; sus amigas contraían matrimonio; ya había sido dama de honor una docena de veces; los hijos ajenos crecían; y ella seguía siendo tan buena compañera, tan adaptable, tan distante y tan libre de afectos, divirtiéndose con tanto afán como el que ponía en su trabajo y sin estar nunca sola ni por un momento, salvo cuando dormía.

No parecían gustarle los hombres. Solía decir a las chicas: «¡Hombres! Ellos sí que se divierten». Sin embargo, fuera de la oficina y del club, su vida dependía enteramente de ellos, aunque habría repudiado, indignada, tal acusación. Y en realidad quizá no era tanta su dependencia, porque cuando escuchaba las quejas y desgracias de otras personas, no se refería nunca a las propias. A veces sus amigas se sentían un poco ofendidas y despreciadas. Pensaban confusamente que no era justo escuchar, aconsejar y actuar como una especie de hombro universal para el mundo doliente y no corresponder con algún

lamento propio. La verdad era que no tenía quejas. Escuchaba las complicadas historias de los demás con bastante extrañeza e incluso con un poco de miedo, que le inspiraba el deseo de aislarse de todo. Era uno de los fenómenos más raros: una mujer de treinta años sin preocupaciones amorosas, dolores de cabeza, insomnio o neurosis. No sabía lo rara que era.

Seguía siendo «una de las chicas». Si visitaba la ciudad un equipo de críquet y se necesitaban parejas, los organizadores llamaban a Mary. Aquella era su especialidad: adaptarse con sensatez y comedimiento a cualquier ocasión. Vendía entradas para un baile benéfico o actuaba de pareja de baile para un defensa de fútbol con idéntica amabilidad.

Y todavía llevaba el pelo hasta los hombros, como una niña, y vestidos infantiles de color pastel y conservaba sus modales tímidos e ingenuos. Si la hubieran dejado tranquila, habría continuado divirtiéndose a su modo hasta que un día la gente se hubiera dado cuenta de que se había convertido imperceptiblemente en una de esas mujeres que envejecen sin pasar por la madurez: un poco marchita, un poco sarcástica, resistente, sentimental, bondadosa y atraída por la religión y los perros pequeños.

Habrían sido buenos con ella, porque «se había perdido lo mejor de la vida». Pero hay muchas personas que no quieren lo mejor, personas para las cuales lo mejor ha estado emponzoñado desde el principio. Cuando Mary pensaba en el «hogar», recordaba una caja de madera sacudida por el paso de los trenes; cuando pensaba en el matrimonio, recordaba a su padre llegando a casa ebrio, con los ojos inyectados en sangre; cuando pensaba en los niños, veía el rostro de su madre en el funeral de los suyos... angustiado, pero seco y duro como una roca. A Mary le gustaban los hijos de los demás pero temblaba ante la idea de tener hijos propios. Era sentimental en las bodas, pero le repugnaba profundamente el sexo; había habido poca intimidad en su casa y ocurrido cosas que prefería no recordar; hacía muchos años que había puesto todo su empeño en olvidarlas.

Lo cierto era que a veces sentía una inquietud, una vaga insatisfacción que durante unos días agriaba el placer de sus actividades. Por ejemplo, al acostarse tranquilamente después de ver una película, le asaltaba el pensamiento: «¡Ya ha pasado otro día!» Y entonces el tiempo parecía contraerse y haber transcurrido un período brevísimo desde que abandonara la escuela y viniera a la ciudad a ganarse la vida; y sentía un poco de pánico, como si se hubiera derrumbado bajo sus pies una columna invisible. Pero como era una persona sensata y estaba firmemente en contra de la morbosidad de pensar en uno mismo, se metía en la cama y apagaba las luces. Tal vez se preguntaba, antes de conciliar el sueño: «¿Es esto todo? ¿Será esto

todo lo que podré recordar cuando sea vieja?» Pero por la mañana ya lo había olvidado y pasaban los días y volvía a sentirse feliz. Porque no sabía lo que quería. Algo más grande, pensaba con vaguedad, otra clase de vida. Pero aquel estado de ánimo no duraba mucho. Estaba demasiado satisfecha con su trabajo, en el que se sentía eficiente y capaz; con sus amigas, en las que confiaba; con su vida en el club, que era agradable y gregaria como la vida en una gigantesca y alegre pajarera y donde siempre reinaba la excitación de los compromisos y bodas de otras personas; y con sus amigos, que la trataban como una buena compañera, sin rastro de aquella estupidez del sexo.

Pero todas las mujeres acaban siendo conscientes, tarde o temprano, de la impalpable pero potente presión para que se casen y Mary, que no era en absoluto sensible al ambiente o a las insinuaciones de los demás, la sufrió un día de improviso y del modo más desagradable.

Se hallaba en casa de una amiga casada, sentada en la veranda, de espaldas a una habitación iluminada. Estaba sola y oía voces hablando en voz baja y de repente, captó su propio nombre. Se levantó para entrar y que la vieran; fue típico de ella pensar en seguida en lo desagradable que sería para sus amigas saber que las había escuchado. Pero volvió a sentarse y esperó el momento oportuno para fingir que acababa de llegar del jardín. Y oyó la siguiente conversación, con el rostro encendido y las manos sudorosas:

—Ya no tiene quince años; ¡es ridículo! Alguien tendría que hablarle de sus vestidos.

—¿Qué edad tiene?

—Debe andar por los treinta y pico. Hace mucho tiempo que circula. Empezó a trabajar mucho antes que yo y de eso han pasado ya más de doce años.

—¿Por qué no se casa? Debe haber tenido muchas oportunidades.

Se oyó una risita ahogada.

—No lo creo. Mi marido salió una temporada con ella y cree que no se casará nunca. No está hecha para eso, en absoluto. Debe tener algo que no funciona.

—¿Tú crees?

—De todos modos, ha perdido mucho. El otro día la vi por la calle y apenas la reconocí. ¡De verdad! Con todos esos juegos, tiene la piel como pergamino y está demasiado flaca.

—Pero es una buena chica.

—Que no despertará ninguna pasión, te lo aseguro.

—Sería una buena esposa para el hombre apropiado. Mary es una persona fiel.

—Debería casarse con alguien mucho mayor que ella; le convendría un cincuentón... Ya verás, uno de estos días se casará con

un hombre que podría ser su padre.

—¡Quién sabe!

Otra risita ahogada, sin mala intención, pero que sonó cruel y maliciosa en los oídos de Mary. Estaba aturdida y horrorizada, y sobre todo profundamente dolida de que sus amigas hablaran así de ella a sus espaldas. Era tan ingenua, se olvidaba hasta tal punto de sí misma en sus relaciones con los demás, que nunca habría imaginado que la gente pudiera hacer aquella clase de comentarios sobre ella. ¡Y qué comentarios! Permaneció donde estaba, llena de angustia, retorciéndose las manos. Luego se sobrepuso y volvió a la habitación para reunirse con sus traidoras amigas, que la saludaron con cordialidad, como si un momento antes no le hubieran clavado un cuchillo en el corazón y dado al traste con su equilibrio emocional; ¡no podía reconocerse a sí misma en la descripción que habían hecho de ella!

Aquel pequeño incidente, al parecer tan poco importante y que no habría causado ningún efecto en una persona que tuviera una idea, aunque fuese mínima, de la clase de mundo en que vivía, conmocionó a Mary. Ella, que no había tenido nunca tiempo de pensar en sí misma, empezó a pasar horas enteras encerrada en su habitación, preguntándose: «¿Por qué dijeron aquellas cosas? ¿Qué me ocurre? ¿A qué se referían al decir que no estoy *hecha para eso*?» Y espiaba, implorante, los rostros de sus amigas para ver si encontraba trazas de su condena. Todavía se sentía más confusa y desgraciada al comprobar que seguían igual, que la trataban con la misma afabilidad de siempre. Empezó a sospechar dobles sentidos donde no existían y a encontrar malicia en las miradas de las personas que sólo sentían afecto hacia ella.

Mientras repasaba las palabras oídas por casualidad, se le ocurrieron maneras de mejorar su imagen. Se quitó la cinta del pelo, de mala gana, porque pensaba que la favorecía una aureola de rizos enmarcando su rostro largo y delgado, y se compró trajes sastre con los que se sentía a disgusto, porque consideraba más apropiados para ella los vestidos vaporosos y las faldas infantiles. Y por primera vez en su vida se sintió incómoda con los hombres. Al desvanecerse un pequeño fondo de desprecio hacia ellos, del que no era consciente y que la había protegido del sexo con la misma efectividad que si hubiera sido realmente fea, perdió el equilibrio. Y empezó a buscar a alguien con quien casarse. No se lo formuló con estas palabras pero, al fin y al cabo, era un ser eminentemente sociable, aunque nunca había pensado en la «sociedad» como abstracción; y si sus amigas pensaban que debía casarse, tal vez les asistía un poco de razón. Si hubiese aprendido alguna vez a expresar sus sentimientos, quizá se lo habría planteado de aquel modo. Y el primer hombre al que permitió

acercarse a ella era un viudo de cincuenta y cinco años con hijos ya mayores, porque con él se sentía segura… porque no asociaba ardores y abrazos con un caballero de mediana edad cuya actitud hacia ella era casi paternal.

Él sabía perfectamente lo que quería: una compañera agradable, una madre para sus hijos y alguien que le llevara la casa. Descubrió que Mary era una buena amiga y bondadosa con los niños. En realidad, nada podía ser más apropiado; puesto que al parecer tenía que casarse, aquélla era la clase de matrimonio que más le convenía. Pero las cosas se torcieron. Él sobrevaloró la experiencia de ella; tenía la impresión de que una mujer independiente desde hacía tanto tiempo sabría lo que quería y comprendería lo que él podía ofrecerle. Se estableció entre ambos una relación que fue diáfana para los dos hasta que él la pidió en matrimonio, fue aceptado y empezó a hacerle el amor. Entonces la dominó una violenta repugnancia y echó a correr; estaban en la cómoda sala de estar de él y, cuando empezó a besarla, salió corriendo de la casa ya de noche y no dejó de correr por las calles hasta que llegó al club. Allí se tiró sobre la cama, deshecha en llanto. Los sentimientos del caballero no se turbaron ante aquella clase de ñoñez, que un hombre más joven, físicamente enamorado de ella, podría haber encontrado encantadora. A la mañana siguiente, se horrorizó de su conducta. Vaya modo de comportarse; ella, que siempre era dueña de sí misma y nada temía más que las escenas y la ambigüedad. Se disculpó ante él, pero allí terminó todo.

Y entonces quedó desconcertada, sin saber lo que le convenía. Tenía la impresión de que había huido de él porque era «un viejo»; así catalogó el asunto en su imaginación. Se estremeció y evitó en lo sucesivo a los hombres mayores de treinta años. Ella misma sobrepasaba ya aquella edad, pero a pesar de todo seguía considerándose una chica joven.

Y todo el tiempo, inconscientemente, sin confesárselo a sí misma, buscaba un marido.

Durante aquellos pocos meses anteriores a su matrimonio, la gente habló de ella de una forma que la habría apenado, si lo hubiera sabido. Parece cruel que Mary, cuya caridad para con los fracasos y escándalos ajenos era resultado de una aversión innata por las cosas personales como el amor y la pasión, estuviera condenada toda su vida a ser objeto de la maledicencia. Pero así era y aquella vez no fue una excepción. La historia escandalosa y bastante ridícula de aquella noche en que huyó de su anciano amante recorrió el amplio círculo de sus amistades, aunque es imposible saber quién fue el primero en enterarse. El caso es que cuando la gente la oyó, todos movieron la cabeza y rieron como si confirmara algo que sabían desde hacía mucho tiempo. ¡Una mujer de treinta años portándose de aquel modo!

Rieron con bastante malicia; en esta época del sexo científico, nada se antoja más ridículo que la torpeza sexual. No la perdonaron; se rieron, pensando que en cierto modo le estaba bien empleado.

La encontraban muy cambiada, aburrida y más fea; el cutis se le había ajado, como si estuviera a punto de caer enferma; era evidente que sufría una crisis nerviosa, lo cual no era de extrañar a su edad y con la vida que llevaba; buscaba a un hombre y no podía conseguirlo. Además, sus modales eran tan extraños últimamente… Así hablaban de ella sus conocidos.

Es terrible destruir la imagen que una persona tiene de sí misma en aras de la verdad o cualquier otra abstracción. ¿Cómo saber si será *capaz* de crear otra que le permita seguir viviendo? La idea que Mary tenía de sí misma había sido destruida y no estaba equipada para crear otra. No podía existir sin aquella amistad casual e impersonal con otras personas; y ahora tenía la impresión de que la miraban con piedad y también con un poco de impaciencia, como si después de todo fuese una mujer realmente fútil. Se sentía como nunca se había sentido: hueca por dentro, vacía, y en aquella vaciedad irrumpía de vez en cuando un enorme pánico, como si no hubiera nada en el mundo a lo que pudiera agarrarse. Le daba miedo tratarse con los demás y, sobre todo, con los hombres. Si uno la besaba (y lo hacían, intuyendo su estado de ánimo), sentía asco; por otra parte, iba al cine con más frecuencia que nunca y salía inquieta y febril. No parecía existir ninguna conexión entre el deformado espejo de la pantalla y su propia vida; era imposible armonizar lo que quería para sí misma con lo que se le ofrecía.

A la edad de treinta años, aquella mujer que había recibido una «buena» educación pública, llevado una vida cómoda, divirtiéndose de un modo civilizado, y tenido acceso a todos los conocimientos de su época (aunque sólo leía novelas malas), sabía tan poco sobre sí misma que había perdido el equilibrio porque un par de mujeres chismosas habían dicho que debería casarse.

Entonces conoció a Dick Turner. Podría haber sido cualquier otro. O, mejor dicho, tenía que ser el primer hombre que la tratara como si fuese única y maravillosa. Lo necesitaba con urgencia, necesitaba recuperar su sentimiento de superioridad sobre los hombres que, en el fondo, había sido lo que realmente la había ayudado a vivir durante todos aquellos años.

Se conocieron por casualidad en un cine. Él había ido a pasar el día desde su granja; iba muy raramente a la ciudad, sólo cuando tenía que comprar artículos que no encontraba en la tienda local, lo que sucedía una o dos veces al año. En aquella ocasión encontró a un hombre a quien no veía desde hacía años y que le convenció para que se quedara en la ciudad y fuera al cine. Casi le divirtió acceder; todo

parecía muy ajeno a su estilo de vida. Su camioneta, llena a rebosar de sacos de grano y dos gradas, estaba aparcada frente al cine, donde estorbaba y se veía muy fuera de lugar; y Mary miró hacia atrás a aquellos objetos poco familiares y sonrió. No pudo por menos de sonreír al verlos; amaba la ciudad, se sentía segura en ella y asociaba el campo con su infancia a causa de las pequeñas aldeas donde había vivido, rodeadas de kilómetros y kilómetros de vacío… kilómetros y kilómetros de veld.

A Dick Turner le desagradaba la ciudad. Cuando iba desde el veld que conocía tan bien, a través de aquellos feos y dilatados suburbios que parecían salidos de los catálogos de nuevas urbanizaciones; casas pequeñas y feas construidas de cualquier modo en el veld, sin ninguna relación con la marrón y dura tierra africana y el cielo azul y abovedado, casitas cómodas adecuadas para países pequeños y cómodos; y después desembocaba en la parte comercial de la ciudad, con sus tiendas llenas de prendas de vestir para mujeres elegantes y exóticos alimentos de importación, se sentía molesto, confuso y enfurecido.

Padecía claustrofobia. Quería echar a correr… huir o destrozarlo todo, así que volvía lo antes posible a su granja, donde se encontraba a gusto.

Pero hay miles de personas en África que podrían ser trasladadas de su suburbio y depositadas en una ciudad del otro confín del mundo sin que apenas notaran la diferencia. El suburbio es tan invencible y fatal como las fábricas y ni siquiera la hermosa Sudáfrica, cuya tierra parece profanada por los remilgados suburbios que reptan por su superficie como una enfermedad, ha podido salvarse de ellos. Cuando Dick Turner los veía y pensaba en el modo de vivir de sus habitantes y en cómo la cauta mente suburbana estaba arruinando a *su* país, deseaba maldecir, destrozar y asesinar. No podía soportarlo. No expresaba aquellos sentimientos con palabras porque, viviendo como él vivía, todo el día en contacto con la tierra, había perdido el hábito de hilvanar frases. Pero se trataba de sus sentimientos más fuertes. Habría sido capaz de matar a los banqueros, financieros, magnates y funcionarios… a todos aquellos que construían casitas cómodas con jardines rodeados de setos y llenos de flores, con preferencia inglesas.

Y sobre todo, detestaba el cine. Cuando en aquella ocasión se encontró en la sala, se preguntó qué le habría impulsado a quedarse. No podía fijar la vista en la pantalla. Las mujeres de piernas largas y caras maquilladas le aburrían y el argumento no tenía sentido. Además, hacía calor y el aire estaba viciado. Al cabo de un rato prescindió por completo de la pantalla y contempló a los espectadores. Delante, alrededor y detrás de él, hileras y más hileras de gente que miraba con fijeza hacia la pantalla, apartándose unos de otros,

centenares de personas que habían abandonado sus cuerpos y vivían las experiencias de aquellos estúpidos actores que hacían muecas. Se sentía muy inquieto.

Se removió en el asiento, encendió un cigarrillo y miró hacia las cortinas de terciopelo oscuro que ocultaban las salidas. Y entonces, al dirigir la mirada hacia su misma hilera, vio un rayo de luz procedente del techo que iluminaba la curva de una mejilla y una cabellera rubia y resplandeciente. El rostro parecía flotar, anhelante, mirando hacia arriba, cruzado por reflejos dorados y rojizos bajo el extraño rayo verdoso. Dio un codazo a su amigo y preguntó: «¿Quién es?» «Mary», fue el gruñido que siguió a una breve ojeada. Pero «Mary» no dijo mucho a Dick. Permaneció vuelto hacia el bello rostro flotante y la cabellera suelta y, cuando terminó la sesión, la buscó, atolondrado, entre el gentío apiñado en la puerta. Pero no pudo verla. Supuso vagamente que debía de haberse ido con alguien. Tenía que llevar a una chica a su casa a la que apenas dirigió una mirada. Vestía de un modo que se le antojó ridículo y los tacones altos sobre los que se tambaleaba al cruzar la calle a su lado le daban ganas de reír. Una vez dentro de la camioneta, la chica miró por encima del hombro hacia la repleta parte trasera y preguntó con voz rápida y afectada:

—¿Qué son esas cosas tan raras que llevas ahí?

—¿No has visto nunca una grada? —preguntó él a su vez. La dejó sin lamentarlo ante la casa donde vivía, un gran edificio lleno de luces y bullicio, y la olvidó inmediatamente.

En cambio, soñó con la chica del rostro levantado y la melena de cabellos sueltos y resplandecientes. Era un lujo soñar con una mujer, porque se había prohibido a sí mismo semejantes pasatiempos. Había empezado a cultivar la tierra hacía cinco años y aún no sacaba beneficios. Estaba en deuda con el Banco Agrícola y fuertemente hipotecado porque no tenía ningún capital cuando empezó. Había renunciado a beber, a fumar, a todo lo que no fuera estrictamente necesario. Trabajaba como sólo puede trabajar un hombre poseído por una visión, desde las seis de la mañana hasta las siete de la tarde, comiendo en los campos, todo él concentrado en la granja. Su sueño era casarse y tener hijos, pero no podía pedir a una mujer que compartiera semejante vida. Antes tenía que saldar su deuda, construir una casa, ser capaz de ofrecer algún pequeño lujo. Después de sacrificarse durante años, parte de su sueño era mimar a su futura esposa. Sabía con exactitud qué clase de casa construiría: no uno de aquellos insensatos edificios, parecidos a bloques, plantados encima de la tierra. Quería una casa con techumbre de paja, grande, con amplias verandas abiertas a la brisa. Incluso había elegido los hormigueros que cavaría para hacer los ladrillos y marcado las partes de la granja donde la hierba crecía más alta, hasta rebasar la estatura de un

hombre, para cubrir el techo. Sin embargo, a veces tenía la impresión de que estaba muy lejos de conseguir lo que ansiaba. Le perseguía la mala suerte. Sabía que los granjeros de los alrededores le llamaban «Jonás». Si había sequía, a él le tocaba la peor parte, y si llovía a cántaros, su granja se inundaba más que ninguna otra. Si decidía cultivar algodón, éste bajaba súbitamente de precio, y si había una plaga de langostas, sabía, con una especie de airado, pero resuelto fatalismo, que irían directamente hacia su mejor campo de maíz. Su sueño había perdido grandiosidad en los últimos tiempos. Estaba solo, necesitaba una esposa y, sobre todo, hijos; y si las cosas continuaban como hasta entonces, pasarían años antes de que pudiera tenerlos. Empezó a pensar en pagar *parte* de la hipoteca y añadir otra habitación a la casa y comprar algunos muebles a fin de poder adelantar la boda. Pensó en la chica del cine, que pronto se convirtió en el foco de su trabajo y sus fantasías, aunque se maldecía a sí mismo por ello, sabiendo que pensar en las mujeres y, en particular, en aquella mujer, era más peligroso para él que la misma bebida; pero todo fue inútil. Un mes después de su visita a la ciudad, se sorprendió planeando la siguiente. No era necesaria y lo sabía; renunció incluso a convencerse a sí mismo de que era necesaria. En la ciudad, despachó con rapidez los pocos asuntos que tenía pendientes y fue a buscar a alguien que pudiera decirle el apellido de Mary.

Cuando se detuvo ante el gran edificio, lo reconoció, pero no relacionó a la chica que había acompañado a su casa aquella noche con la chica del cine. Ni siquiera la reconoció cuando bajó al vestíbulo y se quedó parada, buscándole. Vio a una chica alta y delgada, de ojos evasivos, profundamente azules, que parecían afligidos. Llevaba el pelo ondulado, muy pegado a la cabeza, y vestía pantalones. Las mujeres que iban con pantalones no le parecían nada femeninas; en aquello era muy anticuado. Entonces ella inquirió: «¿Me busca a mí?», muy perpleja y tímida y al instante él recordó aquella voz tonta preguntándole sobre las gradas y la miró con expresión incrédula. Estaba tan desilusionado que empezó a tartamudear y a mover los pies. Entonces pensó que no podía permanecer allí para siempre, mirándola con fijeza, y la invitó a dar un paseo en coche. No fue una velada agradable. Él estaba enfadado consigo mismo por su desengaño y debilidad; ella se sentía halagada pero no dejaba de preguntarse por qué la habría invitado, ya que apenas le dirigió la palabra mientras conducía sin rumbo por la ciudad con ella sentada a su lado. Él quería encontrar a la chica de sus sueños y lo consiguió antes de llevarla de vuelta a su casa. La miró de soslayo cada vez que pasaron por delante de un farol y comprendió que un juego de luces había creado algo hermoso y extraño en una chica corriente y no muy atractiva. Y entonces empezó a gustarle, porque era esencial para él amar a

alguien; no se había dado cuenta de lo solo que estaba. Cuando la dejó aquella noche, fue con pesar, y le dijo que volvería pronto.

De regreso en la granja, reanudó con ahínco el trabajo. Si no tenía cuidado, aquello terminaría en boda y no podía permitirse aquel lujo. Así pues, todo había terminado. La olvidaría y no volvería a pensar en aquel asunto. Además, ¿qué sabía de ella? ¡Nada en absoluto! Sólo que parecía una chica «muy mimada», desde luego no de la clase apta para compartir la vida dura de un granjero. Así discutía consigo mismo, trabajando con más afán que nunca y pensando a veces: «Después de todo, si este año obtengo una buena cosecha, siempre estoy a tiempo de volver a visitarla». Se acostumbró a caminar diecisiete kilómetros diarios por el veld, con la escopeta al hombro, una vez terminado el trabajo, con el propósito de agotarse. Acabó exhausto, adelgazó y llegó a parecer un visionario. Luchó consigo mismo durante dos meses, hasta que un día se sorprendió preparándose para ir en coche a la ciudad, como si lo tuviera decidido desde hacía tiempo y todas sus exhortaciones y la disciplina que se había impuesto no fueran más que una pantalla para ocultarse a sí mismo sus verdaderas intenciones. Mientras se vestía, silbaba una tonadilla, aunque en tono apagado, y en su rostro se dibujaba una sonrisa de desaliento.

En cuanto a Mary, aquellos dos meses fueron una larga pesadilla. Había hecho el viaje desde su granja después de conocerla durante cinco minutos y luego, tras dedicarle una velada, no se había animado a volver. Sus amigas tenían razón, le faltaba algo o, si no le faltaba, no le funcionaba bien. Pero se obstinó en recordarle, pese al hecho de repetirse a sí misma que era una inútil, una fracasada, un ser ridículo a quien nadie quería. Dejó de salir por las noches para quedarse en su habitación esperando que fuera a buscarla. Pasaba sola horas y horas, con la mente en blanco a fuerza de sentirse desgraciada; y por las noches soñaba que luchaba por cruzar un desierto de arena o subía escaleras que se derrumbaban cuando llegaba arriba, haciéndola resbalar de nuevo hasta abajo. Por las mañanas se despertaba cansada y deprimida, incapaz de afrontar la jornada de trabajo. Su jefe, acostumbrado a su invariable eficiencia, le dijo que se tomara unas vacaciones y no volviera hasta que se sintiera mejor. Salió de la oficina con la sensación de que la habían echado (aunque el jefe no pudo ser más comprensivo con su agotamiento) y permaneció todo el día en el club. Si se iba de vacaciones, Dick no la encontraría. Y sin embargo, ¿qué era Dick para ella, en realidad? Nada; apenas le conocía. Era un hombre flaco, requemado por el sol, de voz lenta y ojos profundos, que había aparecido en su vida por casualidad; aquello era todo lo que podía decir de él. No obstante, daba la impresión de que estaba enfermando por su causa. Toda su inquietud, todos sus vagos sentimientos de inferioridad se centraban en él, y

cuando se preguntó, consternada, por qué tenía que ser él y no cualquier otro de los hombres que conocía, no obtuvo una respuesta satisfactoria.

Semanas después de que renunciara a toda esperanza y hubiese acudido al médico para que le recetara algo porque «se sentía cansada» y le habían dicho que se fuera en seguida de vacaciones si quería evitar un derrumbamiento total; cuando ya había llegado a tal estado de abatimiento, que le era imposible salir con ninguno de sus antiguos amigos, obsesionada como estaba con la idea de que su amistad era un pretexto para disimular las habladurías maliciosas y una verdadera antipatía hacia ella, volvieron a reclamar una noche su presencia en el vestíbulo. No pensaba en Dick. Cuando le vio, necesitó todo su autodominio para saludarle con calma; si hubiera demostrado su emoción, tal vez él habría renunciado a ella. A aquellas alturas ya había logrado convencerse a sí mismo de que era una persona práctica, adaptable y serena que sólo necesitaría unas pocas semanas en la granja para ser como él quería que fuese. Unas lágrimas histéricas le habrían escandalizado, destrozado su visión de ella.

Fue a una Mary maternal y en apariencia tranquila a la que hizo su proposición de matrimonio. Cuando ella le aceptó, se mostró enamoradísimo, humilde y agradecido. Se casaron por dispensa especial dos semanas después. El deseo de Mary de casarse lo más deprisa posible le sorprendió; la veía como una mujer ocupada y popular, con un lugar seguro en la vida social de la ciudad y pensaba que necesitaría cierto tiempo para arreglar sus asuntos; aquella idea de ella formaba parte de la atracción que ejercía sobre él. Pero, en realidad, una boda rápida favorecía sus planes. Detestaba la idea de esperar en la ciudad mientras una mujer se preocupaba de trapos y damas de honor. No hubo luna de miel. Explicó que era demasiado pobre para permitirse aquel lujo, aunque si ella insistía, trataría de complacerla. Ella no insistió. Consideró un gran alivio escapar de una luna de miel.

# Capítulo tercero

Una gran distancia separaba la ciudad de la granja, bastante más de ciento cincuenta kilómetros, y cuando él dijo que habían cruzado los límites era ya negra noche. Mary, que estaba medio dormida, se enderezó para ver la granja y vio las sombras difusas de árboles bajos, como aves grandes y silenciosas que pasaran volando; y más allá un cielo impreciso agrietado y cuajado de estrellas. El cansancio relajaba sus miembros y calmaba su sistema nervioso. La tensión de los últimos meses se traducía en una aquiescencia muda, en una apatía rayana en la indiferencia. Pensó que sería un cambio agradable vivir en paz; no se había dado cuenta de lo exhausta que estaba después de tantos años de actividad interrumpida. Se dijo a sí misma, decidida a afrontarlo, que ahora viviría «cerca de la naturaleza». Era una frase destinada a suavizar la aversión que sentía por el veld. «Acercarse a la naturaleza» estaba sancionado por el grato sentimentalismo de los libros que solía leer y era una abstracción consoladora. Los fines de semana en que había ido de excursión con grupos de chicos y chicas y pasado el día sentada en calientes rocas a la sombra, escuchando música de baile americana tocada por un gramófono portátil, también había pensado que «se acercaba a la naturaleza». «Es agradable salir de la ciudad», decía. Pero, como ocurre con la mayoría de personas, sus palabras no tenían relación alguna con lo que sentía: siempre representaba para ella un gran alivio volver a los grifos de agua caliente y fría, a las calles y a la oficina.

Aun así, sería su propia dueña; aquello era el matrimonio, la razón por la que se casaban sus amigas: para tener hogares propios y que nadie les dijera lo que tenían que hacer. Pensó vagamente que había hecho bien en casarse, todo el mundo había tenido razón. Porque, al mirar hacia atrás, tuvo la impresión de que todos sus conocidos habían trabajado en secreto, en silencio pero sin pausa para convencerla de que debía casarse. Sería feliz. No tenía la menor idea de cómo iba a ser su vida. La pobreza, de la que Dick le había hablado con escrupulosa humildad, era otra abstracción que no tenía nada que ver con las privaciones de su infancia. La veía como una lucha bastante estimulante contra la adversidad.

El coche se detuvo al fin, despertándola. La luna se había ocultado tras una nube grande y luminosa y de improviso reinó una profunda oscuridad, kilómetros de oscuridad bajo un cielo apenas iluminado por las estrellas. Alrededor todo eran árboles, los árboles chatos y aplanados de la altiplanicie del veld que parecen haber sido deformados por el sol y que rodeaban como vagas presencias oscuras

el pequeño claro donde el coche se había detenido. Había un edificio pequeño y cuadrado cuyo tejado de chapa ondulada empezó a lanzar destellos blancos cuando la luna salió de detrás de la nube e inundó el claro con su resplandor. Mary bajó del coche y lo vio desaparecer por la parte trasera de la casa. Miró a su alrededor, un poco temblorosa, porque los árboles exhalaban un aliento frío y sobre la llanura flotaba un vapor frío y blancuzco. En el absoluto silencio, oyó innumerables susurros entre los matorrales, como si colonias de seres extraños hubieran enmudecido a su llegada y ahora reanudaran su interrumpida actividad. Miró hacia la casa, que aparecía cerrada, oscura y sofocante bajo el chorro de luz blanca. Un camino bordeado de piedras despedía blancos destellos delante de ella y lo enfiló, alejándose de la casa y yendo hacia los árboles, cuyo tamaño y suavidad aumentó a medida que se iba acercando. Entonces gritó un pájaro extraño, que emitió un sonido nocturno y salvaje, y Mary dio media vuelta y huyó corriendo, súbitamente aterrada, como si un aliento hostil hubiera soplado sobre ella, procedente del mundo de los árboles. Y mientras se tambaleaba por el terreno desigual sobre sus altos tacones y recobraba el equilibrio, sonó un aleteo y una risa de lechuzas despertadas por los faros del coche, y aquel sonido familiar la tranquilizó. Se detuvo ante la casa y alargó la mano para tocar las hojas de una planta que crecía en una maceta de hojalata sobre el antepecho de la veranda. Los dedos le quedaron impregnados de la seca fragancia de los geranios. Entonces apareció un cuadrado de luz en la pared de la casa y vio la alta silueta de Dick encorvándose para entrar, deslumbrado, por la vela que sostenía delante de él. Mary subió los peldaños hasta la puerta y se detuvo, esperando. Dick había vuelto a desaparecer, dejando la vela sobre la mesa. A la pálida luz amarillenta, la habitación parecía minúscula, diminuta y muy baja; el techo era la misma chapa ondulada que había visto desde fuera; se olía fuertemente a moho, a un tufo casi animal. Dick volvió con una vieja lata de chocolate con el borde aplanado hasta formar un embudo y se subió a una silla para llenar la lámpara colgada del techo. La parafina se derramó, goteando hasta el suelo, y el fuerte olor la repugnó. La luz se encendió con una llamarada, que osciló hasta inmovilizarse en una corta llama amarilla. Ahora Mary pudo ver las pieles de animales sobre el suelo de ladrillos rojos; una especie de gato salvaje, o tal vez un leopardo pequeño, y una más grande, de antílope. Se sentó, abrumada por la extrañeza del ambiente. Sabía que Dick observaba su rostro, buscando signos de desilusión, de ahí que hiciera un esfuerzo por sonreír, aunque la embargaban toda clase de recelos; la minúscula y sofocante habitación, el suelo de ladrillos, la grasienta lámpara no eran lo que ella había imaginado. Satisfecho, al parecer, Dick sonrió con agradecimiento y dijo: «Haré un poco de té» y

desapareció de nuevo. Cuando volvió, la encontró de pie junto a la pared, mirando dos grabados pegados a ella. Uno era una chica de una caja de bombones, sosteniendo una rosa en la mano, y el otro una hoja de calendario que representaba a un niño de unos seis años.

Se ruborizó al verla y arrancó los grabados. «Hacía años que no los miraba», murmuró, rasgándolos. «Pero déjalos», protestó ella, sintiéndose una intrusa en la vida íntima de aquel hombre; los dos grabados clavados con tachuelas a la pared le habían dado por primera vez una medida de su soledad y le hicieron comprender su apresurado galanteo y la ciega necesidad que tenía de ella. Pero se sentía ajena a él, incapaz de adaptarse a aquella necesidad. Miró hacia el suelo y vio la bella carita infantil con una aureola de rizos, ahora partida por la mitad. Recogió los papeles, pensando que debían gustarle mucho los niños. Nunca habían hablado de los hijos, no habían tenido tiempo para ello. Buscó una papelera, porque le molestaba ver trozos de papel por el suelo, pero Dick se los cogió de la mano, hizo una pelota con ellos y los tiró a un rincón. «Podemos colgar otra cosa», sugirió con timidez. Fue su timidez, su actitud defensiva ante ella lo que la llenó de firmeza. El sentimiento protector que experimentaba al verle de aquel modo, vacilante y sumiso, evitaba que tuviera que pensar en él como en el marido que tenía autoridad sobre ella. Se sentó con aplomo ante la bandeja y le miró mientras servía el té. Sobre la bandeja de hojalata, cubierta por un paño sucio y roto, había dos enormes tazas resquebrajadas. Oyó la voz de él a través de una oleada de repugnancia: «Pero éste es tu trabajo ahora», y Mary le cogió la tetera y llenó las tazas, sintiendo que él la observaba con orgullo y satisfacción.

Ya estaba allí ella, la mujer, llenando su desnuda y pequeña casa con su presencia, y apenas era capaz de contener el placer y la exaltación que le colmaban. Pensó que había sido un insensato al esperar tanto tiempo, al vivir solo tantos años, planeando un futuro tan fácil de conseguir. Y entonces se fijó en el elegante vestido de ella, en los tacones altos y las uñas pintadas y volvió a sentir cierta inquietud. Para ocultarla, empezó a hablar de la casa, con humildad, debido a su pobreza, y sin desviar la vista del rostro de ella. Le contó que la había construido él mismo, poniendo ladrillo por ladrillo con sus propias manos, aunque no sabía nada sobre construcción, para ahorrarse los jornales del albañil nativo; que la había amueblado despacio, empezando por la cama, para poder dormir, y una caja de embalaje como mesa de comedor; que un vecino le había dado una mesa y otro, una silla, y poco a poco el lugar se había hecho habitable. Las alacenas eran latas de gasolina pintadas y cubiertas con cortinas de tela floreada. No había puerta entre aquella habitación y la contigua, sólo un pesado cortinaje de arpillera bordada profusamente

con lana roja y negra por la esposa de Charlie Slatter, el dueño de la granja vecina. Continuó detallando la historia de cada cosa y ella cayó en la cuenta de que todo lo que a sus ojos era tan pobre y patético, para él representaba sendas victorias sobre la incomodidad y empezó a sentir, lentamente, que en realidad no estaba en esta casa, con su marido, sino otra vez con su madre, contemplando sus interminables esfuerzos para ahorrar, remendar, zurcir… hasta que se levantó de repente con un movimiento amplio y torpe, incapaz de soportarlo, obsesionada por la idea de que su padre la había obligado desde la tumba a reanudar la clase de vida a que había condenado a su madre.

—Vamos a la otra habitación —dijo con brusquedad y un áspero tono de voz. Dick se levantó a su vez, sorprendido y un poco molesto por haber sido interrumpido en medio de sus explicaciones. La otra habitación era el dormitorio, donde había también una cortina de arpillera bordada, una estantería, latas de gasolina que sostenían un espejo y la cama comprada por Dick para la ocasión. Era una auténtica cama de matrimonio, alta, maciza y anticuada; aquella era su idea del lecho conyugal. La había adquirido en unas rebajas, convencido, al entregar el dinero, de que estaba comprando la felicidad misma.

Al verla de pie allí en medio, mirando a su alrededor con expresión perpleja y patética, llevándose las manos a las mejillas como si le doliera algo, Dick se compadeció de ella y la dejó sola para que se desnudara. Mientras se despojaba de la ropa detrás de la cortina, sintió de nuevo una amarga punzada de culpabilidad. No tenía derecho a casarse, ninguno, ninguno. Lo murmuró varias veces, torturándose con la repetición, y cuando golpeó tímidamente la pared y al entrar la vio acostada de espaldas a él, se le acercó con la humilde adoración que era el único contacto soportable para ella.

Mary pensó, cuando todo hubo terminado, que a fin de cuentas no era tan horrible, no tanto como había supuesto. No había significado nada para ella, absolutamente nada. Había esperado un atropello y una imposición y la alivió mucho comprobar que no había sentido nada. Podía conceder maternalmente el don de sí misma a aquel humilde desconocido y permanecer intacta. Las mujeres tienen una extraordinaria habilidad para aislarse de la relación sexual, para inmunizarse contra ella de un modo que hace sentir a los hombres humillados e insultados sin que puedan encontrar nada tangible de qué lamentarse. Mary no tuvo que aprenderlo, porque era algo natural en ella y porque nunca había esperado sentir nada —al menos, nada con aquel hombre, que era de carne y hueso y por lo tanto bastante ridículo— pues no era el imaginado por ella, al que había dotado de manos y labios pero no de cuerpo. Y si Dick se sintió frustrado y desairado, brutal y ridículo, su sentido de culpabilidad le dijo que no era ni más ni menos lo que merecía. ¿Y si en realidad *necesitaba*

sentirse culpable? ¿Y si no era un matrimonio tan malo, después de todo? Hay un sinnúmero de matrimonios en que los dos cónyuges, ambos retorcidos y ruines en lo más recóndito de sí mismos, se complementan porque se hacen mutuamente desgraciados del modo que más les conviene, de la forma exigida por la pauta de sus existencias. En cualquier caso, cuando Dick se volvió para apagar la luz y vio los pequeños zapatos puntiagudos caídos de lado sobre la piel del leopardo que había matado el año anterior, repitió una vez más para sus adentros, con una oleada de satisfacción en su contrita humildad: «No tenía derecho».

Mary contempló cómo oscilaba al extinguirse la llama de la lámpara, saltando por paredes y techo y por los brillantes cristales de la ventana, y se durmió apretando con gesto protector la mano de él, como podría haber cogido la de un niño al que hubiera lastimado.

# Capítulo cuarto

Cuando se despertó, se encontró sola en la cama y oyó sonar un gong en la parte trasera de la casa. Por la ventana vio una tenue luz dorada sobre los árboles y franjas de sol rosado en las blancas paredes que ponían de manifiesto la tosca superficie del encalado. Mientras las contemplaba, su color se intensificó hasta adquirir un amarillo vivo que invadió de oro la habitación y la hizo parecer aún más pequeña, “más baja y más desnuda que la noche anterior a la débil luz de la lámpara. Un momento después Dick volvió en pijama y le tocó la mejilla con la mano para que sintiera el frío del amanecer en su piel.

—¿Has dormido bien?

—Sí, gracias.

—Ahora mismo traen el té.

Eran corteses y tímidos el uno con el otro, repudiando los contactos de la noche. Él se sentó en el borde de la cama mientras comía galletas. Un nativo entrado en años llevó la bandeja, que colocó sobre la mesa.

—Esta es la nueva ama —le dijo Dick—. Te presento a Samson, Mary.

El viejo criado, con la mirada fija en el suelo, saludó:

—Buenos días, ama. —Y entonces añadió cortésmente, dirigiéndose a Dick, como si fuera algo que se esperase de él—: Muy simpática, muy simpática, amo.

Dick rió y dijo:

—Cuidará de ti; no es un mal granuja.

A Mary le escandalizó aquella actitud condescendiente, pero se calmó al comprender que era todo pura fórmula. Sólo persistió cierta indignación y se dijo para sus adentros: «¿Y quién cree que es *él*?» Pero Dick no se daba cuenta de nada y era absurdamente feliz.

Bebió de un trago dos tazas de té, fue a vestirse y volvió con camisa y pantalones cortos de color caqui para despedirse antes de marchar a los campos. Cuando se hubo ido, Mary se levantó y miró a su alrededor. Samson limpiaba la habitación donde habían entrado al llegar la noche anterior, reuniendo todos los muebles en el centro, así que Mary pasó por su lado y salió a la pequeña veranda, que era una simple extensión del tejado de chapa, apuntalada sobre tres pilares de ladrillo y rodeada de una pared baja. Había varias latas de gasolina pintadas de verde oscuro, con la pintura rayada y llena de ampollas, en las que crecían geranios y otras plantas de flor. Al otro lado de la veranda había un espacio de arena pálida y luego matorrales bajos y tupidos que descendían hasta el *vlei*, un valle pantanoso cubierto de

hierba alta y brillante. Más allá había más matorrales, *vleis* ondulados y colinas que, en el horizonte, se convertían en montañas bajas. Vio que la casa estaba construida sobre una altiplanicie de varios kilómetros de extensión, rodeada de una cadena de montañas azules, hermosas y difusas, muy lejanas de la parte delantera de la casa, pero próximas a la parte trasera. Mary pensó que haría mucho calor, porque estaban encerrados. Pero, protegiéndose los ojos con la mano, miró hacia los *vleis*, que se le antojaron extraños y hermosos con su follaje verde mate, los interminables espacios de hierba leonada que lanzaba destellos dorados bajo el sol y la luminosa bóveda azul del cielo. Sonaba un coro de pájaros, una estridente cascada de sonidos que jamás había oído en parte alguna.

Rodeó la casa para ver la parte posterior y descubrió que era un rectángulo: las dos habitaciones que ya conocía y detrás de ellas la cocina, la despensa y el cuarto de baño. Al final de un corto sendero, disimulado tras un curvado seto de hierba, se veía una estrecha garita que era el retrete. A un lado había el gallinero, rodeado de una gran alambrada y lleno de flacos polluelos blancos, mientras en la explanada de tierra compacta picoteaban unos cuantos pavos. Entró en la casa por detrás, a través de la cocina, que contenía un fogón de madera y una maciza mesa de madera de chaparral que ocupaba la mitad de la habitación. Samson estaba en el dormitorio, haciendo la cama.

Nunca había tenido contacto con nativos en calidad de ama. Le estaba vedado hablar a los criados de su madre; en el club era agradable con los camareros; pero el «problema de los nativos» sólo significaba para ella las quejas proferidas a la hora del té por otras mujeres a propósito de sus sirvientes. Les tenía miedo, por supuesto; todas las mujeres de Sudáfrica son educadas para temerlos. De niña le habían prohibido pasear sola y cuando preguntó por qué, le dijeron con la voz furtiva y baja, pero convencida, que siempre asociaba con su madre, que eran malos y podían hacerle cosas horribles.

Y ahora tendría que afrontar aquella cuestión de luchar con los nativos —daba por sentado que sería una lucha— y se sentía reacia a ello, aunque resuelta a no dejarse dominar. Pero estaba bien dispuesta hacia Samson, que era un nativo viejo y respetuoso, de expresión afable, y que le preguntó cuando la vio entrar en el dormitorio:

—¿Desea el ama ver la cocina?

Había esperado que Dick le enseñara la casa, pero en vista de que el nativo estaba ansioso por hacerlo, accedió. La precedió hasta la parte trasera, arrastrando un poco los pies descalzos. Allí abrió la despensa: un lugar oscuro, de ventanas altas, lleno de provisiones de todas clases, entre ellas grandes latas de azúcar, harina y maíz.

—El amo tiene las llaves —explicó y a ella le divirtió aquella

natural aceptación de una medida preventiva que sólo podía tener un fin: evitar sus hurtos.

Entre Samson y Dick existía un acuerdo perfecto. Dick lo encerraba todo bajo llave, pero sacaba para su uso un tercio más de lo necesario, que Samson se apropiaba sin considerarlo un robo. Sin embargo, no había mucho que robar en casa de un hombre soltero y Samson esperaba que las cosas mejoraran ahora que había una mujer. Con deferencia y cortesía, enseñó a Mary la exigua pila de ropa blanca, los utensilios, el funcionamiento del fogón, el montón de leña de la parte posterior; todo con el aire de un fiel servidor que entrega las llaves al dueño legítimo. También le enseñó, a instancias de ella, el viejo disco de arado que pendía de la rama de un árbol sobre el montón de leña, junto con el cerrojo de hierro oxidado que servía para golpearlo. Era aquello lo que había oído al despertarse por la mañana; lo tocaban a las cinco y media para despertar a los peones del recinto contiguo y de nuevo a las doce y media y a las dos para marcar la pausa de la comida. Era un ruido pesado y penetrante cuyo eco se oía en kilómetros a la redonda entre los chaparrales.

Volvió a la casa mientras el viejo preparaba el desayuno; el canto de los pájaros ya había sido acallado por el creciente calor; a las siete de la mañana Mary ya tenía la frente húmeda y el cuerpo pegajoso.

Dick llegó media hora más tarde, contento de verla, pero preocupado. Fue directamente hacia la parte trasera de la casa y Mary le oyó gritar a Samson en fanagalo[2]. No entendió una sola palabra. Dick explicó al volver:

—Ese viejo estúpido ha soltado otra vez a los perros. Le dije que no lo hiciera.

—¿Qué perros?

—Cuando no estoy aquí, empiezan a inquietarse y se van solos de caza, a veces durante días enteros; entonces tienen tropiezos en la selva. Los soltó porque es demasiado perezoso para alimentarlos.

Comió en silencio, con el ceño fruncido y una tensión nerviosa entre los ojos. El plantador se había estropeado, un carro había perdido una rueda, habían subido una cuesta en la furgoneta con el freno de mano puesto, por pura desidia. Volvía a estar metido de lleno en sus cosas, soportando las mismas irritaciones y el mismo desaliento frente a una desenfadada incompetencia. Mary no dijo nada; todo era demasiado extraño para ella.

Inmediatamente después del desayuno, cogió el sombrero de la silla y se marchó de nuevo. Mary buscó un libro de cocina y se puso a leerlo ante el fogón. A media mañana regresaron los perros, dos grandes canes cruzados que fueron hacia Samson para pedirle alegremente perdón por su escapada, haciendo caso omiso de ella, la desconocida. Bebieron con avidez, derramando regueros de agua por

el suelo de la cocina y después se echaron a dormir sobre las pieles de la habitación principal, oliendo a la carne devorada en la selva.

Cuando hubo terminado sus experimentos culinarios —observados por el nativo Samson con aire de cortés condescendencia— Mary se sentó en la cama con un manual de fanagalo. Por lo visto era lo primero que debía aprender; no podía lograr que Samson la entendiera.

# Capítulo quinto

Mary compró telas floreadas con sus ahorros e hizo fundas de almohadones y cortinas; también compró un poco de ropa blanca, una vajilla de loza y tela para vestidos. La casa fue perdiendo poco a poco el aire de miseria y adquirió cierto atractivo modesto, con cortinas alegres y algunos grabados. Trabajó mucho, buscando la mirada de sorpresa y aprobación de Dick cuando regresaba de los campos y se fijaba en cada novedad. Un mes después de su llegada, recorrió la casa y vio que no podía hacerse nada más. De todos modos, ya no le quedaba más dinero.

Se había adaptado con facilidad al nuevo ritmo. El cambio fue tan total que le parecía ser otra persona. Todas las mañanas se despertaba al oír el disco del arado y tomaba el té en la cama con Dick. Cuando éste se había ido al trabajo, cogía las hortalizas del día. Era tan concienzuda, que a juicio de Samson las cosas habían empeorado en vez de mejorar; ni siquiera podía echar mano de la tercera parte convenida y ella llevaba las llaves de la despensa colgadas del cinturón. A la hora del desayuno ya había terminado las escasas tareas domésticas, excepto la comida, y como Samson era mejor cocinero que ella, no tardó en cederle aquella parte del trabajo casero. Cosía toda la mañana, hasta la hora del almuerzo; cosía también por la tarde, se acostaba inmediatamente después de la cena y dormía toda la noche como un niño.

Durante el primer embate de energía y decisión, llegó a disfrutar de aquella vida, ordenando las cosas y procurando sacar partido de lo poco que tenía. Le gustaban en particular las primeras horas de la mañana, antes de que el calor la aturdiera y agobiara; le gustaba el nuevo ocio; y le gustaba la aprobación de Dick. Porque su orgullo y afectuosa gratitud por lo que ella hacía (jamás habría creído que su mísera casa pudiera ofrecer aquel aspecto) eclipsaban su paciente desilusión. Cuando Mary veía en su rostro aquella mirada perpleja y dolida, desechaba la idea de cuánto debía estar sufriendo, porque entonces volvía a ser repulsivo para ella.

Una vez hubo hecho todo lo posible por la casa, empezó la confección de sus vestidos, logrando terminar un modesto ajuar. Unos meses después de la boda descubrió que no había nada más que hacer; de repente se encontró desocupada de la mañana a la noche. Desechando por instinto la inacción como algo peligroso, volvió a su ropa interior y bordó todo lo que podía ser bordado. Se pasaba el día sentada, cosiendo y recamando hora tras hora, como si su vida dependiera de ello. Era una buena costurera y los resultados fueron

admirables. Dick elogió su obra y se asombró, porque había temido un período difícil, pensando que no se adaptaría a la vida solitaria. Pero no daba muestras de sentirse sola y parecía muy satisfecha de pasarse el día cosiendo. Él la trataba como a una hermana, porque era un hombre sensible y esperaba que se le acercara por propia iniciativa. Le dolió mucho ver el alivio que ella no era *capaz* de ocultar ante aquel trato fraternal, pero aún creía que al final cambiaría de actitud.

Los bordados tocaron a su fin y otra vez se encontró de brazos cruzados. Buscó de nuevo alguna ocupación y decidió que las paredes estaban muy sucias. Las enjalbegaría ella misma, para ahorrar dinero. Durante dos semanas, Dick encontró al regresar a su casa todo el mobiliario amontonado en el centro de las habitaciones y cubos de cal en el suelo. Pero era muy metódica; primero terminaba una habitación antes de empezar la siguiente; y mientras él la felicitaba por su destreza y valentía al emprender un trabajo en el que no tenía ninguna experiencia, se sentía al mismo tiempo un poco alarmado. ¿Qué haría con toda aquella capacidad y energía? Verla de aquel modo minaba todavía más su propia seguridad en sí mismo, porque en el fondo sabía que carecía de aquella cualidad. Pronto las paredes adquirieron un deslumbrante blanco azulado, pintadas por la propia Mary hasta el último centímetro, encaramada durante días enteros a una vacilante escalera.

Y entonces descubrió que estaba cansada. Encontró agradable reposar un poco y pasar el rato sentada en el gran sofá, cruzada de brazos. Pero no durante mucho tiempo. Se sentía inquieta, tan inquieta que no sabía qué hacer. Desenvolvió las novelas que había traído consigo y les dio una ojeada. Eran los libros que había seleccionado a lo largo de los años entre los muchos que habían pasado por sus manos. Había leído cada uno de ellos docenas de veces y los sabía de memoria, siguiendo el argumento como un niño sigue los conocidos cuentos de hadas que su madre le recita una y otra vez. En el pasado, su lectura había sido una droga, un narcótico, y ahora, al hojearlos con desgana, se preguntó por qué habrían perdido todo su sabor. Su mente divagaba mientras volvía las páginas con determinación; y se dio cuenta, después de leer durante una hora que no había captado una sola palabra. Desechó el libro y lo intentó con otro, pero el resultado fue el mismo. Durante varios días la casa estuvo sembrada de libros de cubiertas polvorientas y descoloridas. Dick estaba contento; le halagaba pensar que se había casado con una mujer aficionada a la lectura. Una noche cogió uno titulado *La hermana dama* y lo abrió por la mitad:

«Los emigrantes viajaban hacia el norte, hacia la Tierra Prometida donde jamás podría alcanzarles la mano glacial de los odiados británicos. La columna avanzaba como una serpiente fría por el

tórrido paisaje. Prunella van Koetzie caracoleaba sobre su caballo por el perímetro de la columna, con una gorra blanca sobre el delicado rostro perlado de sudor y los apretados tirabuzones. Piet van Koetzie la contemplaba con el corazón palpitando al ritmo del gran corazón manchado de sangre de Sudáfrica. ¿Podría conquistar a la dulce Prunella, que se paseaba como una reina entre aquellos burgueses y *mynheers* y robustas *fraus* con sus *doecks* y *veldschoens*? ¿Podría? La miraba sin quitarle los ojos de encima. Tant Anna, mientras servía los *koekies* y el *biltong* de la comida con un *dock* rojo del color de los árboles del *kaffir-boom*, rió hasta que retemblaron sus rechonchas caderas y dijo para sus adentros: "Esos dos aún formarán pareja"».

Dejó el libro y miró a Mary, que tenía una novela en la falda y la vista fija en el tejado.

—¿No podemos revestir los techos, Dick? —preguntó, nerviosa.

—Costaría demasiado —respondió él, vacilante—. Tal vez el año próximo, si todo va bien.

Al cabo de unos días Mary recogió los libros y los guardó; no eran lo que necesitaba. Volvió a coger el manual de fanagalo y pasó horas enfrascada en su estudio, practicándolo con Samson en la cocina y desconcertándolo con sus críticas disfrazadas, aunque haciendo gala de una justicia desapasionada y fría.

Samson era cada vez más desgraciado. Estaba acostumbrado a Dick y se comprendían muy bien. Dick solía maldecirle, pero después se reía con él. Aquella mujer no se reía nunca. Pesaba con cuidado el maíz y el azúcar y vigilaba las sobras de su propia comida con una extraordinaria y humillante capacidad para recordar cada patata fría y cada trozo de pan, y preguntaba por ellos si faltaban.

Privado de su existencia relativamente cómoda, se volvió malhumorado. Hubo varias peleas en la cocina y un día Dick encontró a Mary llorando. Sabía que había sacado pasas suficientes para el budín, pero cuando iban a comerlo, apenas había unas cuantas. Y el criado negaba haberlas sustraído...

—Vaya por Dios —exclamó Dick, jocoso—. Pensé que pasaba algo muy grave.

—Pero es que *sé* que las ha robado —sollozó Mary.

—Es probable que así sea, pero en el fondo es un granuja simpático.

—Voy a deducirlas de su sueldo.

Dick, desconcertado ante aquel estado emocional, observó:

—Si lo consideras necesario... —Pensó que era la primera vez que la había visto llorar.

Así pues, Samson, que ganaba una libra al mes, vio disminuido su sueldo en dos chelines. Acogió la información con una cara hermética y sombría, sin decirle nada a ella, pero apelando a Dick, quien

respondió que debía acatar las órdenes de Mary. Aquella tarde Samson se despidió, alegando que le necesitaban en el kraal. Mary le interrogó sobre el motivo de aquel súbito requerimiento, pero Dick le tocó el brazo en señal de advertencia y meneó la cabeza.

—¿Por qué no puedo preguntárselo? —inquirió—. Está mintiendo, ¿no?

—Claro que está mintiendo —repitió Dick, irritado—, claro que sí. Pero la cuestión no es ésta. No puedes retenerle contra su voluntad.

—¿Por qué tengo que aceptar una mentira? —Preguntó Mary—. Dime, ¿por qué? ¿Por qué no puede decir con claridad que no le gusta trabajar para mí en vez de contar este embuste sobre su kraal?

Dick se encogió de hombros con impaciencia; no comprendía la razón de que ella insistiera tanto; sabía que tratar a los nativos era un juego, a veces divertido y otras fastidioso, en el que ambos bandos se atenían a ciertas reglas no escritas.

—Te enfadarías si te dijera la verdad —observó con voz grave, pero todavía en tono afectuoso; no podía tomarla en serio, le parecía una niña cuando se comportaba de aquel modo. Y le apenaba realmente la marcha de aquel viejo nativo que había trabajado tantos años para él—. Bueno —añadió, filosóficamente—. Tendría que haberlo previsto y contratado a un criado nuevo desde el principio. Siempre hay problemas en un cambio de dirección.

Mary contempló la escena de la despedida, que se desarrolló en los escalones de la parte posterior, desde el umbral de la cocina. Estaba llena de extrañeza e incluso de repulsión. ¡Dick lamentaba de verdad perder de vista a aquel negro! No comprendía que una persona blanca pudiera sentir algo personal hacia un nativo; convertía a Dick en un ser horrible a sus ojos. Le oyó decir:

—Cuando hayas terminado tu trabajo en el kraal, ¿volverás a trabajar con nosotros? El nativo contestó:

—Sí baas—. Pero ya se había vuelto para irse y Dick entró en la casa abatido y silencioso.

—No volverá —dijo.

—Hay otros criados, montones, ¿no? —respondió ella con hostilidad.

—Sí —asintió él—, muchos.

Pasaron varios días sin que se ofreciera ningún otro cocinero y Mary hacía todas las labores domésticas, que encontró muy pesadas, contra lo que había supuesto, aunque en realidad no había mucho que hacer. Sin embargo, le gustaba estar sola todo el día y ser la única responsable de la casa. Fregaba, barría y sacaba brillo; el trabajo doméstico era algo nuevo para ella; durante toda su vida los nativos lo habían desempeñado en su casa, silenciosos y discretos como si fueran hadas. Como era algo nuevo, disfrutaba haciéndolo. Pero cuando todo

estaba limpio y brillante y la despensa rebosaba de comida, se sentaba en el viejo y grasiento sofá de la habitación principal, desplomándose como si no le quedara fuerza en las piernas. ¡Hacía tanto calor! Nunca había imaginado un calor como aquél. El sudor la empapaba durante todo el día; lo sentía resbalar bajo el vestido por las costillas y muslos, como hormigas recorriendo su cuerpo. Solía quedarse inmóvil, con los ojos cerrados, sintiendo el calor abatirse sobre ella desde el tejado de hierro. En realidad era tan fuerte, que habría debido usar sombrero incluso dentro de la casa. Si Dick hubiera vivido siempre en la casa, pensaba, en vez de pasarse los días en los campos, habría instalado techos. No podían ser tan caros. A medida que transcurrían las semanas, empezó a pensar que había obrado de manera insensata al gastar todos sus ahorros en cortinas en vez de haber revestido el tejado. ¿Y si volvía a pedírselo a Dick? Si le explicaba lo mucho que significaba para ella, tal vez se apiadaría y encontraría el dinero. Pero sabía que no podía abordar el tema sin provocar en él aquella expresión atormentada. Porque a aquellas alturas ya se había acostumbrado a aquella expresión. Aunque, en realidad, le gustaba; en el fondo, le gustaba mucho. Cuando le cogía la mano con ternura y se la besaba, lleno de sumisión, y preguntaba con voz implorante: «Querida, ¿me odias por haberte traído aquí?», ella contestaba: «No, querido, ya sabes que no». Era la única vez que podía usar un epíteto cariñoso, cuando se sentía triunfante y le perdonaba. Su ansia de ser perdonado, su humillación, eran la mayor satisfacción que conocía aunque, al mismo tiempo, le despreciaba por ello.

Así que se sentaba en el sofá, con los ojos cerrados, sufriendo a causa del calor y sintiéndose a la vez dulcemente triste y majestuosa... por su resistencia al sufrimiento.

Y entonces, de improviso, el calor se hizo intolerable. Fuera, en la selva, las cigarras chillaban sin interrupción y a Mary le dolía la cabeza y tenía los miembros pesados y tensos. Se levantaba e iba al dormitorio para examinar su ropa, buscando algo que hacer: un nuevo bordado o una reforma. Repasaba las cosas de Dick por si había algo que zurcir o remendar; pero todo lo que llevaba eran camisas y pantalones cortos y tenía suerte si encontraba a faltar un botón. Sin nada que hacer, erraba hasta la veranda y se sentaba a contemplar los cambios de luces sobre las distantes montañas azules; o se dirigía a la parte trasera de la casa, donde se levantaba la colina compuesta de riscos toscos y gigantes, para ver las ondas de calor despedidas por la piedra candente y los lagartos rojos, azules y esmeraldas que se deslizaban por las rocas como relampagueantes llamas. Hasta que la cabeza empezaba a darle vueltas y tenía que entrar de nuevo en la casa a beber un vaso de agua.

Un día se presentó un nativo en la puerta trasera, solicitando

trabajo. Pidió diecisiete chelines al mes. Mary le ofreció dos menos, sintiéndose satisfecha de sí misma por su victoria sobre él. Era un muchacho muy joven, probablemente no había cumplido veinte años, venido directamente de su kraal, demacrado por la larguísima marcha a través de la selva desde su Nyasalandia natal, a centenares de kilómetros de distancia. No la entendía y estaba muy nervioso. Se movía como un autómata, con los hombros rígidos, escuchándola un poco encorvado, con atención, sin desviar de ella la mirada por miedo a perderse la menor indicación. Su servilismo la irritó y le habló con voz dura. Le enseñó la casa, rincón tras rincón, armario tras armario, explicándole, en su ya fluido fanagalo, cómo debía hacer las cosas. Él la seguía como un perro asustado. No había visto nunca platos, cuchillos y tenedores, aunque conocía leyendas de aquellos extraordinarios objetos contadas por amigos que habían servido en casas de blancos. No sabía que hacer con ellos y ella esperaba que supiera distinguir entre una fuente de budín y una para el asado. Se quedó observándole mientras ponía la mesa y no le dejó en paz en toda la tarde, explicando, repitiendo y atosigando. Aquella noche, durante la cena, sirvió mal la mesa y Mary descargó su cólera sobre él, mientras Dick la miraba con inquietud. Cuando el nativo se hubo ido a la cocina, dijo:

—Con un *boy* nuevo es mejor tomárselo con calma.

—¡Es que le he enseñado! ¡No una vez, sino cincuenta veces!

—Pero es probable que ésta sea la primera vez que está en casa de una familia blanca.

—No me importa. Le he dicho lo que debía hacer. ¿Por qué no lo hace?

Dick la miró con atención, frunciendo el ceño y apretando los labios. Parecía poseída por la indignación, era otra persona.

—Mary, escúchame un momento. Si te dejas enfurecer por los criados, estás lista. Tendrás que ser un poco más tolerante, menos exigente.

—No rebajaré mis exigencias. ¡Me niego a ello! ¿Por qué tendría que hacerlo? Ya es bastante malo... —Se interrumpió. Había estado a punto de decir—: Ya es bastante malo vivir en una pocilga como ésta...

Él intuyó la frase, bajó la cabeza y se quedó mirando el plato. Pero esta vez no suplicó. Estaba enfadado; no se sentía sumiso ni en posición falsa, y cuando ella insistió: «Le he enseñado a poner la mesa», con voz estridente, colérica y cansada, se levantó y salió afuera; y ella vio la llamarada de una cerilla y la punta encendida de un cigarrillo. ¡Vaya! Conque estaba molesto, ¿eh? ¡Tan molesto que incumplía su norma de no fumar nunca hasta después de la cena! Muy bien, ya le pasaría.

Al día siguiente, durante el almuerzo, el criado rompió un plato a causa de su nerviosismo y Mary le despidió en el acto. Una vez más tuvo que hacer todo el trabajo, y en aquella ocasión se sintió impaciente, reacia a trabajar y culpando al torpe nativo al que había echado sin pagarle nada. Limpió y barnizó mesas y sillas como si estuviera desollando una cara negra. El odio la consumía. Sin embargo, adoptó en secreto la resolución de no ser tan quisquillosa con el próximo *boy* que se presentara.

El próximo fue muy diferente. Tenía años de experiencia en el servicio de mujeres blancas, que le trataban como si fuera una máquina; y había aprendido a presentar un rostro inexpresivo y a contestar con voz suave y neutral. A todo lo que le decían, replicaba con el mismo «Sí, ama; sí, ama», sin mirarlas a la cara. A Mary la irritaba no encontrar nunca su mirada; ignoraba que parte del código de cortesía nativo era no mirar a los ojos a un superior; y pensó que se trataba de otra muestra de su naturaleza deshonesta y evasiva. Daba la impresión de no estar allí en persona, de ser sólo un cuerpo negro dispuesto a cumplir sus órdenes. Y aquello también la encolerizaba. Le habría gustado tirarle un plato a la cara para que al menos el dolor la tornase humana y expresiva. Pero con aquél fue glacialmente correcta; y aunque no le perdía de vista ni un solo momento y le seguía cuando ya había terminado el trabajo, llamándole si veía la menor mota de polvo o gota de grasa, tenía cuidado de no ir demasiado lejos. Conservaría a aquel *boy*, se decía a sí misma. Pero no cedía nunca en su férrea voluntad de que hiciera las cosas a su modo, hasta en el menor detalle.

Dick veía todo aquello con creciente inquietud. ¿Qué le ocurría? Con él parecía estar a gusto, tranquila, casi maternal, pero con los nativos era una arpía. Con objeto de hacerla salir de la casa, le pidió que le acompañara a los campos para verle trabajar. Pensó que si vivía de cerca sus problemas y preocupaciones, se aproximarían más el uno al otro. Además, se encontraba muy solo durante aquellas largas horas recorriendo los campos, vigilando el trabajo de los peones.

Aceptó, indecisa, porque en realidad no deseaba ir. Cuando le imaginaba en el espejismo del calor despedido por la tierra rojiza, junto a los cuerpos malolientes de los peones nativos, era como si pensara en un hombre encerrado en un submarino, que hubiese descendido voluntariamente a un mundo extraño y hostil. Pero cogió el sombrero y le acompañó al coche, obediente.

Durante toda una mañana le siguió de campo en campo, de un grupo de peones al siguiente; pero en su subconsciente no dejaba de pensar que el nuevo criado estaba solo en la casa, quizá cometiendo toda clase de desmanes. Seguro que robaba, aprovechando que ella había vuelto la espalda, ¡y tal vez incluso manoseaba sus vestidos y

rebuscaba entre sus objetos personales! Mientras Dick le hablaba con paciencia de terrenos, irrigación y jornales de los nativos, ella continuaba pensando en aquel determinado nativo removiendo *sus* cosas. Cuando volvió a la hora del almuerzo, lo primero que hizo fue dar un repaso a la casa, buscando huellas de suciedad, y examinar los cajones, que parecían intactos. Pero nunca sabía una a qué atenerse con ellos, ¡eran tan taimados! Al día siguiente, cuando Dick le preguntó si quería acompañarle de nuevo, contestó, nerviosa:

—No, Dick, no iré, si no te importa. Hace tanto calor ahí abajo... Tú ya te has acostumbrado.

Y de verdad estaba convencida de no poder soportar otra mañana con el tórrido sol en el cogote y el resplandor en los ojos, aunque el calor también la agobiaba cuando se quedaba en la casa. Pero al menos allí tenía algo que hacer: vigilar al nativo.

A medida que pasaba el tiempo, el calor se fue convirtiendo en una obsesión. No podía soportar las terribles y sofocantes oleadas que se desplomaban sobre ella desde el techo de hierro. Incluso los perros, normalmente activos, se pasaban el día tumbados en la veranda, cambiando de sitio cuando habían calentado los ladrillos y con la lengua fuera, chorreando saliva y formando con ella pequeños charcos. Mary les oía jadear quedamente o gemir con exasperación a causa de las moscas. Y cuando iban a apoyar las cabezas sobre su rodilla, buscando alivio del calor, los apartaba con brusquedad; los enormes animales, que olían a rancio, eran una molestia continua para ella, metiéndose entre sus piernas cuando iba de un lado a otro por la pequeña casa, dejando pelos en los almohadones y resoplando con ruido mientras se buscaban pulgas cuando ella intentaba descansar. Solía cerrarles la puerta de la casa y a media mañana decía al *boy* que le llevara al dormitorio una lata de gasolina llena de agua tibia y, tras cerciorarse de que había salido fuera, se desnudaba y, con los pies dentro de una palangana puesta sobre el suelo de ladrillo, se echaba el agua por encima. Las gotas caían con un silbido sobre el ladrillo poroso y seco.

—¿Cuándo empezará a llover? —preguntó a Dick.

—Oh, todavía falta un mes —respondió él, sorprendido de la pregunta. ¿Acaso no sabía cuándo era época de lluvias? Había vivido en el país más tiempo que él. Pero Mary tenía la impresión de que en la ciudad no había conocido estaciones, por lo menos no como las conocía aquí. Allí había vivido ajena al ritmo del calor, del frío y de la lluvia. Hacía calor, llovía, llegaba el tiempo frío, desde luego; pero era algo ajeno a su persona, algo que sucedía independientemente de ella. Aquí tanto la mente como el cuerpo estaban supeditados al lento movimiento de las estaciones; nunca en su vida había espiado un cielo implacable en busca de signos de lluvia, como hacía ahora en la

veranda, escudriñando con ojos entornados las grandes masas de nubes que parecían brillantes cristales de cuarzo navegando por el inmenso espacio azul.

—El agua se acaba muy deprisa —observó Dick un día, con el ceño fruncido.

La traían dos veces por semana del pozo que había al pie de la colina. Mary oía gritos y gemidos, como si alguien estuviera sufriendo una tortura, y salía a la veranda para ver llegar la carreta del agua entre los árboles, tirada por una yunta de lentos y hermosos bueyes que subían con gran esfuerzo la cuesta. El carro consistía en dos bidones cilíndricos atados a un bastidor y la lanza descansaba sobre horquillas sujetas a los cuellos de los grandes y potentes animales. Veía los gruesos músculos tensos bajo la piel y las ramas que cubrían los bidones para mantener fresca el agua. A veces ésta, en un vaivén, se derramaba en un fino surtidor que centelleaba a la luz del sol y los bueyes movían las cabezas y los hocicos al olfatearla. Y todo el tiempo el conductor nativo gritaba y vociferaba, bailando delante de los animales y blandiendo su largo látigo, que se enroscaba y silbaba en el aire sin tocarlos nunca.

—¿En qué la gastas? —inquirió Dick. Ella se lo dijo y Dick, con el rostro sombrío, la miró escandalizado e incrédulo, como si hubiera cometido un crimen.

—¿Por qué la desperdicias de este modo?

—No la desperdicio —respondió fríamente Mary—. Tengo tanto calor, que no puedo soportarlo. Necesito refrescarme un poco.

Dick tragó saliva e intentó conservar la calma.

—Escucha —dijo, lleno de cólera, con una voz que no había empleado nunca para dirigirse a ella—, ¡escúchame bien! Cada vez que hago traer agua para la casa, significa apartar de otro trabajo durante toda una mañana a un conductor, dos ayudantes y dos bueyes. Cuesta dinero traer agua. ¡Y tú vas y la tiras! ¿Por qué no llenas la bañera y te metes en ella en lugar de ducharte y tirarla cada vez?

Ella se enfureció; aquello era el colmo. Vivía encerrada allí, sin quejarse, sufriendo toda clase de penalidades, ¡y encima no podía gastar diez litros de agua! Abrió la boca para gritarle, pero antes de que pudiera hacerlo, él ya se había arrepentido de su arrebato y hubo otra de aquellas pequeñas escenas que la consolaban y aliviaban: le pidió perdón, se humilló y ella consintió en perdonarle.

Pero en cuanto se quedó sola, fue al cuarto de baño y miró fijamente la bañera, odiándole todavía por lo que le había dicho. El cuarto de baño había sido construido después de terminar la casa; estaba adosado a ella y tenía paredes de barro (aplicado contra un entramado de palos) y tejado de hojalata. La lluvia había penetrado

por entre las junturas del techo, destiñendo el encalado y resquebrajando el barro. La bañera era de zinc, poco profunda y asentada sobre una base de barro seco. El metal había sido brillante en su día; en la superficie arañada y mate podían verse todavía algunos trozos relucientes, pero a lo largo de los años se había ido formando una pátina de grasa y suciedad que ahora, al fregarla, sólo desaparecía en parte. ¡Estaba mugrienta, mugrienta! Mary permaneció contemplándola con repugnancia. Cuando se bañaba, que era sólo dos veces por semana a causa de la molestia y el coste de acarrear el agua, se sentaba con mucho cuidado en un extremo, tocándola lo menos posible y saliendo tan pronto como podía. Allí bañarse era como una medicina que no había más remedio que tomar, no un lujo para ser disfrutado.

Los preparativos para el baño eran increíbles; lloraba, exasperada por la propia ira. Se calentaban en la cocina dos latas de agua, se llevaban al cuarto de baño y se depositaban en el suelo, tras lo cual se cubrían con gruesos sacos de arpillera para mantener el agua caliente; los sacos, al calentarse y despedir vapor, apestaban a moho. Para poder acarrear las latas, habían sido provistas de un asa de madera que estaba grasienta por el uso continuado. No lo soportaré más, se dijo a sí misma, y salió del cuarto asqueada y furiosa. Llamó al *boy* y le ordenó que fregara la bañera, que la fregara hasta que estuviera limpia. El pensó que se refería a la limpieza habitual y terminó la tarea en cinco minutos. Mary fue a examinarla; estaba igual que antes. Pasó los dedos por el zinc y notó la costra de mugre. Le llamó de nuevo y le dijo que la limpiara a fondo, que siguiera fregándola hasta que toda su superficie brillara de limpia.

Aquello sucedía a las once de la mañana.

Fue un día infortunado para Mary. Por la tarde tuvo su primer contacto con «el distrito» en las personas de Charlie Slatter y de su esposa. Merece la pena explicar con detalle lo acontecido aquel día porque ayuda a comprender muchas cosas; cometió un error tras otro con la cabeza alta y los labios apretados, rígida por el orgullo y la determinación de no demostrar debilidad. Cuando Dick volvió para el almuerzo, la encontró guisando en la cocina, fea sin paliativos, con la cara encendida y los cabellos desgreñados.

—¿Dónde está el boy? —preguntó Dick, sorprendido al verla hacer el trabajo del criado.

—Limpiando la bañera —replicó Mary, con la voz ahogada por la ira.

—¿Por qué ahora?

—Está sucia.

Dick fue al cuarto de baño, donde se oía rascar con el áspero cepillo de fregar el suelo, y encontró al nativo inclinado sobre la

bañera, rascando, pero sin resultado aparente. Volvió a la cocina.

—¿Por qué se lo has ordenado ahora? —inquirió—. Hace años que está igual. Todas las bañeras de zinc son así. No es suciedad, Mary, te lo aseguro. Es que cambian de color.

Sin mirarle, ella puso un plato de comida en una bandeja y la llevó a la habitación delantera.

—Es suciedad —replicó—. No volveré a meterme en esa bañera hasta que esté realmente limpia. No comprendo como puedes permitir que todas las cosas se cubran de porquería.

—Tú misma la has usado durante varias semanas sin quejarte —contestó él con brusquedad, sacando maquinalmente un cigarrillo y poniéndoselo entre los labios. Pero ella no contestó.

Dick meneó la cabeza cuando Mary dijo que la comida estaba lista y se marchó de nuevo a los campos, llamando a los perros. Cuando se hallaba en aquel estado, no soportaba estar cerca de ella. Mary quitó la mesa, sin comer ni un bocado, y se sentó a escuchar el sonido del cepillo. Permaneció así durante dos horas, con dolor de cabeza, escuchando con cada músculo de su tenso cuerpo; estaba decidida a no dejarle rehuir su trabajo. A las tres y media se hizo un silencio repentino que la obligó a enderezarse; ya estaba a punto de ir al cuarto de baño para ordenarle que continuara trabajando, cuando la puerta se abrió y entró el criado. Sin mirarla, dirigiéndose al doble invisible que estaba a su lado, dijo que iba a su cabaña a comer algo y que seguiría limpiando la bañera cuando volviese. Mary había olvidado su comida; nunca pensaba que los nativos tenían necesidad de comer o dormir; estaban allí o no estaban, y nunca se paraba a pensar en lo que podían ser sus vidas cuando los perdía de vista. Asintió, con un leve sentimiento de culpabilidad, que sofocó diciéndose: «Es culpa suya por no limpiarla como es debido».

Una vez relajada la tensión de escuchar cómo trabajaba, salió a mirar el cielo. No había una sola nube, era una bóveda baja de un azul sonoro, matizado por el color amarillento del humo que notaba en el aire. De la arenilla pálida que se extendía frente a la casa reverberaban oleadas de luz y aquí y allá crecían relucientes arbustos de poinsetias, que estallaban en franjas irregulares de un rojo vivo. Miró hacia los árboles, de un color marrón sucio, y hacia las hectáreas de hierba brillante y ondulada que se prolongaban hasta las colinas, difusas e indistintas. Los fuegos del *veld* ardían desde hacía semanas en muchos kilómetros a la redonda y podía notar el sabor del humo en la lengua. A veces caía sobre su piel un minúsculo fragmento de hierba carbonizada, dejando una mancha negra y grasienta. Columnas de humo se elevaban en la distancia, densos remolinos azulados que flotaban inmóviles, formando una complicada arquitectura en el aire estancado.

La semana anterior un incendio había asolado parte de su granja, destruyendo dos establos de vacas y hectáreas de pasto. Por donde el fuego había pasado, sólo quedaban extensiones de tierra ennegrecida, pero aún humeaban algunos troncos caídos, enviando tenues rizos de humo gris sobre el paisaje calcinado. Desvió la vista porque no quería pensar en el dinero perdido y vio frente a ella, en la curva del camino, nubes de polvo rojizo. Era fácil seguir el curso de aquella carretera porque los árboles que la bordeaban eran de color granate, como si estuvieran cubiertos de langostas. Contempló los surtidores de polvo, que parecían causados por un escarabajo que escarbara entre los árboles, y pensó: «¡Si es un coche!» Pocos minutos después comprendió que se dirigía hacia su casa y sintió pánico. ¡Visitas! Pero Dick ya le había advertido que iría gente a verla. Corrió a la parte trasera para decir al *boy* que preparase el té, pero no estaba allí. Eran las cuatro; recordó que media hora antes le había dicho que podía irse. Corrió, saltando sobre las ramas y trozos de corteza que rodeaban el montón de leña y, liberando el oxidado cerrojo de madera de la horcadura del árbol, golpeó el disco del arado. Diez resonantes golpes significaban que el *boy* era necesario en la casa. Entonces entró en la cocina. El fuego estaba apagado y era difícil de encender; y no había nada para acompañar el té. Como Dick no iba nunca a aquella hora, no se molestaba en hacer pasteles. Abrió un paquete de galletas y se miró el vestido. ¡No podían verla con aquellos harapos! Pero era demasiado tarde; el coche ya subía colina arriba. Salió corriendo a la parte delantera, retorciéndose las manos. Por su modo de comportarse, habríase dicho que vivía aislada desde hacía años y había perdido el hábito de la vida social, cuando en realidad era una mujer que durante muchísimo tiempo no había estado sola ni un minuto. Vio detenerse el coche y apearse de él a dos personas. El hombre era bajo, corpulento, muy rubio, y ella una mujer morena y maciza de rostro agradable. Les esperó, sonriendo con timidez en respuesta a sus semblantes cordiales. Y entonces, ¡con qué alivio vio el coche de Dick asomando por la cuesta! Le bendijo por aquella consideración de acudir en su ayuda en la primera visita. Había visto el reguero de polvo sobre los árboles y venido con la máxima celeridad posible.

El hombre y la mujer le estrecharon la mano y la saludaron. Pero fue Dick quien les invitó a entrar. Los cuatro se sentaron en la diminuta habitación, que parecía más pequeña que nunca. Dick y Charlie Slatter hablaban en un lado y ella y la señora Slatter en el otro. La señora Slatter era una mujer bondadosa que se compadecía de Mary por haberse casado con un inútil como Dick. Había oído decir que era una chica de la ciudad y sabía por experiencia propia lo difícil y solitaria que era aquella vida, aunque ella ya hacía tiempo que había

pasado la fase de aclimatación. Ahora tenía una casa grande, tres hijos en la universidad y una existencia cómoda. Pero recordaba muy bien los sufrimientos y humillaciones de la pobreza. Miraba a Mary con auténtica ternura, evocando su propio pasado, y estaba dispuesta a ser su amiga. Pero Mary se mostraba rígida por el resentimiento, porque había sorprendido a la señora Slatter escudriñando la habitación, fijándose en los almohadones, el nuevo encalado y las cortinas.

—Qué bonito le ha quedado todo —dijo con espontánea admiración, sabiendo lo que significaba aprovechar sacos de harina teñidos para hacer cortinas y latas de gasolina pintadas para que sirvieran de alacenas. Pero Mary no supo interpretarla y fue incapaz de ablandarse. No tenía intención de hablar de su casa con la señora Slatter, que la trataba con condescendencia. Al cabo de unos momentos la señora Slatter miró con atención el rostro ruborizado de la muchacha y, con voz cambiada, formal y distante, empezó a hablar de otras cosas. Entonces el *boy* llevó el té y Mary volvió a avergonzarse de las tazas y la bandeja de hojalata. Trató de encontrar un tema que no tuviera relación con la granja. ¿Películas? Repasó los centenares que había visto durante los últimos años y no pudo recordar más que dos o tres títulos. Las películas que antes se le antojaban tan importantes, eran ahora un poco irreales; y de todos modos, la señora Slatter sólo iba al cine dos o tres veces al año, cuando estaba en la ciudad en una de sus raras visitas para ir de compras. ¿Las tiendas de la ciudad? No, aquello era también una cuestión de dinero y ella llevaba una bata de algodón de la que se sentía avergonzada. Miró a Dick para recabar su ayuda, pero éste sé hallaba enfrascado en su conversación con Charlie, discutiendo sobre cosechas, precios y —sobre todo— la mano de obra nativa. Siempre que se reúnen dos o tres granjeros, es obligado que sólo conversen sobre los inconvenientes y deficiencias de los nativos. Hablan de sus peones con una persistente irritación en la voz; puede gustarles algún nativo individual, pero como género, los aborrecen. Los aborrecen hasta la neurosis. Nunca dejan de lamentarse de la desgracia de tener que tratar con nativos siempre indiferentes a los intereses del hombre blanco, que sólo trabajan para entretener su ocio. No tienen idea de la dignidad del trabajo ni les interesa mejorar sus condiciones de vida por medio del esfuerzo.

Mary escuchaba, extrañada, aquella conversación masculina. Era la primera vez que oía hablar a dos hombres del cultivo de la tierra y se dio cuenta de que Dick lo hacía con avidez y se sintió un poco mezquina por saber tan poco acerca del tema y no poder aliviarle hablando con él de la granja. Se volvió hacia la señora Slatter, que guardaba silencio, ofendida porque Mary no aceptaba su simpatía y su ayuda. Por fin la visita llegó a su término, para desgracia de Dick y

gran alivio de Mary. Los Turner salieron a despedirles y siguieron con la mirada al coche grande y lujoso mientras bajaba la colina y se adentraba entre los árboles levantando nubes de polvo rojo.

—Me alegro de que vinieran —dijo Dick—. Esto debe ser muy solitario para ti.

—No me siento sola —respondió Mary, fiel a la verdad. La soledad era, según ella, una necesidad de estar acompañada. Pero no sabía que también puede ser un imperceptible calambre del espíritu por falta de compañía.

—Sin embargo, te conviene hablar de temas femeninos de vez en cuando —observó Dick con torpe jocosidad.

Ella le miró, sorprendida; aquel tono era nuevo. Le vio con la mirada fija en el coche de Slatter y era una mirada nostálgica. No echaba de menos a Charlie, que no le resultaba simpático, sino la conversación, la charla masculina que le daba seguridad en sí mismo en sus relaciones con Mary. Se sentía como si le hubieran administrado una inyección de energía; tal había sido el efecto causado en él por aquella hora pasada en la pequeña habitación, los dos hombres en un lado, hablando de sus negocios, y las dos mujeres en el otro, hablando probablemente de vestidos y criados. Porque no había oído una sola palabra de lo que habían dicho la señora Slatter y Mary ni se había fijado en la tensión existente entre las dos.

—Tienes que ir a visitarla, Mary —anunció—. Te dejaré el coche una tarde en que no apriete el trabajo y así pasarás una hora distraída, chismorreando. —Hablaba en tono jovial y animado, con el rostro libre de la habitual preocupación y las manos en los bolsillos.

Mary no comprendió por qué le parecía distante y hostil, pero le irritó aquel superficial resumen de sus necesidades. Y no deseaba en absoluto la compañía de la señora Slatter; no deseaba la compañía de nadie.

—No quiero ir —replicó con pueril terquedad.

—¿Por qué no?

Pero en aquel momento, el criado apareció en la veranda, a sus espaldas, y les alargó sin pronunciar palabra su contrato de servicio. Quería marcharse; su familia le necesitaba en el kraal. Mary perdió los estribos inmediatamente; su nerviosismo encontró una plausible válvula de escape en aquel exasperante nativo. Dick se limitó a empujarla, como si no fuera nadie, y se fue a la cocina con el *boy*. Mary oyó quejarse a éste de que había trabajado desde las cinco de la mañana sin tomar alimento, porque a los pocos momentos de haber entrado en su cabaña había vuelto a ser requerido por el gong. No podía trabajar en aquellas condiciones; su hijo estaba enfermo en el kraal y quería ir a su lado sin pérdida de tiempo. Dick, haciendo caso omiso, por una vez, de las reglas no escritas, adujo que la nueva ama

no sabía aún llevar una casa pero que aprendería y aquello no volvería a suceder. Hablar de aquel modo con un nativo, rogarle, era contrario a las ideas de Dick sobre las relaciones entre blancos y negros, pero estaba furioso con Mary por su falta de tacto y consideración.

Mary reventaba de ira. ¡Cómo se atrevía a dar la razón al nativo en contra de ella! Cuando Dick volvió a la veranda, la encontró con los puños cerrados y el rostro contraído.

—¡Cómo te atreves! —exclamó con voz ahogada.

—Si te portas así, tienes que atenerte a las consecuencias —dijo Dick, exasperado—. Es un ser humano, ¿no? Tiene que comer. ¿Por qué ha de fregar la bañera de una sola vez? Puede hacerlo en varios días, si es que tanto significa para ti.

—En mi casa —profirió Mary—. Es mi *boy*, no el tuyo. No intervengas.

—Escúchame —replicó Dick con frialdad—. Trabajo todo lo que puedo, ¿no? Me paso el día en los campos con esos perezosos y salvajes negros, luchando para lograr que no estén mano a mano. Lo sabes muy bien. No estoy dispuesto a venir a casa para tener siempre las mismas malditas peleas. ¿Me has entendido? No lo toleraré. Y tú aprende un poco de sentido común. Si quieres que trabajen, has de saber tratarles. No debes esperar demasiado; a fin de cuentas, son unos salvajes. —Así habló Dick, que nunca se había parado a reflexionar que aquellos mismos salvajes habían cocinado para él mejor que su esposa, llevado su casa y, en la medida en que ello era posible, procurado para él una existencia cómoda durante años.

Mary estaba fuera de sí. Decidida a herirle, realmente decidida a herirle por primera vez a causa de aquella nueva arrogancia suya, le espetó a la cara:

—Esperas mucho de mí, ¿verdad? —Al borde del desastre, se contuvo, pero no pudo detenerse completamente y, tras un ligero titubeo, continuó—: ¡Esperas demasiado! Esperas que viva como una blanca pobre en este asqueroso agujero tuyo. Esperas que me abrase un poco cada día porque no quieres revestir el tejado… —Estaba hablando con una voz nueva para ella, una voz que no había usado en su vida. La había tomado directamente de su madre durante aquellas escenas en que discutía con su padre sobre dinero. No era la voz de Mary como individuo (a quien, después de todo, no importaba tanto la bañera o que el nativo se fuera o se quedara), sino la voz de la mujer doliente que aspiraba a demostrar a su marido que no quería ser tratada de aquel modo. Le faltaba poco para echarse a llorar, como lloraba su madre en tales ocasiones, con una especie de rabia digna y martirizada.

Dick replicó fríamente, blanco por la cólera:

—Ya te dije cuando nos casamos lo que debías esperar. No puedes

acusarme de haberte mentido. Te lo expliqué todo. Y hay esposas de granjeros por todo el país que no viven mejor que tú y no hacen tantos aspavientos. En cuanto a los techos, te los pintas al óleo. Yo he vivido seis años en esta casa y no me he muerto, así que aguántate.

El asombro la dejó sin habla. Nunca la había tratado de aquel modo. Todo su ser se endureció y enfrió contra él; no volvería a ablandarse hasta que le dijera que lo sentía y le pidiera perdón.

—El *boy* se quedará; ya me he ocupado de ello. Ahora trátale bien y no vuelvas a ponerte en ridículo —añadió Dick.

Ella fue directamente a la cocina, dio al *boy* el dinero que se le debía, contando los chelines como si quisiera escatimárselos, y le despidió. Entonces volvió, fría y victoriosa. Pero Dick no reconoció su victoria.

—No me haces daño a mí, sino a ti misma —observó—. Si continúas así, nunca encontrarás criados. Pronto conocen a las mujeres que no saben tratar a sus *boys*.

Preparó la cena ella misma, luchando con el fogón, y después, cuando Dick se hubo acostado temprano, como solía hacer, se quedó sola en la pequeña habitación. Al cabo de un rato se sintió enjaulada y salió a la oscuridad que rodeaba la casa para pasear arriba y abajo del sendero bordeado de piedras blancas que brillaban débilmente en la penumbra, esperando que el aire fresco enfriara sus mejillas ardientes. Sobre las colinas relampagueaba a intervalos regulares; un resplandor rojo marcaba el lugar donde ardía el fuego; la atmósfera era oscura y sofocante. El odio la mantenía en tensión. Entonces empezó a verse a sí misma andando arriba y abajo en la oscuridad, rodeada de los odiados chaparrales, frente a aquella pocilga que él llamaba casa donde ella tenía que hacer todo el trabajo, mientras que pocos meses atrás vivía su propia vida en la ciudad, rodeada de amigos que la querían y necesitaban. Rompió en llanto, dejándose ganar por la autocompasión. Lloró durante horas, hasta que no pudo seguir caminando. Fue a trompicones hasta la cama, sintiéndose maltrecha y derrotada. La tensión persistió entre ellos durante una intolerable semana, hasta que por fin empezaron las lluvias y el aire se enfrió y relajó. Él no le pidió perdón; el incidente no volvió a mencionarse. El conflicto quedó atrás, sin resolver ni aclarar, y prosiguieron como si nada hubiera ocurrido. Pero los había cambiado a los dos. Aunque el autodominio de Dick no duró mucho y pronto volvió a depender de ella y a hablarle siempre en un tono contrito, perduró en él un fondo de resentimiento contra ella. Y Mary, obligada por la vida en común, tuvo que disimular el rencor que sentía hacia él por su comportamiento, y como no era fácil de vencer, lo dirigió hacia el nativo que había despedido e, indirectamente, hacia todos los nativos.

A finales de aquella semana llegó una nota de la señora Slatter

invitándoles a una velada.

Dick era reacio a ir porque había perdido la costumbre de las fiestas organizadas y se encontraba a disgusto en las reuniones sociales, pero quería asistir para complacer a Mary. Sin embargo, ésta se negó en redondo a aceptar la invitación y escribió una nota de agradecimiento, diciendo que lo lamentaba mucho, pero...

La señora Slatter les había invitado obedeciendo a un impulso de auténtica amabilidad, porque Mary continuaba inspirándole lástima, a pesar de su obstinado orgullo. Pero la nota la ofendió; parecía copiada de un manual de correspondencia. Aquella clase de formalidad no encajaba en el marco de sencillas relaciones del distrito; enseñó la nota a su marido enarcando las cejas, pero sin decir nada.

—Déjala —aconsejó Charlie Slatter—, ya le bajarán los humos. Tiene muchos pájaros en la cabeza, esto es lo malo; pero un día u otro tendrá que recobrar la sensatez. No es que sea una gran pérdida. Los dos necesitan una buena dosis de sentido común. Turner va por mal camino. ¡Es tan soñador que ni siquiera se preocupa de distribuir cortafuegos en sus tierras! Y está plantando árboles. ¡Árboles! Tira el dinero plantando árboles cuando aún no ha pagado sus deudas.

En la granja del señor Slatter apenas quedaban árboles. Era un monumento a la agricultura incompetente, llena de hondonadas y hectáreas enteras de tierra fértil desperdiciadas por un uso indebido. Pero hacía dinero, y aquello era lo principal. Le enfurecía pensar que era fácil hacer dinero y aquel estúpido de Dick Turner se entretenía con los árboles. En un impulso de bondad, no exento de exasperación, fue una mañana a hablar con Dick, evitando la casa (porque no quería ver a aquella idiota presumida de Mary) y buscándole en los campos. Pasó tres horas intentando persuadirle de que plantara tabaco en lugar de maíz y cultivos pequeños. Fue muy sarcástico a propósito de estos últimos, las judías, el algodón y el cáñamo que gustaban a Dick. Pero éste se negó a escucharle. Le gustaban sus cultivos, su diversificación, y el tabaco se le antojaba un cultivo inhumano; no era en absoluto agricultura, sino una especie de producto de fábrica, con sus graneros, cobertizos y la obligación de levantarse por las noches para vigilar la temperatura ambiente.

—¿Qué hará cuando tenga familia? —inquirió Charlie con brusquedad, fijando en Dick sus pequeños ojos azules.

—Saldré del apuro a mi modo —respondió, obstinado, Dick.

—Está loco —dijo Charlie—, loco. No diga que no se lo advertí y no venga a pedirme nada prestado cuando el vientre de su mujer empiece a hincharse y necesite dinero contante y sonante.

—Nunca le he pedido nada —replicó Dick, ofendido, con el rostro ensombrecido por el orgullo. Hubo un momento de auténtico odio entre los dos hombres. Pero en el fondo se respetaban mutuamente, a

pesar de las diferencias de temperamento, tal vez porque compartían la misma vida. Se separaron con bastante cordialidad, aunque Dick no consiguió emular el afectado buen humor de Charlie.

Cuando Slatter se hubo marchado, volvió a la casa, agobiado por la preocupación. La ansiedad y la tensión repentinas le atacaban siempre el estómago y sentía náuseas, pero ocultó el hecho a Mary para no mencionar la causa de su inquietud. Hijos eran lo que necesitaba ahora que su matrimonio era un fracaso y parecía imposible de enderezar. Los hijos les acercarían el uno al otro y derribarían aquella barrera invisible. Pero no podían permitirse el lujo de tenerlos. Cuando había dicho a Mary (pensando que tal vez ansiaba tener uno) que tendrían que esperar, ella había asentido con un suspiro de alivio. A Dick no le pasó desapercibido aquel suspiro. Pero cuando hubieran salido del atolladero, quizá le complacería tener hijos.

Empezó a trabajar con mayor ahínco, a fin de mejorar su situación y hacer posible la llegada de los hijos. Se pasaba el día planeando, soñando y haciendo proyectos mientras supervisaba el trabajo de los peones. Y entretanto, la situación doméstica no mejoraba. Mary no sabía tratar a los nativos; era un hecho incontestable y tenía que aceptarlo. Estaba hecha de aquel modo y no podía cambiar. Los cocineros no le duraban nunca más de un mes, y siempre había escenas y arrebatos de cólera. Dick apretaba los dientes para resistirlo, sintiendo en el fondo que en cierto modo era culpa suya, debido a la existencia difícil que hacía llevar a Mary; pero a veces salía corriendo de la casa, mudo por la irritación. Si por lo menos tuviera algo en qué ocuparse… aquél era el problema.

# Capítulo sexto

Un día Mary cogió del mostrador de la tienda un folleto sobre apicultura y se lo llevó a su casa, ambas cosas por casualidad; pero aunque no lo hubiera cogido, no cabe duda de que habría ocurrido lo mismo. Pero fue aquella casualidad lo que le descubrió el verdadero carácter de Dick; como también las palabras que oyó aquel mismo día.

Casi nunca iban a la estación, que se hallaba a diez kilómetros de distancia; enviaban dos veces por semana a un nativo que recogía los víveres y la correspondencia. Salía hacia las diez de la mañana con un saco de azúcar vacío colgado del hombro y volvía al atardecer con el saco repleto, derramando sangre del paquete de carne. Pero un nativo, aunque dotado por la naturaleza con la capacidad de andar largas distancias sin sentir fatiga, no puede cargar con sacas de harina y mazorcas de maíz, de ahí que una vez al mes hicieran el viaje en coche.

Mary había hecho su pedido y visto cómo cargaban las cosas en la furgoneta y ahora esperaba en la larga veranda de la tienda, entre sacos y cajas de embalaje, a que saliera Dick, una vez terminados sus encargos. Cuando salió, un hombre desconocido para ella le detuvo y le interpeló:

—Qué, Jonás, supongo que este año también se te ha inundado la granja, ¿no?

Mary se volvió en redondo a mirar; unos años antes le habría pasado desapercibido el matiz de desprecio de la voz perezosa e insolente. Dick sonrió y contestó en seguida:

—Este año ha llovido a mi gusto y las cosas no van tan mal.

—Conque ha cambiado tu suerte, ¿eh?

—Eso parece.

Dick fue hacia ella sin sonreír, con el semblante crispado.

—¿Quién era? —preguntó Mary.

—Me prestó doscientas libras hace tres años, justo después de casarnos.

—No me lo habías dicho.

—No quería preocuparte.

Tras una pausa, siguió inquiriendo ella:

—¿Se las has devuelto?

—Sólo faltan cincuenta libras.

—¿El año próximo, supongo? —La voz de Mary era demasiado suave, excesivamente considerada.

—Con un poco de suerte, sí.

Vio en el rostro de Dick aquella sonrisa extraña que más bien era

una mueca que una sonrisa: una mezcla de autocrítica, lucidez y frustración. Detestaba verla.

Terminaron lo que tenían que hacer: recoger la correspondencia en correos y comprar la carne de la semana. Mientras caminaban por el barro seco, del que no desaparecían los charcos durante toda la estación lluviosa, Mary, protegiéndose los ojos con la mano, se abstuvo de mirar a Dick e hizo animadas observaciones en un tono tenso. Él intentó responder en el mismo tono, que era tan extraño en ambos que aumentó la tensión existente entre los dos. Cuando volvieron a la veranda de la tienda, rebosante de canastas y sacos, Dick tropezó con el pedal de una bicicleta y empezó a maldecir con desproporcionada violencia. La gente se volvió a mirar y Mary siguió caminando, ruborizada. En un silencio total subieron al coche, cruzaron la vía férrea y, después de pasar por correos, tomaron el camino de su casa. Mary aún tenía en la mano el folleto sobre apicultura. Lo había cogido del mostrador porque casi todos los días oía a la hora del almuerzo un retumbante zumbido sobre la casa y Dick le había dicho que era un enjambre de abejas. Mary pensó que podía hacer algún dinero con las abejas. Pero el folleto estaba escrito para las condiciones climáticas inglesas y no le servía de mucho. Lo usó como abanico, para espantar a las moscas que zumbaban en torno a su cabeza y se concentraban después en el techo de lona; habían entrado cuando subieron a la furgoneta con el paquete de carne. Pensó con inquietud en el desdén latente en la voz de aquel hombre, que contradecía todas sus ideas anteriores sobre Dick. Ni siquiera era desdén, sino más bien ironía. Su propia actitud hacia él era fundamentalmente de desprecio, pero sólo hacia su condición de hombre; como hombre hacía caso omiso de él, no le interesaba en absoluto. Pero le respetaba como agricultor; respetaba su implacable actividad, su entrega al trabajo. Creía que pasaba por un necesario período de lucha antes de alcanzar la moderada prosperidad de que gozaban la mayoría de granjeros. En lo relativo a su trabajo, los sentimientos de Mary hacia él eran de admiración, incluso de afecto.

Ella, que antes no profundizaba nunca, ni advertía la inflexión de una frase o una mirada que estuviese en contradicción con lo que se decía, pasó la hora de viaje hasta su casa reflexionando sobre, las implicaciones de la ironía de aquel hombre al dirigirse a Dick. Se preguntó por primera vez si se habría estado engañando. Miraba de reojo a Dick, reprochándose a sí misma no haber notado antes detalles que ahora veía con claridad. Sus manos delgadas, requemadas por el sol, no dejaban de temblar mientras conducía el coche, aunque el temblor fuera casi imperceptible. Se le antojó un signo de debilidad. Los labios estaban demasiado apretados. Iba inclinado hacia delante, agarrado al volante de la furgoneta, oteando el estrecho camino entre

los chaparrales como si quisiera vislumbrar su propio futuro.

De regreso en la casa, tiró el folleto sobre la mesa y fue a desempaquetar los víveres. Cuando volvió, Dick estaba absorto en el folleto y no la oyó dirigirle la palabra. Ya se había acostumbrado a aquel ensimismamiento cuando le hablaba; a veces pasaba toda una comida en silencio, sin saber qué comía, dejando el tenedor y el cuchillo antes de vaciar el plato, pensando en algún problema de la granja con el ceño fruncido. Mary había aprendido a no molestarle en tales ocasiones. Se refugiaba en los propios pensamientos o se sumía en su habitual estado de apática indiferencia. A veces pasaban días enteros sin hablarse apenas.

Después de cenar, en vez de ir a acostarse como siempre a las ocho, Dick continuó sentado bajo la lámpara, que oscilaba suavemente y olía a parafina, y empezó a hacer cálculos sobre una hoja de papel. Ella se sentó a observarle, con las manos cruzadas en la falda, su posición característica en los últimos tiempos; permanecía inmóvil hasta que algo la obligaba a moverse. Al cabo de una hora, más o menos, Dick apartó de sí los trozos de papel y se subió los pantalones con un movimiento alegre y juvenil que no le había visto nunca.

—¿Qué opinas de las abejas, Mary?

—No sé nada de ellas. No es mala idea.

—Mañana iré a ver a Charlie. Su cuñado se dedicó a la apicultura en el Transvaal, según me contó en una ocasión. —Hablaba con una energía nueva; parecía más animado.

—Pero este libro se refiere a Inglaterra —objetó Mary, vacilante. Le parecía una base muy frágil para semejante cambio en él; frágil incluso para una afición como las abejas.

Pero al día siguiente, después del desayuno, Dick se fue a ver a Charlie Slatter. Regresó de mal talante, con el ceño fruncido pero silbando jovialmente. A Mary le impresionó aquel silbido; quizá porque le resultaba tan familiar. Era un truco suyo; hundía las manos en los bolsillos, como un niño, y silbaba con patético desafío cuando ella perdía la paciencia o le increpaba respecto a la casa o la incomodidad del sistema de conducción del agua. Siempre la irritaba sobremanera que no fuera capaz de hacerle frente y discutir cara a cara.

—¿Qué ha dicho? —preguntó.

—Ha puesto toda clase de inconvenientes, pero el hecho de que su hermano fracasara no quiere decir que a mí haya de ocurrirme lo mismo.

Se marchó a los campos, dirigiéndose instintivamente a la plantación de árboles; eran varias hectáreas de su mejor terreno, en el que había plantado árboles gomíferos dos años atrás. Se trataba de la plantación que tanto irritaba a Charlie Slatter, quizá por un

inconsciente sentimiento de culpabilidad porque él nunca devolvía a la tierra lo que tomaba de ella.

Dick solía permanecer largo rato al borde de la plantación, observando cómo soplaba el viento sobre las copas de los jóvenes y brillantes árboles, que se mecían, inclinaban y agitaban sin interrupción. Los había plantado, al parecer, obedeciendo a un impulso, pero en realidad era la realización de un antiguo sueño. Varios años antes de que comprase la granja, una compañía minera había talado todos los árboles del terreno, dejando sólo la hierba y los matorrales. Los árboles ya volvían a crecer, pero en las mil y pico de hectáreas no se veía ni uno solo que no fuera el producto enano y feo de un tronco mutilado. No quedaba un solo árbol sano en la granja. No era mucho plantar cuarenta hectáreas de árboles jóvenes que llegarían a ser gigantes de troncos blancos y rectos; la retribución era escasa, pero se trataba de su rincón favorito. Cuando se sentía más deprimido de lo normal o se había peleado con Mary o quería pensar con claridad, iba a contemplar sus árboles; o paseaba por las largas hileras, entre las ramas jóvenes y gráciles cuyas hojas delicadas y brillantes relucían como monedas. Aquel día reflexionó sobre las abejas hasta que, ya muy tarde, cayó en la cuenta de que no había vigilado el trabajo de la granja y, con un suspiro, dejó la plantación y fue a reunirse con los peones.

Durante el almuerzo no dijo una sola palabra. Estaba obsesionado con las abejas. Por fin explicó a Mary que esperaba ganar más de doscientas libras al año. Aquello la sobresaltó, pues había imaginado que sólo pensaba en unas cuantas colmenas, como una afición lucrativa. Pero era inútil discutir con él; no se puede discutir con cifras y sus cálculos probaban de modo irrefutable que aquellas doscientas libras eran una ganancia segura. Además, ¿qué podía decirle? No tenía experiencia en aquel negocio; sólo desconfiaba por instinto.

Durante más de un mes Dick estuvo absorto en su hermoso ensueño de ricos panales y grandes enjambres de abejas productoras. Construyó veinte colmenas con sus propias manos y plantó media hectárea de una clase especial de hierba junto al lugar destinado a ellas.

Apartó a algunos peones de su trabajo habitual para enviarles al veld en busca de enjambres de abejas y pasó horas todas las tardes, a la dorada luz del crepúsculo, ahuyentando a los enjambres con humo para atrapar a la abeja reina. Le habían dicho que aquel método era el mejor. Sin embargo, muchas abejas murieron y no encontró a las reinas. Entonces empezó a distribuir colmenas por todo el veld cerca de los enjambres que había conseguido localizar, esperando tentarlos, pero ni una sola abeja se aproximó a sus colmenas; tal vez porque eran africanas y no les gustaban las colmenas hechas al estilo inglés.

¿Quién sabe? Desde luego, Dick no lo sabía. Por fin un enjambre se instaló en una colmena, pero no se pueden ganar doscientas libras al año con un solo enjambre. Un día picaron a Dick y por lo visto el veneno le curó de su obsesión. Mary presenció el fin de su ensimismamiento con asombro e incluso con ira, porque había malgastado semanas enteras de tiempo y un montón de dinero. Ello no obstante, su interés por las abejas desapareció de la noche a la mañana. En realidad, la alivió verle reanudar *el* trabajo normal en los campos; había sido una locura pasajera durante la cual se portó como una persona totalmente distinta.

Pero seis meses después ocurrió algo similar. Mary apenas podía creerlo cuando volvió a encontrarle absorto en la lectura de una revista sobre agricultura que contenía un artículo muy tentador sobre la rentabilidad de los cerdos y le oyó decir:

—Mary, voy a comprar algunos cerdos a Charlie.

—Espero que no vuelvas a las andadas —replicó ella en tono desabrido.

—¿Qué quieres decir, a las andadas?

—Sabes muy bien lo que quiero decir. Castillos de dinero en el aire. ¿Por qué no te dedicas a tu granja?

—Los cerdos son animales de granja, ¿no? Y Charlie gana mucho dinero con ellos.

Entonces empezó a silbar. Al verle cruzar la habitación para salir a la veranda y escapar de su rostro airado y acusador, Mary pensó que no sólo tenía ante ella a un hombre alto, flaco y encorvado, sino también a un niño caprichoso que intentaba aguantar el tipo aun después de que le echaran un jarro de agua fría para frenar su entusiasmo. Veía claramente a aquel niño, moviendo las caderas y silbando, pero con un aire de derrota en las rodillas y los muslos. Escuchó el silbido atiplado y melancólico que procedía de la veranda y de repente sintió deseos de llorar. Pero, ¿por qué, por qué? Era muy posible que hiciera dinero con los cerdos. Otras personas lo hacían. De todos modos, cifraba sus esperanzas en el fin de la temporada, cuando sabrían a cuánto ascendían sus ganancias. No serían pocas, pues el año había sido bueno y las lluvias propicias para Dick.

Construyó las pocilgas detrás de la casa, entre las rocas de la colina, para ahorrar ladrillos, según dijo; las rocas suministraban parte de las paredes; e hizo servir las más grandes como marco para la estructura de hierba y madera. Explicó a Mary que con aquel método había ahorrado varias libras.

—Pero, ¿no hará demasiado calor aquí? —preguntó ella. Estaban en la colina, entre las porquerizas a medio construir. No era muy fácil trepar hasta allí a causa de las zarzas y malas hierbas que se adherían a las piernas, pinchándolas con púas afiladas como las zarpas de un

felino. Un gran euforbio extendía sus ramas hacia el cielo desde la cumbre de la colina y Dick confiaba en que ofrecería sombra y frescor suficientes. Pero ahora se hallaban a la cálida sombra de las gruesas y carnosas ramas, que tenían forma de vela, y Mary notaba que la cabeza le empezaba a doler. Las rocas no se podían tocar porque quemaban: el sol acumulado durante meses enteros parecía que estaba aprisionado en aquel granito. Miró a los dos perros de la granja, que yacían a sus pies, jadeando, y observó—: Espero que los cerdos no sientan el calor.

—Ya te he dicho que no hará demasiado —insistió él— cuando haya levantado las pantallas de madera y hierba.

—El calor parece salir de la tierra.

—Bueno, Mary, es muy fácil criticar, pero de este modo he ahorrado dinero. No podía invertir cincuenta libras en cemento y ladrillos.

—No era una crítica —se apresuró a responder ella al percatarse del tono defensivo de Dick.

Compró a Charlie Slatter seis cerdos muy caros y los instaló en las pocilgas incrustadas entre las rocas. Pero los cerdos tienen que comer y su comida resulta muy costosa si ha de comprarse en la tienda. Dick tuvo que encargar muchos sacos de maíz y decidió dar a los cerdos toda la leche que producían sus vacas con excepción de la cantidad mínima requerida para el uso doméstico. Mary tenía que ir todas las mañanas a la cocina a separar medio litro de leche para la casa y dejar que el resto se agriara en un recipiente porque Dick había leído en alguna parte que la leche agria contribuía a mejorar la calidad del tocino porque tenía sustancias de las que carecía la leche fresca. Las moscas se apiñaban sobre la blanca costra de la cuajada y toda la casa despedía un olor acre.

Y después, cuando nacieran las crías, y crecieran, sólo sería cuestión de transportarlas y venderlas... Sin embargo, estos problemas no se presentaron porque las crías murieron casi en seguida después de nacer. Dick dijo que era culpa de alguna enfermedad y también de su mala suerte, pero Mary observó secamente que en su opinión había ocurrido porque no les gustaba ser asados antes de tiempo. Dick le agradeció aquella observación macabra porque provocó su hilaridad y salvó la situación. Se rió, aliviado, rascándose la cabeza y subiéndose los pantalones; y en seguida entonó su melancólico silbido. Mary abandonó la habitación con el semblante crispado. Las mujeres que se casan con hombres como Dick aprenden tarde o temprano que sólo tienen dos alternativas: enloquecer, destruirse a fuerza de ataques de fútil rebeldía e indignación, o endurecerse y amargarse. Mary, recordando a su madre cada vez con mayor frecuencia como un sarcástico doble de sí misma, siguió el curso marcado inexorablemente

por su educación. Enfurecerse contra Dick se le antojaba un insulto a su orgullo; en su rostro antes agradable, aunque sin forma, empezaron a formarse arrugas de obstinación; pero era como si llevase dos máscaras, contradictorias entre sí; sus labios se adelgazaban y apretaban, pero podían temblar de indignación; el ceño se le fruncía, pero entre las cejas había un trozo de piel sensible y vulnerable que enrojecía con violencia cuando se enfadaba con sus criados. A veces presentaba el rostro ajado de una mujer indomable que había aprendido a esperar lo peor de la vida y otras, el semblante de un histerismo indefenso. Pero todavía era capaz de salir de la habitación en silencio, sin proferir una palabra de crítica.

Pocos meses después de que vendieran los cerdos, Mary advirtió un día, con una fría sensación en el estómago, la ya conocida expresión de ensimismamiento en el rostro de Dick. Le vio de pie en la veranda con la vista perdida en los kilómetros de veld marrón que se prolongaban hasta las montañas y se preguntó qué visión se habría apoderado de él esta vez. Sin embargo, esperó en silencio a que se volviera hacia ella, puerilmente excitado por el éxito que ya conocía en su imaginación. Y ni siquiera entonces se desesperó de un modo real y definitivo. Luchando contra sus sombríos presagios, se dijo que la temporada había sido buena y que Dick estaba satisfecho; había pagado cien libras de la hipoteca y le quedaba el dinero suficiente para vivir todo un año sin recurrir a ningún préstamo. Sin darse cuenta, había adoptado la actitud negativa de Dick, juzgando una temporada por las deudas en que *no* había incurrido. Y cuando él observó un día, con una mirada provocativa, que había leído algo sobre pavos, hizo un esfuerzo para parecer interesada. Se dijo a sí misma que otros granjeros hacían aquellas cosas y ganaban dinero. Tarde o temprano, Dick tendría un golpe de suerte: el mercado sería tal vez favorable para él; o el clima de su granja sentaría bien a los pavos y la empresa les daría unos buenos ingresos. Entonces Dick, defendiéndose ya de las acusaciones que ella no había formulado, le recordó que, al fin y al cabo, había perdido muy poco en los cerdos (olvidándose, al parecer, de las abejas); el experimento les había salido casi gratis. Las pocilgas no habían costado nada y los jornales de los peones sólo ascendían a unos pocos chelines. La comida había sido producto de su propia granja, si no toda, en parte. Mary recordó los sacos de maíz que habían comprado y la gran preocupación que supuso encontrar dinero para pagar los jornales, pero aun así mantuvo la boca cerrada y desvió la vista, resuelta a no provocar en él más arrebatos de hostil autodefensa.

Vio más a Dick durante las pocas semanas de obsesión con los pavos que en todos los años de su matrimonio, anteriores o posteriores. Apenas bajaba a los campos, sino que pasaba el día entero

supervisando la construcción de los gallineros de ladrillo y la inmensa extensión de alambrada. La alambrada de malla fina costó más de cincuenta libras. Después compró los pavos, caras incubadoras y básculas y todo lo que consideró esencial para las instalaciones; pero antes de incubar los primeros huevos, observó un día que estaba pensando en usar los corrales y gallineros, no para pavos, sino para conejos, que sólo requerían un puñado de hierba como alimento y se reproducían… bueno, como conejos. Era cierto que a la gente no le entusiasmaba el gusto de su carne (se trata de un prejuicio sudafricano), pero los gustos pueden adquirirse y si vendían los conejos a cinco chelines por cabeza, calculaba que podían ganar con toda comodidad cincuenta o sesenta libras mensuales. Después, cuando los animales ya tuvieran su mercado comprarían una raza especial de conejos de angora porque había oído decir que la libra de lana se vendía a seis chelines.

En aquel punto, incapaz de dominarse y odiándose por ello, Mary perdió la paciencia… y la perdió definitiva y destructivamente. Incluso mientras descargaba su furor contra él, se condenaba fríamente a sí misma por darle la satisfacción de verla en aquel estado. Pero era un sentimiento que él no habría comprendido. Su cólera hizo mucho daño a Dick, aunque no dejaba de repetirse que estaba equivocada y no tenía derecho a criticar sus bienintencionados esfuerzos, por infructuosos que fueran. Mary gritó, lloró y profirió maldiciones hasta que al final se sintió demasiado débil para mantenerse en pie y se sentó en un extremo del sofá, sollozando y tratando de recuperar el aliento. Y Dick no se subió los pantalones ni empezó a silbar ni la miró como un niño acorralado. La dejó sollozar durante largo rato sin pestañear y por fin dijo: «Está bien, jefa». Aquello no gustó a Mary, no le gustó absolutamente nada; porque aquellas tres palabras sarcásticas decían más sobre su matrimonio de lo que ella se había permitido pensar jamás y era indecoroso que su desprecio hacia él quedara formulado de manera tan explícita: una condición de la existencia de su matrimonio era que ella le compadeciera con generosidad, no que le despreciara.

Pero no se habló más de pavos o conejos. Mary vendió los pavos y llenó los corrales de gallinas, para ganar un poco de dinero y poder comprarse algún vestido, explicó. ¿O acaso esperaba que fuese harapienta como una cafre? Al parecer él no esperaba nada, porque ni siquiera reaccionó a su desafío. Volvía a estar preocupado. No había ni rastro de compunción ni rencor en su actitud cuando la informó de que pensaba abrir una tienda en su granja. Se limitó a enunciar el hecho, sin mirarla, de forma concluyente, como si dijera: «Lo tomas o lo dejas». Todo el mundo sabía que las tiendas eran un gran negocio, añadió. Incluso Charlie Slatter tenía una en su granja; muchos

agricultores la tenían. Eran una mina de oro. Mary dio un respingo al oír «mina de oro» porque un día había encontrado una serie de trincheras apuntaladas con maderos en la parte posterior de la casa y él le había dicho que las había excavado hacía años en un esfuerzo para descubrir el Eldorado que sin duda se ocultaba bajo el terreno de su granja. Dijo con voz ecuánime:

—Si hay una tienda en la granja de Slatter, sólo a siete kilómetros, ¿para qué abrir otra aquí?

—En mis tierras trabajan siempre un centenar de nativos.

—Si ganan quince chelines al mes, no vas a convertirte en un Rockefeller con lo que gasten.

—Es un lugar de paso para los nativos —insistió tercamente Dick.

Solicitó un permiso comercial, que obtuvo sin dificultad, y en seguida edificó la tienda. Mary consideró algo terrible, un aviso y un mal presagio que la tienda, la antiestética y amenazadora tienda de su infancia, la siguiera incluso hasta allí, hasta su hogar.

Pero fue construida a varios centenares de metros de la casa, y consistió en una pequeña habitación dividida por un mostrador y una habitación de mayor tamaño habilitada para almacén. El género inicial cabía en las estanterías de la tienda en sí, pero a medida que el negocio prosperara, necesitarían la habitación de atrás.

Mary ayudó a Dick en la colocación de los artículos, profundamente deprimida y odiando las telas baratas que olían a productos químicos y las mantas ásperas y grasientas al tacto aun antes de su utilización. Colgaron la llamativa bisutería de cristal, latón y cobre, que Mary hizo oscilar y tintinear con una apretada sonrisa, recordando su infancia, cuando su mayor distracción era contemplar el balanceo y el brillo de los collares de cuentas multicolores. Pensaba que aquellas dos habitaciones, de ser añadidas a la casa, habrían hecho su vida cómoda; el dinero gastado en la tienda, los gallineros, las pocilgas y las colmenas habría podido servir para revestir el tejado y ahuyentar él terror que siempre le inspiraba la llegada de la estación calurosa. Pero, ¿de qué servía decirlo? Estuvo a punto de estallar en lágrimas de frustración y desesperanza, pero no pronunció una palabra y siguió ayudando a Dick hasta terminar el trabajo.

Cuando todo estuvo listo y la tienda repleta de género, Dick se entusiasmó tanto que fue a la estación y compró veinte bicicletas baratas. Era un paso ambicioso, porque la goma se pudre, pero dijo que los nativos siempre le pedían anticipos para comprar bicicletas; ahora podrían comprárselas a él. Entonces surgió la cuestión de quién llevaría la tienda. «Cuando esté en marcha —dijo Dick—, pondremos un dependiente». Mary cerró los ojos y suspiró. Aun antes de empezar, cuando parecía que habría de pasar una eternidad hasta que hubieran amortizado el capital, ya hablaba de un empleado, que costaría por lo

menos treinta libras al mes. ¿Por qué no poner a un nativo?, preguntó. En asuntos de dinero, los nativos no son de fiar, contestó él, y añadió que siempre había dado por sentado que ella se encargaría de la tienda; al fin y al cabo, no tenía nada que hacer. El tono de esta última observación fue el mismo con que se dirigía últimamente a ella: brusco v resentido.

Mary replicó que prefería morir antes que poner un pie en la tienda. Nada la induciría a ello, nada en absoluto.

—Pues no te haría ningún daño —respondió Dick—. ¿De modo que te consideras demasiado distinguida para estar detrás de un mostrador?

—Vendiendo malolientes artículos a un puñado de malolientes cafres —puntualizó ella.

Pero no era aquello lo que sentía; por lo menos no entonces, antes de iniciar el trabajo. No podía explicar a Dick que el olor de la tienda le recordaba las ocasiones de su niñez en que había contemplado con temor las hileras de botellas de las estanterías, preguntándose cuál de ellas vaciaría su padre aquella noche; en que había visto a su madre sacar monedas de sus bolsillos mientras él dormía en una silla, roncando con la boca abierta y las piernas separadas; en que al día siguiente la enviaba a la tienda a comprar comida que no aparecía en las cuentas de fin de mes. No podía explicarlo a Dick por la sencilla razón de que ahora ya le asociaba en su mente con la mediocridad y la angustia de su infancia y habría sido como discutir con el propio destino. Al final accedió a atender la tienda; no tenía otro remedio.

Ahora, mientras se dedicaba a sus quehaceres, miraba por la puerta trasera y veía el nuevo y brillante tejado entre los árboles; y de vez en cuando caminaba por el sendero el trecho suficiente para ver si alguien esperaba ante la tienda. Hacia las diez de la mañana media docena de mujeres nativas estaban sentadas con sus retoños bajo los árboles. Si a Mary le disgustaban los hombres indígenas, aborrecía a las mujeres. Detestaba la exhibición de sus carnes, sus cuerpos suaves y marrones, sus rostros suaves y tímidos, que también eran inquisitivos e insolentes, y sus voces gritonas, de tono ampuloso y descarado. No soportaba verlas allí sentadas sobre la hierba, con las piernas dobladas bajo el trasero en aquella postura eterna y tradicional, serenas e indiferentes como si no les importara que la tienda se abriera o permaneciera cerrada, obligándolas a volver al día siguiente. Y odiaba de manera especial su modo de amamantar a los niños, con los pechos colgantes a la vista de todo el mundo; en su tranquila y satisfecha maternidad había algo que la soliviantaba. «Con los niños aferrados a ellas como sanguijuelas», se decía, estremeciéndose, porque la idea de amamantar a un niño la llenaba de horror. Pensar en los labios de un niño chupando los pechos la ponía

enferma; se cubría involuntariamente los suyos con las manos como protegiéndolos de una violación. Y como muchas mujeres blancas son como ella y utilizan, aliviadas, el biberón, no le faltaba compañía y no se consideraba extraña; las extrañas eran las negras, aquellas criaturas salvajes y primitivas de repugnantes deseos que no soportaba siquiera imaginar.

Cuando veía a unas diez o doce, un grupo polícromo entre la hierba y los árboles verdes, con su carne color de chocolate, tocados multicolores y pendientes de metal, cogía las llaves del armario de la ropa (las guardaba allí para que el criado no las viera y no pudiera ir a la tienda a robar cuando ella no se daba cuenta) y, protegiéndose los ojos con la mano, enfilaba el sendero para despachar aquel enojoso asunto. Abría la puerta con estruendo, dejándola chocar contra la pared de ladrillo, y entraba en la penumbra del local, con la nariz arrugada por el ofensivo tufo. Entonces las mujeres la seguían sin prisas, tocaban los artículos y se probaban los brillantes collares sobre la piel oscura con pequeñas exclamaciones de placer, o de horror, cuando oían los precios. Los niños iban colgados a la espalda de sus madres (como monos, pensaba Mary) o se agarraban a sus faldas, mirando con fijeza la piel blanca de Mary, con racimos de moscas en los lagrimales. Mary permanecía allí de pie durante una media hora, manteniéndose distante, tecleando el mostrador con los dedos y contestando con monosílabos a las preguntas sobre precios y calidad. No permitía a las mujeres el placer de regatear. Al cabo de un rato sentía que ya no podía permanecer más tiempo encerrada en la sofocante tienda con aquel tropel de mujeres malolientes y charlatanes. Entonces exclamaba en fanagalo: «¡Vamos, deprisa!» Y una tras otra se marchaban todas, frenada su alegría y locuacidad por la sensación de que no eran bien recibidas.

—¿Por qué tengo que estar allí horas y horas para que se gasten seis peniques en un collar? —preguntaba Mary.

—Así tienes algo que hacer —contestaba él con brutal indiferencia, sin mirarla siquiera.

Fue la tienda lo que acabó con Mary; la necesidad de servir detrás del mostrador y saber que estaba allí, siempre allí, una responsabilidad sobre sus hombros, a cinco minutos de distancia por el sendero donde las garrapatas abandonaban las zarzas y la hierba para adherirse a sus piernas. Pero la causa de su desmoronamiento ostensible fueron las bicicletas que, por alguna razón, no se vendieron. Quizá no era el modelo que querían los nativos; resultaba difícil de decir. Al final sólo se vendió una y el resto permaneció en el almacén, del revés, con el asiento apoyado en el suelo, como esqueletos de goma y acero. La goma se pudrió; al estirarla, se deshacía en láminas grises sobre la llanta. ¡Otras cincuenta libras al cubo de la basura! Y

aunque la tienda no perdía dinero, tampoco reportaba grandes ingresos. En conjunto, teniendo en cuenta las bicicletas y el coste del edificio, la empresa era un desastre financiero y lo único que podían esperar era acabar de vender las existencias que quedaban en las estanterías. Pero Dick no quería darse por vencido.

—Ahora ya está en marcha —dije—, ya no podemos perder nada. Continúa con ella, Mary: no te hará ningún daño.

Pero ella pensaba en las cincuenta libras perdidas en las bicicletas. Con aquella suma habrían podido revestir el tejado o adquirir unos buenos muebles para reemplazar los cuatro trastos que tenían, o incluso irse una semana de vacaciones.

La idea de aquellas vacaciones que siempre estaba planeando, pero que nunca parecían posibles, encauzó los pensamientos de Mary hacia otra dirección. Durante un tiempo, su vida asumió un nuevo significado.

Aquellos días siempre dormía por la tarde. Dormía horas y horas; era un modo de hacer que el tiempo pasara deprisa. Se acostaba a la una y se despertaba después de las cuatro. Pero aún le faltaban dos horas para que Dick volviera a casa, de manera que seguía tendida a medio vestir en la cama, aturdida de tanto dormir, con la boca seca y dolor de cabeza. Y durante aquellas dos horas de duermevela se permitía soñar con aquel hermoso tiempo pasado cuando trabajaba en una oficina... y vivía como se le antojaba, antes de que la gente «la obligara a casarse». Así era como razonaba. Y durante aquellos ratos perdidos empezó a pensar en la posibilidad de que Dick hiciera algún dinero y pudieran irse a vivir de nuevo a la ciudad; aunque en sus momentos de honradez sabía que Dick no haría nunca dinero. Entonces se le ocurrió que nada le impedía huir y volver a su antigua vida; aquí, el recuerdo de sus amigos la frenó: ¿qué dirían si rompía su matrimonio de aquel modo? Pero el convencionalismo de aquella ética, que no tenía nada que ver con su vida real, acudió en su ayuda al recordarle cómo eran aquellos amigos y cómo juzgaban a sus semejantes. Le dolía volver a verlos con su historial de fracasos porque, en el fondo, todavía la atormentaba un sentimiento de inferioridad, de «no estar hecha de aquel modo». La frase seguía grabada en su mente después de todos aquellos años y aún le causaba cierto resentimiento. Pero su deseo de escapar a tantas penalidades había llegado a ser tan irrefrenable, que desechó toda idea sobre sus amistades y se limitó a pensar únicamente en su fuga, en volver a ser como era antes. Sin embargo, existía un abismó entre su actual identidad y la de aquella muchacha tímida, introvertida, pero adaptable en el círculo de sus numerosos conocidos. Era consciente de aquel abismo, pero no como una alteración irreversible de sí misma. Se sentía más bien como apartada de un papel que le había sido

asignado en una comedia que comprendía y obligada de repente a representar a un personaje desconocido para ella. No era consciente de haber cambiado; sólo tenía la desagradable sensación de desempeñar un papel ajeno. La tienda, los jornaleros negros, siempre tan próximos a sus vidas y al mismo tiempo tan lejanos, Dick con sus ropas de granjero y las manos manchadas de grasa... nada de aquello le pertenecía, nada era real y lo consideraba una imposición monstruosa.

Lenta, muy lentamente, a lo largo de varias semanas, se fue afirmando en la creencia de que sólo necesitaba subir al tren y volver a la ciudad para reanudar aquella hermosa y pacífica existencia, la vida para la que estaba hecha.

Y un día, cuando el *boy* volvió de la estación con su pesado saco de víveres, carne y correo y Mary cogió el periódico semanal y miró como de costumbre los anuncios de nacimientos y bodas (para saber qué hacían sus antiguas amistades; era la única parte que leía de todo el periódico), se enteró de que la empresa para la cual había trabajado todos aquellos años solicitaba una taquígrafa. Se encontraba en la cocina, mal iluminada por una pequeña vela y el resplandor rojizo del fogón, junto a la mesa repleta de jabón y carne, mientras el *boy* preparaba la cena detrás de ella... y, sin embargo, al momento se sintió transportada a su antigua vida. La ilusión persistió durante toda la noche, que pasó despierta, soñando con aquel futuro, tan fácil de conseguir, que era también su pasado. Y cuando Dick se hubo ido a los campos de cultivo, se vistió, llenó una maleta y, fiel a la tradición, dejó una nota en la que se limitaba a decir que volvía a su antiguo empleo; exactamente como si Dick conociera sus intenciones y aprobara su decisión.

Recorrió en poco más de una hora los siete kilómetros que separaban su granja de la de los Slatter. Corrió la mitad del camino, haciendo oscilar la pesada maleta, que le golpeaba las piernas, con los zapatos llenos de arenilla y tropezando en los surcos. Encontró a Charlie Slatter en la hondonada que marcaba el límite entre las dos propiedades, al parecer inactivo, mirando hacia la carretera y silbando por lo bajo, con los ojos entornados. Al detenerse delante de él, Mary pensó en lo extraño que era ver entregada al ocio a una persona siempre tan ocupada. No podía imaginar que él estaba pensando en cómo compraría la granja de aquel chiflado de Dick Turner cuando éste se arruinara. Recordando que sólo le había visto dos o tres veces y que en dichas ocasiones él no se había molestado en disimular su antipatía, Mary se enderezó y procuró hablar despacio, aunque estaba sin aliento. Le pidió que la llevara a la estación del ferrocarril a tiempo para coger el tren de la mañana; no había otro hasta dentro de tres días y se trataba de un asunto urgente. Charlie la estudió con

mirada escudriñadora y pareció calcular algo.

—¿Dónde está su viejo? —preguntó con brusca ironía.

—Trabajando... —murmuró Mary.

Él gruñó, suspicaz, pero metió la maleta en su coche, estacionado bajo un gran árbol junto a la carretera. Se sentó ante el volante y ella le siguió, tras luchar con la manecilla de la puerta, mientras él miraba hacia lo lejos, silbando entre dientes; Charlie no creía en mimar a las mujeres prestándoles ayuda. Por fin Mary se sentó a su lado, agarrada a la maleta como si fuera un pasaporte.

—¿El marido está demasiado ocupado para llevarla a la estación? —inquirió por fin Charlie, volviéndose a mirarla. Ella se ruborizó y afirmó con la cabeza, sintiéndose culpable, aunque sin pensar que colocaba a Dick en una situación falsa; tenía la mente fija en aquel tren.

Charlie pisó el acelerador y el potente coche entró en la carretera rozando los árboles y haciendo chirriar los neumáticos en el polvo. El tren esperaba en la estación, jadeando y goteando agua y no hubo tiempo para hablar. Mary dio brevemente las gracias a Charlie y ya le había olvidado cuando el tren se puso en marcha. Tenía el dinero justo para llegar a la ciudad; no le sobraba ni para un taxi.

Caminó desde la estación, con la maleta a cuestas, por la ciudad que no había visitado desde que la abandonara al casarse; en las escasas ocasiones en que Dick había hecho el viaje, ella se había negado a acompañarle, no queriendo arriesgarse a encontrar a personas conocidas. Cobró nuevos ánimos cuando se halló en las proximidades del Club.

Era un día espléndido, con ráfagas de viento perfumado y un ambiente soleado y alegre. Incluso el cielo parecía distinto, visto entre aquellos edificios tan familiares que se veían nuevos y limpios con sus paredes blancas y tejados rojos. No era la implacable bóveda azul que se curvaba sobre la granja, encerrándola en un ciclo de estaciones inalterables; era de un azul suave y delicado y Mary, en su exaltación, se sintió capaz de echar a volar sobre la acera y flotar en aquella sustancia azul, por fin tranquila y serena. La calle estaba bordeada de bauhinias, cuyas flores rosadas y blancas parecían mariposas posadas entre las hojas. Era una avenida blanca y rosa, limitada por un cielo azul y diáfano. ¡Un mundo diferente! Era su mundo.

En el Club la atendió una matrona nueva quien le dijo que no admitían a mujeres casadas. La miró con curiosidad y aquella mirada destruyó la felicidad repentina e irresponsable de Mary. Había olvidado la norma que excluía a las mujeres casadas, seguramente porque no pensaba en sí misma como tal. Recobró la cordura cuando se fijó en el vestíbulo donde había recibido a Dick Turner tantísimos años atrás; el ambiente, aun siendo el mismo, se le antojó extraño.

Todo parecía brillante, ordenado y limpio.

Se dirigió a un hotel y se arregló el peinado en cuanto llegó a la habitación. Entonces fue a pie hasta la oficina. Ninguna de las chicas empleadas allí la conocía. Habían cambiado el mobiliario; la mesa donde ella solía sentarse estaba en otro lugar y se le antojó un insulto que hubieran tocado sus cosas. Miró a las chicas, todas ellas bien vestidas y bien peinadas y por primera vez se le ocurrió pensar que su aspecto no era el de una secretaria. Pero ya era demasiado tarde. La acompañaron al despacho de su antiguo jefe y Mary vio inmediatamente en sus ojos la misma mirada de la mujer del Club. Bajó la vista, se vio las manos morenas y arrugadas y las escondió debajo del bolso. El hombre la observó con atención y de pronto le miró los zapatos, todavía cubiertos de polvo rojizo porque había olvidado limpiarlos. Con expresión afligida pero al mismo tiempo casi escandalizada, le dijo que el puesto ya estaba ocupado y que lo lamentaba mucho, Mary lo consideró otro insulto; había trabajado en aquella oficina durante tantos años que casi era parte de sí misma y ahora no querían readmitirla. «Lo siento, Mary», murmuró él, evitando su mirada, y Mary comprendió que el puesto aún seguía libre y que aquel hombre se la quería sacar de encima. Hubo un largo momento de silencio durante el cual Mary vio esfumarse y desaparecer los sueños de las últimas semanas. Entonces él le preguntó si había estado enferma.

—No —respondió ella con voz neutra.

De regreso en la habitación del hotel, se miró al espejo. Llevaba un vestido de algodón descolorido y era evidente que, en comparación con los de las chicas de la oficina, estaba muy anticuado. Sin embargo, podía pasar. Era cierto que tenía la piel morena y reseca, pero cuando sus facciones se relajaban, no se veían tan distintas de las de antes; sólo había unas pequeñas arrugas blancas que partían de los ojos como finas pinceladas, debidas a la mala costumbre de entornar los ojos. Y su peinado no era muy favorecedor. Pero, ¿acaso creían que había peluquerías en las granjas? Sintió de improviso un furor ciego y vengativo contra el jefe, contra la matrona, contra todo el mundo. ¿Qué esperaban? ¿Qué hubiese pasado por todos aquellos desengaños y penalidades sin experimentar el menor cambio? Pero era la primera vez que admitía la posibilidad de un cambio, en ella, no en sus circunstancias. Pensó en ir a un salón de belleza y recuperar por lo menos su aspecto normal; entonces no podrían negarle el puesto que era suyo por derecho propio. Pero recordó que no tenía dinero. Volcó el bolso y encontró media corona y una moneda de seis peniques. No podría pagar la factura del hotel. Superó un momento de pánico y permaneció sentada en una silla apoyada contra la pared, muy quieta, preguntándose qué haría. Pero el esfuerzo requerido para pensar era

demasiado grande; tuvo la impresión de afrontar innumerables humillaciones y obstáculos. Parecía estar esperando algo. Al cabo de un rato encorvó el cuerpo y hundió los hombros, en una postura terca y paciente. Cuando oyó unos golpecitos en la puerta, levantó la vista como si los estuviera esperando, y la entrada de Dick no cambió su expresión. Durante unos segundos, no dijeron nada. Entonces él suplicó, extendiendo los brazos:

—Mary, no me abandones.

Ella suspiró, se puso en pie, se ajustó maquinalmente la falda y alisó sus cabellos, como si se preparase para un viaje ya convenido. Al ver su actitud y su rostro, que no expresaba oposición ni odio, sólo resignación, Dick dejó caer los brazos. No habría ninguna escena: aquella actitud la excluía.

Recobrando a su vez la cordura, Dick, igual que hiciera ella, se miró al espejo. Había salido con su indumentaria de trabajo, sin detenerse ni para comer, después de leer la nota que había sido como una puñalada de dolor y humillación. Las mangas se ahuecaban en torno a sus brazos flacos y requemados; no llevaba calcetines e iba calzado con viejas botas de cuero. A pesar de todo, y como si hubieran viajado juntos, le propuso ir a almorzar y después al cine, si le parecía bien. Ella pensó que intentaba crear la impresión de que no había ocurrido nada; pero, al mirarle, vio que sus palabras eran una reacción a la actitud adoptada por ella. Al verla alisarse el vestido, con movimientos insistentes y torpes, él añadió que tal vez debería ir a comprarse algo de ropa.

Ella replicó, hablando por primera vez, en su habitual tono incisivo y brusco:

—¿Con qué dinero?

Ya volvían a estar como antes, ni siquiera el tono de sus voces había cambiado.

Después de comer en un restaurante elegido por Mary porque parecía demasiado distante para ser frecuentado por alguno de sus amigos, volvieron a la granja como si todo fuese normal y su huida una insignificancia que pudiera olvidarse con facilidad.

Pero cuando Mary llegó a la casa y se encontró inmersa en la rutina de siempre, ahora ya sin sueños que la sustentaran, afrontando el futuro con un fatigado estoicismo, se sintió exhausta. Hacer cualquier cosa representaba un tremendo esfuerzo. Era como si el viaje a la ciudad hubiese agotado sus reservas de energía, dejándole la justa para hacer cada día lo que debía hacerse, pero nada más. Aquél fue el principio de su desintegración interior; empezó con aquella apatía, como si ya no pudiera sentir ni luchar.

Y quizá si Dick no hubiera caído enfermo, el fin habría llegado con rapidez, de un modo o de otro. Quizás habría muerto pronto,

después de una breve enfermedad, como su madre, simplemente porque no tenía un deseo especial de vivir. O quizás habría vuelto a huir, en otro impulso desesperado, pero con más sensatez que en la ocasión anterior, y aprendido a vivir de nuevo como por su naturaleza y educación estaba destinada a vivir, sola e independiente. Pero en su vida se operó un cambio repentino e inesperado que retrasó un poco el proceso de desintegración. Varios meses después de su huida y a los seis años de matrimonio, Dick cayó enfermo por primera vez.

# Capítulo séptimo

Era un junio espléndido, brillante, fresco y sin nubes, la estación del año que más gustaba a Mary: cálida durante el día, pero con cierto frescor en el aire y faltando aún varios meses para que el humo de los fuegos del veld se convirtiera en una bruma sulfurosa que atenuaba los colores de los chaparrales. El aire fresco le devolvía algo de su vitalidad; estaba cansada, sí, pero no era insoportable; se agarraba a los meses fríos como a un escudo que mantuviera a raya al temido letargo del calor que vendría después.

A primera hora de la mañana, cuando Dick se había ido a los campos, paseaba con lentitud por el espacio arenoso de delante de la casa, mirando hacia la alta bóveda azul, fresca como cristales de hielo, de un maravilloso azul claro jamás interrumpido por una sola nube durante meses y meses. El frío de la noche persistía aún en la tierra. Se agachaba para tocarla y tocaba también el tosco ladrillo de la casa, fresco y húmedo al tacto. Más tarde, cuando empezaba a hacer calor y el sol parecía ardiente como en verano, salía a la parte delantera y permanecía bajo un árbol al borde del claro (sin adentrarse nunca en la espesura, que le daba miedo) para refrescarse en su densa sombra. Las gruesas hojas color de aceituna dejaban entre sí rendijas de azul claro y el viento era frío y penetrante. Y luego, de pronto, todo el cielo bajaba como una tupida manta gris y durante unos días reinaba un mundo diferente, salpicado por una lluvia fina, y hacía verdadero frío; tanto, que debía ponerse un suéter y disfrutaba de la sensación de tiritar dentro de él. Pero aquello nunca duraba mucho. Daba la impresión de que en media hora la pesada cortina gris se adelgazaba, dejando transparentar el azul, y el cielo parecía subir, abandonando en el aire capas de nubes medio disueltas y, súbitamente, el cielo volvía a ser alto y azul y los celajes grises habían desaparecido. El sol lucía y deslumbraba, pero no ocultaba ninguna amenaza; no era el sol de octubre, que minaba con insidia las fuerzas. Había un estímulo en el aire, una incitación y Mary se sentía curada... o casi. Volvía a ser casi la de antes, enérgica y emprendedora, pero cierta cautela en el rostro y en los movimientos indicaba que no había olvidado el regreso del calor. Se entregaba con ternura a aquellos milagrosos tres meses de invierno, cuando el país estaba purificado por el frío. Incluso el veld parecía diferente, encendido durante unas semanas en llamas rojas, doradas y bermejas, antes de que los árboles se convirtieran en sólidas masas de follaje verde. Fue como si aquel invierno hubiera sido enviado especialmente para ella, para inyectarle un chorro de vitalidad, para salvarla de su indefensa apatía. Era *su* invierno; así lo

sentía Mary. Dick lo advirtió; era atento y solícito con ella desde su fuga; porque su regreso le había unido a ella con un vínculo de eterna gratitud. Si hubiera sido un hombre rencoroso, la habría odiado por utilizar un método tan fácil para dominarle, la clase de truco que usan las mujeres para derrotar a los hombres. Pero ni siquiera se le ocurrió. Y, después de todo, la escapada había sido bien espontánea, aunque obtuvo los resultados que habría previsto cualquier mujer calculadora. Era comprensivo y tolerante, reprimía sus arrebatos de cólera y le satisfacía verle cobrar nueva vida, moverse por la casa con más ímpetu y expresar en el rostro una suavidad casi patética, como si se aferrara a un amigo de quien supiera que iba a abandonarla. Incluso le pidió de nuevo que bajara con él a los campos; sentía la necesidad de estar cerca de ella porque abrigaba el temor secreto de que un día volviera a desaparecer mientras él estaba ausente. Porque aunque su matrimonio no funcionaba y no existía una comprensión real entre ambos, se había acostumbrado a la doble soledad en que se transforma cualquier matrimonio, incluso los malos. No podía imaginar volver a una casa donde no estuviera Mary. Incluso sus cóleras contra los criados se le antojaron, durante aquel breve período, una buena señal; estaba agradecido por la vitalidad renovada que se manifestaba en una mayor energía contra los defectos y la holgazanería del *boy*.

Pero se negaba a ayudarle en la granja, y le parecía una crueldad que se lo sugiriera. Allí arriba, en la altiplanicie, incluso con el montón de riscos detrás de la casa, que bloqueaba el paso de los vientos, hacía fresco en comparación con los campos encerrados entre muros de roca y árboles. ¡Allí abajo ni siquiera se sabía cuando era invierno! Incluso ahora, al mirar hacia la depresión, podía verse el calor en oleadas reflectantes sobre terreno y construcciones. No, prefería quedarse donde estaba; no bajaría con él. Dick lo aceptaba, zaherido y humillado como siempre; pero, aun así, más feliz de lo que había sido durante mucho tiempo. Le gustaba contemplarla por la noche, sentada en el sofá con los brazos cruzados, abrigada con el suéter y temblando alegremente de frío, porque aquellas noches el tejado crujía y crepitaba como mil cohetes a causa del brusco cambio entre el ardiente sol del día y las heladas nocturnas. Solía observarla cuando extendía la mano para tocar el hierro gélido del tejado y se sentía impotente y afligido ante aquella muda confesión de lo mucho que odiaba los meses de estío. Incluso empezó a pensar en instalar techos. Sacó en secreto los libros de contabilidad y calculó cuánto le costarían. Pero la última temporada había sido mala para él; y su impulso de protegerla contra lo que más temía terminó en su suspiro y la decisión de esperar al año próximo, cuando las cosas tal vez fueran mejor.

En una ocasión bajó con él a los campos. Fue cuando le dijo que

había helado. Una mañana, antes del amanecer, se detuvo en medio del terreno pantanoso, riendo de alegría al verlo todo cubierto por una película blanca.

—¡Escarcha! —exclamó—. ¡Quién lo hubiera creído, en este lugar tórrido y desolado!

Recogió un puñado de escarcha y la frotó entre las manos azuladas, invitándole a él a hacer lo propio, compartiendo aquel momento de deleite. Avanzaban con lentitud hacia una relación nueva; estaban más cerca que nunca. Pero fue entonces cuando él cayó enfermo y la nueva ternura que nacía entre ellos y que podría haber crecido hasta adquirir la fuerza suficiente para salvarlos, no era aún lo bastante fuerte para sobrevivir a aquel contratiempo.

Para empezar, Dick no había estado nunca enfermo, a pesar de haber vivido tanto tiempo en un distrito donde la malaria era común. Quizá la había llevado en la sangre durante años sin saberlo. Todas las noches tomaba quinina durante la estación lluviosa, pero no cuando hacía frío. Según él, en alguna parte de la granja debía haber un tronco de árbol lleno de agua estancada, en un lugar lo bastante cálido para que los mosquitos se reprodujeran; o tal vez una vieja lata oxidada en un rincón sombreado donde el sol no pudiera llegar para evaporar el agua. En cualquier caso, semanas después de que fuera lógico esperar un acceso de fiebre, Mary vio a Dick llegar de los campos una tarde, pálido y tembloroso. Le ofreció quinina y aspirina, que él tomó antes de desplomarse sobre la cama, sin probar bocado. Al día siguiente, enfadado consigo mismo y negándose a creer que estaba enfermo, salió a trabajar como de costumbre, con una gruesa chaqueta de cuero como fútil profilaxis contra los violentos temblores. A las diez de la mañana, con el sudor dé la fiebre bañándole la cara y el cuello y empapando su camisa, trepó a rastras la colina y se acostó entre mantas, ya medio inconsciente.

Fue un ataque agudo y como no estaba acostumbrado a guardar cama, era un enfermo quejumbroso y difícil. Mary envió una carta a la señora Slatter —aunque detestaba pedirle favores— y horas después Charlie acompañó al médico en su coche; había viajado cuarenta y cinco kilómetros para recogerle. El médico hizo las recomendaciones habituales y, cuando hubo terminado con Dick, dijo a Mary que la casa era peligrosa tal como estaba y debían instalarse mosquiteras. Además, añadió, había que cortar al menos cien metros de matorrales en torno a la casa. El tejado debía ser revestido sin pérdida de tiempo, de lo contrario existía el peligro de que ambos sufrieran una grave insolación. Observó a Mary con mirada penetrante y la informó de que estaba anémica, exhausta y con los nervios de punta y debía pasar cuanto antes tres meses en la costa. Entonces se fue, mientras Mary se quedaba en la veranda y miraba alejarse el coche con una torva

sonrisa. Pensaba, llena de odio, que a los profesionales ricos les resultaba muy fácil hablar. Detestaba a aquel médico, con su tranquila forma de quitar importancia a sus dificultades; cuando ella le había replicado que no podían permitirse el lujo de unas vacaciones, él había exclamado bruscamente: «¡Tonterías! ¿Puede permitirse el lujo de estar realmente enferma?» Y preguntado después cuánto tiempo hacía que no visitaba la costa. ¡No había visto nunca el mar! Sin embargo, el médico comprendió su situación mejor de lo que imaginaba, porque la factura que esperaba con temor no llegó. Al cabo de un tiempo escribió para preguntar cuánto le debía y la respuesta fue: «Págueme cuando puedan permitírselo». El orgullo frustrado la atormentó, pero tuvo que tragárselo; era cierto que no tenían dinero para pagarle.

La señora Slatter envió a Dick un saco de fruta cítrica de su huerto y ofreció su ayuda repetidas veces. Mary agradecía su presencia a sólo siete kilómetros de distancia, pero prefería no llamarla salvo en un caso urgente. Escribió una de sus secas notas para agradecerle la fruta y comunicarle que Dick estaba mejor. Pero no era cierto. Dick seguía en cama, con todo el terror impotente de una persona enferma por primera vez, vuelto de cara a la pared y con una manta cubriéndole la cabeza. «¡Igual que un negro!», exclamó Mary, llena de desprecio por su cobardía; había visto a nativos enfermos yacer de aquel mismo modo, en una especie de apatía estoica. Pero de vez en cuando, Dick se despertaba y preguntaba por los campos. Aprovechaba todos sus momentos de lucidez para preocuparse de las cosas que dejarían de funcionar sin su supervisión. Mary le cuidó como a un niño durante una semana, concienzudamente, pero con impaciencia al verle tan amedrentado. Cuando la fiebre remitió, quedó deprimido y débil, apenas *capaz* de incorporarse, y después empezó a dar vueltas y a demostrar una gran inquietud por el trabajo de la granja.

Mary vio que deseaba enviarla a la llanura para que vigilara la marcha de los campos, pero que se resistía a sugerirlo. Durante unos días no respondió a la súplica patente en su rostro debilitado y lastimero; sin embargo, al comprender que se levantaría de la cama antes de estar restablecido, dijo que bajaría.

Tuvo que vencer una violenta repugnancia ante la idea de dirigirse a los nativos de la granja; incluso después de llamar a los perros desde la veranda, con las llaves del coche en la mano, volvió a la cocina para beber un vaso de agua y ya estaba sentada al volante y con el pie en el acelerador cuando se apeó de pronto, con la excusa de que necesitaba un pañuelo. Al salir del dormitorio se fijó en el largo látigo que descansaba sobre dos clavos en el umbral de la cocina, como un adorno; hacía mucho tiempo que no recordaba su existencia.

Lo descolgó, se lo enrolló en la muñeca y fue más tranquila hacia el coche, hasta el punto de abrir la puerta trasera y hacer salir a los perros; le molestaba que le respirasen sobre la nuca mientras conducía. Los dejó frente a la casa, gimiendo por el desengaño, y se dirigió a los campos donde se suponía que trabajaban los peones. Sabían que Dick estaba enfermo y no se encontraban allí, sino andando dispersos por el poblado desde hacía días. Mary siguió por el camino lleno de baches y agujeros hasta donde pudo y entonces continuó a pie por el sendero de los nativos, que era duro y liso pero estaba cubierto por una hierba brillante y resbaladiza que la obligó a caminar con precaución. La larga y pálida hierba dejaba puntiagudas agujas en su falda y los matorrales despedían un polvo rojizo que se le adhería a la cara.

El poblado estaba construido en un promontorio del terreno, a casi un kilómetro de la casa. El sistema establecido requería que cada peón nuevo que se presentaba al trabajo dedicara un día no remunerado a la construcción de una cabaña para él y su familia antes de incorporarse a su puesto. Por este motivo había siempre cabañas nuevas y otras vacías y viejas que se desmoronaban lentamente si a alguien no se le ocurría quemarlas. Formaban un núcleo apiñado y ocupaban entre media y una hectárea de extensión; más que edificios levantados por el hombre, parecían accidentes naturales del terreno. Era como si una gigantesca mano negra, extendida desde el cielo, hubiera cogido un puñado de palos y hierba para distribuirlos mágicamente sobre la tierra en forma de cabañas. Los techos eran de hierba y las paredes de troncos unidos con barro; tenían puertas bajas, pero no ventanas. El humo de los fuegos encendidos en el interior se filtraba por entre la hierba o flotaba frente a las puertas, por lo que todas daban la impresión de estar ardiendo por dentro. Entre ellas había trozos de tierra mal cultivada en la que crecía el maíz, y los tallos de la calabaza se arrastraban por doquier, entre plantas y matorrales, trepando por paredes y tejados, salpicados de grandes calabazas de color ambarino que destacaban entre las hojas. Algunas empezaban a pudrirse y rezumaban un líquido apestoso de color rosa, cubierto de moscas. Las moscas estaban por todas partes; zumbaban en nubes alrededor de la cabeza de Mary mientras caminaba y se concentraban en torno a los ojos de la docena de niños negros, la mayoría desnudos y con vientres protuberantes, que la observaban pasar sorteando los tallos de calabaza y las plantas del maíz. Los perros de los nativos, con las costillas asomando bajo la piel, enseñaban los dientes y retrocedían. Las mujeres, envueltas en sucias telas de la tienda o desnudas hasta la cintura, enseñando los pechos negros, colgantes y fláccidos, contemplaban desde los umbrales con expresión de asombro su extraña aparición, comentando entre ellas,

riendo y haciendo groseras observaciones. Había algunos hombres; al mirar hacia las puertas vio unos cuerpos agazapados que dormían; otros se agrupaban en cuclillas, hablando. Pero Mary no tenía idea de cuáles eran los peones de Dick y cuáles los que se encontraban allí simplemente de visita o de paso hacia otro lugar. Se detuvo ante uno de ellos y le dijo que llamara al capataz, el cual no tardó en salir de una de las mejores cabañas, cuyas paredes estaban adornadas con pinturas de arcilla amarilla y roja. Tenía los ojos inyectados en sangre; se veía que había bebido.

Le ordenó en fanagalo:

—Reúne a los peones en los campos dentro de diez minutos.

—¿El amo está mejor? —preguntó él con hostil indiferencia.

Haciendo caso omiso de la pregunta, Mary observó:

—Puedes decirles que deduciré dos chelines y seis peniques del sueldo de todos los que no estén trabajando dentro de diez minutos.

Levantó la mano y señaló el reloj de pulsera, indicándole el intervalo de tiempo.

El hombre escuchó en postura indolente y encorvada, incómodo por su presencia; las mujeres miraban y reían; los niños sucios y desnutridos se agolparon en torno a ella, cuchicheando; los perros hambrientos acechaban entre los tallos rastreros y el maíz. Mary odiaba el lugar, en el que no había estado nunca antes. «¡Asquerosos salvajes!», pensó con ansia vengativa. Miró directamente a los ojos enrojecidos, nublados por la cerveza, del hostil capataz y repitió:

—Diez minutos. —Entonces dio media vuelta y se fue por el tortuoso sendero entre los árboles, oyendo a los nativos salir de sus chozas.

Esperó sentada en el coche, junto al campo donde sabía que debían cosechar el maíz. Al cabo de media hora llegaron algunos hombres, entre ellos el capataz. Una hora después sólo se había presentado la mitad de los jornaleros; algunos se habían ido de visita a poblados vecinos, sin autorización, y otros yacían borrachos en sus cabañas. Mary llamó al capataz y apuntó los nombres de los ausentes, escribiéndolos con su caligrafía grande y torpe en un pedazo de papel, luchando con los extraños grupos de letras. Permaneció allí toda la mañana, vigilando la hilera de peones entregados al trabajo, con el sol martilleándole la cabeza a través del viejo toldo de lona. Apenas hablaban. Trabajaban de mala gana, en un hosco silencio; Mary sabía que era porque detestaban ser vigilados por una mujer. Cuando el gong anunció la pausa para el almuerzo, subió a la casa y contó lo ocurrido a Dick, minimizándolo para que no se preocupara. Después del almuerzo bajó de nuevo y, cosa extraña; sin repugnancia hacia aquel trabajo que había rehuido durante tanto tiempo. La nueva responsabilidad y la sensación de medir sus fuerzas con la granja le

servían de estímulo. Esta vez paró el coche en medio de la carretera, porque los nativos ya avanzaban hacia el centro del campo, donde el alto maíz de color dorado pálido cubría sus cabezas y ella no podía verles desde fuera del coche. Arrancaban las pesadas mazorcas y las metían en sacos que llevaban atados a la cintura, seguidos por otros que cortaban los tallos y los ordenaban en pequeñas pirámides que salpicaban irregularmente el campo. Mary les siguió, deteniéndose entre los rastrojos, sin dejar de vigilarles. Todavía llevaba enroscado a la muñeca el largo látigo de cuero, que le infundía una sensación de autoridad y valor para afrontar las oleadas de odio que llegaban hasta ella desde las hileras de nativos. Mientras caminaba incansable junto a ellos, con el tórrido sol quemándole la cabeza y el cuello y entumeciendo sus hombros, empezó a comprender por qué Dick podía resistir aquello día tras día. Era difícil permanecer dentro del coche con el calor filtrándose a través del techo; y algo muy diferente moverse entre los peones, siguiendo el ritmo de sus movimientos, concentrados en el trabajo. A medida que transcurrían las largas tardes, Mary contemplaba con una especie de atento estupor las espaldas negras encorvarse y enderezarse, y los músculos resbalar como cuerdas bajo la polvorienta piel. La mayoría llevaba taparrabos de tela descolorida; algunos, pantalones cortos de color caqui; pero casi todos iban con el torso desnudo. Eran hombres delgados y bajos, interrumpido su desarrollo por una nutrición deficiente, pero musculosos y robustos. Mary era ajena a todo lo que no fuera aquel campo, el trabajo a realizar, el grupo de nativos. Olvidó el calor, el sol implacable, la luz deslumbradora. Miraba las manos negras arrancando mazorcas y juntando los tallos dorados y no pensaba en nada más. Cuando uno de los hombres se detenía un momento para descansar o secar el sudor que le entraba en los ojos, esperaba un minuto de su reloj y le gritaba que volviese al trabajo. Él se volvía lentamente a mirarla y volvía a inclinarse sobre el maíz con movimientos cansinos, como en muda protesta. Ella ignoraba que Dick les había acostumbrado a un descanso general de cinco minutos cada hora; sabía por experiencia que de aquel modo rendían más; pero a ella se le antojaba una insolencia y un desacato a su autoridad que se detuvieran, sin permiso, para enderezar la espalda o secarse el sudor. Les obligaba a trabajar hasta que se ponía el sol, hora en que volvía a la casa satisfecha consigo misma y ni siquiera cansada. Se sentía animada y ágil, balanceando al andar el látigo que pendía de su muñeca.

Dick yacía acostado en la habitación de techo bajo, tan fría en los meses de invierno cuando caía la tarde como caliente en verano; estaba ansioso e inquieto, furioso contra su impotencia. No le gustaba que Mary bregara todo el día con los nativos; no era trabajo para una

mujer. Y además, no sabía tratarlos y había escasez de mano de obra. Pero sintió alivio y se tranquilizó cuando ella le dijo que el trabajo iba progresando. No le habló de lo mucho que detestaba a los nativos ni de cómo la afectaba la hostilidad casi palpable que intuía en ellos; sabía que Dick tendría que permanecer en cama bastantes días más y que ella debía cumplir con su deber tanto si le gustaba como si no. Y en realidad, le gustaba. La sensación de tener a sus órdenes a unos ochenta jornaleros negros le infundía una confianza nueva; la estimulaba doblegarles bajo su férula y obligarles a hacer su voluntad.

Al finalizar la semana fue ella quien se sentó a la mesa pequeña de la veranda, entre las macetas de plantas, mientras los peones esperaban fuera, bajo los árboles, para cobrar el jornal, que se pagaba mensualmente.

Atardecía, las primeras estrellas ya habían hecho su aparición en el cielo; sobre la mesa había un quinqué cuya llama baja y exigua parecía un pájaro triste prisionero en una jaula de cristal. El *boy*, en pie a su lado, iba llamando uno por uno los nombres de la lista. Cuando les tocó el turno a los que habían desoído su llamada el primer día, les dedujo media corona, entregándoles el resto en plata; el sueldo medio era de unos quince chelines al mes. Se oyeron murmullos de queja entre los nativos; y como la protesta amenazaba con generalizarse, el capataz se acercó al muro bajo y empezó a discutir con ellos en su lengua. Mary sólo comprendía algunas palabras, pero no le gustó la actitud y el tono de aquel hombre, que parecía exhortarles a aceptar su mala suerte y no les reñía, como habría querido hacer ella, por su negligencia y pereza. Al fin y al cabo, no habían hecho nada durante varios días. Y si quería cumplir su amenaza, tenía que deducirles a todos dos chelines y seis peniques, porque ninguno la había obedecido, apareciendo en el campo mucho después de los especificados diez minutos. Ellos habían faltado a su deber; ella tenía razón; y el capataz debía decirles aquello, en lugar de discutir y encogerse de hombros e incluso reír en un momento dado. Por fin se volvió hacia ella y le dijo que estaban descontentos y reclamaban lo que les pertenecía. Mary replicó con brevedad y contundencia que les había dicho que deduciría aquella cantidad y que pensaba cumplir su palabra. No cambiaría de opinión. Enfadada de repente, añadió, sin reflexionar, que quienes no estaban de acuerdo podían marcharse. Continuó ordenando los pequeños montones de billetes y monedas de plata, sin hacer caso de la tormenta de voces desencadenada bajo los árboles. Algunos se fueron al poblado, aceptando la situación. Otros esperaron en grupo hasta que les hubo pagado a todos y entonces se acercaron al muro. Uno por uno hablaron al *boy*, diciéndole que querían marcharse. Mary se asustó un poco, porque sabía lo difícil que era conseguir mano de obra y que se

trataba de la máxima preocupación de Dick. No obstante, incluso mientras volvía la cabeza para escuchar los movimientos de Dick en la cama, separado de ella por el grosor de una pared, siguió rebosando decisión y resentimiento, porque esperaban ser pagados por un trabajo que no habían hecho, abandonándolo para ir de visita cuando Dick estaba enfermo; y sobre todo, porque no habían ido a los campos en aquel intervalo de diez minutos. Se volvió hacia el grupo y dijo que los nativos contratados no podían marcharse.

Estos últimos habían sido reclutados por el equivalente sudafricano de la antigua patrulla de reclutamiento: hombres blancos que acechan a las bandas migratorias de nativos que salen a las carreteras en busca de trabajo, los hacinan en grandes camiones, a menudo contra su voluntad (persiguiéndoles a veces por la espesura durante kilómetros si intentan escaparse), les engañan con promesas de buenos empleos y por fin los venden a los agricultores blancos a cinco libras o más por cabeza y por un contrato de un año.

Mary sabía que algunos de ellos huirían de la granja durante los próximos días y unos cuantos no serían recuperados por la policía porque cruzarían la frontera por las colinas y ya no volverían. Pero no se dejaría acobardar por el temor de que se fueran o por los problemas de mano de obra de Dick; moriría antes que mostrarse débil. Les dijo que se fueran a sus casas, usando a la policía como amenaza. A los demás, que trabajaban por meses y que Dick retenía con una mezcla de adulación y jocosas amenazas, les dijo que podrían marcharse a fin de mes. Les habló directamente —no por medio del capataz— en tonos claros y glaciales, explicando con admirable lógica que estaban equivocados y que ella tenía razón al actuar de aquel modo. Terminó con una breve homilía sobre la dignidad del trabajo, que es una doctrina inculcada hasta la médula de los huesos en cada sudafricano blanco. Nunca servirían para nada, añadió (hablando en fanagalo, que muchos de ellos no comprendían, ya que acababan de salir de sus kraals), si no aprendían a trabajar sin supervisión, por amor a la tarea encomendada, y a obedecer las órdenes sin pensar en el dinero que cobrarían por su trabajo. Era aquella actitud la que había dignificado al hombre blanco, que trabajaba porque era su deber, porque trabajar sin recompensa probaba la valía de un hombre.

Las frases de aquella pequeña conferencia le afluían a los labios con naturalidad; no tenía que rebuscarlas en su mente. Las había oído con tanta frecuencia en boca de su padre, cuando sermoneaba a los criados nativos, que le salían con facilidad de la parte del cerebro que almacenaba sus más viejos recuerdos.

Los nativos la escuchaban con la expresión que ella calificaba de «descarada». Estaban enfadados y de mal humor y oían las palabras inteligibles de su discurso sin prestar atención, simplemente esperando

a que terminara.

Entonces, haciendo caso omiso de sus protestas, que brotaron en cuanto dejó de hablar, se levantó con un gesto de despedida, levantó la pequeña mesa a cuya superficie estaban clavadas las bolsas de dinero y entró con ella en la casa. Al cabo de un rato les oyó marcharse, hablando y gruñendo en voz baja, y al mirar a través de las cortinas vio sus cuerpos oscuros mezclarse con las sombras de los árboles antes de desaparecer. Oyó el eco de sus voces: gritos airados e improperios contra ella. Le invadió una sensación de victoria y venganza satisfecha. Los odiaba a todos y cada uno de ellos, desde el capataz, cuyo servilismo la irritaba, hasta el niño más pequeño; entre los peones había algunos niños que no podían tener más de siete u ocho años.

Mientras permanecía al sol, vigilándoles durante todo el día, había aprendido a ocultar su odio cuando les hablaba, pero no intentaba siquiera ocultárselo a sí misma. Detestaba que hablaran en dialectos que ella no comprendía porque sabía que se referían a ella y probablemente hacían observaciones obscenas a su costa; lo sabía, aunque no tenía más remedio que simular ignorancia. Detestaba sus cuerpos negros medio desnudos y musculosos encorvándose al ritmo mecánico de su trabajo. Odiaba sus semblantes toscos, su mirada huidiza cuando le hablaban, su velada insolencia; y odiaba sobre todo, con una violenta repugnancia física, el fuerte olor que despedían, un olor de animal, cálido y acre.

—Cómo apestan —dijo a Dick en una explosión de ira que era la reacción de oponer su voluntad a la de ellos. Dick se rió.

—Según ellos, los que apestamos somos nosotros.

—¡Tonterías! —exclamó Mary, escandalizada de la pretensión de aquellos animales.

—Oh, sí —prosiguió Dick, sin advertir su cólera—. Recuerdo que una vez el viejo Samson me dijo: «Ustedes dicen que olemos mal, pero para nosotros no hay nada peor que el olor de un hombre blanco».

—¡Vaya desvergüenza! —empezó ella, indignada, pero se fijó en el rostro todavía pálido y demacrado y se contuvo. Tenía que ir con mucha cautela porque en su actual estado de debilidad cualquier cosa la irritaba.

—¿De qué les hablabas? —preguntó Dick.

—Oh, de nada en particular —fue la evasiva respuesta de Mary mientras volvía la cara. Había decidido no decirle que los peones se marchaban hasta que estuviera restablecido del todo.

—Espero que los trates bien —dijo él, ansioso—. Hay que ir con pies de plomo con ellos, ya lo sabes. Están muy mal acostumbrados.

—No soy partidaria de tratarles con suavidad —replicó Mary en tono desdeñoso—. Si yo mandara, les enseñaría a obedecer con el

látigo.

—Todo eso está muy bien —observó Dick, irritado—, pero, ¿de dónde sacarías a los peones?

—Oh, me ponen enferma —dijo ella, estremeciéndose.

Durante aquel período, pese al trabajo duro y a su odio hacia los nativos, todo su descontento y apatía quedaron relegados a último término. Se hallaba demasiado absorta en el esfuerzo de controlar a los nativos sin demostrar debilidad, de llevar la casa y ordenar las cosas de forma que Dick estuviera cómodo durante su ausencia. Además, estaba descubriendo todos los detalles de la granja: cómo se dirigía o qué se cultivaba en ella. Pasó varias veladas estudiando los libros de Dick mientras éste dormía. En el pasado no había sentido el menor interés por todo aquello: era asunto de Dick. Pero ahora empezó a analizar las cifras —lo cual no era difícil con sólo dos libros de contabilidad— y a ver la granja en su conjunto. Sus descubrimientos la escandalizaron. Al principio pensó que debía equivocarse; no podía ser que rindiera tan poco. Pero era cierto. Después de inspeccionar los cultivos y los animales, pudo analizar sin dificultad las causas de su pobreza. La enfermedad, la obligada reclusión de Dick y su propia obligada actividad la acercaron a la granja y le prestaron realidad ante sus ojos. Antes había sido un negocio ajeno y bastante desagradable del que se excluyó voluntariamente y en el que no intentó profundizar, pensando que era demasiado complicado. Ahora estaba molesta consigo misma por no haber tratado de estudiar a tiempo aquellos problemas.

Mientras seguía a los nativos por los campos, pensaba sin cesar en la granja y en lo que debía hacerse con ella. Su actitud hacia Dick, siempre desdeñosa, se volvió amarga y colérica. No era una cuestión de mala suerte, sino un caso claro de incompetencia. Se había equivocado al pensar que aquellos accesos de actividad con pavos, cerdos, etcétera, eran una especie de escapatoria de la disciplina del trabajo agrícola. Dick era consecuente; todo lo que hacía revelaba las mismas características. Por doquier encontraba cosas empezadas e interrumpidas a medio hacer. Aquí era un trozo de tierra talado a medias y abandonado, por lo que los árboles volvían a crecer en él; allí era un establo para vacas hecho mitad de ladrillo, mitad de hierro y una pared de madera y barro. La granja era un mosaico de cultivos diferentes. El mismo terreno de veinte hectáreas había sido plantado sucesivamente de girasoles, cáñamo, maíz, cacahuetes y judías. Siempre cosechaba veinte sacos de esto y veinte de aquello con sólo unas pocas libras de beneficio por cada cultivo. ¡No había una sola cosa bien hecha en todo el lugar, ni una sola! ¿Por qué no era capaz de verlo? ¿Cómo podía pasarle por alto que nunca llegaría a ninguna parte con aquel desorden?

Deslumbrada por el resplandor del sol, pero atenta a cada movimiento de los peones, calculó, ideó e hizo planes, decidida a hablar de ello a Dick cuando estuviera restablecido para persuadirle de que afrontara con lucidez cuál sería su futuro si no introducía un cambio en sus métodos. Sólo faltaban unos días para que se reintegrara al trabajo; le daría una semana para que todo volviera a su cauce normal y entonces no le dejaría en paz hasta que siguiera sus consejos.

Pero aquel último día ocurrió algo imprevisto.

Dick almacenaba todos los años su cosecha de mazorcas de maíz en un lugar cercano al establo de las vacas. Primero se extendían láminas de hojalata para proteger el maíz de las hormigas blancas; sobre esta base se vaciaban los sacos y las mazorcas iban formando lentamente un montón de espigas de envoltura blanca y lisa. Aquellos días Mary permanecía allí, vigilando el vaciado de los sacos. Los nativos descargaban los sacos del carro colocándoselos sobre los hombros y sujetándolos por los extremos; el peso encorvaba sus espaldas. Eran como una correa transportadora humana. Dos nativos permanecían en el carro y cargaban los sacos sobre los hombros de los peones. Éstos iban en fila del carro al montón de espigas, tambaleándose sobre los sacos llenos para vaciar desde arriba el que transportaban a la espalda. El aire rebosaba de polvo y de pequeños fragmentos de vaina. Cuando Mary se pasaba la mano por la cara, la sentía áspera como una arpillera fina.

Se encontraba al pie del montón, que se levantaba ante ella como una montaña grande y brillante contra el cielo diáfano, de espaldas a los pacientes bueyes que esperaban inmóviles, con las cabezas bajas, a que se vaciara el carro para volver a hacer otro viaje. Vigilaba a los nativos, pensando en la granja y haciendo oscilar el látigo enroscado a su muñeca de modo que dibujaba serpentinas en el polvo rojizo. De improviso advirtió que uno de los peones no trabajaba; apartado de la hilera, respiraba con fuerza y el rostro le brillaba de sudor. Mary echó una ojeada a su reloj de pulsera. Pasó un minuto, y luego otro, pero el peón continuaba en el mismo sitio, con los brazos cruzados. Esperó a que la manecilla del reloj marcara los tres minutos, llena de creciente indignación ante la temeridad de aquel negro que permanecía inmóvil conociendo la regla de que no podía exceder la pausa establecida de un minuto. Entonces le interpeló:

—Vuelve al trabajo.

Él la miró con la expresión común a todos los jornaleros africanos: con los ojos ausentes como si no la viera, y el rostro convertido en una superficie obsequiosa especial para ella y los de su clase, que encubría un interior invulnerable y secreto. Bajó los brazos con ademanes lentos y dio media vuelta para ir a beber un poco de

agua de una lata de gasolina que guardaban al fresco, bajo un matorral. Ella repitió, levantando la voz:

—He dicho que vuelvas al trabajo. Al oírla, se detuvo, la miró a la cara y contestó en su dialecto, incomprensible para ella:

—Necesito beber.

—No me hables en esa jerga —replicó Mary, buscando con la vista al capataz, que no se veía por ninguna parte. El hombre tartamudeó, en tono sincopado y ridículo:

—Quie...ro...agua.

Una vez dicho esto en inglés, sonrió de repente, abrió la boca y se metió un dedo en ella para señalar la garganta. Mary oyó reír quedamente a los otros nativos que estaban junto al montón de mazorcas. Su risa, bien intencionada, la enfureció; pensó que se reían de ella, cuando lo cierto era que sólo aprovechaban la ocasión para reírse de algo, lo que fuera, en medio de su trabajo, y uno de ellos chapurreando el inglés y metiéndose un dedo hasta la garganta era un motivo de risa tan bueno como cualquier otro.

Sin embargo, la mayoría de blancos creen que es una «impertinencia» por parte de un nativo hablar en inglés. Mary replicó, sofocada por la ira:

—No me hables en inglés —y se interrumpió en seguida.

El hombre se encogió de hombros y sonrió, mirando hacia el cielo, como protestando de que primero le prohibiera hablar en su propia lengua y después en la de ella. ¿Cómo quería que le hablase? Aquella desenfadada insolencia la indignó hasta el punto de dejarla sin habla. Abrió la boca para increparle, pero no pudo proferir una sola palabra. Y vio en los ojos del hombre aquel hosco resentimiento y —lo que era aún peor— un desprecio divertido. Con un ademán involuntario, Mary levantó el látigo y lo blandió contra aquel rostro con fuerza inusitada. No sabía lo que hacía. Se quedó muy quieta, temblando, y cuando le vio aturdido, llevándose la mano a la cara, miró con estupefacción el látigo que sostenía, como si se hubiera desenroscado en el aire por propia iniciativa, sin su consentimiento. Mientras miraba, en la mejilla negra apareció una marca gruesa en la que se concentró una gota de sangre brillante que resbaló por el mentón y fue a caer sobre el pecho del nativo. Era un hombre corpulento, más alto que todos los demás, dotado de un cuerpo magnífico sólo cubierto por un saco viejo atado a la cintura. Mientras le contemplaba, asustada, se le antojó un gigante. Cayó otra gota roja sobre el fornido pecho, que se deslizó hasta el talle. Entonces le vio hacer un movimiento repentino y retrocedió, aterrada, pensando que iba a atacarla. Pero sólo se secó la sangre de la cara con una mano grande y un poco trémula. Mary sabía que todos los nativos estaban como petrificados detrás de ella, observando la escena. Con una voz

que sonó áspera por la falta de aliento, repitió:

—Ahora vuelve al trabajo.

Durante un momento, el hombre la miró con una expresión que la aterrorizó; después se alejó con lentitud, cargó con un saco y se unió a la cinta transportadora de nativos. Todos reanudaron el trabajo en silencio. Mary temblaba de terror por la propia acción y por la mirada que había visto en los ojos del hombre.

Pensó: ¿Irá a la policía a denunciar que le he pegado? La idea no la asustaba, sólo la llenaba de ira. La mayor humillación del agricultor blanco es que no está autorizado a pegar a los nativos y, si lo hace, ellos pueden —aunque rara vez lo han hecho— ir a quejarse a la policía. La enfurecía pensar que aquel animal negro tenía derecho a denunciarla, a denunciar la conducta de una mujer blanca. Pero es significativo que no tuviera miedo por ella misma. Si aquel nativo hubiese acudido a la policía, quizá la habrían amonestado, porque era la primera vez, pero lo habría hecho un policía europeo que hacía frecuentes rondas por el distrito y era amigo de los granjeros por haber comido con ellos, pernoctado en sus casas e incluso participado de su vida social. En cambio él, como era un nativo contratado, habría sido devuelto a la granja y Dick no habría hecho la vida fácil a un nativo que hubiera denunciado a su esposa. Tenía a su favor a la policía, los tribunales, las cárceles; y él, sólo a la paciencia. No obstante, la soliviantaba pensar que tuviera derecho a denunciarla; su ira iba dirigida principalmente a los sentimentales y teóricos, a quienes se refería con el pronombre «ellos»; los legisladores y la administración pública, que ponían trabas al derecho natural del agricultor blanco a tratar a sus jornaleros como se le antojara.

Pero mezclada con su ira había una sensación victoriosa, la satisfacción de haber ganado en aquel duelo entre voluntades. Le observó mientras cargaba los sacos, tambaleándose bajo el peso, con los anchos hombros encorvados, y le procuró un gran placer verle sometido de aquel modo. Sin embargo, las rodillas aún le temblaban; podría haber jurado que había estado a punto de atacarla en aquel horrible momento que siguió al latigazo. Pero permaneció allí inflexible, sin traicionar los sentimientos encontrados que embargaban su pecho y manteniendo el rostro tranquilo y severo; y por la tarde volvió, decidida a no ceder terreno en el último momento, aunque temía afrontar durante largas horas aquella antipatía y hostilidad.

Cuando por fin cayó la tarde y el aire adquirió con rapidez el frío penetrante de las noches de julio y los nativos se dispersaron, recogiendo las latas viejas que se habían llevado para beber, o un abrigo deshilachado o el cadáver de una rata u otro animal del veld, atrapado durante el trabajo y que constituiría su cena, y ella supo que su tarea estaba cumplida, porque Dick ya iría a los campos al día

siguiente, sintió que había ganado una batalla. Era una victoria sobre aquellos nativos, sobre sí misma y la repugnancia que le inspiraban, y sobre Dick y su lento e insensato derroche. Había hecho trabajar más a aquellos salvajes que él en toda su vida. ¡Pero si ni siquiera sabía manejar a los nativos!

Sin embargo, aquella noche, al afrontar de nuevo los días vacíos del futuro, se sintió cansada y abatida. Y la discusión con Dick, que había planeado durante días enteros y que le había parecido tan sencilla cuando estaba en los campos, lejos de él, y reflexionaba sobre lo que debía hacerse con la granja sin tenerle a él en consideración, se le antojó de pronto una tarea agotadora. Porque Dick ya se preparaba para tomar las riendas como si el mandato de ella no hubiera significado nada, nada en absoluto. Aquella noche volvía a estar preocupado y absorto y no tenía intención de discutir sus problemas con ella. Mary se sintió ofendida e insultada, porque no quería recordar que durante años había rechazado todas las demandas de ayuda de Dick, por lo que su actitud de aquella noche no era más que el resultado lógico de las sistemáticas negativas de ella a asistirle en su trabajo. Aquella noche Mary comprendió, a medida que el viejo cansancio la invadía y aletargaba sus miembros, que los errores de Dick serían la herramienta con que tendría que trabajar. Tendría que sentarse en su casa como una abeja reina y obligarle a hacer lo que ella quería.

Le concedió una tregua de varios días mientras esperaba que recobrara el color y la piel morena que había palidecido bajo los embates de la fiebre. Cuando le pareció que volvía a ser él mismo, fuerte y sin irritabilidad ni nerviosismo, abordó el tema de la granja.

Un atardecer se sentaron bajo la exigua luz de la lámpara y, a su modo rápido y escueto, le describió con exactitud la marcha de la granja y el dinero que podía sacar de ella, aunque no hubieran fallos ni años adversos. Le demostró de manera irrefutable que jamás saldrían del marasmo en que se encontraban si continuaban como hasta entonces: una diferencia de cien o cincuenta libras más o menos, según las variaciones del clima y de los precios, era todo lo que podían esperar.

Mientras hablaba, su voz se iba haciendo áspera, insistente, colérica. Como él no decía nada y se limitaba a escuchar con semblante preocupado, Mary sacó los libros y respaldó sus aseveraciones con cifras. De vez en cuando él asentía, observando el dedo de ella moviéndose arriba y abajo de las largas columnas de números o deteniéndose para insistir sobre un punto o hacer rápidos cálculos. Mientras la oía proseguir Dick pensaba que no tenía motivos para sorprenderse, ya que conocía su capacidad; ¿acaso no le había pedido ayuda por aquella razón?

Por ejemplo, ahora explotaba las gallinas a gran escala y ganaba unas libras todos los meses con la venta de huevos y pollos para la mesa; pero todo el trabajo relacionado con aquello parecía terminarse en un par de horas. Aquella renta mensual regular suponía mucho para ellos. Sabía que Mary no tenía casi nada que hacer en todo el día; y, sin embargo, otras mujeres que negociaban con volatería a tan gran escala lo consideraban un trabajo arduo. Ahora analizaba la granja y la organización de los cultivos de un modo que le hacía sentir humilde pero que también le incitaba a defenderse. Por el momento, sin embargo, permaneció silencioso, sintiendo admiración, resentimiento y compasión de sí mismo, aunque la admiración predominaba. Se equivocaba en algunos detalles, pero en conjunto tenía toda la razón; ¡cada una de sus palabras crueles era cierta! Mientras la escuchaba, viéndole apartar los cabellos de los ojos con su habitual ademán de impaciencia, también se sentía ofendido; reconocía la justicia de sus observaciones y no podía ponerse a la defensiva a causa de la imparcialidad de su voz; pero al mismo tiempo aquella imparcialidad le molestaba y hería. Miraba la granja desde el exterior, como una máquina de hacer dinero; así la consideraba; y la criticaba exclusivamente desde aquel ángulo. Por eso le pasaban desapercibidas tantas cosas. No le concedía ningún mérito por su consideración hacia la tierra, por aquellas cuarenta hectáreas de árboles. Y él no podía ver la granja como ella la veía. La amaba, era parte de él. Le gustaba el lento progreso de las estaciones y el complicado ritmo de los «cultivos pequeños» que ella siempre tildaba con desprecio de inútiles. Cuando terminó, sus emociones encontradas le impidieron hablar, y permaneció silencioso, buscando las palabras. Por fin preguntó, con su pequeña sonrisa de derrota:

—Está bien. ¿Qué podemos hacer?

Ella vio la sonrisa y endureció su corazón; era por el bien de ambos; ¡y había vencido! Él había aceptado sus críticas. Empezó a explicar con todo detalle qué era exactamente lo que debían hacer. Le propuso cultivar tabaco; todos sus vecinos lo cultivaban y ganaban dinero. ¿Por qué no ellos? Y en todo lo que decía, en cada inflexión de su voz, había una implicación: que debían cultivar tabaco, hacer el dinero suficiente para pagar sus deudas y dejar la granja en cuanto pudieran.

Cuando él comprendió por fin el objetivo de sus planes, olvidó sus respuestas. Preguntó con voz débil:

—Y cuando hayamos ganado todo ese dinero, ¿qué haremos?

Por primera vez ella pareció vacilar y bajó la mirada para no cruzarla con la de Dick. En realidad, no lo había pensado. Sólo sabía que quería el éxito de su marido, que ganase dinero para poder hacer lo que quisieran, abandonar la granja y llevar de nuevo una existencia

civilizada. La miseria en que vivían era insoportable y los estaba destruyendo. No era que les faltase comida, sino el hecho de que tuvieran que vigilar hasta el último penique, renunciar a vestidos nuevos y a diversiones y posponer las vacaciones a un futuro indefinido. Una pobreza que permite un pequeño margen para gastos, pero está siempre amenazada por la deuda, que corroe como una conciencia, es peor que pasar hambre. Así era como ella lo veía. Y la atormentaba, porque se trataba de una pobreza impuesta por ellos mismos. Otras personas no habrían comprendido la orgullosa autosuficiencia de Dick. Había muchos agricultores en el distrito, y de hecho en todo el país, que eran pobres como ellos, pero que vivían como querían, acumulando deudas y esperando que la suerte acabara sonriéndoles. (Y, entre paréntesis, hay que admitir que su despreocupación se vio recompensada; con la llegada de la guerra y el *boom* del tabaco, hicieron fortunas en un solo año, lo cual hizo aparecer a los Turner aún más ridículos.) Y si los Turner hubieran decidido olvidar su orgullo, tomarse unas vacaciones caras y comprar un coche nuevo, sus acreedores, acostumbrados a aquella clase de granjeros, les habrían dado su visto bueno. Pero Dick no podía obrar así. Aunque Mary le odiase por ello, considerándole un estúpido, era lo único de él que aún respetaba: podía ser un débil y un fracasado, pero en aquello, la última ciudadela de su orgullo, permanecía inamovible.

Y por eso no le pedía que olvidase su conciencia y obrara como los demás. Ya entonces se hacían fortunas con el tabaco. Parecía tan fácil. Sí, parecía fácil incluso en aquellos momentos, mientras contemplaba el rostro cansado y triste de Dick, sentado a la mesa frente a ella. Lo único que tenía que hacer era decidirse. ¿Y después? Aquélla era la pregunta de él: ¿cuál sería su futuro?

Cuando pensaba en aquel tiempo difuso y maravilloso del futuro, en que podrían vivir como se les antojara, Mary siempre se imaginaba en la ciudad viviendo como antes, rodeada de sus amigas en el club para mujeres solteras. Dick no encajaba en aquel escenario, de ahí que cuando repitió la pregunta, después del largo y evasivo silencio de ella, durante el cual evitó su mirada, Mary no supo qué decir, silenciada por la inexorable diferencia de sus necesidades. Volvió a apartarse el cabello de los ojos, como rechazando algo en lo que no quería pensar, y dijo, esquivando la pregunta:

—No podemos seguir como hasta ahora, ¿verdad?

Y entonces se produjo otro silencio. Ella golpeó la mesa con el lápiz, haciéndolo girar entre el pulgar y el índice, produciendo un ruido monótono e irritante que puso en tensión los músculos de él.

Ahora todo dependía de Dick. Mary lo había puesto todo de nuevo en sus manos y sometido la cuestión a su criterio, pero sin

ofrecerle una meta por la que trabajar. Y él empezó a sentir amargura y a enfadarse con ella. Claro que no podían seguir como hasta entonces: ¿acaso él había dicho lo contrario? ¿Acaso no trabajaba como un negro para liberarse? Lo malo era que había perdido la costumbre de vivir en el futuro; este aspecto de ella le preocupaba. Se había acostumbrado a pensar sólo hasta la próxima estación; la estación siguiente marcaba siempre la frontera de sus planes. En cambio, ella la había traspasado y ya pensaba en otras personas, en una vida diferente... sin él; lo sabía, aunque ella no lo hubiera dicho. Y sentía pánico, porque hacía tanto tiempo que no trataba a otras personas que ya no las necesitaba. Le divertía un breve diálogo ocasional con Charlie Slatter, pero si no se presentaba la ocasión, se quedaba tan tranquilo. Y sólo se sentía inútil y fracasado cuando se relacionaba con otra gente. Había vivido tantos años con los jornaleros nativos, haciendo planes para el año próximo, que sus horizontes se habían reducido al tamaño de su existencia y no podía imaginar nada más. Desde luego, era incapaz de imaginarse a sí mismo en un lugar que no fuera la granja; conocía cada uno de sus árboles. Esto no es retórica: conocía el veld, gracias al cual subsistía, como lo conocen los nativos. No era el suyo el amor sentimental del habitante de la urbe. Sus sentidos se habían agudizado para percibir el ruido del viento, el canto de los pájaros, el tacto de la tierra, los cambios de tiempo, pero se habían embotado para todo lo demás. Fuera de la granja, languidecería hasta morir. Quería hacer dinero para poder continuar viviendo en ella, pero con comodidad, a fin de que Mary pudiese tener las cosas que ansiaba. Ante todo, para poder tener hijos. Los hijos eran para él una necesidad insistente. Ni siquiera ahora había perdido la esperanza de que algún día... Y no había comprendido nunca que ella pudiera imaginarse el futuro lejos de la granja, ¡y con su aquiescencia! Sólo pensarlo le hacía sentir perdido y vacío, sin ningún apoyo en la vida. La miró casi con horror, como a una extraña que no tuviera derecho a estar con él ni a dictarle lo que debía hacer.

Pero no podía permitirse pensar en ella de aquel modo: había comprendido, cuando huyó a la ciudad, lo que su presencia en la casa significaba para él. No, tenía que hacerle entender su necesidad de la granja, y cuando hubiesen ganado algún dinero, tendrían niños. Ella debía saber que su frustración no era causada en realidad por su fracaso como agricultor; su fracaso era que ella sintiera hostilidad hacia él como hombre, que su vida en común fuese lo que era. Y cuando pudiesen tener hijos, incluso aquello quedaría borrado y serían felices. Así soñaba Dick, con la cabeza apoyada en las manos, mientras escuchaba el tap-tap-tap del lápiz contra la mesa.

Pero a pesar de aquella cómoda conclusión de sus meditaciones,

la sensación de derrota era abrumadora. Odiaba la sola idea del tabaco; siempre la había aborrecido, se le antojaba un cultivo inhumano. Su granja tendría que llevarse de forma diferente; significaría pasar horas en el interior de edificios a temperaturas húmedas y elevadas y también levantarse en plena noche para vigilar los termómetros.

Manoseó los papeles dispersados sobre la mesa y se apretó la cabeza con las manos, rebelándose tristemente contra su destino. Pero era inútil con Mary delante de él, obligándole a hacer su voluntad. Por fin levantó la vista, esbozó una sonrisa torcida y atormentada y dijo:

—Está bien, jefa, ¿puedo pensarlo durante unos días? Pero en su voz se advertía la humillación. Y cuando ella exclamó, irritada:

—¡Me gustaría que no me llamaras jefa! —él no contestó, aunque el silencio que se estableció entre ambos proclamó con elocuencia lo que ellos no se atrevían a decir. Mary lo interrumpió levantándose de la mesa en un arrebato, recogiendo con rapidez los libros y diciendo:

—Me voy a la cama. —Y le dejó allí, solo con sus pensamientos.

Tres días después, Dick dijo en voz baja, con la mirada en otro sitio, que había hablado con unos constructores nativos sobre la edificación de dos graneros.

Cuando por fin la miró, obligándose a encararse con su irrefrenable triunfo, vio brillar los ojos de ella con renovada esperanza y pensó lleno de inquietud en lo que significaría para Mary un nuevo fracaso suyo.

# Capítulo octavo

Una vez hubo ejercido su voluntad para influirle, Mary se retiró y le dejó hacer. Él intentó varias veces recabar su colaboración, pidiéndole consejo y sugiriendo que le ayudara a resolver un problema difícil, pero Mary sé negó a aceptar aquellas invitaciones, como había hecho siempre, por tres razones. La primera era calculada: si estuviera siempre con él, demostrando continuamente su superior habilidad, él se pondría a la defensiva y al final rehusaría hacer cualquier cosa que ella le propusiera. Las otras dos eran instintivas. Todavía detestaba la granja y sus problemas y no quería resignarse a su pequeña rutina. La tercera razón, aunque Mary no lo sabía, era la más fuerte. Necesitaba pensar en Dick, el hombre con quien estaba casada irrevocablemente, como en una persona independiente cuyo éxito se debiera a sus propios esfuerzos. Cuando le veía débil e indeciso y le inspiraba lástima, sentía odio hacia él y entonces dirigía aquel odio contra sí misma. Necesitaba un hombre más fuerte que ella y estaba intentando crearlo en la persona de Dick. Si éste hubiera podido dominarla, simplemente por obra de un espíritu más emprendedor, se habría enamorado de él y dejado de odiarse a sí misma por haberse unido a un fracasado. Esto era lo que esperaba y lo que le impedía, aun contra su voluntad, ordenarle que llevara a cabo las cosas más evidentes. En realidad, se apartaba de la granja para salvar lo que ella consideraba el punto más débil del orgullo de Dick, sin darse cuenta de que su fracaso era ella. Y quizá su instinto tenía razón: habría respetado y se habría entregado al éxito material. Tenía razón, pero sus motivos eran erróneos. Habría tenido razón si Dick hubiera sido un hombre diferente. Cuando se dio cuenta de que volvía a obrar de manera insensata, gastando dinero en cosas innecesarias y escatimándolo en las esenciales, se propuso no pensar en ello. No podía; esta vez le importaba demasiado. Y Dick, desairado y decepcionado por su negativa a colaborar, dejó de acudir a ella y siguió tercamente su camino, sintiéndose en el fondo como si ella le hubiese animado a nadar una distancia superior a sus fuerzas y abandonado después a su suerte.

Mary se retiró a la casa, a las gallinas y a la incesante lucha con sus criados. Los dos sabían que estaban afrontando un reto. Y ella esperaba. Durante los primeros años había esperado y confiado, exceptuando cortos intervalos de desesperación, en la creencia de que al final la situación cambiaría. Ocurriría algo milagroso y saldrían adelante. Entonces huyó a la ciudad, incapaz de aguantarlo más, y al volver se dio cuenta de que no se produciría ningún milagro. Y ahora,

de nuevo, existía una esperanza. Pero ella no haría nada; sólo esperar a que Dick pusiera en marcha la operación. Durante aquellos meses vivió como una persona que ha de vivir una temporada en un país que no le gusta: sin hacer planes definidos, dando por sentado que una vez trasladada a otro lugar, las cosas se arreglarían por sí solas. Todavía no especulaba sobre qué ocurriría cuando Dick ganara aquel dinero, pero soñaba continuamente que ella trabajaba en una oficina como eficiente e indispensable secretaria, vivía en el club, convertida en confidente popular y adulta, y recibía invitaciones de amigos o «salía» con hombres que la trataban con aquella camaradería y aquel afecto tan sencillos y libres de peligro.

El tiempo transcurría velozmente, como suele hacer en aquellos períodos en que las diversas crisis que surgen y pasan en la vida aparecen como colinas al final de un viaje, marcando la frontera de una época. Como no existe límite para la cantidad de sueño a que puede acostumbrarse el cuerpo humano, dormía horas durante el día, a fin de dar alas al tiempo, de tragarlo a grandes bocanadas, y se despertaba siempre con la satisfacción de saber que se hallaba varias horas más cerca de su liberación. De hecho, casi nunca estaba despierta del todo, se movía de un lado a otro en un ensueño de esperanza, una esperanza que se fortalecía tanto a medida que pasaban las semanas, que se despertaba por la mañana temprano con una sensación de libertad y alegría, como si aquel mismo día tuviera que ocurrir algo maravilloso.

Vigilaba el progreso del bloque de graneros para el tabaco que se edificaba en la llanura como habría vigilado la construcción de un buque destinado a salvarla del exilio. Lentamente, fueron adquiriendo forma; primero un perfil irregular de ladrillos, como unas ruinas; después un rectángulo partido, como cajas huecas amontonadas; y por fin el tejado, una hojalata nueva y reluciente que lanzaba destellos al sol y sobre la que las oleadas de calor flotaban y rielaban como glicerina. Al otro lado de la cordillera, fuera del alcance de la vista, cerca de las pozas vacías de la llanura, se preparaban los plantíos para cuando las lluvias llegaran y transformaran en un torrente el erosionado fondo del valle. Pasaron los meses y llegó octubre. Y aunque se trataba de la época del año más temida por Mary, cuando el calor era su enemigo, la soportó con facilidad, sostenida por la esperanza. Dijo a Dick que el calor no era tan terrible aquel año y él contestó que nunca había sido peor y la miró con preocupación e incluso suspicacia. Nunca comprendería aquella fluctuante dependencia del tiempo, aquella actitud emocional hacia el clima que él no compartía. Él se sometía sin ningún problema al frío, a la sequía y al calor; se sentía parte de los elementos y no luchaba contra ellos como Mary.

Aquel año Mary sintió, excitada, la tensión creciente en el aire empañado por el humo, esperando la caída de las lluvias que harían brotar el tabaco en los campos. Solía preguntar a Dick, con indiferencia aparente que no engañaba a su marido, sobre los cultivos de otros agricultores y escuchaba con los ojos brillantes sus lacónicas respuestas acerca de uno que había ganado diez mil libras en un buen año y de otro que había podido saldar todas sus deudas. Y cuando señaló, negándose a respetar el disimulo de Mary, que él sólo había construido dos graneros, en lugar de los quince o veinte de un agricultor importante y que no podía esperar ganar miles de libras aunque el año fuera bueno, ella hizo caso omiso de su advertencia. Necesitaba soñar con un éxito inmediato.

Las lluvias llegaron —como no solían hacer— exactamente a su debido tiempo y continuaron cayendo hasta bien entrado diciembre. El tabaco estaba hermoso y verde, y henchido —para Mary— de promesas de abundancia futura. Solía pasear en torno a los campos de Dick por el mero placer de contemplar su fuerza y lozanía e imaginar aquellas hojas verdes y planas convertidas en un cheque de varias cifras.

Y entonces empezó la sequía. Al principio Dick no se preocupó; el tabaco puede resistir períodos de sequedad una vez que las plantas están bien enraizadas en la tierra. Pero las nubes se iban acumulando día tras día y el terreno se iba calentando más y más. Pasó Navidad y la mitad de enero. Dick estaba cada día más irritable y taciturno por la tensión y Mary guardaba un curioso silencio. De pronto, una tarde, descargó un ligero chubasco que cayó, perversamente, en sólo uno de los dos campos de tabaco. Y prosiguió la sequía y pasaron las semanas sin el menor indicio de lluvia. Al final se formaron unas nubes, se amontonaron y se disolvieron. Mary y Dick vieron pasar los nubarrones desde la veranda. Delgadas cortinas de lluvia avanzaban y retrocedían sobre el veld; pero ninguno cayó sobre su granja hasta varios días después de que otros agricultores anunciaran la parcial salvación de sus cosechas. Una tarde cayó una llovizna cálida, gruesas gotas relucientes contra la bóveda de un brillante arco iris. Pero no fue suficiente para humedecer la tierra. Las marchitas hojas del tabaco apenas se levantaron. Después siguieron días de un sol deslumbrante.

—Bueno —observó Dick, con el pesar escrito en el rostro—, en cualquier caso, ya es demasiado tarde. —Pero esperaba que pudiera sobrevivir el campo que había recibido el primer chubasco.

Cuando empezó a llover como debía, la mayor parte del tabaco se había perdido; muy poco se salvaría. Había resistido algún campo de maíz; aquel año no cubrirían gastos. Dick lo explicó a Mary en voz baja, con expresión doliente. Pero ésta vio al mismo tiempo cierto alivio en su rostro; el fracaso no era culpa suya, sino un golpe de mala

suerte que podía haber tocado a cualquiera; nadie podía darle la culpa.

Una tarde discutieron la situación. Él dijo que había solicitado un nuevo crédito para salvarse de la bancarrota y que el próximo año no confiaría en el tabaco. Por su gusto, no plantaría nada, pero le dedicaría una parcela si ella insistía. Otro fracaso como el que habían tenido significaría la ruina segura.

En un último intento, Mary le pidió que probara suerte un año más; no podían tener dos malas cosechas seguidas. Ni siquiera a él, Jonás (se obligó a sí misma a usar aquel nombre, esbozando una risa de complicidad) podían enviarle dos años malos, uno detrás de otro. Y a fin de cuentas, ¿por qué no endeudarse a lo grande? En comparación con otros, que debían miles, no tenían deudas dignas de tal nombre. Si tenían que fracasar, fracasarían del todo, en una verdadera tentativa para salir adelante. Construirían otros doce graneros, plantarían todas sus tierras con tabaco y lo arriesgarían todo a una sola carta. ¿Por qué no? ¿Por qué tener conciencia cuando nadie la tenía?

Pero vio aparecer en el semblante de Dick la misma expresión de cuando le había pedido que se marcharan de vacaciones con el fin de restablecer ambos totalmente su salud. Era una expresión de auténtico miedo que la paralizaba.

—No quiero deber ni un penique más de lo inevitable —replicó con voz categórica—. No lo haré por nada ni por nadie.

Estaba decidido; Mary no pudo sacarle de allí.

Y el año próximo, ¿qué pasaría?

Si era un buen año, respondió él, y todas las cosechas eran abundantes y no se producía una caída de precios y el tabaco era un éxito, podrían recuperar lo perdido aquel año. Tal vez significaría incluso algo más. ¿Cómo saberlo? Su suerte podía cambiar. Pero no volvería a arriesgarlo todo en un solo cultivo hasta que hubiera saldado todas sus deudas. Palideció al añadir: ¡Si se arruinaban, perderían la granja! Aunque sabía que aquellas palabras eran las que más le herían, Mary replicó que se alegraría de ello; así se verían obligados a realizar un verdadero esfuerzo para salir adelante, porque en el fondo la razón de su apatía era saber que incluso aunque llegaran al borde de la bancarrota, siempre podrían vivir de lo que cultivaban y sacrificando el propio ganado.

Las crisis de los individuos, como las crisis de las naciones, no se ven con perspectiva hasta que han pasado. Cuando Mary oyó aquel terrible «año próximo» del agricultor frustrado, se sintió enferma; pero la animada esperanza que la había sostenido no murió hasta el cabo de algunos días y entonces intuyó lo que les esperaba. El tiempo, en el que había vivido sólo a medias, absorta en el futuro, se extendió de pronto ante su vista. El «año próximo» podía significar cualquier cosa.

Podía significar otro fracaso; todo lo más, una recuperación parcial. La tregua milagrosa no iba a producirse. Nada cambiaría; jamás cambiaba nada.

A Dick le sorprendió que mostrara tan pocos signos de desengaño. Se había preparado para afrontar escenas de cólera y lágrimas. Él, por costumbre de tantos años, se adaptaba con facilidad a la idea del «año próximo» y en seguida empezó a hacer los planes pertinentes. Como no había indicaciones inmediatas de desesperación por parte de Mary, dejó de buscarlas; al parecer el golpe no había sido tan duro como temiera en un principio.

Pero los efectos de los golpes mortales siempre se manifiestan lentamente. Pasó algún tiempo antes de que Mary dejara de sentir las fuertes oleadas de expectación y esperanza que parecían surgir del fondo de su ser, de una región mental a la que aún no había llegado la noticia del fracaso del tabaco. Su organismo entero tardó mucho en adaptarse a lo que ahora reconocía como la verdad: que pasarían años antes de que pudieran librarse de la granja, si es que se libraban alguna vez.

Siguió una época de triste apatía; sin los violentos accesos de infelicidad que la habían asaltado antes. Ahora sentía un reblandecimiento interior, como si una insidiosa podredumbre le estuviera royendo los huesos.

Porque incluso soñar despierto requiere un elemento de esperanza para dar satisfacción al soñador. Solía interrumpirse en medio de una de sus habituales fantasías sobre los viejos tiempos, que proyectaba hacia el futuro, diciéndose a sí misma que no habría ningún futuro. No habría nada Cero. El vacío.

Cinco años antes se habría drogado con la lectura de novelas románticas. En la ciudad, las mujeres como ella viven indirectamente las vidas de las estrellas de cine. O se refugian en la religión, con preferencia una de las religiones orientales, con más carga sensual. De haber tenido una mejor educación y vivido en la ciudad con fácil acceso a los libros, habría encontrado tal vez a Tagore y vivido un dulce sueño de palabras.

En lugar de esto, pensó vagamente que debía ocuparse, en algo. ¿Y si aumentara el número de gallinas? ¿Y si se dedicase a la costura? Pero se sentía embotada y exhausta, sin interés. Pensó que cuando llegara la próxima estación fría y le infundiera nuevos ánimos, haría alguna cosa. Lo aplazó; la granja ya le producía el mismo efecto que a Dick: pensaba en términos de la próxima estación.

Dick, trabajando con más ahínco que nunca en la granja, se percató por fin de que parecía cansada y de que tenía unas curiosas ojeras hinchadas y manchas rojas en las mejillas. Su aspecto era realmente enfermizo. Le preguntó si se encontraba mal y ella contestó,

como si no se hubiera dado cuenta hasta aquel momento, que sí, que sus dolores de cabeza y una laxitud general podían significar que estaba enferma. Él advirtió que parecía satisfecha de atribuir la causa a una enfermedad.

Le sugirió que, como no tenía dinero para enviarla de vacaciones, se fuera a la ciudad a pasar unos días con sus amigas. Mary se horrorizó. La idea de ver a otras personas, y en especial a quienes la habían conocido cuando era joven y feliz, la hizo sentir como si estuviera toda ella en carne viva, con los nervios al descubierto, a flor de piel.

Dick volvió al trabajo, encogiéndose de hombros ante su obstinación, esperando que fuese una enfermedad pasajera.

Mary pasaba los días moviéndose de un lado a otro de la casa, incapaz de permanecer sentada en el mismo sitio. Dormía mal por las noches. La comida no le repugnaba, pero comer se le antojaba un esfuerzo excesivo. Y continuamente tenía la sensación de que le habían rellenado la cabeza de algodón y que una presión sorda la apretaba desde fuera. Desempeñaba sus tareas como una autómata, cuidando por rutina de los pollos y de la tienda. Durante aquel período no se entregó apenas a sus antiguos accesos de cólera contra el criado; era como si, antes, aquellos furores repentinos hubieran sido la válvula de escape de una fuerza interior y, al morir ésta, ya no fueran necesarios. Pero seguía regañándole; aquello se había convertido en un hábito y no podía hablar a un nativo sin irritación en la voz.

Al cabo de un tiempo, incluso su inquietud pasó. Solía permanecer sentada horas y horas en el viejo y destartalado sofá, con las cortinas de cretona descolorida ondeando sobre su cabeza; parecía sumida en un letargo. Daba la impresión de que al final se había roto algo en su interior y de que se iría agostando lentamente hasta sumergirse en las tinieblas.

Sin embargo, Dick pensaba que estaba mejor.

Hasta que un día se dirigió a él con una nueva expresión en la cara, una expresión desesperada y apremiante que no le había visto nunca, y le preguntó si podían tener un hijo. Él se alegró: era la mayor felicidad que le había dado, porque lo pedía ella por propia iniciativa, acercándose a él... eso fue lo que Dick pensó. Creyó que por fin deseaba aproximarse a él y lo expresaba de aquella manera. Tan grande fue su contento, su satisfacción, que estuvo a punto de acceder. Era lo que más deseaba; aún soñaba que un día, «cuando las cosas fueran mejor», podrían tener hijos. Pero en seguida su rostro se nubló y respondió:

—Mary, ¿cómo podemos tener hijos?

—Otras personas los tienen, pese a ser pobres.

—Pero, Mary, no sabes lo pobres que somos.

—Claro que lo sé. Pero no puedo continuar así. Necesito tener algo. No sé qué hacer.

Dick vio que deseaba un hijo para sí misma y que él seguía sin significar nada para ella, nada en un sentido verdadero, y replicó tercamente que sólo tenía que mirar a su alrededor para ver qué ocurría con los niños que crecían como crecerían los suyos.

—¿Dónde? —inquirió ella con expresión vaga, mirando en su torno en la habitación, como si aquellos infortunados niños fueran visibles allí, en su casa.

Dick recordó el aislamiento en que vivía, su falta de participación en la vida del distrito. Pero aquello volvió a irritarle. Había tardado años en interesarse por la granja; al cabo de tanto tiempo, aún no conocía a las personas que vivían a su alrededor y apenas sabía los nombres de sus vecinos.

—¿No has visto nunca al holandés de Charlie?

—¿Qué holandés?

—Su ayudante. ¡Trece hijos! Con doce libras al mes. Slatter es muy duro con él. ¡Trece hijos! Corren de un lado a otro como cachorros, vestidos con harapos, y viven de calabazas y maíz como los cafres. No van a la escuela…

—Pero, ¿y uno solo? —persistió Mary con voz débil y plañidera. Fue un gemido. Sentía que necesitaba un hijo para salvarse de sí misma. Le había costado semanas de lenta desesperación llegar hasta aquel punto. Detestaba la idea de tener un hijo cuando pensaba en su indefensión, su dependencia, el trabajo, la preocupación. Pero la mantendría ocupada. Consideraba extraordinario haber llegado a aquello: a suplicar a Dick que tuvieran un hijo, cuando sabía que él los deseaba y ella los aborrecía. Pero después de pensar en un hijo durante todas aquellas semanas de desesperación, se había acostumbrado a la idea. No sería tan malo, tendría compañía. Pensó en sí misma cuando era niña y en su madre y empezó a comprender por qué su madre se había aferrado a ella, usándola como una válvula de escape. Se identificó con ella, sintiendo cariño y piedad hacia ella después de todos aquellos años, comprendiendo por fin algo de sus sentimientos y pesares. Se vio a sí misma, una niña silenciosa, sin medias, con la cabeza descubierta, entrando y saliendo del gallinero, siempre cerca de su madre, dividida entre el amor y la piedad hacia ella y el odio hacia su padre; e imaginó a su propia hija, consolándola como ella había consolado a su madre. No pensaba en su hija como en una niña pequeña; aquélla era una edad que tendría que soportar del mejor modo posible. No, quería una hija que fuese a la vez su compañera y se negaba a considerar la posibilidad de que pudiera ser un niño. Pero Dick preguntó:

—¿Y qué me dices de la escuela?

—¿Qué quieres que diga? —replicó, irritada, Mary.

—¿Cómo la pagaríamos?

—No hay que pagar nada. Mis padres no la pagaban.

—Pero los internados se pagan, y también los libros, los viajes en tren, la ropa. ¿Acaso el dinero baja del cielo?

—Podríamos pedir una subvención estatal.

—No —respondió Dick, dando un respingo— ¡Ni hablar de eso! Ya estoy harto de entrar con el sombrero en la mano en las oficinas de hombres gruesos para pedirles dinero mientras ellos te miran de arriba abajo con el culo gordo pegado al asiento. ¡La caridad! No quiero ni pienso hacerlo. No quiero ver crecer a un hijo sabiendo que no puedo hacer nada por él. No lo quiero en esta casa ni viviendo de este modo.

—Supongo que vivir de este modo está muy bien para mí —dijo Mary con acritud.

—Tendrías que haberlo pensado antes de casarte conmigo —replicó Dick y ella se enfureció ante aquella cínica injusticia. O mejor dicho, casi se enfureció. Su rostro se cubrió de un rubor violento y sus ojos lanzaron chispas... pero en seguida se calmó, cerró los ojos y enlazó las manos temblorosas. Su ira se esfumó; estaba demasiado cansada para enfadarse de verdad.

—Pronto cumpliré cuarenta años —murmuró—. ¿No comprendes que dentro de poco tiempo ya no podré tener hijos? Y menos si continúo así.

—Ahora no —respondió él, inexorable. Y aquélla fue la última vez qué se mencionó el tema de un hijo. En realidad, Mary sabía tan bien como él que se trataba de una locura. Pero era típico de Dick alegar que era demasiado orgulloso para pedir prestado como último recurso para salvaguardar su dignidad.

Días después, cuando vio que ella había vuelto a su terrible apatía, le pidió una vez más:

—Mary, te lo ruego, ven a la granja conmigo. ¿Por qué no? Podríamos hacerlo juntos.

—Odio tu granja —contestó Mary con voz áspera y remota—. La odio. No quiero saber nada de ella.

Pero a pesar de su indiferencia, realizó el esfuerzo. Le tenía sin cuidado lo que hacía. Durante varias semanas acompañó a Dick adondequiera que fuese e intentó sostenerle con su presencia. Y más que nunca la embargó la desesperación. Era inútil, inútil. Veía con enorme claridad los defectos de Dick y los errores que cometía con la granja y no podía hacer nada para ayudarle. Era demasiado obstinado. Le pedía consejo y parecía puerilmente satisfecho cuando ella cogía un almohadón y le seguía hasta los campos; pero en cuanto le hacía alguna sugerencia, se encerraba en su terquedad y empezaba a

defenderse.

Aquellas semanas fueron terribles para Mary. Durante aquel breve período, lo miró todo con imparcialidad, sin ilusiones, a sí misma, a Dick, la relación que existía entre ambos, su posición frente a la granja y su futuro; lo vio todo sin falsas esperanzas, honesta y lúcida como la misma verdad. Siguió a Dick de un lado a otro en un estado de ánimo soñador pero clarividente y terminó diciéndose a sí misma que debía dejar de hacer sugerencias y renunciar a cualquier intento de imbuir en él un poco de sentido común. Era inútil.

Empezó a pensar en el propio Dick con una especie de ternura desapasionada. Era un placer para ella desechar cualquier sentimiento de amargura y odio hacia él y acogerle en su mente como lo haría una madre, con ánimo protector, considerando sus debilidades y sus orígenes, de los que no era responsable. Solía llevarse el cojín a un rincón del chaparral, a la sombra, y sentarse en el suelo con las faldas bien recogidas, vigilando las garrapatas que se arrastraban por la hierba y pensando en Dick. La veía de pie en medio de los dilatados campos rojizos, inmóvil entre las gigantescas glebas, una silueta delgada, tocada con un gran sombrero y vestida con ropas anchas, y se preguntaba cómo podían nacer personas sin aquel rasgo de determinación, sin aquella voluntad férrea que soldaba la personalidad. Dick era bueno, ¡demasiado bueno!, exclamó para sus adentros, con exasperación. Era decente, no había en él ningún asomo de maldad. Y Mary sabía muy bien, cuando se obligaba a mirar de frente aquella cuestión (lo cual era *capaz* de hacer en aquel estado de desapasionada piedad), que como hombre había sufrido una larga humillación con ella. Sin embargo, nunca había intentado humillarla; se encolerizaba, sí, pero no intentaba vengarse. ¡Era tan bueno! Pero le faltaba cohesión, una fuerza en el centro que le convirtiera en un hombre de una sola pieza. ¿Habría sido siempre igual? En realidad, lo ignoraba; sabía tan poco acerca de él. Sus padres habían muerto y él era hijo único. Había crecido en los suburbios de Johannesburgo y Mary intuía, aunque él no se lo había dicho, que su infancia había sido menos sórdida que la de ella, aunque pobre y llena de sinsabores. Dick había exclamado con amargura una vez que su madre lo había pasado muy mal, y la observación la hizo sentir más cerca de él, porque amaba a su madre y aborrecía a su padre. Cuando tuvo la edad, probó una serie de trabajos. Fue empleado de la oficina de correos, mecánico en el ferrocarril y por último, inspector de los contadores de agua del municipio; entonces decidió ser veterinario. Estudió durante tres meses, descubrió que no podía pagarse la carrera y, obedeciendo a un impulso, se marchó a Rhodesia del Sur para dedicarse a la agricultura y «vivir su propia vida».

Y ahora, aquel hombre bueno y desafortunado se hallaba en su

«propia» tierra, que pertenecía al gobierno hasta el último grano de arena, vigilando el trabajo de los nativos mientras ella descansaba en la sombra, mirándole y sabiendo a la perfección que estaba condenado; nunca había tenido la menor posibilidad. Pero incluso mientras pensaba esto, a Mary le pareció imposible que un hombre tan bueno estuviera condenado al fracaso y se levantó del cojín y fue hacia él, decidida a intentarlo una vez más.

—Escucha, Dick —le dijo con timidez no exenta de firmeza—, escucha, he tenido una idea. El año próximo, ¿por qué no talas otras cuarenta hectáreas y plantas un gran campo de maíz? Planta maíz en todos los campos, en lugar de todos estos pequeños cultivos.

—¿Y qué pasará si es un mal año para el maíz? Ella se encogió de hombros:

—No pareces haber llegado muy lejos con este sistema.

Entonces los ojos de él se inyectaron en sangre, su rostro se crispó y las dos profundas arrugas que surcaban sus mejillas hasta el mentón se marcaron todavía más.

—¿Es que puedo hacer más de lo que hago? —gritó—. ¿Y cómo talaré otras cuarenta hectáreas? ¡Qué fácil es hablar! ¿De dónde sacaré la mano de obra? La que tengo no me basta para hacer lo más imprescindible. Ya no puedo comprar negros a cinco libras por cabeza; tengo que fiarme de los jornaleros voluntarios y apenas si se presenta alguno, lo cual es en parte culpa tuya. Me hiciste perder a veinte de mis mejores peones y nunca volverán. Andan por ahí en estos momentos hablando mal de mi granja por culpa de tu maldito carácter. Ya no vienen a ofrecerse como antes. Todos se van a las ciudades, donde holgazanean impunemente.

Y entonces se dejó llevar por su antiguo resentimiento y empezó a insultar al gobierno, que estaba bajo la influencia de los defensores de los negros en Inglaterra, los cuales no querían obligar a los nativos a trabajar la tierra y se negaban a enviar camiones y soldados para llevárselos a los granjeros por la fuerza. ¡El gobierno no había comprendido nunca las dificultades de los agricultores! ¡Nunca! Y atacó a los nativos que se negaban a trabajar como era debido y eran insolentes y holgazanes. Habló mucho rato, con una voz furiosa y amargada, la voz del agricultor blanco que parece tener en el gobierno a un contrincante tan invencible como las estaciones y los cielos mismos. Pero en aquella explosión de ira olvidó los planes para el año próximo. Volvió a la casa preocupado y sombrío y regañó al criado, representante en aquel momento de la especie de los nativos, que le atormentaban de modo insoportable.

Mary estaba preocupada por él hasta donde podía estarlo en aquel período de letargo. Regresaba con ella al atardecer, cansado e irritable, y se sentaba a fumar un cigarrillo detrás de otro. Ya era un

fumador en cadena, aunque consumía cigarrillos nativos, que eran más baratos pero que le causaban una tos perpetua y manchaban de amarillo las articulaciones de sus dedos. Y se removía inquieto en la silla, como si sus nervios no pudieran relajarse. Después, por fin, su cuerpo se distendía y esperaba, inmóvil, la cena para poder acostarse en seguida y dormir.

A veces el *boy* entraba para decir que unos jornaleros querían verle o pedir permiso para ir de visita o algo parecido, y Mary volvía a ver en su rostro aquella expresión tensa y la explosiva inquietud de sus miembros. Daba la impresión de que ya no soportaba a los nativos. Y gritaba al *boy* que se fuera y le dejara en paz y mandara al infierno a los peones. Pero media hora más tarde volvía el criado para repetir, imperturbable, dispuesto a afrontar la irritación de Dick, que los peones seguían esperando. Y Dick apagaba el cigarrillo, encendía otro inmediatamente y gritaba con todas sus fuerzas.

Mary solía escuchar con los nervios en tensión. Aunque aquella exasperación le era bien conocida, le molestaba que Dick la expresara. Le causaba irritación y, cuando él entraba de nuevo en la casa, le decía:

—Tú puedes pelearte con los nativos y en cambio a mí no me lo permites.

—Ya te he dicho —replicaba él, mirándola con ojos ardientes y atormentados— que no podré soportarlos mucho más tiempo. —Y se desplomaba en la silla, temblando como una hoja.

Sin embargo, Mary se desconcertaba cuando, a pesar de aquella perpetua corriente de odio subterráneo, lo veía hablar en los campos con el capataz, por ejemplo, y pensaba, con desazón, que ya empezaba a parecerse a un nativo. Se sonaba con los dedos, como hacían ellos, detrás de un matorral; a su lado, parecía de su misma raza, ni siquiera el color era muy diferente, porque tenía la piel requemada y de un tono marrón oscuro, y adoptaba las mismas posturas. Y cuando se reía con ellos, bromeando para mantenerlos de buen humor, parecía como si estuviera fuera de su alcance, en un mundo de humor burdo que la escandalizaba. ¿Adónde irían a parar, al final? Y entonces la invadía un inmenso cansancio y pensaba vagamente: «Después de todo, ¿qué importa?»

Un día le dijo que no veía ninguna razón para pasar todo su tiempo sentada bajo un árbol, mirándole, mientras las garrapatas le subían por las piernas, sobre todo teniendo en cuenta que no le prestaba la menor atención.

—Pero, Mary, me gusta que estés allí.

—Pues yo ya me he hartado.

Y volvió a sus antiguas costumbres y a no pensar en la granja más que como el lugar de donde Dick volvía para comer y dormir.

Y entonces empezó a languidecer. Permanecía todo el día sentada en el sofá con los ojos cerrados, sintiendo el calor abatirse sobre su cerebro. Tenía sed; era demasiado esfuerzo irse a buscar un vaso de agua o llamar al *boy* para que se lo llevara. Tenía sueño; pero levantarse y meterse en la cama era un trabajo agotador, así que se dormía donde estaba. Notaba al andar que las piernas le pesaban demasiado. Formar una frase era un esfuerzo enorme. Durante semanas enteras sólo habló con Dick y el criado, pero a Dick no le veía más que cinco minutos por la mañana y medie hora por la noche, antes de que cayera exhausto en la cama.

El año fue avanzando hacia el calor a través de los meses claros y fríos y, a medida que transcurría, el viento transportaba hasta la casa una lluvia de polvo fino que dejaba las superficies rasposas al tacto; y en los campos se levantaban espirales del mismo polvo maligno que arrastraban consigo una brillante estela de hierba y brácteas de maíz, suspendidas como motas en el aire. Mary pensaba con espanto en el calor que se avecinaba, incapaz de hacer acopio de la energía suficiente para luchar contra él. Tenía la impresión de que un solo roce le haría perder el equilibrio y la desintegraría en partículas; y pensaba con añoranza en una oscuridad total y completa. Cerraba los ojos e imaginaba que el cielo era tenebroso y frío, sin ni siquiera estrellas para interrumpir la negrura.

Fue aquel período, cuando cualquier influencia la habría dirigido hacia un nuevo derrotero, cuando todo su ser estaba en suspenso, por así decirlo, a la espera de algo que lo inclinara hacia uno u otro lado, el momento elegido por el *boy* para decir que se iba. Aquella vez no hubo una pelea por un plato roto o una bandeja mal lavada; sencillamente, quería volver a su casa, y Mary se sentía demasiado indiferente para luchar. Se marchó, dejando en su lugar a un nativo que Mary encontró tan intolerable que lo despidió al cabo de una hora. Se quedó sin criado, pero esta vez no intentó hacer nada más que lo esencial. No barría los suelos y comían alimentos enlatados. Y no se presentaba ningún *boy*. Mary se había labrado una reputación tan pésima como ama de casa que cada vez era más difícil reemplazar a los que se marchaban.

Dick, incapaz de soportar más la suciedad y la mala comida, dijo que llevaría a uno de los jornaleros para entrenarlo como sirviente doméstico. Cuando el hombre se presentó en la puerta, Mary le reconoció como el que había pegado con el látigo dos años antes. Vio la cicatriz en su mejilla, una marca fina y más oscura que cruzaba el rostro negro, y se quedó indecisa en el umbral, mientras él esperaba fuera, con la mirada baja. Pero la idea de enviarle a los campos y esperar a que viniera otro, incluso aquella dilación la cansó. Le dijo que entrara.

Aquella mañana, a causa de alguna prohibición interior que no intentó explicarse, no pudo trabajar con él como era su costumbre en tales ocasiones. Le dejó solo en la cocina y cuando llegó Dick, le preguntó:

—¿No hay ningún *boy* para la casa?

Dick, sin mirarla y comiendo como siempre comía últimamente, a grandes bocados, como si no hubiera tiempo, replicó:

—Es el mejor que he podido encontrar. ¿Por qué? —Su voz era hostil.

Ella no le había contado nunca el incidente del látigo, por miedo a un estallido de cólera, de ahí que se limitara a decir:

—No me parece muy bueno. —Pero cuando vio el gesto de exasperación de él, se apresuró a añadir—: Aunque a lo mejor sirve.

—Es limpio y cumplidor —dijo Dick— y uno de los mejores peones que he tenido. ¿Qué más quieres? —Habló en tono brusco, casi brutal, y se fue sin decir una palabra más. Así que el nativo se quedó.

Mary inició la habitual rutina de instrucción, metódica y glacial como siempre, pero con una diferencia. No podía tratar a aquel *boy* como había tratado a todos los demás porque siempre, en el fondo de su ser, persistía aquel momento de terror que experimentara después de pegarle con el látigo, cuando pensó que iba a atacarla. Se sentía inquieta en su presencia. Sin embargo, el comportamiento del nativo era igual que el de los demás, pero en su actitud daba a entender que recordaba el incidente. Escuchaba el torrente de explicaciones y órdenes en silencio, con paciencia y atención. Siempre mantenía la mirada baja, como si le diera miedo mirarla. Pero ella no podía olvidarlo, aunque él lo hubiese hecho; y en su manera de hablarle existía una sutil diferencia. Era todo lo impersonal que podía, tanto que durante un tiempo su voz careció incluso del habitual matiz de irritación.

Solía permanecer muy quieta, observándole mientras trabajaba. La fascinaba su cuerpo macizo y atlético. Le había dado las camisas y los pantalones cortos blancos que los anteriores criados llevaban en la casa, pero eran demasiado pequeños para él y cuando barría, fregaba o se agachaba para encender el fogón, los músculos le abultaban, llenando el fino género de las mangas hasta dar la impresión de que iban a rasgarse. Parecía aún más ancho y alto de lo que era a causa del exiguo tamaño de la casa.

Era un buen trabajador, uno de los mejores que había tenido. Solía repasar las cosas detrás de él, intentando encontrar alguna deficiencia, pero rara vez le daba motivo de queja. Así pues, con el tiempo se fue acostumbrando a él y el recuerdo de aquel látigo blandido contra su rostro se desvaneció poco a poco. Le trataba como era natural tratar a los nativos y su voz volvió a adquirir el tono

brusco e irritado. Pero él no replicaba nunca y aceptaba sus reprimendas a menudo injustas sin levantar siquiera la mirada del suelo. Parecía resuelto a pasar lo más desapercibido posible.

Y así continuaron, en aparente normalidad, restablecida la rutina adecuada, que la dejaba libre para vegetar en la inacción. Pero su indiferencia no era exactamente igual que la de antes.

A las diez de la mañana, después de servirle el té, él se iba detrás de los gallineros y se detenía bajo un gran árbol con una lata de agua caliente; y a veces ella podía verle desde la casa inclinado sobre la lata, desnudo de cintura para arriba, echándose agua por encima. Pero procuraba no verle mientras se lavaba. Después del aseo, volvía a la cocina y se quedaba muy quieto, apoyado, al sol, contra la pared posterior, al parecer sin pensar en nada; incluso daba la sensación de estar dormido. No reanudaba el trabajo hasta que era hora de preparar el almuerzo. A Mary no le gustaba verle entregado a aquella ociosidad, inmóvil y silencioso durante horas, bajo la violenta fuerza del sol, que no parecía afectarle. No podía hacer nada para evitarlo, pero en vez de sumirse en un apático letargo que era casi sueño, se devanaba los sesos buscando un trabajo que darle.

Una mañana fue hasta los gallineros, algo que no solía hacer aquellos días, y cuando hubo terminado una superficial inspección de los ponederos y llenado su cesta de huevos, se detuvo al ver al nativo bajo los árboles a pocos metros de distancia. Estaba restregando su grueso cuello con jabón y la espuma blanca destacaba con fuerza de la piel negra. Se hallaba de espaldas a ella pero en seguida se volvió, bien por casualidad o porque intuyó que ella le miraba. Mary había olvidado que era la hora de su aseo.

Una persona blanca puede mirar a un nativo, que no es mejor que un perro. La enojó, por lo tanto, que él se enderezase, como esperando a que se fuera, expresando con el cuerpo el desagrado que le producía su presencia. La enfurecía que creyera que estaba allí a propósito aunque este pensamiento, como era natural, no fue consciente; Mary no podía imaginar siquiera semejante presunción, semejante descaro por parte de él; pero la actitud del cuerpo inmovilizado detrás de los matorrales, la expresión del rostro negro al mirarla, la llenó de indignación. Sintió el mismo impulso que aquel día lejano la obligara a blandir el látigo contra la cara del nativo. Dio media vuelta con lentitud, entreteniéndose en los gallineros para echar puñados de maíz, y agachándose por fin para salir por la baja puerta de la alambrada. No se volvió más a mirarle, pero sabía que su silueta oscura seguía en el mismo sitio, inmóvil, porque le vio por el rabillo del ojo. Volvió a entrar en la casa, sin apatía por primera vez en muchos meses, viendo también por primera vez desde hacía meses el suelo que pisaba y sintiendo la presión del sol en la nuca y el caliente

contacto de la piedra contra las suelas de sus zapatos.

Oyó un extraño murmullo de ira y se dio cuenta de que hablaba consigo misma, en voz alta. Se tapó la boca con la mano y agitó la cabeza para despejarla, pero cuando Moses volvió a la cocina y ella oyó sus pasos, ya estaba sentada en la sala, rígida por una emoción histérica; al recordar la sombría y resentida mirada del nativo mientras esperaba que se fuera, le invadía la sensación de haber tocado una serpiente. Impulsada por una violenta reacción nerviosa, fue a la cocina, donde le encontró vestido con ropa limpia, guardando sus útiles de aseo. El recuerdo de aquel cuello negro cubierto de espuma blanca y de la musculosa espalda inclinada sobre el cubo de agua actuó como un aguijón y no le dio tiempo a reflexionar que su cólera y su histerismo no tenían ningún motivo, por lo menos ninguno que pudiera explicar. Lo ocurrido era que la pauta formal negro-blanca, ama-criado había sido rota por una relación personal; y cuando en África un blanco mira por casualidad a los ojos de un nativo (lo cual es su principal preocupación evitar), su sentimiento de culpa, que reprime, se convierte en un resentimiento que le obliga a usar el látigo. Mary sintió que debía hacer algo, e inmediatamente, para recobrar el equilibrio. Su mirada fue a detenerse en una caja donde se guardaban las velas, el jabón y los cepillos y que estaba debajo de la mesa, y ordenó al *boy*:

—Friega este suelo.

La sobresaltó oír su propia voz, porque no sabía que iba a hablar; sintió lo mismo que se experimenta durante una conversación social, tranquila por su banalidad, cuando una persona hace una observación que rasca la superficie, dejando escapar tal vez lo que realmente piensa de su interlocutor, y la sorpresa hace perder a éste la ecuanimidad, incitándole a emitir una risita nerviosa o una frase absurda que turba a todos los presentes; Mary había perdido la ecuanimidad y ya no podía controlar sus acciones.

—Lo he fregado esta mañana —objetó lentamente el nativo, mirándola con ojos ardientes.

—He dicho que lo friegues. Hazlo ahora mismo. —Levantó la voz al pronunciar las últimas palabras. Se miraron durante un momento, descubriendo su odio; entonces él bajó los ojos y ella se volvió en redondo y salió dando un portazo.

No tardó en oír el sonido del cepillo al rascar el suelo. Se desplomó de nuevo en el sofá, débil como si estuviera enferma. Conocía muy bien sus explosiones de cólera irracional, pero no recordaba ninguna tan devastadora como aquélla. Estaba temblando, la sangre le latía en los oídos y tenía la boca seca. Al cabo de un rato, ya más calmada, fue al dormitorio a buscar un vaso de agua; no quería encararse con el nativo Moses.

Sin embargo, más tarde hizo un esfuerzo para levantarse e ir a la cocina y, desde el umbral, examinó el suelo mojado como si de verdad hubiera ido a inspeccionarlo. Él permaneció inmóvil al otro lado de la puerta, mirando como de costumbre hacia los riscos donde la euforia extendía sus carnosos brazos verdegrises contra el claro azul del cielo. Mary fingió dar un repaso a las alacenas y por fin dijo:

—Es hora de poner la mesa.

Él se volvió y empezó a sacar vasos y mantel con movimientos lentos y bastante torpes, manoseando los cubiertos con sus grandes manos negras. Todos sus ademanes la irritaban. Permaneció sentada y tensa, con las manos enlazadas. Cuando él salió, se relajó un poco, como si le hubieran sacado un peso de encima. La mesa estaba puesta. Fue a examinarla, pero todo se encontraba en su sitio. No obstante, cogió un vaso y lo llevó a la cocina.

—Mira este vaso, Moses —ordenó.

Él se acercó y lo miró por cortesía; sólo fingió que lo miraba porque en seguida lo cogió para lavarlo. En el borde tenía trazas de pelusilla blanca del paño con que lo había secado. Llenó de agua el fregadero, echó un chorro de jabón líquido, tal como ella le enseñara, y lavó el vaso bajo la atenta mirada de Mary. Una vez lo hubo secado, ella volvió a cogerlo y se lo llevó a la otra habitación.

Le imaginó otra vez sin hacer nada en el soleado umbral, con la mirada perdida en la lejanía, y sintió deseos de gritar o lanzar un vaso contra la pared. Pero no había nada, absolutamente nada, que mandarle. Inició un lento recorrido de la casa; aunque gastado y descolorido, todo estaba limpio y en su lugar. La cama, el gran lecho conyugal que siempre había odiado, no tenía una sola arruga y el embozo estaba doblado en ambas esquinas, imitando las atractivas camas de los catálogos modernos. Su vista la puso nerviosa porque le recordó el odiado contacto nocturno con el cansado y musculoso cuerpo de Dick, al que nunca había podido acostumbrarse. Se volvió de espaldas, cerrando los puños, y de improviso se vio en el espejo. Desmejorada, con el pelo en desorden, los labios apretados por la ira, los ojos fijos, la cara hinchada y salpicada de manchas rojas; apenas pudo reconocerse a sí misma. Se contempló, asustada y triste; y de pronto se echó a llorar, estallando en hondos sollozos convulsivos que intentó sofocar por miedo a que el nativo la oyera desde la cocina. Lloró un buen rato y cuando levantó los ojos para secárselos, vio el reloj. Dick llegaría pronto a casa. El temor de que la viera en aquel estado inmovilizó sus músculos. Se lavó la cara, peinó sus cabellos y empolvó la oscura y arrugada piel en torno a los ojos.

Aquella comida fue silenciosa como lo eran todas durante aquel período. Dick vio el rostro enrojecido y arrugado y los ojos inyectados en sangre e intuyó la causa. Siempre que lloraba era porque se había

disgustado con el *boy*. Se sintió harto y desengañado; había pasado mucho tiempo desde la última pelea y se había hecho la ilusión de que Mary ya empezaba a superar aquella debilidad. Vio que no comía nada y mantenía la mirada fija en el plato; el nativo, por su parte, sirvió la comida como un autómata, moviendo el cuerpo porque era su deber pero con la mente en otra parte. Al pensar en la eficiencia de aquel hombre y mirando la cara hinchada de Mary, Dick se soliviantó de repente. Cuando el nativo hubo salido de la habitación, dijo a su mujer:

—Mary, tienes que conservar a este *boy*. Es el mejor que hemos tenido.

Ella no levantó la vista y guardó silencio, como si fuera sorda. Dick vio temblar su mano delgada, arrugada por el sol. Al cabo de un rato de silencio exclamó, con la voz cargada de hostilidad:

—No soporto este constante cambio de criados. Estoy harto. Te lo aviso, Mary.

Tampoco entonces respondió ella; las lágrimas y la cólera de la mañana la habían debilitado y temía que, si abría la boca, volvería a romper en llanto. Él la miró con cierto asombro, porque en general replicaba, acusando al criado de hurto o mala conducta, y había esperado una respuesta semejante. El terco silencio, que era pura oposición, le impulsó a insistir, exigiendo alguna clase de asentimiento.

—Mary —dijo, como un superior a un subordinado—, ¿has oído lo que te he dicho?

—Sí —contestó ella por fin, en tono desabrido y con dificultad.

En cuanto Dick se hubo marchado, se retiró inmediatamente al dormitorio para no ver al criado levantando la mesa y durmió cuatro horas de insoportable duración.

# Capítulo noveno

Y así fueron pasando los días y los meses de agosto y septiembre, días cálidos y brumosos cuyos vientos lánguidos traían ráfagas polvorientas y sofocantes de las cercanas colinas de granito. Mary realizaba sus tareas como una sonámbula, tardando horas en hacer lo que antes le ocupaba unos pocos minutos. Sin sombrero bajo el sol implacable, cuyos rayos potentes y crueles se derramaban sobre sus hombros y espalda, embotándola y aturdiéndola, a veces se sentía como si tuviera magulladuras por todo el cuerpo, como si el sol la hubiera desollado, convirtiendo su carne en hinchada y sensible envoltura de sus "dolientes huesos". Solía marearse y entonces enviaba al *boy* a buscar el sombrero. Poco después, aliviada, como si hubiera hecho un prolongado esfuerzo físico, en vez de atarearse entre las gallinas sin verlas, se desplomaba en una silla y permanecía inmóvil, con la mente en blanco; pero saber que estaba sola en la casa con aquel hombre era como un peso en su subconsciente. Se mantenía tensa y controlada en su presencia y le hacía trabajar todo lo que podía, sin perdonarle una mota de polvo o un vaso o plato mal colocado, siempre que creía verlo. El recuerdo de la exasperación de Dick y su advertencia de que no toleraría más cambios de criados, un reto que por falta de vitalidad se sentía incapaz de desafiar, la obligaba a vivir tensa entre dos pesas inamovibles; por lo menos, así se sentía, como si estuviera en suspenso y fuera el campo de batalla de dos fuerzas beligerantes. Sin embargo, no habría podido explicar qué clase de fuerzas eran ni cómo las mantenía a raya. Moses se mostraba indiferente y tranquilo, como si ella no existiera, aunque obedeciendo sus órdenes; Dick, antes tan poco exigente y fácil de contentar, se quejaba ahora continuamente de su mala organización, porque no paraba de reñir al *boy* con su voz nerviosa y estridente cuando una silla estaba colocada un centímetro más allá de lo debido, y no se daba cuenta de que el techo estaba cubierto de telarañas.

Permanecía ajena a todo, excepto a lo que llamaba su atención inmediata. Su horizonte se reducía a la casa. Los pollos empezaron a morirse y murmuró algo sobre una epidemia hasta que recordó que no les había dado de comer durante una semana. Y, sin embargo, había recorrido los gallineros como de costumbre, con un cesto de cereales en la mano. Guisaron las escuálidas aves muertas y se las comieron. Asustada de sí misma, realizó un esfuerzo para concentrarse en lo que hacía, pero al cabo de poco tiempo volvió a ocurrir lo mismo; no se había percatado de que los abrevaderos estaban vacíos. Las aves yacían sobre la tierra requemada, agonizando por falta de agua.

Entonces dejó de preocuparse. Durante semanas vivieron de pollos y gallinas, hasta que los gallineros quedaron vacíos. Los huevos se agotaron, pero no los encargó a la tienda porque costaban demasiado dinero. Su mente estaba en blanco la mayor parte del día: empezaba una frase y se olvidaba de terminarla. Dick se acostumbró a oírla pronunciar tres palabras y en seguida interrumpirse, con la mirada perdida en el vacío. Había olvidado lo que quería decir. Si la animaba a continuar, alzaba la vista, sin verle, y no contestaba. Aquella actitud le molestó porque le impedía protestar por el abandono de la granja avícola, que había supuesto una pequeña, pero regular, fuente de ingresos.

En cambio, todavía reaccionaba en todo lo tocante al criado. Aquella era la única parte de su mente que aún estaba despierta. Como le daba miedo provocar la marcha del *boy* y, con ella, la ira de Dick, vivía en su imaginación todas las escenas que no se atrevía a representar. Un día la sobresaltó un ruido y cayó en la cuenta de que era ella misma, que hablaba en la sala en un tono bajo e irritado. Estaba soñando que el nativo había olvidado limpiar el dormitorio aquella mañana y ella le llenaba de improperios, usando frases crueles en su propia lengua, que él no habría entendido si de verdad se las hubiera dicho. El sonido de aquella voz baja e incoherente fue tan aterrador como lo fuera la vista de su imagen en el espejo. Se alarmó y salió de su ensimismamiento, horrorizada por la visión de sí misma sentada en un extremo del sofá, hablando sola como una loca.

Se levantó sin ruido y se acercó a la puerta de la cocina para ver si el *boy* se encontraba allí y podía haberla oído. Y allí estaba, como siempre, apoyado en la pared posterior de la casa; sólo vio un hombre macizo apretado dentro del fino algodón y una mano colgando ociosa, con los dedos doblados contra la palma morena y algo rosada. No se movió. Mary se dijo que no podía haberla oído y apartó de su mente la idea de las dos puertas abiertas. Le evitó durante todo el día, yendo inquieta de una habitación a otra como si hubiera olvidado permanecer inactiva. Lloró toda la tarde, echada sobre la cama, con sollozos desesperados y convulsivos; así que estaba exhausta cuando Dick llegó del trabajo. Pero esta vez él no advirtió nada; agotado a su vez, sólo pensaba en dormir.

Al día siguiente, cuando sacaba los alimentos de la alacena de la cocina (que intentaba mantener siempre cerrada con llave pero que a menudo se quedaba abierta, de ahí que aquel ritual de sacar los alimentos necesarios para el día fuera realmente fútil), Moses, que estaba detrás de ella con la bandeja, le dijo que quería marcharse a finales de mes. Habló en voz baja y directamente, pero con cierta vacilación, como si esperara alguna protesta. Ella ya conocía aquella nota de nerviosismo, porque siempre que un *boy* se despedía, aunque

sentía un gran alivio porque las tensiones creadas entre ella y el criado desaparecerían con su marcha, también se indignaba, como si fuera un insulto dirigido a ella. Nunca dejaba ir a un *boy* sin largas disputas y recriminaciones. Ahora también abrió la boca para reconvenirle, pero se contuvo; soltó la puerta de la alacena y se sorprendió pensando en la cólera de Dick. No se atrevía a afrontarla; ya no podía soportar las escenas con Dick. Y esta vez no era culpa suya; ¿acaso no había hecho todo lo posible para conservar a este *boy*, al que odiaba y temía al mismo tiempo? Horrorizada, descubrió que los sollozos volvían a sacudirla, ¡allí, delante del nativo! Impotente y débil, permaneció junto a la mesa, de espaldas a él, sollozando. Durante un rato, ninguno de los dos se movió; entonces él se colocó de modo que pudiera verle la cara y la miró con curiosidad y extrañeza, arqueando las cejas. Ella exclamó al fin, llena de pánico:

—¡No puedes irte! —Y continuó llorando mientras repetía una y otra vez—: ¡Debes quedarte! ¡Debes quedarte! —Y todo el tiempo la atormentaba la vergüenza y la mortificación de que él la viera llorar.

Un momento después le vio ir hacia el estante donde estaba el filtro de agua y llenar un vaso. La lentitud de sus movimientos la irritó, porque —la comparó con su propia ecuanimidad perdida; y cuando le alargó el vaso, no extendió la mano para cogerlo porque consideró aquel acto una impertinencia de la que debía hacer caso omiso. Pero a pesar de la actitud digna que intentaba asumir, volvió a sollozar.

—No debes irte. —Su voz fue una súplica.

Él acercó el vaso a sus labios, de modo que Mary tuvo que sujetarlo con la mano y, bañadas sus mejillas en lágrimas, bebió un sorbo y le miró suplicante por encima del vaso, viendo con temor renovado en los ojos del nativo una expresión de indulgencia hacia su debilidad.

—Bebe —ordenó el *boy*, como si hablara a una de sus mujeres; y ella bebió.

Entonces le cogió con cuidado el vaso, lo dejó sobre la mesa y, viendo que ella continuaba aturdida, sin saber que hacer, dijo:

—Madame debe acostarse en la cama.

Ella no se movió. El *boy* alargó la mano de mala gana, reacio a tocarla, a rozar a la sacrosanta mujer blanca, y la empujó por el hombro, de modo que Mary se sintió suavemente impelida hacia el dormitorio. Era como una pesadilla en la que uno es impotente contra el horror; el roce de la mano negra sobre su hombro le daba náuseas; jamás, ni una sola vez en toda su vida, había tocado la carne de un nativo. Cuando se acercaron al lecho, con aquel suave contacto todavía en su hombro, sintió que la cabeza le daba vueltas y los huesos no la sostenían.

—Madame debe echarse —repitió él, con voz amable esta vez, casi paternal. Cuando ella se hubo sentado en el borde de la cama, hizo una ligera presión con la mano sobre el hombro para acostarla. Seguidamente descolgó el abrigo de la puerta y lo colocó sobre sus pies. Entonces salió y el horror se fue desvaneciendo; aturdida y silenciosa, Mary permaneció echada, incapaz de considerar las implicaciones del incidente.

Al cabo de un rato se durmió y no se despertó hasta el crepúsculo. Vio tras el cuadrado de la ventana un cielo surcado por azules nubarrones de tormenta e iluminado por el sol poniente, que era de color naranja. Durante unos segundos no pudo recordar lo ocurrido; pero en cuanto lo hizo, el temor volvió a atenazarla, un temor horrible y tenebroso. Se volvió a ver llorando, incapaz de detenerse; bebiendo por orden de aquel negro; siendo empujada por él hasta la cama, acostada y cubierta con el abrigo, que había arremetido en torno a sus piernas. Hundió la cara en la almohada, llena de asco, gimiendo en voz alta como si se hubiera revolcado entre excrementos. Y en su tormento volvió a oír su voz, firme y bondadosa, dándole órdenes como un padre.

Al cabo de un rato, cuando la habitación se quedó a oscuras y sólo las paredes reflejaban la luz que todavía alumbraba las copas de los árboles, mientras las ramas bajas ya estaban sumidas en las sombras del crepúsculo, se levantó y encendió la lámpara. La llama tembló, se inmovilizó y empezó a arder con suavidad. El dormitorio era ahora una concha de luz ambarina y sombras en la dilatada noche llena de árboles. Se empolvó la cara y permaneció largo rato frente al espejo, sintiéndose incapaz de moverse. No pensaba nada, sólo tenía miedo, sin saber de qué. No quería salir hasta que Dick volviera y la protegiera de la presencia del nativo. Cuando llegó, la miró con inquietud y le dijo que no la había despertado a la hora del almuerzo y que esperaba que no estuviera enferma.

—Oh, no —contestó ella—, sólo cansada. Me siento... —La voz se extinguió al tiempo que la expresión distraída velaba su semblante.

Estaban bajo el difuso arco de luz de la oscilante lámpara y el *boy* servía la mesa sin hacer ruido. Mary mantuvo los ojos bajos durante mucho rato, aunque sus facciones se habían animado un poco desde que entrara Moses. Cuando se obligó a alzar la mirada y escudriñar un instante su rostro, se tranquilizó, porque no había nada nuevo en su actitud. Como siempre, se portaba como si fuera una abstracción, como si no estuviera realmente allí, como si fuese una máquina sin alma.

A la mañana siguiente se forzó a entrar en la cocina y hablar con normalidad; y esperó temerosa que él dijera otra vez que quería marcharse. Pero no dijo nada. Todo siguió igual durante una semana y

entonces Mary comprendió que no se despediría; había respondido a sus lágrimas y a su súplica. No podía soportar la idea de haber logrado salirse con la suya por semejantes métodos; y como no quería recordarlo, se recobró poco a poco. Con alivio, liberada del temor que le inspiraba la cólera de Dick, eliminado el recuerdo de su vergonzosa debilidad, empezó a usar de nuevo aquella voz fría y cortante para hacer comentarios sarcásticos sobre el trabajo del nativo. Un día éste se volvió hacia ella en la cocina, la miró a la cara y dijo con voz desconcertante por su tono de ira y reproche:

—Madame pedirme que me quedara. Yo quedarme para ayudar a Madame. Si Madame está de mal humor, yo irme.

Aquella nota de ultimátum la frenó; se sintió impotente, en particular porque el criado la obligó a recordar el motivo de su permanencia en la casa. Y el tono resentido sugería que la consideraba injusta. ¡Injusta! Ella no lo veía de aquel modo.

Moses estaba junto al fogón, vigilando algo que había puesto al fuego. Mary no sabía qué decir. Mientras esperaba su respuesta, el *boy* cogió de la mesa algo con que agarrar el asa caliente del horno y, sin mirarla, preguntó:

—Yo hacer bien el trabajo, ¿no?

Lo dijo en inglés, lo cual, antes, la habría enfurecido por considerarlo una impertinencia, pero contestó en inglés:

—Sí.

—Entonces, ¿por qué Madame siempre de mal humor?

Esta vez habló con soltura y familiaridad, bromeando, como si intentara congraciarse con un niño. Se inclinó ante el horno, de espaldas a ella, y sacó una bandeja de los crujientes panecillos que sabía hacer mucho mejor que la propia Mary, trasladándolos después a una rejilla, uno por uno, para que se enfriaran. Mary sentía que debía irse cuanto antes, pero no se movió. Inmovilizada, contemplaba las grandes manos mientras manejaban los panecillos. Y no dijo nada. Sintió la irritación habitual causada por el tono de la voz, pero al mismo tiempo estaba fascinada y llena de desconcierto; no sabía que hacer con aquella relación personal, así que, al cabo de un momento, aprovechando que no la miraba y estaba absorto en su trabajo, salió de la cocina sin responderle.

Cuando las lluvias llegaron a finales de octubre, después de seis semanas de un bochorno devastador, Dick, como siempre en aquella época del año, se abstenía de subir a almorzar para atender mejor el trabajo. Se iba a las seis de la mañana y regresaba a las seis de la tarde, de ahí que sólo se guisara una vez: Mary le enviaba el desayuno y el almuerzo a los campos. Como hacía todos los años, dijo a Moses que ella no almorzaría, que sólo le sirviera el té; no se sentía con ánimos de comer. El primer día de ausencia de Dick, en lugar de la

bandeja del té, Moses le llevó huevos, mermelada y pan tostado, que dejó con parsimonia sobre la mesita del lado del sofá.

—Te he dicho que sólo quería té —amonestó ella bruscamente.

Él contestó en voz baja:

—Madame no desayunar, tiene que comer.

Sobre la bandeja había una taza sin asa con un ramillete de flores: vibrantes amarillos, rosas y rojos, flores silvestres reunidas con mano inexperta, pero que constituían una alegre nota de color sobre el viejo tapete manchado.

Sentada en el sofá, con la mirada baja, mientras él se enderezaba después de depositar la bandeja, Mary se turbó ante aquel manifiesto deseo de complacerla, ante el significado conciliador de las flores. Moses esperaba de ella una palabra de placer y aprobación. No podía concedérsela, pero la reprimenda que afloraba a sus labios se le quedó en la garganta y, tras acercarse la bandeja, empezó a comer.

Ahora existía una nueva relación entre ellos, porque ella se sentía indefensa en su poder, a pesar de que no había ninguna razón para semejante sentimiento. Sin dejar ni por un momento de ser consciente de su presencia en la casa, o apoyado contra la soleada pared de la parte posterior, sentía un miedo fuerte e irracional, una inquietud profunda e incluso —aunque esto no lo sabía y habría muerto antes que reconocerlo— una especie de oscura atracción. Era como si el acto de llorar delante de él hubiera sido un acto de renunciación, de entrega de su autoridad; y él se había negado a devolvérsela. Las réplicas bruscas habían aflorado a los labios de Mary varias veces y le había visto mirarla con deliberación, sin aceptarlo, desafiándola. Sólo en una ocasión, en que realmente se le olvidó hacer algo, por lo que la reprimenda era justificada, asumió de nuevo su antigua actitud sumisa. Aquella vez la aceptó, porque la culpa era suya. Y ahora ella empezó a esquivarle. Así como antes se obligaba a seguirle en su trabajo e inspeccionaba todo lo que hacía, ahora apenas entraba en la cocina y dejaba a su cuidado todos los quehaceres domésticos. Incluso ponía las llaves de la despensa sobre un estante para que él pudiera abrir la alacena de las hortalizas cuando las necesitara. Se sentía como en suspenso y no comprendía la naturaleza de aquella nueva tensión que no podía neutralizar.

En dos ocasiones formuló él sendas preguntas con su nueva voz llena de cordialidad.

Una vez fue sobre la guerra.

—¿Cree Madame que terminarse pronto?

Mary se sobresaltó. Para ella, que vivía sin ningún contacto con el mundo exterior, pues ni siquiera leía el periódico semanal, la guerra era un rumor, algo que se desarrollaba en otro planeta. En cambio, le había visto a él examinar las hojas impresas extendidas sobre la mesa

de la cocina como un mantel. Contestó, muy tiesa, que no lo sabía. Y unos días después, como si lo hubiera estado pensando en el intervalo, preguntó:

—¿Aprobar Jesús que los hombres matarse entre sí?

Esta vez Mary se enfadó por la crítica implícita en la pregunta y respondió con frialdad que Jesús estaba de parte de los hombres buenos. Pero durante todo el día la torturó su antiguo resentimiento y por la noche preguntó a Dick:

—¿De dónde procede Moses?

—De una misión —contestó él—. El único muchacho decente que he tenido.

Como la mayoría de sudafricanos, a Dick no le gustaban los negros educados en las misiones porque «sabían demasiado». Y, en cualquier caso, no se les debía enseñar a leer y escribir, sino sólo a comprender la dignidad del trabajo y su utilidad general para el hombre blanco.

—¿Por qué? —Preguntó a su vez, lleno de suspicacia—. No has vuelto a pelearte, ¿verdad?

—No.

—¿Se ha insolentado?

—No.

Pero el telón de fondo de la misión explicaba muchas cosas: el irritante y bien articulado «madame», por ejemplo, en lugar del habitual «señora», que parecía más de acuerdo con su condición.

Aquel «madame» la molestaba; le habría gustado pedirle que no lo usara, pero no implicaba ninguna falta de respeto, sólo era lo que le había enseñado algún misionero de ideas alocadas. Y no había nada reprobable en su actitud hacia ella. Pero aunque nunca le faltaba al respeto, ahora la obligaba a tratarle como a un ser humano; ya era imposible para ella desecharle como algo impuro, como había hecho con todos los demás en el pasado. La obligaba a cierto tipo de contacto y Mary nunca dejaba de ser consciente de su presencia. Pensaba todos los días que en ello había algo peligroso, pero no sabía definir qué era.

Ahora pasaba las noches atormentada por horribles pesadillas. Su sueño, que antes era la caída instantánea de un telón negro, se había convertido en algo más real que su vida cotidiana. Dos veces soñó directamente con el nativo y en ambas ocasiones la despertó el terror cuando él la tocaba. Aparecía delante de ella, fuerte y dominante, aunque bondadoso, y la obligaba a adoptar una posición en que tenía que rozarle. Y había otras pesadillas en las que él no estaba presente, pero que eran confusas y aterradoras y de las que se despertaba sudando de miedo e intentando borrarlas de su memoria. Acabó temiendo la hora de acostarse. Yacía en la oscuridad, tensa junto al

cuerpo relajado de Dick, esforzándose por no conciliar el sueño.

A menudo, durante el día, le vigilaba a hurtadillas, no como vigila un ama a su criado mientras trabaja, sino con una curiosidad atemorizada, recordando aquellos sueños. Y día tras día él la cuidaba, observando lo que comía, llevándole la comida sin que ella la pidiera, regalándole cosas pequeñas como un puñado de huevos del gallinero de los peones o un ramillete de flores silvestres.

Un día, mucho después de ponerse el sol, al ver que Dick no regresaba, Mary dijo a Moses:

—Mantén la cena caliente. Voy a ver qué le ha ocurrido al amo.

Cuando estaba en el dormitorio para coger el abrigo, Moses llamó a la pared y anunció que iría él; Madame no debía andar sola en la oscuridad.

—Está bien —asintió Mary, quitándose el abrigo.

Pero no le ocurría nada malo a Dick; sólo se retrasó porque un buey se había roto una pata. Y cuando, una semana después, volvió a pasar la hora de su regreso habitual y Mary estaba preocupada, no hizo ningún esfuerzo para averiguar qué ocurría, temiendo que el nativo, con toda naturalidad y sencillez, se responsabilizara otra vez de su bienestar. Habían llegado a un punto en que ella consideraba sus acciones desde un único punto de vista: si servirían para que Moses reforzara aquella nueva relación humana surgida entre ambos de un modo que ella no pudiera controlar, lo cual tenía que evitar a toda costa.

En febrero, Dick tuvo otro ataque de malaria. Como el anterior, fue corto y repentino y muy agudo mientras duró. Mary tuvo que enviar otra nota por mensajero a la señora Slatter para pedirle que avisara al médico. Acudió el mismo de la otra vez. Miró la humilde vivienda con las cejas arqueadas y preguntó a Mary por qué no había seguido sus indicaciones. Ella no contestó.

—¿Por qué no ha hecho cortar los matorrales que rodean la casa, donde pueden reproducirse los mosquitos?

—Mi marido no podía entretener en ello a los peones.

—Pero sí que puede perder el tiempo estando enfermo, ¿eh?

Los modales del médico eran bruscos y solícitos, pero indiferentes en el fondo; después de ejercer tantos años en un distrito agrícola, sabía cuándo había perdido la partida como médico. No en el sentido económico, pues ya no contaba con el dinero, sino por culpa de los propios pacientes. Con aquella gente no había nada que hacer. Lo proclamaban los visillos, descoloridos por el sol, rotos y sin zurcir. Por doquier se veían pruebas de una desidia voluntaria. Era una pérdida de tiempo visitarles siquiera. Pero la costumbre le hizo examinar al febril y tembloroso Dick y recetarle lo acostumbrado. Dijo que Dick estaba exhausto, que se había quedado en los huesos y que corría el

peligro de caer víctima de cualquier enfermedad. Habló con severidad, esperando asustar a Mary y obligarla a tomar medidas. Pero la actitud de ésta decía bien a las claras: «Todo es inútil». Se marchó por fin con Charlie Slatter, éste sarcástico y disconforme, pero incapaz de reprimir la idea de que cuando el lugar le perteneciera quitaría las alambradas para añadirlas a sus propios gallineros y aprovecharía de algún modo la chapa ondulada de la casa y las dependencias.

Mary veló a Dick las dos primeras noches de su enfermedad, sentada en una silla dura para no quedarse dormida, cuidando de que los miembros inquietos no tirasen las mantas al suelo. Pero Dick no estaba tan mal como la vez anterior; ahora no tenía miedo porque sabía que el ataque pasaría en cuanto hubiera hecho su curso.

Mary no se preocupó de supervisar el trabajo de los campos; iba en el coche dos veces al día, para tranquilizar a Dick, pero se limitaba a realizar una inspección superficial e inútil. Los jornaleros holgazaneaban ante sus cabañas. Ella lo sabía, pero no le importaba. Apenas miraba los campos; la granja se había convertido en algo que no la concernía.

Durante el día, después de preparar las bebidas frías de Dick, que eran todo su alimento, se sentaba a la cabecera de la cama y se sumía en su habitual letargo. Su mente divagaba con incoherencia, deteniéndose en la primera escena de su vida pasada que acudiera por casualidad a su memoria. Pero ahora lo hacía sin nostalgia ni deseo. Y había perdido por completo el sentido del tiempo. Colocaba el despertador delante de ella, para recordar los intervalos regulares en que debía ir a buscar las bebidas de Dick. Moses le llevaba las bandejas de comida a las horas habituales y ella comía de forma maquinal, sin saber qué era y sin fijarse en que a veces dejaba el cuchillo y el tenedor sobre la mesa, tras un par de bocados, y se olvidaba de terminar lo que quedaba en el plato. La tercera mañana, mientras batía dentro de la leche un huevo que Moses le había regalado, éste preguntó:

—¿Se ha acostado Madame esta noche?

Habló con aquella sencilla franqueza que siempre la desarmaba y a la que no sabía cómo responder.

Mirando burbujear la leche y evitando su mirada, contestó:

—Tengo que velar al amo.

—¿Tampoco acostarse Madame la noche anterior?

—No —respondió simplemente ella y se fue con la leche al dormitorio.

Dick yacía inmóvil, delirando de fiebre, en un agitado duermevela. La temperatura no había bajado; el ataque era fuerte. Sudaba a mares, y después la piel le quedaba reseca, áspera y ardiente. Todas las tardes, el mercurio del termómetro subía en un

abrir y cerrar de ojos en cuanto se lo metía en la boca y cada vez que lo miraba estaba más alto, hasta que hacia las seis alcanzaba los treinta y nueve grados, donde permanecía hasta la medianoche, mientras él daba vueltas, murmuraba y gemía. Al amanecer, la fiebre descendía rápidamente por debajo de los valores normales y entonces el enfermo se quejaba de frío y pedía más mantas. Sin embargo, tenía todas las mantas de la casa sobre su cuerpo. Mary calentaba ladrillos en la cocina y los ponía junto a sus pies, envueltos en un paño.

Aquella noche Moses fue hasta la puerta del dormitorio y llamó, como hacía siempre. Ella le miró por la abertura de la cortina de arpillera bordada.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—Madame debe acostarse en esta habitación esta noche. Yo quedarme con el amo.

—No —replicó ella, pensando en la larga noche de íntima vigilia con el nativo—. Tú te vas a dormir a tu cabaña y yo me quedaré con el amo.

Él se acercó a la cortina y ella retrocedió un poco, para evitar su proximidad. Vio que llevaba en la mano un saco de maíz doblado, seguramente lo que necesitaba para pasar la noche.

—No, Madame tiene que dormir —dijo—. Estar cansada, ¿verdad?

Mary sentía agotamiento, pero insistió con voz dura y nerviosa:

—No, Moses, debo quedarme.

Él fue hacia la pared y colocó cuidadosamente su saco en un espacio entre los dos armarios; entonces se enderezó e inquirió, ofendido y en tono de reproche:

—Madame piensa que yo cuidar mal al amo, ¿eh? Yo también estar enfermo a veces. No dejar que se destape, ¿eh? —Se acercó a la cama, pero no demasiado, y miró el rostro encendido de Dick—. Yo darle bebida cuando despierte, ¿eh?

Y la voz, entre dolida e irónica, volvió a desarmarla. Le miró un instante a la cara, evitando sus ojos, y desvió en seguida la mirada. Pero no quería dar la impresión de que temía mirarle y dirigió la vista hacia su mano, aquella mano grande de palma rosada que pendía junto a su cuerpo. Moses volvió a insistir:

—¿Madame pensar que yo no cuidar bien al amo? Ella titubeó y luego repitió con nerviosismo:

—No, pero debo quedarme.

Como si el nerviosismo y la vacilación hubieran sido respuesta suficiente, el hombre se inclinó y alisó las mantas del enfermo.

—Si el amo muy grave, yo avisar a Madame —la tranquilizó.

Le vio ante la ventana, tapando el cuadrilátero de cielo estrellado, cruzado por el follaje, esperando que ella se fuera.

—Si no descansar Madame también caer enferma —añadió.

Mary fue a su armario y sacó el abrigo. Antes de abandonar la habitación, dijo, para reafirmar su autoridad:

—Llámame si se despierta.

Se dirigió instintivamente a su refugio, el sofá de la sala, donde pasaba tantas horas del día, y se sentó en un extremo. No soportaba la idea de que aquel negro pasara toda la noche en la habitación contigua, tan cerca de ella, con una delgada pared de ladrillo por toda separación.

Al cabo de un rato se puso un almohadón detrás de la cabeza y se echó, después de taparse los pies con el abrigo. Era una noche sofocante y el aire de la pequeña estancia apenas se movía. La débil llama de la lámpara del techo estaba muy baja y emitía un pequeño e íntimo resplandor que enviaba arcos de luz a la oscuridad del techo, iluminando un canalón de metal ondulado y una viga. En la habitación sólo había un delgado círculo amarillo sobre la mesa; todo lo demás estaba sumido en la penumbra, sólo se veían formas vagas y alargadas. Mary volvió un poco la cabeza para ver las cortinas de la ventana; no se movían y cuando escuchó, aguzando el oído, los pequeños ruidos nocturnos de la selva sonaron de repente tan altos como su propio corazón palpitante. Un ave gritó una vez desde los árboles que se alzaban a pocos metros de distancia, y los insectos chirriaban. Oyó el movimiento de las ramas como si algo pesado se abriera camino entre ellas, y pensó atemorizada en los árboles bajos que acechaban en torno a la casa. Nunca se había acostumbrado a la selva, jamás se había sentido a gusto en ella. Después de tantos años, todavía se alarmaba al pensar en el misterioso veld, donde se movían pequeños animales y hablaban pájaros desconocidos. Se despertaba a menudo por las noches y pensaba en la minúscula casa de ladrillos como en una concha frágil que podía desmoronarse bajo la presencia de la selva hostil. A veces imaginaba que, si abandonaban el lugar, una estación húmeda engulliría en su fermentación el exiguo espacio desbrozado y haría crecer árboles jóvenes entre los ladrillos y el cemento, de modo que en pocos meses no quedarían más que montones de escombros en torno a los troncos de los árboles.

Yacía, tensa, en el sofá, con todos los sentidos agudizados y temblando como un animalillo acosado vuelto para hacer frente a sus perseguidores. Todo el cuerpo le dolía por la tensión. Escuchó los sonidos de la noche, a su propio corazón y los ruidos de la habitación contigua. Oyó las pisadas secas de unos pies encallecidos sobre la delgada estera, un tintineo de vasos, un murmullo del hombre enfermo. Entonces oyó acercarse las pisadas y un deslizamiento cuando el nativo se sentó sobre el saco, entre los armarios. Estaba allí, justo detrás de la delgada pared, ¡tan cerca que, de no haber los

ladrillos, la espalda de él se hallaría a quince centímetros de su cara! Vio con claridad la ancha y musculosa espalda y se estremeció. Tan nítida fue su visión del nativo que creyó oler el tufo cálido y acre de los cuerpos negros. Podía olerlo, acostada allí en la oscuridad. Volvió la cabeza y la hundió en el almohadón.

Durante mucho rato no oyó nada más, sólo una respiración suave y regular. Se preguntó si sería Dick. Pero entonces éste volvió a murmurar algo y cuando el nativo se levantó para arreglarle las mantas, la respiración cesó. Moses volvió a su saco y Mary le oyó de nuevo deslizarse por la pared y en seguida reanudarse la respiración regular. ¡Era él! Oyó varias veces a Dick moverse y llamar con aquella voz pastosa que no era la suya, sino efecto de su delirio, y cada vez el nativo se levantaba para acudir a la cabecera del enfermo. Entre aquellas llamadas, Mary estaba atenta a la suave respiración que, mientras daba vueltas en el sofá, le parecía que procedía de toda la habitación, primero del lado mismo del sofá y después de la tenebrosa esquina opuesta. Sólo podía localizar el sonido cuando se volvía de cara a la pared. Se quedó dormida en aquella posición, como si escuchara a través del ojo de una cerradura.

Fue un sueño inquieto y poco reparador, lleno de pesadillas. Una vez la despertó un movimiento y vio la oscura sombra del hombre apartando las cortinas. Contuvo el aliento, pero al oírla moverse, él la miró y al instante desvió la vista y pasó sin hacer ruido por delante de ella en dirección a la cocina. Sólo salía unos minutos para hacer sus necesidades. Le siguió con la imaginación mientras cruzaba la cocina, abría la puerta y se desvanecía solo en la oscuridad. Entonces volvió a hundir la cara en la almohada, estremeciéndose como cuando había imaginado que olía al nativo. Pensó: «No tardará en volver». Permaneció muy quieta, fingiendo que dormía. Pero no volvió inmediatamente y al cabo de unos minutos de espera, Mary fue al dormitorio sumido en la penumbra donde Dick yacía inmóvil, con los miembros encogidos. Le tocó la frente; estaba húmeda y fría, de modo que debía ser más de medianoche. El nativo había cogido todas las mantas de una silla para amontonarlas sobre el enfermo. Ahora las cortinas se movieron detrás de ella y una fresca brisa le sopló en la nuca. Cerró la mitad de la ventana más próxima al lecho y se quedó quieta, escuchando el tictac del reloj, muy ruidoso de repente. Se inclinó para mirar la esfera ligeramente luminosa y vio que aún no eran las dos; sin embargo, tenía la impresión de que habían pasado muchísimas horas. Oyó un ruido a sus espaldas y, como si fuera culpable de algo, se apresuró a acostarse de nuevo. Entonces oyó las pisadas de Moses en dirección al dormitorio contiguo y le vio mirarla para saber si estaba dormida. Ahora se sentía muy desvelada e incapaz de dormir. Tenía frío, pero no quería levantarse a buscar más mantas.

Imaginó de nuevo que olía aquel tufo cálido, y a fin de olvidar aquella sensación volvió la cabeza hacia las cortinas, hinchadas por el fresco aire nocturno. Dick se había tranquilizado y en la habitación contigua ya no se oía más que aquella suave respiración rítmica.

Por fin concilió el sueño, y esta vez tuvo inmediatamente unas horribles pesadillas.

Era una niña y jugaba en un pequeño y polvoriento jardín frente a la casa de madera y hierro con amigos que en su sueño carecían de rostro. Ella ganaba el juego, lo dirigía y ellos la llamaban y le preguntaban cómo se debía jugar. Estaba al sol, junto a los geranios de seca fragancia, con todos los niños a su alrededor. Oyó la voz cortante de su madre, ordenándole que entrara, y abandonó a paso lento el jardín para subir a la veranda. Tenía miedo. Su madre no estaba allí, por lo que entró en la casa. Se detuvo ante la puerta del dormitorio, llena de asco. Vio a su padre, aquel nombre de baja estatura y estómago blando y protuberante, que bromeaba y olía a cerveza y a quien ella detestaba, abrazar a su madre frente a la ventana. Su madre luchaba, fingía protestar y le esquivaba, juguetona. Entonces él se inclinó sobre ella y entonces Mary huyó corriendo.

Después soñó que jugaba, esta vez con sus padres y hermanos, antes de acostarse. Jugaban al escondite y le tocaba a ella taparse los ojos mientras su madre se ocultaba. Sabía que sus hermanos mayores les observaban desde un rincón de la sala; el juego era demasiado infantil para ellos y estaban perdiendo el interés. Se reían de ella porque lo tomaba tan en serio. Su padre le cogió la cabeza y la apretó contra sus piernas con las manos pequeñas y peludas a fin de taparle los ojos, riendo y bromeando a gritos porque su madre tenía que esconderse. Mary aspiró el fuerte olor de la cerveza y —como tenía la cabeza apretada contra la gruesa tela de sus pantalones— el fétido olor masculino que siempre asociaba con él. Luchó para levantar la cabeza, porque casi se ahogaba, pero su padre aumentó la presión, burlándose de su pánico. Y los otros niños también se burlaron. Gritó en el sueño y casi se despertó, ansiosa de abrir los ojos y escapar del terror de la pesadilla.

Pensaba que aún estaba despierta y yacía rígida en el sofá, escuchando atenta la respiración del cuarto contiguo. Pasó mucho rato esperando cada suave expulsión de aire. De pronto se hizo el silencio. Miró con terror creciente a su alrededor, sin atreverse a mover la cabeza por miedo de despertar al nativo que estaba al otro lado de la pared, y con la vista fija en el círculo de luz mortecina que caía sobre la tosca superficie de la mesa. En el sueño adquirió la convicción de que Dick había muerto, de que Dick estaba muerto y el negro esperaba a que ella entrara en la habitación. Se sentó con movimientos lentos, sacando los pies de entre los pesados pliegues del abrigo, intentando

controlar su terror y repitiéndose a sí misma que no había nada que temer. Por fin pudo juntar las piernas y bajarlas por el borde del sofá, con cuidado de no hacer ningún ruido. Se sentó, temblorosa, intentando calmarse, hasta que obligó a su cuerpo a ponerse en pie y quedarse en medio de la habitación, donde midió la distancia que la separaba del dormitorio; entonces vio con terror las pieles de animales que cubrían el suelo porque parecían moverse bajo la luz oscilante de la lámpara. La piel de leopardo que había frente al umbral daba la impresión de tomar forma e hincharse y sus pequeños ojos de cristal parecían mirarla con fijeza. Corrió hacia el umbral para huir de ellos. Alargó cautamente la mano para apartar la cortina y echó una mirada al dormitorio. Sólo pudo distinguir la forma de Dick acostado bajo las mantas, pero aunque no vio al africano, sabía que la estaba esperando entre las sombras. Apartó la cortina un poco más y vio una pierna estirada, una pierna de tamaño mayor que el natural, gigantesca. Avanzó unos pasos para verle mejor. En el sueño, sintió irritación y enfado porque el nativo se habla dormido, acurrucado junto a la pared, exhausto tras la larga vigilia. Estaba sentado en la misma posición que le había visto adoptar a veces al sol, con una rodilla doblada y el brazo apoyado en ella, con la palma de la mano hacia arriba y los dedos un poco curvados. La otra pierna, la que había visto primero, estaba extendida y llegaba casi hasta donde ella se encontraba; vio a sus pies la piel gruesa de la planta, llena de durezas y callosidades. Tenía la cabeza inclinada sobre el pecho, haciendo resaltar aún más su cuello macizo. Sintió lo mismo que cuando, despierta, esperaba encontrar sin hacer algo del trabajo que le pagaban por llevar a cabo y, después de la inspección, resultaba que todo estaba hecho. Su enojo contra sí misma, se convirtió en ira contra el nativo, y volvió a mirar hacia el lecho, donde Dick yacía inmóvil. Pasó por encima de la pierna gigantesca estirada en el suelo y se acercó en silencio al lecho, quedando de espaldas a la ventana. Al inclinarse sobre Dick, sintió en los hombros el aire frío de la noche y se dijo, encolerizada, que el nativo había vuelto a abrir la ventana y causado con ello la muerte de Dick. Éste tenía muy mal aspecto. Estaba muerto, amarillento, con la boca abierta y los ojos fijos. En sueños, extendió la mano para tocarle la piel. La notó fría y sólo experimentó alivio y exaltación. Entonces se arrepintió de su júbilo e intentó sentir la pena que el caso requería. Mientras continuaba observando la inmovilidad de Dick, intuyó que el nativo se había despertado en silencio y la miraba. Sin mover la cabeza, vio por el rabillo del ojo que doblaba la pierna extendida y adivinó que estaba de pie en la sombra y que se acercaba a ella. Tuvo la impresión de que el cuarto era muy grande y de que él se aproximaba lentamente desde una inmensa distancia. Esperó, rígida por el miedo, cubierta por un

sudor frío. Se acercaba muy despacio, obsceno y fuerte, y no sólo él, sino también su padre la estaba amenazando. Avanzaban juntos, fundidos en una sola persona, y pudo oler, no el tufo de los nativos, sino el olor de piel sucia de su padre que llenó la habitación con su fetidez, parecido al de un animal; y sintió vértigo y debilidad en las rodillas y las ventanas de la nariz se le dilataron. Consciente sólo a medias, se apoyó en la pared y casi cayó por la ventana abierta. Él se acercó más y la sujetó por un brazo. Oyó la voz del africano consolándola de la muerte de Dick con acento protector; pero al mismo tiempo vio a su padre, horrible y amenazador, tocándola con deseo.

Gritó, sabiendo de repente que estaba dormida y era víctima de una pesadilla. Gritó una y otra vez, desesperadamente, intentando despertarse de aquel horror. Pensó: «Mis gritos asustarán a Dick» y luchó en las arenas movedizas del sueño. Entonces se despertó e incorporó, jadeando. El africano se hallaba en pie a su lado, con los ojos ribeteados de rojo y medio dormido, alargándole una bandeja con el té. La habitación estaba invadida por una espesa luz grisácea y la lámpara, todavía encendida, enviaba hacia la mesa un rayo delgado. Al ver al nativo, palpitante aún en ella el terror de la pesadilla, se refugió en un extremo del sofá, respirando deprisa e irregularmente y observándole en un paroxismo de pavor. Con ademanes torpes, a causa de su somnolencia, él dejó la bandeja sobre la mesita, mientras Mary luchaba por separar el sueño de la realidad.

El hombre dijo, observándola con expresión curiosa:

—El amo estar, dormido.

Y el convencimiento de que Dick yacía muerto en la habitación contigua se desvaneció. Pero continuó vigilando al negro, suspicaz, sin poder articular una palabra. Vio en el semblante de él sorpresa ante su actitud temerosa y aparecer poco a poco aquella mirada que había visto con tanta frecuencia últimamente, medio sarcástica, especulativa y brutal, como si estuviera juzgándola. De pronto inquirió en voz baja:

—Madame tener miedo de mí, ¿eh?

Era la misma voz del sueño y, al oírla, Mary tembló y sintió debilidad en todos los miembros. Luchó por controlar la propia voz y dijo en un susurro al cabo de unos minutos:

—No, no, no, no te tengo miedo. —Y entonces se enfureció consigo misma por negar algo que ni siquiera tendría que haber admitido.

Le vio sonreír y bajar la mirada hasta sus manos, que temblaban. Dejó vagar los ojos con lentitud hasta su rostro, fijándose en los hombros encogidos y en el cuerpo apoyado pesadamente contra los almohadones. Repitió con acento casual y familiar:

—¿Por qué Madame tener miedo de mí? Medio histérica, con voz

estridente y una risa nerviosa, ella replicó:

—No seas ridículo. No te tengo ningún miedo.

Habló como hubiera hablado a un blanco con el que coqueteara ligeramente. Cuando se oyó pronunciar las palabras y vio la expresión en el rostro del hombre, estuvo a punto de desmayarse. Le vio dirigirle una mirada larga, lenta e imponderable y después, dar media vuelta y salir del aposento.

Cuando se hubo ido, Mary se sintió liberada de una inquisición. Permaneció débil y temblorosa, pensando en el sueño y tratando de disipar la niebla de terror.

Al cabo de un rato se sirvió un poco de té, derramándolo en el plato. Una vez más, como había hecho en sueños, se obligó a levantarse y entrar en la habitación contigua. Dick dormía tranquilo y parecía estar mejor. Sin tocarle, salió a la veranda, donde se apoyó sobre los helados ladrillos de la balaustrada, inspirando a fondo el fresco aire matutino. Aún no había amanecido. Todo el cielo era claro e incoloro, veteado por rosadas franjas de luz, pero aún reinaba la oscuridad entre los árboles silenciosos. Vio hilillos de humo levantarse de las pequeñas chozas de los peones y recordó que debía ir a tocar el gong para que diera comienzo el trabajo del día.

Durante todo el día permaneció como de costumbre en el dormitorio, viendo cómo Dick mejoraba hora tras hora, aunque aún estaba muy débil y no se encontraba lo bastante bien para dar muestras de irritación.

No fue a los campos y evitó al nativo; se sentía muy poco segura de sí misma y no tenía fuerzas para enfrentarse a él. Cuando se hubo ido después del almuerzo, que era su tiempo libre, entró apresurada en la cocina, preparó casi furtivamente la leche fría para Dick y volvió al dormitorio, mirando hacia atrás como si la persiguieran.

Aquella noche cerró con llave todas las puertas de la casa y se acostó junto a Dick, agradecida, quizá por primera vez en su matrimonio, por su proximidad.

Dick reanudó el trabajo a la semana siguiente.

De nuevo fueron transcurriendo los días, casi empujándose el uno al otro, los largos días que pasaba sola en la casa con el africano mientras Dick trabajaba en sus campos. Mary estaba luchando contra algo que no comprendía. A medida que pasaba el tiempo, Dick era cada vez más irreal para ella, mientras que la idea del africano llegó a hacerse obsesiva. Era una pesadilla: el corpulento negro siempre en la casa con ella, de modo que era imposible escapar de su presencia; aquella idea la obsesionaba y Dick apenas existía para ella.

Desde el momento en que se despertaba por la mañana y veía al nativo inclinado sobre ellos con el té, desviando la mirada de sus hombros desnudos, hasta el momento en que salía de la casa por la

noche, Mary no podía relajarse. Hacía sus quehaceres domésticos con una especie de temor, intentando esquivarle; cuando él estaba en una habitación, ella iba a la otra. No quería mirarle, sabía que sería fatal cruzar su mirada con la suya, porque ahora existiría siempre el recuerdo de su miedo y del modo como le había hablado aquella noche. Solía darle las órdenes a toda prisa, con la voz tensa, y abandonar en seguida después la cocina, porque temía oírle hablar con aquel nuevo tono en la voz: familiar, medio insolente y dominante. Estuvo doce veces a punto de decir a Dick: «Tiene que irse», pero nunca se atrevía. Se interrumpía siempre, incapaz de afrontar la cólera que desencadenaría su decisión. Pero se sentía como en el interior de un túnel oscuro, acercándose a algo definitivo, algo que no podía imaginar, pero que la esperaba de forma inexorable e irreversible. Y en la actitud de Moses, en su modo de moverse y hablar, en aquella insolencia íntima, confiada y arrogante, veía que él también estaba esperando. Eran como dos antagonistas a punto de atacarse, mudos ante el encuentro final. Sólo que él era fuerte y estaba seguro de sí mismo, mientras que ella se encontraba debilitada por el miedo, por el tormento de las pesadillas nocturnas y por su obsesión.

# Capítulo décimo

Las personas que llevan una vida retirada, ya sea por necesidad o por gusto, y que no se interesan por los asuntos de sus vecinos, sienten siempre cierta inquietud y desazón si se enteran por casualidad de que éstos hablan acerca de ellos. Es como si una persona dormida se encontrara al despertarse rodeada de un círculo de desconocidos mirándole fijamente. Los Turner, que prestaban al «distrito» la misma atención que si hubieran vivido en la luna, se habrían asombrado de haber sabido que durante años habían constituido el principal tema de conversación entre los agricultores más próximos. Incluso aquellos a quienes sólo conocían de nombre o de quienes ni siquiera habían oído hablar, chismorreaban sobre ellos con un conocimiento íntimo debido enteramente a los Slatter. Los Slatter tenían toda la culpa, pero... ¿cómo reprochárselo? Nadie cree de verdad en la malevolencia de los chismes, salvo los que han sufrido por su causa; y si se les hubiera censurado, los Slatter habrían respondido: «No hemos dicho nada más que la verdad», aunque con aquella tímida indignación que ya es de por sí una confesión de culpa. La señora Slatter tendría que haber sido una mujer extraordinaria para permanecer absolutamente imparcial y justa con Mary después de todos los desaires recibidos. Porque había realizado repetidos intentos de «sacar a Mary de su ensimismamiento», según sus propias palabras. Intuyendo su desmesurado orgullo (también ella tenía mucho), la había invitado una y otra vez a fiestas, partidos de tenis o bailes informales. Incluso después de la segunda enfermedad de Dick trató de hacer salir a Mary de su aislamiento; el médico había sido muy claro y cínico sobre el matrimonio Turner. Pero siempre llegaban aquellas escuetas notas de Mary (los Turner no se habían hecho instalar el teléfono, a diferencia de todo el mundo, a causa del gasto) que equivalían a despreciar una mano extendida. Cuando la señora Slatter se encontraba con Mary en la tienda los días de correo, siempre la invitaba, con invariable cortesía, a visitarla cuando quisiera. Y Mary replicaba muy tiesa que lo haría encantada, pero que «Dick estaba muy ocupado aquellos días». Por otra parte, hacía mucho tiempo que nadie había visto a Mary o a Dick en la estación.

«¿Qué *hacían*?», preguntaba la gente. En casa de los Slatter, todos preguntaban siempre qué *hacían* los Turner. Y la señora Slatter, cuya cordialidad y paciencia habían acabado por agotarse, estaba dispuesta a contarlo. Por ejemplo, hubo aquella vez que Mary abandonó a su marido... aunque de eso debía hacer ya sus buenos seis años. Charlie Slatter ponía su granito de arena relatando que Mary había llegado sin

sombrero y cubierta de polvo, después de andar *sola* por el veld (pese a ser una mujer), para pedirle que la acompañara a la estación. «¿Cómo iba yo a saber que había dejado a Turner? No me lo dijo; pensé que quería ir de compras y que su marido estaba demasiado ocupado. Y cuando vino Turner, medio loco de ansiedad, tuve que decirle adonde la había llevado. Ella no debió comportarse de aquel modo; no estuvo bien». A estas alturas, la historia había sido monstruosamente falseada. Mary había huido de Dick en plena noche porque éste le había cerrado la puerta con llave, y había ido a pedir dinero prestado a los Slatter para poder escapar. Dick la había ido a buscar a la mañana siguiente y prometido no volver a maltratarla jamás. Tal era la historia que recorrió el distrito, acompañada de grandes meneos de cabeza y ruidosos chasquidos de lengua. Pero cuando la gente empezó a decir que Slatter había pegado con el látigo a Turner, Charlie se enfadó; aquello era demasiado. Le gustaba Dick, aunque le despreciaba. También le inspiraba lástima. Se dedicó a aclarar el asunto, repitiendo continuamente que Dick tendría que haber dejado marchar a Mary. No habría perdido nada con ello; su huida había sido un golpe de suerte que él no supo aprovechar. Así pues, gracias a Charlie, la historia se volvió del revés: Mary fue condenada y Dick, exonerado. Pero de todo aquel interés y de todas aquellas habladurías, Dick y Mary permanecieron ignorantes, lo cual no es de extrañar, ya que durante años habían vivido encerrados en su granja.

La verdadera razón de que los Slatter, Charlie en particular, continuaran interesados por los Turner era que todavía querían la granja de Dick; más aún que en el pasado. Y, puesto que fue la intervención de Charlie lo que precipitó la tragedia, aunque no se le pueda culpar de ella, es necesario hablar de sus cultivos. Del mismo modo que la Segunda Guerra Mundial produjo los fabulosamente ricos magnates del tabaco, la Primera enriqueció a muchos agricultores gracias a la espectacular subida del precio del maíz. Hasta la Primera Guerra Mundial, Slatter fue pobre; cuando terminó, ya era rico. Y una vez que un hombre se ha hecho rico, si tiene el temperamento de un Slatter, su riqueza aumenta en progresión geométrica. Procuraba no invertir dinero en cultivos, ya que no le ofrecían garantías como inversión; con los beneficios compraba acciones mineras y no introducía en su granja más mejoras que las esenciales para que fuera rentable. Poseía doscientas hectáreas de la tierra oscura mejor y más fértil, que en otros tiempos había producido entre veinticinco y treinta sacos de maíz por cada media hectárea. Año tras año había explotado al máximo aquella tierra, hasta el punto de que ahora sólo obtenía, con suerte, diez sacos por hectárea. Nunca había pensado en abonos. Talaba los árboles (los pocos que quedaban tras el paso de las

compañías mineras) para venderlos como leña. Pero ni siquiera una granja tan rica como la suya era inagotable, y aunque ya no necesitaba ganar miles todos los años, su tierra apenas producía y le hacía falta más. Su actitud hacia la tierra era fundamentalmente la misma que la de los nativos a quienes despreciaba; trabajaba una parcela, la explotaba al máximo y pasaba a la siguiente. Y ya había agotado toda la tierra apta para el cultivo. Necesitaba con urgencia la granja de Dick porque las otras colindantes con la suya estaban ocupadas. Sabía con exactitud lo que quería hacer con ella. La granja de Dick tenía un poco de todo: cuarenta hectáreas de aquella magnífica tierra oscura, que no era estéril porque había sido cuidada: una parcela apropiada para tabaco y el resto servía para pasto.

Era el pasto lo que más interesaba a Charlie; no creía en mimar al ganado alimentándolo en invierno. Lo soltaba para que se buscara él mismo el sustento, lo cual estaba muy bien cuando la hierba era buena, pero tenía mucho ganado y los pastos eran exiguos y de mala calidad. Dick representaba, pues, la solución. Hacía años que Charlie elaboraba planes para cuando Dick se arruinara. Sin embargo, Dick se obstinaba en no arruinarse del todo. «¿Cómo lo *hace*?», preguntaban todos con irritación, porque sabían que nunca obtenía beneficios, que siempre tenía malas cosechas y que no pagaba sus deudas. «Porque viven como cerdos y jamás compran nada», contestaba con aspereza la señora Slatter a quien, a estas alturas, ya no importaba en absoluto lo que pudiera ser de Mary.

Quizá no se habrían indignado ni irritado tanto si Dick hubiera sido consciente de su fracaso. Si hubiera acudido a Charlie en busca de consejo, confesando la propia incapacidad, el asunto habría cambiado. Pero no lo hizo. Continuó con su granja y sus deudas y no prestó la menor atención a Charlie. Un día se le ocurrió a éste que no veía a Dick desde hacía más de un año. «¡Cómo vuela el tiempo!», exclamó la señora Slatter cuando su marido se lo comentó; pero, después de calcularlo, cayeron en la cuenta de que hacía casi dos años; el tiempo, en una granja, tiende a pasar desapercibido. Charlie cogió el coche y visitó a los Turner aquella misma tarde. Se sentía un poco culpable; siempre se había considerado el mentor de Dick en su calidad de hombre con mucha más experiencia y mayores conocimientos. Se sentía responsable de Dick, a quien había vigilado desde el primer día en que empezó a cultivar su tierra. Mientras conducía, se mantenía atento a cualquier indicio de abandono, pero las cosas no parecían estar mejor ni peor. Había cortafuegos a todo lo largo de los límites, pero sólo podían proteger a la granja de un fuego localizado y de avance lento, no de un gran incendio con el viento a su favor. Los establos de las vacas, aunque no podían llamarse ruinosos, habían sido apuntalados con postes y los techos de paja tenían remiendos;

parecían medias zurcidas, con la hierba de diferentes colores y trozos nuevos que llegaban hasta el suelo en desordenadas gavillas. Los caminos necesitaban cunetas; se hallaban en un estado deplorable. La gran plantación de árboles gemíferos que lindaba con la carretera tenía una esquina quemada por un fuego del veld; los árboles aparecían pálidos y espectrales a la fuerte luz amarillenta de la tarde, con las hojas lacias y rígidas y los troncos chamuscados y ennegrecidos.

Todo estaba igual que siempre; destartalado, pero no exactamente en ruinas.

Encontró a Dick sentado sobre una gran piedra junto a los graneros de tabaco, que ahora se usaban como almacén, vigilando a los peones mientras colocaban la cosecha anual de maíz fuera del alcance de las hormigas, en planchas de hierro apoyadas sobre ladrillos. Dick llevaba su gran sombrero de alas flexibles casi sobre la cara y tenía que levantar mucho la cabeza para ver a Charlie, que, a su lado, observaba la marcha de la operación con los ojos entornados, fijándose en que los sacos que contenían el maíz estaban tan viejos y podridos que seguramente no durarían hasta el fin de la estación.

—¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó Dick con su habitual cortesía, un poco cauta. Pero su voz sonó insegura, como si apenas la usara, y sus ojos, que miraban, entornados, desde la sombra del sombrero, revelaban inquietud y ansiedad.

—Nada —respondió bruscamente Charlie, lanzándole una lenta ojeada de irritación—. Sólo he vertido a saber cómo le va. Hace meses que no nos vemos.

No hubo ninguna respuesta. Los nativos ya terminaban el trabajo. El sol se había puesto, dejando una estela roja sobre las colinas, y el crepúsculo avanzaba por los campos desde los bordes de los chaparrales. Las chozas de los peones, visibles entre los árboles a unos centenares de metros como un grupo de formas cónicas, humeaban ligeramente y detrás de los oscuros troncos ardía un pequeño rescoldo de fuego. Alguien tocaba un tambor; el monótono tam-tam anunciaba el final de la jornada. Los peones se echaban las deshilachadas chaquetas a los hombros y se alejaban por el borde de los campos.

—Bueno —dijo Dick, levantándose con un movimiento rígido y doloroso—, ya ha pasado otro día.

Le sacudió un estremecimiento. Charlie le examinó con atención: manos grandes y trémulas, delgadas como husos; hombros estrechos y encogidos que se movían con un ligero temblor. Y hacía un calor sofocante; la tierra despedía tórridas vaharadas y el resplandor rojizo del cielo caldeaba el aire.

—¿Tiene fiebre? —inquirió.

—No, no creo. La sangre se aclara con el paso de los años.

—A usted le aqueja algo más que eso —replicó Charlie, que parecía hallar cierto placer personal en el hecho de que Dick tuviera fiebre. Sin embargo, le miró con expresión cordial y mantuvo vuelto hacia él el rostro grande y mal afeitado, de facciones pequeñas y chatas—. ¿Tiene fiebre a menudo? ¿Desde que le traje al matasanos?

—Sí, últimamente me siento febril con bastante frecuencia —respondió Dick—. Al menos una vez al año y el pasado la tuve dos veces.

—¿Su esposa le cuida?

En el semblante de Dick apareció una expresión preocupada.

—Sí —contestó.

—¿Cómo se encuentra?

—Más o menos igual.

—¿Ha estado enferma?

—No, enferma no, pero no se encuentra demasiado bien. Parece nerviosa y agotada. Ha pasado demasiado tiempo en la granja. —Y en seguida, como si no pudiera callarlo ni un momento más—: Estoy terriblemente preocupado por ella.

—Pero, ¿qué le ocurre?

Charlie hablaba con voz neutral, pero sin apartar la mirada del rostro de Dick. Los dos hombres seguían a la sombra de la alta silueta del granero; un olor húmedo y dulzón salía por la puerta abierta: el olor del maíz recién molido. Dick cerró la puerta, colgada a medias de los goznes, levantándola con el hombro y luego dejó caer la aldaba. En la pestaña triangular de la aldaba había un tornillo clavado; un hombre fuerte habría podido arrancarla con facilidad.

—¿Sube a la casa? —preguntó a Charlie, que asintió y preguntó a su vez:

—¿Dónde está su coche?

—Oh, ahora voy andando.

—¿Lo ha vendido?

—Sí. Costaba demasiado de mantener. Cuando necesito algo, envío la carreta a la estación.

Subieron al enorme automóvil de Charlie, que se tambaleaba y daba tumbos por los estrechos caminos llenos de baches. Ahora que Dick no tenía automóvil, la hierba volvía a crecer en ellos.

Entre el altozano cubierto de árboles donde se encontraba la casa y el lugar donde se levantaban los graneros, rodeados de chaparrales, se veían tierras que no habían sido cultivadas. Daba la impresión de que se habían dejado en barbecho, pero Charlie, mirándolas con atención a la luz del crepúsculo, distinguió entre la hierba y los arbustos algunos delgados tallos de maíz. Al principio pensó que las semillas habían ido a parar allí por casualidad, pero parecían plantadas a intervalos regulares.

—¿Qué es aquello? —preguntó—. ¿Una idea nueva?

—He experimentado con una idea americana.

—¿De qué se trata?

—El tipo dijo que no es necesario arar ni cultivar. La idea es plantar el grano entre la vegetación natural y dejar que crezca.

—No salió bien, ¿eh?

—No —respondió Dick con voz átona—. No me molesté en recolectarlo, pensé que lo mejor era dejarlo ahí para que hiciera algún bien a la tierra... —Su voz se perdió en el vacío.

—Un experimento —repitió Charlie. Era significativo que no estuviera exasperado ni furioso. Parecía indiferente y, sin embargo, miraba de vez en cuando a Dick con curiosidad y cierta desazón. Éste tenía el semblante crispado—. ¿Qué me decía acerca de su esposa?

—Que no está bien.

—Ya, pero, ¿qué tiene?

Dick tardó en contestar. Dejaron el vlei, donde el resplandor dorado del atardecer persistía en las hojas, para adentrarse en los chaparrales, donde reinaba una penumbra densa. El gran automóvil trepaba por la colina, que era empinada, con el capó apuntando al cielo.

—No lo sé —contestó Dick al fin—. Ha cambiado últimamente. A veces creo que está mucho mejor. Con las mujeres nunca se sabe. Pero no es la misma.

—¿En qué aspecto? —insistió Charlie.

—Bueno, por ejemplo, cuando llegó a la granja tenía más vida. Ahora nada parece importarle, nada en absoluto. Se sienta y permanece inactiva; ya no se dedica a criar pollos ni nada por el estilo. Ya sabe que antes ganaba una cantidad mensual con sus gallinas. Y tampoco le importa lo que hace el *boy* en la casa. Antes me volvía loco con sus constantes reprimendas; no hacía más que reñirlos. Ya sabe cómo se vuelven las mujeres cuando han estado demasiado tiempo en una granja. Pierden el control.

—Ninguna mujer sabe tratar a los negros —convino Charlie.

—Pues ahora esto me preocupa —confesó Dick, riendo con tristeza—. Me gustaría que volviera a reñirle.

—Escuche, Turner —dijo Charlie de repente—. ¿Por qué no deja este asunto y se marcha de aquí? El lugar no le sienta bien a usted ni a su esposa.

—Oh, vamos tirando.

—Está enfermo, muchacho.

—Me encuentro muy bien.

Se detuvieron delante de la casa. Dentro había una luz encendida, pero Mary no apareció. Se encendió otra luz en el dormitorio y Dick fijó los ojos en ella.

—Se ha ido a cambiar de vestido —observó, visiblemente complacido—. Hace mucho tiempo que no nos visitaba nadie.

—¿Por qué no me la vende? Le pagaré un buen precio.

—¿Y a dónde iba a ir? —preguntó Dick, asombrado.

—A la ciudad. Deje la tierra; no sirve para ella. Consiga un empleo fijo en cualquier parte.

—Aquí me defiendo —dijo Dick, resentido.

En la veranda, a contraluz, apareció la delgada silueta de una mujer. Los dos hombres se apearon del coche y fueron hacia ella.

—Buenas tardes, señora Turner.

—Buenas tardes —contestó Mary.

Charlie la examinó con atención cuando estuvieron dentro de la habitación iluminada, con más atención de la normal porque le chocó su modo de decir «Buenas tardes». Ella permaneció quieta y vacilante frente a él; una mujer flaca y reseca, de cabellos desteñidos por el sol, que le caían en desorden a ambos lados del rostro demacrado, con el resto recogido en la coronilla por una cinta azul. El cuello delgado y amarillento sobresalía de un vestido que al parecer acababa de ponerse, de algodón color fresa con volantes; y de sus orejas colgaban unos pendientes largos y rojos como confites que oscilaban y le golpeaban el cuello con breves sacudidas. Sus ojos azules, que en otro tiempo proclamaran a quienquiera que se tomara la molestia de mirarlos, que Mary Turner no era realmente «tiesa», sino tímida, orgullosa y sensible, brillaban con una luz nueva.

—¡Vaya, buenas tardes! —exclamó con voz de adolescente—. Señor Slatter, hacía mucho tiempo que no teníamos el placer de verle. —Y se echó a reír, encogiendo un hombro en una horrible parodia de la coquetería.

Dick desvió la mirada, sufriendo, y Charlie la miró fijamente, con grosería, hasta que por fin ella se ruborizó y volvió la cabeza.

—No gustamos al señor Slatter —informó a Dick en tono frívolo —; de lo contrario, nos visitaría más a menudo.

Se sentó en un extremo del viejo sofá, que ya era una masa informe de concavidades y protuberancias, cubierto por una descolorida tela azul.

Charlie, con los ojos fijos en aquella tapicería, preguntó:

—¿Cómo va la tienda?

—La cerramos porque no era rentable —respondió Dick con brusquedad—. Poco a poco vamos consumiendo las existencias.

Charlie miró los pendientes de Mary y la tapicería del sofá, que era de la tela que se vendía siempre a los nativos, azul, con un estampado de mal gusto, que ya es una tradición en Sudáfrica, tan propia de las «tiendas cafres» que Charlie se escandalizó al verla en casa de un blanco. Miró a su alrededor con el ceño fruncido. Las

cortinas estaban rotas; el cristal de una ventana tenía una grieta tapada con papel; otro cristal estaba resquebrajado, pero ya no tenía ningún remiendo; el descuido y el deterioro de la habitación eran indescriptibles. En cambio, por doquier se veían trozos de género de la tienda, mal confeccionados, cubriendo el respaldo de una silla o envolviendo el cojín de un asiento. Charlie podría haber pensado que aquella pequeña prueba del deseo de guardar las apariencias era una buena señal, pero había perdido todo su tosco y a veces brutal buen humor y estaba silencioso y ceñudo.

—¿Quiere quedarse a cenar? —preguntó al fin Dick.

—No, gracias —contestó Charlie, pero en seguida la curiosidad le hizo cambiar de opinión—. Sí, me quedaré.

Sin darse cuenta, los dos hombres hablaban como si estuvieran en presencia de una inválida; pero Mary se puso en pie de un salto y gritó desde el umbral:

—¡Moses! ¡Moses!

Entonces, como el nativo no aparecía, se volvió y les sonrió como una tímida anfitriona:

—Perdóneme, ya sabe cómo son estos *boys.*

Salió. Los dos hombres guardaron silencio. Dick tenía el rostro vuelto y Charlie, que nunca se había convencido de la necesidad del tacto, le miraba con fijeza, como tratando de obligarle a ofrecer alguna explicación de los hechos.

La cena, servida por Moses, consistió en una bandeja con té, un poco de pan y mantequilla rancia y un trozo de carne fría. Ni una sola pieza de la vajilla estaba entera y Charlie notó grasa en el cuchillo que sostenía en la mano. Comió con repugnancia, sin esforzarse por ocultarlo, mientras Dick guardaba silencio y Mary hacía observaciones bruscas e incoherentes sobre el tiempo con una terrible afectación, agitando los pendientes, retorciendo los delgados hombros y mirando a Charlie con coquetería.

Charlie no reaccionaba a todo aquello, diciendo sólo: «Sí, señora Turner», «No, señora Turner» y mirándola fríamente, con ojos llenos de antipatía y desprecio.

Cuando el nativo fue a levantar la mesa ocurrió un incidente que le hizo apretar los dientes y palidecer de ira. Hablaban ante los sórdidos restos de la cena mientras el *boy* se movía en torno a la mesa, recogiendo con desgana los platos. Charlie no se había fijado siquiera en él y entonces Mary preguntó:

—¿Le apetece un poco de fruta, señor Slatter? Moses, trae las naranjas, ya sabes donde están.

Charlie alzó la vista, moviendo lentamente las mandíbulas para masticar la comida que tenía en la boca, para mirarla con ojos brillantes y atentos; le había chocado el tono de la voz de Mary al

hablar al nativo; era la misma entonación coqueta con que hablaba al dirigirse a él.

El nativo replicó con indiferente grosería:

—Naranjas acabarse.

—Sé que no se han acabado. Quedaban dos. Lo sé *seguro*. —Mary miraba al *boy* con ojos suplicantes, en tono casi confidencial.

—Naranjas acabarse —repitió el *boy* con la misma voz indiferente, pero con cierto matiz de satisfacción, de poder consciente que dejó pasmado a Charlie. Literalmente, se había quedado sin habla. Miró a Dick, que tenía la vista fija en sus manos; era imposible saber qué pensaba o si se había dado cuenta de algo. Miró a Mary: su piel arrugada y amarillenta mostraba un feo rubor bajo los ojos y la expresión del semblante era sin duda alguna de temor. Parecía haber comprendido que Charlie había notado algo, pues no dejaba de lanzarle miraditas culpables mientras sonreía.

—¿Cuánto tiempo hace que tienen a este *boy*? —inquirió por fin Charlie, indicando a Moses con la cabeza; éste, de pie en el umbral, sosteniendo la bandeja, escuchaba sin disimulo. Mary miró a Dick, sin saber qué contestar, y Dick respondió con voz átona:

—Unos cuatro años, me imagino.

—¿Por qué lo conservan?

—Es un buen muchacho —contestó Mary, meneando la cabeza— y trabaja bien.

—Pues no lo parece —replicó Charlie con brusquedad, desafiándola con la mirada. Pero ella la esquivó, inquieta, con un destello de secreta satisfacción en los ojos que enfureció a Charlie.

—¿Por qué no se deshace de él? ¿Por qué permite que le hable de este modo?

Mary no respondió. Había vuelto la cabeza y miraba por encima del hombro hacia el umbral donde Moses seguía escuchando; y en su rostro se leía una absorción tan extraña que Charlie gritó de repente al nativo:

—Vete de aquí. Sigue con tu trabajo.

El robusto nativo desapareció, obedeciendo la orden al instante. Y entonces reinó el silencio. Charlie esperaba oír de labios de Dick algo que demostrara que no se había inhibido del todo, pero éste mantenía la cabeza baja y su semblante revelaba un sufrimiento mudo. Por fin Charlie apeló directamente a él, haciendo caso omiso de Mary, como si no estuviera presente.

—Despida a ese *boy* —dijo—. Despídalo, Turner.

—A Mary le gusta —fue la lenta y blanda respuesta.

—Salgamos afuera. Quiero hablarle.

Dick levantó la cabeza y miró a Charlie con resentimiento; detestaba ser obligado a fijarse en algo que prefería ignorar. Pero

obedeció, se puso en pie y siguió a Charlie. Los dos hombres bajaron los peldaños de la veranda y caminaron hasta la sombra de los árboles.

—Tienen que marcharse de aquí —dijo escuetamente Charlie.

—¿Cómo hacerlo? —preguntó Dick con apatía—. ¿Cómo puedo marcharme si aún tengo deudas? —Y en seguida, como si sólo fuera una cuestión de dinero, añadió—: Conozco a otros que no se preocupan por ello. Conozco a muchos granjeros que están en mi misma situación y que compran coches y se van de vacaciones. Pero yo no puedo hacerlo, Charlie. No soy así.

—Le compraré la granja y puede quedarse para dirigirla, Turner —propuso Charlie—. Pero antes tiene que tomarse unas vacaciones, por lo menos de seis meses. Tiene que sacar de aquí a su mujer.

Habló como si no admitiera la posibilidad de una negativa; estaba tan impresionado que había olvidado su propio interés. No le movía siquiera un sentimiento de piedad hacia Dick. Simplemente obedecía el dictado de la primera ley de los blancos en Sudáfrica: «No dejarás que tus iguales los blancos desciendan más allá de cierto nivel; porque, si lo haces, el negro pensará que no sois mejores que él». La emoción más fuerte de una sociedad fuertemente organizada hablaba en su voz y con ella venció la resistencia de Dick, porque, después de todo, había pasado en el país toda su vida, estaba minado por la vergüenza y sabía lo que se esperaba de él y que había fracasado. Pero no podía aceptar el ultimátum de Charlie. Sentía que éste le estaba pidiendo que renunciara a la propia vida, que para él era la granja y su propiedad.

—Compraré el lugar tal como está y le daré lo suficiente para que pague sus deudas. Contrataré a alguien que lo dirija hasta que usted regrese de la costa. Tiene que estar fuera por lo menos seis meses, Turner. No importa adonde vaya; me ocuparé de que le llegue el dinero. No puede continuar así, es algo que no admite discusión.

Pero Dick no cedió con tanta facilidad, luchó durante cuatro horas. Durante cuatro horas debatieron el tema, andando arriba y abajo a la sombra de los árboles.

Charlie se fue sin volver a entrar en la casa y Dick regresó a ella a paso lento, casi tambaleándose, como si hubiera perdido toda su vitalidad. Ya no sería dueño de la granja, sino que estaría a las órdenes de otro hombre. Mary seguía sentada en un extremo del sofá; ya no quedaba rastro de la actitud que había asumido en presencia de Charlie para guardar las apariencias y causar una buena impresión. No miró a Dick cuando éste entró en la sala; a veces pasaba días enteros sin hablarle. Era como si no existiera para ella; parecía estar muy lejos, inmersa en un sueño profundo y misterioso. Sólo se animaba y sólo se fijaba en lo que hacía cuando el nativo entraba en la

habitación para realizar alguna tarea. Entonces no le quitaba los ojos de encima. Pero Dick no sabía qué significaba aquello ni quería saberlo; ya no tenía fuerzas para abordar aquel tema.

Charlie Slatter no perdió tiempo. Recorrió todas las granjas del distrito, buscando a alguien que quisiera hacerse cargo de la granja de los Turner durante unos meses. No daba explicaciones; era muy reticente; sólo decía que estaba ayudando a Turner a llevarse a su esposa una temporada. Por fin le hablaron de un muchacho recién llegado de Inglaterra que buscaba trabajo. A Charlie no le preocupaba la identidad del sujeto; cualquiera serviría; el asunto era demasiado urgente. Viajó él mismo a la ciudad para encontrarle. El muchacho no le impresionó en ningún aspecto, era el tipo corriente de inglés educado y lacónico que hablaba con afectación, como si tuviera la boca llena de perlas. Hizo con él el viaje de vuelta y le dijo muy pocas cosas porque no sabía qué decirle. Convinieron en que se haría cargo de la granja inmediatamente, dentro de una semana, con objeto de que los Turner pudieran irse a la costa; Charlie se encargaría del dinero y le diría cuál debía ser su trabajo en la granja; tal era el plan. Pero cuando visitó a Dick para decírselo, se encontró con que, si bien éste ya estaba reconciliado con la idea de marcharse, no podía decidirse a partir de forma tan inmediata.

Charlie, Dick y el muchacho, Tony Marston, estaban en medio de un campo; Charlie, acalorado, colérico e impaciente (porque no soportaba ver frustrados sus planes), Dick, triste y obstinado y Marston, sensible a la situación e intentando pasar desapercibido.

—Maldita sea, Charlie, ¿por qué echarme de una patada? ¡He vivido aquí quince años!

—Por el amor de Dios, hombre, nadie le echa de una patada. Pero quiero que se marche antes de que... debe marcharse cuanto antes. Usted mismo tendría que darse cuenta de ello.

—¡Quince años! —repitió Dick, con el rostro moreno y delgado encendido por la excitación—. ¡Quince años!

Se agachó, cogió sin saber lo que hacía un puñado de tierra y la sostuvo en la mano como si proclamara que le pertenecía. Fue un gesto absurdo y en el rostro de Charlie apareció una sonrisa burlona.

—Pero, Turner, no se va para siempre.

—Ya no será mía —dijo Dick con voz entrecortada. Dio media vuelta, sin abrir el puño lleno de tierra. Tony Marston se apartó, fingiendo inspeccionar el estado del campo; no quería ser testigo inoportuno de aquella pesadumbre. Charlie, que carecía de semejantes escrúpulos, miró con impaciencia el semblante crispado de Dick, aunque no sin cierto respeto, inspirado por la emoción que era incapaz de comprender. Orgullo de posesión, sí, aquello lo entendía, pero no aquel apego apasionado a la tierra como tal. No lo

comprendía, pero suavizó la voz.

—Será como si lo fuera. No tocaré su granja. Cuando vuelva, puede seguir haciendo lo que quiera con ella. —Habló con su habitual jovialidad un poco ruda.

—Una limosna —murmuró Dick con voz remota y afligida.

—No es una limosna. La compro para hacer un negocio, porque necesito los pastos. Uniré mi ganado al suyo y usted puede seguir cultivando lo que quiera.

Sin embargo, pensaba que en efecto era una limosna e incluso estaba asombrado de sí mismo por aquella rotunda traición a sus principios comerciales. En las mentes de los tres hombres, la palabra «caridad» campeaba en letras negras, oscureciendo todo lo demás. Y todos se equivocaban. Era un acto de conservación instintivo. Charlie luchaba para evitar que se añadiera otro recluta al creciente ejército de blancos pobres, que escandalizan más a los blancos respetables (aunque no sean patéticos, porque se les odia y desprecia más que compadece por su traición a las normas de los blancos) que todos los millones de negros hacinados en los suburbios o en las exiguas reservas de su propio país.

Por último, después de muchas discusiones, Dick, accedió a marcharse a final de mes, cuando hubiera enseñado a Tony cómo quería que se hicieran las cosas en «sus» tierras. Charlie hizo una pequeña trampa y reservó los billetes de tren para dentro de tres semanas. Tony volvió a la casa con Dick, agradablemente sorprendido de haber encontrado trabajo a los dos meses de haber llegado al país. Le asignaron una choza de techumbre de paja y paredes de barro que se levantaba en la parte trasera de la casa. Había servido de almacén, pero ahora estaba vacía. El suelo continuaba salpicado de granos de maíz que habían escapado a la escoba; en las paredes se veían túneles hormigueros de finos gránulos rojos a los que no había llegado el cepillo. Charlie suministró una cama de hierro y el restante mobiliario era un armario hecho con cajas cubiertas por una cortina de aquella fea tela azul de los nativos y un espejo sobre una palangana que descansaba encima de una caja de embalaje. Nada de aquello preocupaba a Tony en lo más mínimo. Se hallaba en un exaltado estado de ánimo, en plena efervescencia romántica, y detalles como mala comida o colchones incómodos no le importaban en absoluto. Las incomodidades que le hubieran chocado en su propio país se le antojaban allí emocionantes indicaciones de una diferente escala de valores.

Tenía veinte años. Su educación había sido buena y convencional y su única perspectiva de futuro, un empleo en la fábrica de su tío. Estar sentado en una oficina no era su idea de la vida y había elegido Sudáfrica como su hogar porque un primo lejano había ganado cinco

mil libras el año pasado cultivando tabaco. Se proponía hacer lo mismo, o una versión mejorada, si podía, pero entretanto tenía que aprender. Lo único que no le gustaba de aquella granja era que no tenía campos de tabaco, pero seis meses a cargo de una variedad de cultivos serían una buena experiencia para él. Le inspiraba lástima Dick Turner, porque era a todas luces muy desgraciado, pero incluso esta tragedia le parecía romántica; la veía de una forma impersonal, como un síntoma de la creciente capitalización de la agricultura en todo el mundo, una de cuyas consecuencias sería la desaparición de los pequeños agricultores en beneficio de los grandes. (Como él se proponía ser uno de estos últimos, la tendencia no le inquietaba). Como aún no se había ganado nunca la vida, pensaba enteramente en abstracto. Por ejemplo, tenía las ideas «progresivas» convencionales sobre la discriminación racial, el progresismo superficial del idealista que rara vez sobrevive a un conflicto en el que juegue el propio interés. Había traído consigo una caja llena de libros, que amontonó en torno a la pared circular de su choza; libros sobre la cuestión del color, sobre Rhodes y Kruger, sobre agricultura, sobre la historia del oro. Pero una semana después cogió uno de ellos y encontró el lomo devorado por las hormigas blancas, así que volvió a meterlos en la caja y no los miró más. Un hombre no puede trabajar doce horas al día y estar después lo bastante fresco para el estudio.

Comía con los Turner y se esperaba de él que en un mes acumulara los conocimientos suficientes para mantener el lugar en funcionamiento hasta el regreso de Dick. Pasaba todo el día con éste en los campos, levantándose a las cinco y acostándose a las ocho. Se interesaba por todo, estaba bien informado, era ingenuo, alegre, en suma, un compañero encantador. O tal vez Dick le habría calificado como tal de haberle conocido diez años antes. En su situación actual, no era *capaz* de reaccionar a nada y cuando Tony se embarcaba en una plácida discusión sobre el entrecruzamiento de razas, por ejemplo, o los efectos de la discriminación racial en la industria, se daba cuenta en seguida de que Dick tenía la mirada fija, perdida en el vacío. En presencia de Tony, lo único que importaba a Dick era pasar aquellos últimos días sin perder del todo la propia dignidad desmoronándose y negándose a marcharse. Y sabía que debía marcharse. No obstante, sus sentimientos eran tan violentos, se sentía tan desgraciado, que a veces tenía que reprimir dementes impulsos de prender fuego a la alta hierba y contemplar cómo las llamas destruían el veld que conocía hasta el punto de que cada mata, cada árbol era un amigo personal; o de derribar la casita que había construido con sus propias manos y en la que había vivido tanto tiempo. El hecho de que otra persona diese órdenes allí, cultivase su tierra y quizá destruyera su trabajo le parecía una violación.

En cuanto a Mary, Tony apenas la veía. Sentía inquietud cuando tenía tiempo de pensar en aquella mujer extraña, silenciosa y reseca que parecía haberse olvidado de hablar. De pronto daba muestras de comprender que debía hacer un esfuerzo y su conducta se volvía aún más extraña y torpe. Hablaba unos momentos con una animación grotesca que impresionaba a Tony y le llenaba de turbación. Sus movimientos no guardaban relación con sus palabras. Interrumpía de improviso una de las lentas y pacientes explicaciones de Dick sobre un arado o un buey enfermo con una observación cualquiera sobre la comida (que Tony encontraba repugnante) o sobre el calor en aquella época del año. «Me gusta tanto la llegada de las lluvias», decía con una risita y se sumía de nuevo en uno de sus estériles silencios. Tony empezó a pensar que no estaba del todo cuerda. Sin embargo, comprendía que la pareja había pasado muchas privaciones y, en cualquier caso, vivir allí solos durante tanto tiempo era motivo más que suficiente para volver extraño a cualquiera.

El calor que hacía en la casa era tan grande, que no podía comprender cómo ella lo había resistido. Siendo un recién llegado, el calor le afectaba mucho, pero se alegraba cuando salía de aquel horno de tejado de hojalata donde el aire parecía coagularse en capas de calor pegajoso. Aunque su interés por Mary era limitado, se le ocurrió pensar que se iba de vacaciones por primera vez en muchos años y que sería lógico ver en ella algunos síntomas de entusiasmo. Sin embargo, que él supiera, no hacía el menor preparativo para la marcha y ni siquiera la mencionaba. Aunque pensándolo bien, tampoco Dick hablaba de ella.

Una semana antes del día fijado para la partida, Dick preguntó a Mary durante el almuerzo:

—¿Y si hicieras el equipaje?

Ella asintió, después de hacerse repetir la pregunta dos veces, pero no contestó nada.

—Tienes que hacer las maletas, Mary —insistió Dick con la voz tranquila y desanimada con que siempre se dirigía a ella. Pero cuando él y Tony volvieron por la noche, no había hecho nada. Una vez quedó despejada la mesa de los platos de la grasienta cena, Dick bajó las cajas y empezó a llenarlas. Al verle, ella le ayudó, pero antes de que pasara media hora ya le había dejado solo en el dormitorio y había ido a sentarse en el sofá.

«Una crisis nerviosa grave», diagnosticó Tony, que en aquel momento se iba a la cama. Tenía la clase de mente que encuentra alivio en dar un nombre a las cosas; la frase era una apología de Mary, que la absolvía de toda crítica. Una «crisis nerviosa grave» era algo que podía tener cualquier persona; de hecho, la mayoría la padecía en uno u otro momento de su vida. La noche siguiente, Dick continuó

haciendo el equipaje hasta que todo estuvo listo.

—Cómprate un poco de tela y hazte algunos vestidos —dijo a Mary con timidez, porque se había dado cuenta al recoger sus cosas que no tenía, literalmente, «nada que ponerse». Ella asintió y sacó de un cajón unos metros de algodón floreado procedente de las existencias de la tienda. Empezó a cortarlo y de pronto se inmovilizó, inclinada sobre el género, silenciosa, hasta que Dick la tocó en el hombro para que se despertara y fuera con él a acostarse. Tony, que presenció la escena, sintió lástima de los dos. Había llegado a sentir mucho afecto por Dick; sus sentimientos hacia él eran sinceros y personales. En cuanto a Mary, le inspiraba piedad; ¿qué podía decirse de una mujer que estaba siempre ausente? «Un caso para un psicólogo», pensó, intentando tranquilizarse. En realidad, tampoco a Dick le sentaría mal un tratamiento. El pobre hombre estaba destrozado, temblaba continuamente y tenía el rostro tan demacrado que la estructura ósea se transparentaba bajo la piel. Ya no podía trabajar, pero insistía en pasar todas las horas de luz en los campos y a duras penas consentía en abandonarlos cuando oscurecía. Tony tenía que llevárselo a la fuerza, su tarea era ya casi la de un enfermero y estaba deseando que llegara el momento de la marcha de los Turner.

Tres días antes de que se fueran, Tony pidió permiso para quedarse en la choza aquella tarde porque no se encontraba muy bien. Un poco de insolación, quizás; le dolía mucho la cabeza y también los ojos y sentía náuseas en la boca del estómago. No fue a comer a la casa, permaneciendo acostado en la choza que, pese a ser caliente, se antojaba fresca en comparación con el horno que era la casa. A las cuatro de la tarde se despertó de un sueño intranquilo, muy sediento. La botella de whisky, que solía estar llena de agua potable, se hallaba vacía; el *boy* había olvidado llenarla de nuevo. Tony salió al resplandor amarillento del exterior y se dirigió a la casa en busca de agua. La puerta trasera estaba abierta y entró sin hacer ruido, temeroso de despertar a Mary, de quien sabía que hacía la siesta todas las tardes. Cogió un vaso de un estante, lo secó con cuidado y fue a la sala a buscar el agua. Sobre la repisa que servía de aparador había un filtro de barro vidriado. Tony levantó la tapa y miró hacia dentro: el filtro estaba lleno de lodo amarillento, pero el agua salía clara del pequeño grifo, aunque sabía a humedad y estaba tibia. Bebió dos vasos y, después de llenar su botella, se volvió para irse. La cortina que separaba la sala del dormitorio estaba descorrida y podía verse el interior. La sorpresa le inmovilizó. Mary se hallaba sentada sobre una caja de velas invertida ante un espejo clavado en la pared. Vestía unas enaguas de color rosa bastante subido que contrastaba con el tono amarillo de los hombros huesudos. A su lado estaba Moses y, mientras Tony les observaba, ella se levantó y estiró los brazos para que el

nativo le pusiera el vestido desde atrás. Entonces volvió a sentarse y se ahuecó el cabello de la nuca con ambas manos, con el ademán de una mujer hermosa enamorada de su belleza. Moses le abrochaba el vestido y ella miraba hacia el espejo. La actitud del nativo era la de una indulgente complacencia. Cuando hubo terminado de abrocharla, se apartó y contempló a Mary, que se cepillaba el cabello.

—Gracias, Moses —dijo en voz alta y mandona. Entonces dio media vuelta y añadió en tono íntimo—: será mejor que te vayas ahora. El amo no tardará en llegar.

El nativo salió del dormitorio y vio al hombre blanco mirándole con fijeza e incredulidad, vaciló un momento y continuó su camino, pasando por delante de él con pies silenciosos pero con una mirada feroz y malévola. La malevolencia era tan fuerte, que Tony sintió un temor momentáneo. Se sentó en una silla en cuanto el nativo hubo salido, se secó la cara, empapada en sudor, y agitó la cabeza para despejarse, porque sus pensamientos eran conflictivos. Había estado en el país el tiempo suficiente para escandalizarse, pero al mismo tiempo sus tendencias «progresistas» experimentaban una deliciosa gratificación ante aquella prueba de la hipocresía de la clase dirigente. Porque en un país donde aparecen entre los nativos numerosos niños de color en torno a un hombre blanco solitario, la hipocresía, tal como la definía Tony, había sido lo primero que le impresionó a su llegada. Sin embargo, había leído lo suficiente sobre psicología para comprender el aspecto sexual de la discriminación racial, una de cuyas bases son los celos del hombre blanco de la superior potencia sexual del nativo; y le sorprendió ver la facilidad con que el objeto de aquellos celos, la mujer blanca, evadía aquella barrera. Sin embargo, durante la travesía había conocido a un médico con años de experiencia en un distrito del país, que le confió que le sorprendía saber el número de mujeres blancas que mantenían relaciones con negros. Tony pensó entonces que realmente le sorprendería; lo consideraba algo parecido a tener relaciones con un animal, a pesar de sus ideas «progresistas».

Pero de repente olvidó todas aquellas consideraciones y pensó en la simple realidad de Mary, aquella pobre mujer atormentada que se debatía claramente en las últimas fases de una crisis nerviosa y que en aquel mismo momento salía del dormitorio con una mano todavía arreglándose el cabello. Y a la vista de aquel rostro radiante e inocente, aunque animado por una expresión vacía y medio idiotizada, tuvo la sensación de que todas sus sospechas eran absurdas.

Al verle, ella se detuvo en seco y le miró llena de miedo, pero un momento después la mueca atormentada se tornó blanda e indiferente. Tony no pudo comprender aquel cambio repentino, pero dijo con voz entre tímida y jocosa:

—Hubo una vez una emperatriz en Rusia que despreciaba tanto a sus esclavos como seres humanos que solía desnudarse delante de ellos.

Tony prefería ver la cuestión desde aquel punto de vista, ya que el otro era demasiado difícil para él.

—¿Ah, sí? —contestó ella por fin, incrédula y un poco perpleja.

—¿La viste y desnuda siempre este nativo? —preguntó él.

Mary levantó la cabeza con brusquedad y en sus ojos apareció una expresión taimada.

—Tiene muy pocas cosas que hacer —dijo, tirando la cabeza hacia atrás—. Ha de ganarse el sueldo.

—No es corriente en este país, ¿verdad? —inquirió él con voz lenta, desde el abismo de su total estupefacción. Y comprendió, mientras hablaba, que las palabras «este país», que son como una llamada a la solidaridad para la mayoría de blancos, no significaban nada para ella. Para ella sólo existía la granja; no, ni siquiera aquello, sólo existía la casa y todo lo que contenía. Y Tony empezó a comprender con horrorizada piedad la indiferencia total que sentía hacia Dick; había eliminado todo aquello que estaba en conflicto con sus acciones, que fuera susceptible de revivir el código en cuyo respeto había sido educada.

Mary exclamó de repente:

—Dijeron que no estaba hecha de este modo, hecha de este modo, hecha de este modo. —Parecía un disco rayado.

—¿Hecha de qué modo? —preguntó él, perplejo.

—De *este* modo.

La frase fue furtiva, irónica y, al mismo tiempo, triunfante. «¡Dios mío, esta mujer está loca de remate!», exclamó él para sus adentros. Pero en seguida pensó: «O quizá no. No puede estar loca; no se comporta como tal. Se comporta simplemente como si viviera en un mundo aislado en el que no rigieran más normas que las suyas propias. Ha olvidado cómo son los de su especie. Pero, por otra parte, ¿qué es la locura sino un refugio, un apartamiento del mundo?»

Así razonaba el perplejo y aturdido Tony, sentado junto al filtro del agua, sosteniendo todavía la botella y el vaso y mirando con inquietud a Mary, que empezó a hablar con una voz triste y serena que le obligó a cambiar otra vez de opinión y a pensar que no estaba loca, por lo menos, no en aquel momento.

—Hace mucho tiempo que vine aquí —dijo Mary con acento implorante, mirándole a los ojos—, tanto que ya no puedo recordar... Tenía que haberme marchado hace años; ignoro por qué no lo hice. Ignoro por qué vine. Pero las cosas: han cambiado, han cambiado mucho. —Se interrumpió. Si rostro inspiraba lástima; los ojos eran dos agujeros atormentados—. No sé nada, no comprendo nada. ¿Por qué

está ocurriendo todo esto? Yo no quería que ocurriera. Pero él no quiere irse, no quiere irse. —Y de pronto, con una voz diferente, le interpeló—: ¿Por qué ha venido aquí? Todo iba bien hasta que llegó. —Rompió en llanto, gimiendo entre sollozos—. No quiere irse.

Tony se levantó para consolarla; ahora su única emoción era la piedad; había olvidado toda suspicacia. Algo le hizo volver: en el umbral estaba el *boy*, Moses, observándoles con expresión maligna.

—Vete —ordenó Tony—, vete inmediatamente. —Rodeó con el brazo los hombros de Mary, porque intentaba escabullirse y le clavaba las uñas en la carne.

—Vete —dijo ella de improviso, mirando al nativo por encima del hombro. Tony comprendió que era un intento de reafirmar su autoridad y que usaba su presencia como un escudo en una lucha para recuperar el dominio que había perdido. Pero hablaba como un niño que desafía a una persona mayor.

—¿Madame querer que me vaya? —preguntó el *boy* en voz baja.

—Sí, vete.

—¿Madame querer que me vaya a causa de este amo?

No fueron las palabras en sí lo que obligó a Tony a ir a grandes zancadas hacia la puerta, sino el tono con que se pronunciaron.

—Sal de aquí —ordenó, con el aliento entrecortado por la ira—. Desaparece antes de que te eche a patadas.

Después de una mirada larga, lenta y malévola, el nativo salió. Pero al instante volvió a entrar y, haciendo caso omiso de Tony, preguntó a Mary:

—Madame abandona la granja, ¿verdad?

—Sí —contestó Mary con voz débil.

—¿Madame no volver nunca más?

—No, no, no —exclamó ella.

—¿Y este amo también irse?

—*No* —gritó Mary—. *Vete.*

—¿Quieres irte de una vez? —gritó también Tony. Habría podido matar a aquel nativo; sentía deseos de agarrarle por el cuello y estrangularle. Entonces Moses desapareció; le oyeron cruzar la cocina y salir por la puerta trasera. La casa estaba vacía. Mary volvió a sollozar, tapándose la cara con los brazos.

—Se ha ido —exclamó—, ¡se ha ido, se ha ido! —Su voz estaba histérica de alivio. Pero de repente le empujó lejos de ella, se encaró con él como una loca y silbó—: ¡Usted le ha echado! ¡No volverá jamás! ¡Todo iba bien hasta que usted llegó!

Y se entregó a un paroxismo de llanto. Tony se sentó a su lado, la rodeó con un brazo y procuró consolarla. No hacía más que preguntarse: «¿Qué diré a Turner?» Sí, ¿qué podía decirle? Lo mejor era silenciar todo el asunto. El pobre hombre ya estaba medio loco sin

aquel nuevo problema. Sería cruel decirle algo y, en cualquier caso, ambos habrían abandonado la granja dentro de dos días.

Decidió que llevaría aparte a Dick y sólo le sugeriría que era preciso despedir inmediatamente al nativo.

Pero Moses no volvió. Aquella noche no se presentó para la cena. Tony oyó a Dick preguntar dónde estaba el nativo y a ella responder que «le había echado». Notó la indiferencia en la voz de Mary y vio que hablaba a Dick sin verle.

Al final Tony, exasperado, se encogió de hombros y decidió no dar ningún paso. A la mañana siguiente se fue a los campos, como de costumbre. Era el último día; había mucho que hacer.

# Capítulo onceavo

Mary se despertó de improviso, como si hubiera recibido un codazo. Aún era de noche; Dick dormía junto a ella. La ventana chirriaba sobre sus goznes y cuando miró hacia el cuadrado de oscuridad, vio estrellas moverse y centellear entre las ramas. El cielo era luminoso, pero había un matiz de fondo grisáceo; las estrellas brillaban, pero con un resplandor más bien débil. Dentro de la habitación, los muebles empezaban a iluminarse. Ya podía distinguir un destello en la superficie del espejo. Entonces cantó un gallo entre las chozas de los negros y una docena de voces estridentes contestaron por el amanecer. ¿Luz de día? ¿Resplandor de luna? Ambos. Ambos a la vez, y dentro de media hora saldría el sol. Bostezó, volvió a acomodarse sobre las almohadas llenas de bultos y se despertó. Pensó que en general sus despertares eran grises y reacios, una negativa de su cuerpo a abandonar el refugio de la cama. Hoy, en cambio, se sentía descansada y llena de paz. Tenía la mente clara y experimentaba un bienestar físico. Cruzó las manos bajo la nuca y miró hacia la penumbra que velaba los familiares muebles y paredes. Perezosamente, recreó el dormitorio en su imaginación, colocando en su lugar cada armario y cada silla, y luego salió de la casa y contempló su silueta en la noche como si la sostuviera en la palma de la mano. Por fin, desde un montículo, miró el edificio levantado entre los árboles y la invadió una ternura agradable y nostálgica. Le parecía estar sosteniendo en la palma de la mano aquella lastimosa estructura y toda la granja con sus habitantes, y la curvó para protegerlas de la mirada cruel y crítica del mundo circundante. Y sintió deseos de llorar. Notó las lágrimas resbalar por sus mejillas y un escozor en la piel y se pasó los dedos por la cara. El contacto de los dedos rugosos con la piel irritada la acabó de despertar. Continuó llorando, pero en silencio y como para sus adentros, aunque todavía desde una distancia conciliadora. Entonces Dick se movió e incorporó con una sacudida. Ella sabía que movía la cabeza en todas direcciones, en la oscuridad, escuchando, y permaneció muy quieta. Notó que le acariciaba la mejilla con tímido ademán, pero aquella caricia tímida y torpe la molestó y apartó la cabeza.

—¿Qué te pasa, Mary?

—Nada —contestó.

—¿Sientes marcharte?

La pregunta le pareció ridícula; no tenía nada que ver con ella. Y no quería pensar en Dick más que con aquella piedad distante e impersonal. ¿No podía dejarla vivir en paz aquel último y breve

momento?

—Sigue durmiendo —dijo—. Aún no es de día.

Su voz pareció normal a Dick; incluso su rechazo era demasiado familiar para desvelarle del todo. Al cabo de un minuto volvió a dormirse, en la misma posición que antes de hablar. Pero en cambio ella ya no podía olvidarle; sabía que estaba acostada a su lado; podía sentir sus miembros estirados junto a ella. Se incorporó, resentida contra él porque no la dejaba nunca en paz. Siempre estaba allí, como un penoso recordatorio de lo que tenía que olvidar para continuar siendo ella misma. Se sentó y apoyó la cabeza en las manos entrelazadas, consciente de nuevo, como no lo había sido durante mucho tiempo, de aquella tensión insoportable, como si estuviera atada a dos postes inamovibles. Se meció lentamente hacia delante y hacia atrás, con un movimiento maquinal, intentando sumirse de nuevo en aquella región de su mente donde Dick no existía. Porque se había tratado de una elección, si podía llamarse elección a una cosa inevitable, una elección entre Dick y el otro, y Dick había sido destruido hacía mucho tiempo. «Pobre Dick», pensó tranquilamente, recobraba al fin la distancia que les separaba; y la recorrió un estremecimiento de terror, una intuición de aquel terror que la invadiría más adelante. Lo conocía: se sentía transparente, clarividente, depositaria de todas las cosas. Con exclusión de Dick. Le miró: era un bulto bajo las mantas, su rostro, una pálida mancha en el incipiente amanecer. La luz entraba por el bajo cuadrado de la ventana y con ella llegó una brisa cálida y sofocante. «Pobre Dick», dijo por última vez y no volvió a pensar en él.

Se levantó y fue a la ventana. El bajo alféizar le rozaba los muslos. Si se inclinaba y alargaba la mano; podía tocar el suelo, que hacía pendiente hasta llegar a los árboles. Las estrellas habían desaparecido, el cielo era inmenso e incoloro y el veld aparecía difuso; todo estaba al borde del color. Había un atisbo de verdor en la curva de una hoja, un fulgor en el cielo que era casi azulado y el claro contorno estrellado de las poinsetias sugería el estallido del escarlata.

Con lentitud fue desparramándose por el cielo un maravilloso resplandor rosado y los árboles se estiraron para salir a su encuentro, tiñéndose de rosa, y al asomarse al amanecer, Mary vio que el mundo ya había adquirido color y forma. La noche se había esfumado. Pensó que cuando saliera el sol, su momento habría desaparecido, aquel momento inigualable de paz y perdón que le había concedido un Dios misericordioso. Se agachó y apoyó en el alféizar y permaneció inmóvil en su incómoda posición, aferrada a los últimos restos de felicidad, con la mente clara como el propio cielo. Pero, ¿por qué esta última mañana se había despertado tranquila de un sueño profundo y no, como de costumbre, de una de aquellas horribles pesadillas que

parecían continuar durante el día, hasta que a veces no se distinguía ninguna división entre los horrores del día y de la noche? ¿Por qué estaba allí, contemplando el amanecer, como si el mundo se estuviera creando de nuevo para ella, y sintiendo aquella alegría honda y maravillosa? Se hallaba en el interior de una burbuja de brillante color y luz, de jubilosos sonidos y gorjeos de pájaros. Los árboles que la rodeaban rebosaban de pájaros cantores que proclamaban su felicidad y la entonaban a coro para invadir el cielo con ella. Ligera como una pluma al viento, abandonó la habitación y salió a la veranda. Era tan hermoso, tan hermoso que apenas podía soportar la contemplación de aquel cielo encendido, ribeteado de rojo y difuminado contra el intenso azul; de los hermosos árboles inmóviles, con su carga de pájaros felices; de las chillonas poinsetias estrelladas que cortaban el aire con su sierra escarlata.

El rojo se derramó desde el centro del cielo y pareció teñir el humo que coronaba las colinas e iluminar los árboles con un amarillo azufre de cálidos tonos. El mundo era un milagro de color, ¡y todo para ella, sólo para ella! Quería llorar de alivio y juvenil alborozo. Y entonces oyó aquel sonido que nunca podía soportar, la primera cigarra gritando entre los árboles. ¡Era el sonido del propio sol, y cómo odiaba ella al sol! Ya salía, asomaba como una hostil curva roja por detrás de una roca negra y un rayo de fuerte luz amarilla hendió el azul de cielo. Las cigarras se incorporaron una tras otra al grito de la primera, ahogando los trinos de los pájaros, y aquel chillido insistente se antojó a Mary el ruido del sol al girar sobre su ardiente núcleo, el sonido de la luz despiadada y deslumbrante, el clamor del fuego. Ya empezaba a latirle la *cabeza* y a dolerle los hombros. El disco rojo y mate salió con una sacudida de detrás de los riscos y el cielo perdió su color; ante ella se extendía un paisaje árido, aplanado por el sol, pardo, marrón y verde aceituna, y la niebla de humo estaba por doquier, flotando entre los árboles y oscureciendo las colinas. El cielo se cernió sobre Mary, cubierto por espesos cendales de humo amarillento. El mundo era pequeño, reducido a una habitación de calor, neblina y luz.

Se estremeció y pareció despertarse mientras miraba a su alrededor y se humedecía con la lengua los labios resecos. Estaba apoyada contra la delgada pared de ladrillos, con las manos extendidas y las palmas hacia arriba, como si quisiera detener la irrupción del día. Las dejó caer, se apartó de la pared y miró por encima del hombro el lugar donde se había apoyado. «Aquí —dijo Dick en voz alta—, será aquí». Y el sonido de su propia voz, tranquila, profética, fatídica, sonó a sus oídos como un aviso. Entró en la casa, apretándose la cabeza con las manos, para huir de aquella veranda maligna.

Dick se había despertado y ya se ponía los pantalones para ir a tocar el gong. Mary se detuvo, esperando oír el ruido. Cuando hubo sonado, llegó el terror. *Él* estaba allí, en alguna parte, esperando que el gong anunciara el último día. Podía verle con claridad. Estaba bajo un árbol cualquiera, apoyado en el tronco y con los ojos fijos en la casa, esperando. Lo sabía. Pero aún no, se dijo para sus adentros, todavía no; todo el día por delante.

—Vístete, Mary —dijo Dick en voz baja y apremiante. La frase, repetida, penetró en su cerebro; entró, obediente, en el dormitorio y empezó a vestirse. Mientras se abrochaba los botones, se interrumpió, fue hacia la puerta, y estuvo a punto de llamar a Moses para que la abrochara, le alargara el cepillo, le atara el cabello y se responsabilizara de ella para evitarle la necesidad de pensar por sí misma. A través de la cortina vio a Dick y a aquel muchacho sentados a la mesa, comiendo algo que ella no había preparado. Recordó que Moses se había marchado y el alivio recorrió todo su cuerpo. Estaría sola, todo el día sola. Podría concentrarse en lo único que le importaba ahora. Vio a Dick levantarse con el rostro crispado y correr la cortina y Mary comprendió que se había detenido en el umbral con el vestido desabrochado, a la vista de aquel muchacho. La invadió una gran vergüenza, pero antes de que el bendito resentimiento pudiera contrarrestar aquella vergüenza, ya había olvidado a Dick y a su joven ayudante. Terminó de vestirse con gran lentitud y parsimonia, haciendo pausas después de cada movimiento —¿acaso no tenía todo el día a su disposición?—, y por fin salió del dormitorio. La mesa estaba llena de platos; los hombres se habían ido a trabajar. En una fuente grande había una gruesa capa de grasa blanca solidificada; pensó que debían haberse marchado hacía bastante rato.

Con desgana, amontonó los platos, los llevó a la cocina, llenó el fregadero de agua y entonces olvidó lo que estaba haciendo. De pie, con las manos colgando a los lados, pensó: «*Él* espera en alguna parte, fuera, entre los árboles». Corrió por la casa llena de pánico, cerrando puertas y ventanas, y al final se desplomó en el sofá, como una liebre agazapada tras un montículo de hierba, viendo acercarse los perros. Pero era inútil esperar ahora; su intuición le decía que tenía el día entero por delante, hasta que anocheciera. Y durante un breve espacio de tiempo, su mente volvió a aclararse.

¿Qué me ocurre?, se preguntó vagamente, apretándose los ojos con los dedos hasta que vio surtidores de luz amarilla. No lo comprendo, dijo, no lo comprendo... Volvió a verse a sí misma sobre una elevación del terreno, en la cumbre de una montaña invisible, contemplando la casa, como un juez observando al tribunal; pero esta vez no tuvo ninguna sensación de alivio. Verse a sí misma con aquella claridad despiadada fue un tormento para ella. Así la verían cuando

todo hubiera terminado, tal como se veía ella en aquel momento: una mujer lastimosa, flaca y fea, sin rastro de la vida que le había sido dada para disfrutarla, salvo un pensamiento: que entre ella y el sol furioso había una delgada chapa de hierro candente; que entre ella y la fatídica oscuridad había una breve franja de luz. Y al tomar el tiempo los atributos del espacio, la mantenía suspendida en el aire, y así le permitía ver a Mary Turner meciéndose en un extremo del sofá, gimiendo, con los puños contra los ojos, y también a Mary Turner tal como había sido antes, una muchacha inconsciente avanzando sin saberlo hacia este final. No lo comprendo, repitió. No comprendo nada. El mal está aquí, pero ignoro en qué consiste. No lo sé. Ni siquiera las palabras eran suyas. Gimió a causa de la tensión que suponía aquel perplejo juicio de sí misma, ser al mismo tiempo juez y encausada, sabiendo únicamente que sufría un martirio indescriptible. Porque el mal era algo que podía sentir: ¿acaso no había vivido con él durante muchos años? ¿Cuántos? ¡Desde mucho antes de venir a la granja! Incluso aquella muchacha lo había conocido. Pero, ¿qué había hecho? ¿Y en qué consistía? ¿Qué había hecho? Nada, al menos voluntariamente. Paso a paso había llegado a esto, a ser una mujer sin voluntad, sentada en un sofá viejo y desvencijado que olía a polvo, esperando la llegada de la noche que acabaría con ella. Y con justicia, lo sabía. Pero, ¿por qué? ¿Contra qué había pecado? El conflicto entre su juicio de sí misma y su sentimiento de inocencia, de haber sido impelida por algo que no comprendía, deterioró la claridad de su visión. Levantó la cabeza con una sacudida, pensando sólo que los árboles estaban cercando la casa, observando, esperando la noche. Cuando yo no esté, pensó, esta casa será destruida. La selva la destruiría porque siempre la había odiado, rodeándola en silencio y esperando el momento propicio para avanzar y arrasarla para siempre, sin dejar la menor huella de su existencia. Se imaginó la casa vacía y los muebles podridos. Primero vendrían las ratas. Ya corrían de noche por las vigas, arrastrando las largas y fuertes colas. Se apiñarían en los muebles y las paredes, royendo hasta que sólo quedara hierro y ladrillo y los suelos cubiertos de excrementos. Luego los escarabajos, grandes, negros y acorazados, que acudirían desde el veld y se instalarían en los intersticios entre los ladrillos. Algunos ya estaban allí, haciendo girar las antenas y observando con sus pequeños ojos pintados. Y por último, llegarían las lluvias. El cielo se abriría y despejaría, los árboles adquirirían una silueta más clara y un follaje exuberante y el aire brillaría como el agua. Pero por las noches la lluvia batiría sobre el tejado, insistente, inagotable, y en la explanada de delante de la casa crecería la hierba y después los matorrales y al año siguiente las enredaderas se arrastrarían por la veranda y derribarían las macetas de plantas, hasta formar espesas masas de

vegetación húmeda donde se mezclarían los geranios con los robles enanos de corteza negra. Una rama se introduciría en la casa por uno de los cristales rotos de las ventanas y, muy lentamente, los troncos se apoyarían en el ladrillo hasta que las paredes se inclinaran y cayeran desmoronadas, junto con trozos de hierro oxidado, sobre la vegetación, y bajo la hojalata pulularían los sapos, gusanos largos y fuertes como colas de ratas y gusanos blancos y gruesos como babosas. Al final la selva lo cubriría todo y no quedaría ni rastro de la casa. La gente la buscaría. Encontrarían un peldaño de piedra apoyado contra el tronco de un árbol y dirían: «Aquí debía estar la vieja casa de los Turner. ¡Es curioso como la vegetación se adueña de todo en cuanto se abandona!» Y, rascando con el pie, apartando una planta, hallarían el pomo de una puerta incrustado en una raíz o un fragmento de porcelana entre un montón de guijarros. Un poco más allá, un montículo de tierra rojiza mezclada con paja podrida semejante al cabello de un cadáver. Aquello sería todo lo que quedaría de la cabaña del inglés; a poca distancia, un montón de escombros señalaría las ruinas de la tienda. La casa, la tienda, los gallineros, la choza... ¡todo sería engullido por la selva! La mente de Mary era todo verdor, ramas húmedas, hierba húmeda y arbustos lozanos. De pronto, se cerró, extinguiendo la visión.

Levantó la cabeza y miró a su alrededor. Estaba sentada en aquella salita bajo el tejado de hojalata y el sudor bañaba su cuerpo. Con todas las ventanas cerradas, era insoportable. Corrió afuera; ¿de qué servía estar encerrada allí dentro, sólo esperando, esperando que la puerta se abriera y entrara la muerte? Huyó de la casa, corriendo por la tierra dura y requemada, de arena brillante, en dirección a los árboles. Los árboles la odiaban, pero no podía permanecer en la casa. Se adentró en su sombra, sintiéndola en la carne y oyendo por doquier el chillido insistente de las cigarras. Caminó directamente hacia el chaparral, pensando: «Le saldré al encuentro y todo terminará». Tropezó con gavillas de hierba pálida, mientras los matorrales le desgarraban él vestido. Por fin se apoyó en un árbol, con los ojos cerrados, los oídos llenos de gritos y la piel ardiente. Se quedó allí, esperando, esperando. ¡Pero el ruido era insoportable! Estaba atrapada en un tambor de alaridos. Abrió los ojos. Enfrente de ella había un árbol joven, de tronco grisáceo, lleno de nudos como si fuera un árbol viejo. Pero no eran nudos. Eran tres de aquellos feos escarabajos que cantaban, ajenos a ella, ajenos de todo, ciegos a todo lo que no fuera el sol, dador de vida. Se acercó y los miró con atención. ¡Tan pequeños y qué intolerable era su chillido! Hasta ahora no había visto ninguno. Se dio cuenta de improviso que durante todos los años que había vivido en aquella casa, rodeada de hectáreas y más hectáreas de selva, no se había adentrado jamás entre los árboles ni recorrido los

senderos. Y durante todos aquellos años había escuchado sin cesar a lo largo de los meses secos y tórridos, con los nervios destrozados, aquel terrible chillido, y nunca había visto los escarabajos que lo producían. Al levantar los ojos, vio que se hallaba a pleno sol, un sol tan bajo que tuvo la impresión de poder arrancarlo del cielo si alargaba la mano; un sol grande y rojo, ennegrecido por el humo. Levantó la mano y rozó un puñado de hojas, ahuyentando a algo que se alejó con un chillido. Profirió una exclamación de horror y corrió entre los matorrales, por la hierba, en dirección al claro, donde se detuvo con la mano en la garganta.

Delante de la casa esperaba un nativo. Mary se llevó la mano a la boca para ahogar un grito, pero en seguida vio que era otro nativo, portador de un trozo de papel, que sostenía como todos los nativos analfabetos tocan el papel impreso: como algo que estuviera a punto de explotarles en la cara. Se acercó a él y cogió la nota, que decía: «No subiré a almorzar. Estoy demasiado ocupado con los últimos detalles. Envía té y bocadillos». Aquel pequeño recordatorio del mundo exterior no tuvo poder para sacarla de su abstracción. Pensó, irritada, que era muy propio de Dick y, con el papel en la mano, entró en la casa y abrió las ventanas con airado ademán. ¿Por qué el *boy* dejaba las ventanas cerradas cuando le había ordenado tantas veces que...? Miró el papel; ¿qué significaba? Se sentó en el sofá con los ojos cerrados. A través de su somnolencia oyó unos golpes en la puerta principal y se levantó, sobresaltada, pero en seguida volvió a sentarse, temblando, esperando que entrara. Se oyeron más golpes. Cansada, hizo un esfuerzo para levantarse y fue a la puerta; fuera estaba el nativo.

—¿Qué quieres? —preguntó Mary.

Él señaló el papel que había sobre la mesa. Entonces Mary recordó que Dick le había pedido té. Lo hizo, llenó con él una botella de whisky y dijo al *boy* que se marchara, olvidando los bocadillos. Lo único que pensó fue que el muchacho debía tener sed; no estaba acostumbrado al país. Las palabras «el país», que eran una llamada a la realidad más fuerte que Dick, la conturbaron como un recuerdo que no quería evocar. Pero continuó pensando en el muchacho. Le vio con los ojos cerrados; su rostro era muy joven, muy liso, de expresión amable. Había sido bueno con ella; no la había condenado. De pronto se encontró aferrada a aquel pensamiento. ¡Él la salvaría! Esperaría su regreso. Se quedó en el umbral, mirando hacia la gran extensión de vlei seco y agostado. En alguna parte, entre los árboles, acechaba *él*; y en el vlei estaba el muchacho, que llegaría antes de la noche para rescatarla. Permaneció con la mirada fija, casi sin pestañear, bajo la luz deslumbrante del sol. Pero, ¿qué ocurría con aquella gran llanura, que siempre era una extensión rojiza en esta época del año? Ahora estaba cubierta de matorrales y hierba alta. El pánico se apoderó de

ella; la selva invadía la granja aun antes de que ella estuviera muerta y enviaba a sus batidores a cubrir la rica tierra roja de matorrales y plantas; ¡la selva sabía que iba a morir! Pero el muchacho... apartó de su mente todo lo demás y pensó en él, en su cálido consuelo, en su brazo protector. Se apoyó en el antepecho de la veranda, rompiendo los tallos de los geranios, para ver mejor las laderas de chaparral y vlei y distinguir la columna de humo rojizo que levantaría el coche al acercarse a la casa. Pero ya no tenían coche; lo habían vendido... Las fuerzas la abandonaron y se sentó, sin aliento, cerrando los ojos. Cuando volvió a abrirlos, la luz había cambiado y las sombras se alargaban delante de la casa. En el aire flotaba el ambiente del atardecer y había un resplandor sofocante y polvoriento, una vibración sonora de luz amarillenta que resonó como un golpe en su cabeza. Se había quedado dormida. El sueño le había robado el último día. ¿Y si mientras dormía él había entrado en la casa, buscándola? Se puso en pie en un arranque de valor y desafío y entró a grandes zancadas en la sala. Estaba vacía, pero sabía, sin que le cupiera la menor duda, que él había estado allí mientras dormía y se había asomado a la ventana para verla. La puerta de la cocina estaba abierta; aquello lo probaba. Quizá la había despertado la sensación de su proximidad, de su mirada furtiva, tal vez incluso de un ligero roce. Dio un respingo y se estremeció.

Pero el muchacho la salvaría. Animada por la idea de su regreso, que ya debía estar próximo, salió de la casa por la puerta trasera y caminó hasta su cabaña. Salvó el bajo escalón de ladrillo y se agachó para entrar en el interior. ¡Oh, qué deliciosa, qué deliciosa era la frescura sobre su piel! Se sentó en el lecho, con la cabeza apoyada en las manos, y sintió en los pies la frialdad del suelo de cemento. De pronto se levantó con una sacudida; no debía dormirse otra vez. Siguiendo la pared curvada de la cabaña, había una hilera de zapatos. Los miró llena de admiración. Hacía años que no veía zapatos tan elegantes y de tan buena calidad. Cogió uno y acarició la piel brillante mientras echaba una ojeada a la etiqueta: «John Craftsman, Edimburgo». Se rió, sin saber porqué. Dejó el zapato en su sitio. En él suelo había una gran maleta que apenas podía levantar. La abrió sin moverla de donde estaba. ¡Libros! Su admiración aumentó. Hacía tanto tiempo que no veía ningún libro que hasta le resultaría difícil leer. Miró los títulos: *Rhodes y su influencia; Rhodes y el espíritu de África; Rhodes y su misión*. «Rhodes», murmuró; no sabía nada de él aparte de lo que le habían enseñado en la escuela, que no era mucho. Sabía que había conquistado un continente. «Conquistó un continente», dijo en voz alta, orgullosa de haber recordado la frase después de tanto tiempo. «Rhodes se sentó sobre un cubo invertido junto a un hoyo del terreno, soñando con su hogar de Inglaterra y con

el territorio aún por conquistar». Empezó a reír; le pareció extraordinariamente gracioso. Entonces pensó, olvidando al inglés y a Rhodes y los libros: «Pero aún no he ido a la tienda». Y supo que debía ir.

Se encaminó hacia ella por el estrecho sendero, que ya casi no existía. Era más bien un surco entre la espesura, un surco cubierto de hierba. A pocos pasos del bajo edificio de ladrillos, se detuvo; allí estaba la tienda, la horrible tienda. Allí estaba, a la hora de su muerte, tal como había estado durante toda su vida. Pero ahora no había nadie dentro; si entraba, no vería nada en los estantes; las hormigas practicaban granulados túneles rojos sobre el mostrador y una sábana de telarañas cubría las paredes. Pero seguía allí. Invadida por un odio violento y repentino, golpeó la puerta y ésta se abrió, girando sobre sus goznes. El olor de la tienda persistía aún, mohoso, penetrante y dulzón, y la envolvió inmediatamente mientras permanecía inmóvil, con la vista fija. Allí estaba él, delante de ella, quieto detrás del mostrador como si estuviera vendiendo. Moses, el negro, se encontraba allí y la miraba con un desprecio lánguido y amenazador. Mary exhaló un pequeño grito y salió a trompicones. Echó a correr por el sendero, mirando por encima del hombro. La puerta oscilaba, pero él no salió. ¡Conque era allí donde estaba esperándola! Supo de repente que lo había sospechado desde el principio. Era natural; ¿dónde podía esperar, sino en la aborrecida tienda? Volvió a entrar en la cabaña con techumbre de paja y allí estaba el muchacho, mirándola con expresión perpleja, agachado sobre los libros que ella había dejado esparcidos por el suelo y metiéndolos de nuevo en la maleta. No, no podía salvarla. Se sentó en la cama, sintiéndose perdida y enferma. No había salvación; tendría que afrontarlo.

Y mientras contemplaba el rostro confuso y triste del muchacho, tuvo la sensación de que ya había vivido todo aquello con anterioridad. Extrañada, rebuscó en su pasado. Sí, hacía mucho, mucho tiempo, cuando estaba desesperada y no sabía qué hacer, había recurrido a otro muchacho, un muchacho de una granja, pensando que se salvaría de sí misma si se casaba con él. Y cuando, por fin, supo que no habría liberación para ella y que viviría en la granja hasta su muerte, sintió aquel mismo vacío. No había nada nuevo, ni siquiera en su muerte; todo aquello le era familiar, incluso la sensación de inevitabilidad.

Se levantó con una dignidad extrañamente apropiada, una dignidad que dejó a Tony sin habla, porque había estado a punto de dirigirse a ella con piedad y talante protector y ahora veía que era inútil.

Seguiría su camino sola, pensó Mary; aquella era la lección que tenía que aprender. Si la hubiera aprendido en el pasado, no se vería

ahora traicionada por segunda vez por su débil confianza en un ser humano que no estaba obligado a responsabilizarse de ella.

—Señora Turner —preguntó el muchacho con torpeza— ¿quería verme por algo en particular?

—Sí —respondió ella—, pero no serviría de nada; no es usted... —Pero no podía discutirlo con él. Miró por encima del hombro hacia el cielo del atardecer; largos celajes de nubes rosadas flotaban en el azul desteñido—. Hace una tarde espléndida —comentó en tono sociable.

—Sí... Señora Turner, he hablado con su marido.

—¿Ah, sí? —contestó ella por cortesía.

—Hemos pensado... He sugerido que mañana, cuando lleguen a la ciudad, debería usted visitar a un médico. Está enferma, señora Turner.

—Hace años que estoy enferma —replicó ella con acritud—. Por dentro, en alguna parte. Algo interno. No *enferma*, compréndame, sino un desequilibrio general. —Le saludó con un movimiento de cabeza y subió el escalón del umbral. Entonces se volvió—. *Él* está allí —murmuró, como en secreto—. Allí dentro —y movió la cabeza en dirección a la tienda.

—¿De veras? —preguntó el muchacho, siguiéndole la corriente.

Mary regresó a la casa, mirando vagamente a su alrededor, hacia los pequeños edificios de ladrillos que pronto desaparecerían. Por la tierra que pisaba, por la cálida arena de aquel sendero, pequeños animales se pasearían orgullosos entre árboles y hierba.

Entró en la casa y se enfrentó a la larga vigilia de su muerte. Pausadamente, con estoica altivez, se sentó en el viejo sofá adaptado ya a la forma de su cuerpo, enlazó las manos y esperó, mirando hacia las ventanas, a que la luz se amortiguara. Pero al cabo de un rato se dio cuenta de que Dick estaba sentado a la mesa bajo la lámpara encendida, observándola.

—¿Has terminado de hacer tu maleta? —inquirió él—. Ya sabes que nos vamos mañana por la mañana.

Ella se echó a reír.

—¡Mañana! —exclamó. Rió de manera entrecortada hasta que le vio levantarse de repente y salir con la mano contra la cara. Bien, ahora estaba sola.

Pero más tarde vio a los dos hombres entrar con platos y comida y empezar a comer, sentados a la mesa, delante de ella. Le ofrecieron una taza de líquido que rechazó con impaciencia, esperando que se fueran. El fin llegaría pronto, dentro de pocas horas todo habría terminado. Pero no querían irse. Daban la impresión de estar allí a causa de ella. Mary se precipitó afuera, tanteando a ciegas el borde de la puerta. El calor no había disminuido; el cielo oscuro e invisible se cernía sobre la casa con todo su peso. Oyó a Dick decir a sus espaldas

algo sobre la lluvia. «Lloverá cuando ya esté muerta», dijo por sus adentros.

—¿Vienes a la cama? —preguntó por fin Dick desde el umbral.

La pregunta no parecía tener nada que ver con ella; estaba en la veranda, donde sabía que tendría que esperar, atenta a cualquier cosa que se moviera en la penumbra.

—¡Ven a la cama, Mary!

Vio que primero tendría que acostarse, porque no la dejarían en paz hasta que lo hiciera. Maquinalmente, apagó la lámpara de la sala y fue a cerrar la puerta trasera. Parecía esencial que la puerta de atrás estuviera cerrada con llave; sentía que debía estar protegida por la espalda; el golpe vendría por delante. Fuera, ante la puerta de la cocina, estaba Moses, enfrente de ella; parecía recortado contra las estrellas. Mary retrocedió, con las rodillas temblorosas, cerró la puerta y dio la vuelta a la llave.

—Está ahí fuera —observó sin aliento a Dick, como si fuese lo más natural.

—¿Quién?

Ella no contestó y Dick salió afuera. Lo oyó moverse y vio oscilar los haces de luz de la linterna que llevaba.

—No hay nadie ahí, Mary —dijo Dick cuando volvió. Ella asintió, afirmando, y fue de nuevo a cerrar la puerta. Esta vez el rectángulo de noche estaba vacío; Moses había desaparecido. «Habrá ido hacia los árboles de delante de la casa —pensó Mary— a fin de esperar a que yo salga». Cuando llegó al dormitorio, se quedó en medio de la habitación, como si hubiera olvidado la mecánica del movimiento.

—¿No te desnudas? —preguntó por fin Dick, con aquella voz desesperada y paciente.

Ella obedeció, se despojó de la ropa y se metió en la cama, donde permaneció despierta, escuchando. Notó que él alargaba la mano para tocarla y al instante se inmovilizó. Pero en realidad estaba muy lejos de ella, no le importaba nada; era como si se hallara al otro lado de una gruesa pared de cristal.

—¿Mary?

Permaneció silenciosa.

—Mary, escúchame. Estás enferma. Tienes que dejar que te lleve al médico.

Le pareció que era el joven inglés quien hablaba; de él había partido esta preocupación por ella, esta fe en su inocencia básica, esta absolución de culpa.

—Claro que estoy enferma —contestó en tono confidencial, dirigiéndose al inglés—. Lo he estado siempre, hasta donde me alcanza la memoria. Estoy enferma de *aquí*. —Se sentó en la cama, muy erguida, señalándose el pecho. Pero en seguida dejó caer la mano

y olvidó al inglés.

La voz de Dick sonó en sus oídos como el eco de una voz que llegara desde el otro confín de un valle. Empezó a escuchar a la noche que la rodeaba. Y lentamente la fue dominando el terror que ya había presentido. Se echó y hundió la cara en la oscuridad de las almohadas, pero tenía los ojos iluminados y a contraluz vio una forma oscura que la esperaba. Volvió a incorporarse, temblando. Él estaba en la habitación. ¡Justo a su lado! Pero no había nadie, nadie. Oyó retumbar un trueno y, como tantas otras veces, vio serpentear el relámpago en la pared oscurecida. Tuvo la impresión de que la noche se cernía sobre ella y la pequeña casa se inclinaba como una vela derretida por el calor. Oyó el crac, crac, los inquietos movimientos del hierro que tenía sobre la cabeza, y le pareció que un vasto cuerpo negro, como una araña humana, se arrastraba por el tejado, tratando de entrar. Estaba sola, indefensa, encerrada en una minúscula caja negra cuyas paredes se cerraban sobre ella y cuyo tejado descendía sobre su cabeza. Estaba en una trampa, acorralada *e* indefensa. Pero tendría que salir e ir a su encuentro. Impulsada por el miedo, pero también por la irritación, se levantó de la cama sin hacer ruido. De manera gradual, moviéndose apenas, dejó caer las piernas por el borde de la cama y entonces, asustada de pronto por los oscuros remolinos del suelo, corrió hasta el centro de la habitación. Allí se detuvo. El movimiento de un relámpago en las paredes la obligó a avanzar de nuevo. Se quedó quieta entre los pliegues de la cortina, sintiendo sobre la piel el áspero roce de la tela, como un pellejo de animal. Se la sacudió de la cara y se preparó para la huida a través de la sala, que estaba llena de formas amenazadoras. Otra vez el pellejo de animales, pero ahora bajo sus pies. La zarpa larga y suelta de un gato montes le atrapó un pie cuando la pisó, haciéndole proferir un pequeño gemido de miedo y mirar por encima del hombro hacia la puerta de la cocina, que estaba oscura y cerrada con llave. Llegó a la veranda y retrocedió hasta quedar de espaldas contra la pared. Así estaba protegida, colocada como debía estar, como sabía que debía esperarle. La idea la tranquilizó, la niebla de terror que nublaba sus ojos se disipó y, cuando serpenteó otro relámpago, pudo ver que los dos perros yacían en la veranda con las cabezas levantadas, mirándola. No vio nada más allá de los tres esbeltos pilares y de los rígidos contornos de los geranios hasta que volvió a relampaguear y entonces los apiñados troncos de los árboles se destacaron contra el cielo cubierto de nubes. Le pareció que se aproximaban mientras los miraba y se apretó contra la pared con todas sus fuerzas, hasta que sintió en la carne, a través del camisón, la superficie rugosa del ladrillo. Movió la cabeza para despejarla y los árboles se detuvieron y esperaron. Tuvo la sensación de que si no dejaba de mirarlos, no se

acercarían más a ella. Sabía que debía estar atenta a tres cosas: los árboles, para que no se lanzaran contra ella cuando estuviera desprevenida; la puerta que tenía a su lado y por la que podía salir Dick; y los relámpagos que corrían y bailaban, iluminando los negros nubarrones. Con los pies firmemente plantados sobre el tibio y tosco ladrillo del pavimento, y la espalda adosada a la pared, se mantenía vigilante, con todos los sentidos en tensión, respirando con rigidez en pequeños jadeos.

De pronto, mientras oía retumbar el trueno y agitarse los árboles, el cielo se iluminó y pudo ver la silueta de un hombre emergiendo de la oscuridad, yendo hacia ella y deslizándose en silencio por los escalones; los perros, al verle, movieron las colas en señal de bienvenida. A dos metros de distancia, Moses se detuvo. Ella vio sus hombros anchos, la forma de su cabeza, el brillo de sus ojos. Y al verle, sus emociones sufrieron un cambio inesperado, creando en ella un extraordinario sentimiento de culpa; pero inspirado por él, con quien había sido desleal, y a instancias de lo inglés. Tuvo la impresión de que sólo necesitaba dar un paso, explicar, apelar, y el terror se disolvería. Abrió la boca para hablar y, en aquel preciso momento, vio que él tenía la mano levantada sobre su cabeza y que empuñaba una forma larga y curvada; y supo que era demasiado tarde. Todo su pasado desfiló ante sus ojos y su boca, abierta en una imploración, emitió el comienzo de un grito, que fue silenciado por una mano negra insertada entre sus mandíbulas. Pero el grito continuó en el estómago, ahogándola; y levantó las manos, como si fueran garras, para detenerle. Y entonces la selva se vengó; éste fue su último pensamiento. Los árboles *avanzaron* en tropel, como bestias, y el trueno señaló su embestida. Cuando el cerebro se apagó por fin, hundiéndose en escombros de horror, Mary vio descender el otro brazo por encima del que mantenía su cabeza apretada contra la pared. Las piernas se le doblaron y el rayo saltó de la oscuridad y se hundió con el centelleante acero.

Moses, al soltarla, vio que se desplomaba en el suelo. El sonido de un goteo constante sobre el hierro del tejado le devolvió la conciencia de su entorno y se irguió, volviendo la cabeza hacia uno y otro lado y enderezando el cuerpo. Los perros gruñían a sus pies, pero aún movían las colas; aquel hombre les había alimentado y cuidado; Mary les trataba con antipatía. Moses les dio unas palmadas en el hocico con la palma abierta, haciéndoles retroceder un poco, y ellos se quedaron observándole, perplejos, gimiendo suavemente.

Empezaba a llover; grandes gotas resbalaron por la espalda de Moses, que sintió un escalofrío. Y otro sonido de goteo le hizo bajar la vista y mirar el trozo de metal que sostenía, que había encontrado en la selva y pasado el día puliendo y afilando. La sangre caía sobre el

suelo de ladrillos. Una curiosa división de intenciones se hizo patente en sus próximos movimientos. Primero dejó caer el arma al suelo, como si le diera miedo, y luego cambió de idea y la recogió. La mantuvo sobre el muro de la veranda, bajo la lluvia, ahora torrencial, y al cabo de unos momentos la retiró. Entonces vaciló, mirando a su alrededor. Se metió el acero en el cinto, puso las manos bajo la lluvia y, una vez limpias, se dispuso a andar bajo el aguacero hasta su choza, preparado para declararse inocente. Pero esta intención también pasó. Empuñó el arma, la miró y la tiró junto a Mary, indiferente de pronto y poseído por una necesidad nueva.

Haciendo caso omiso de Dick, que dormía al otro lado de la pared, pero que no era importante, ya que había sido derrotado hacía mucho tiempo, Moses saltó el muro de la veranda y fue a caer sobre un charco de lluvia que le salpicó hasta los hombros, dejándole empapado en un instante. Fue hacia la cabaña del inglés en la inundada oscuridad, chapoteando en el agua que le llegaba hasta las pantorrillas. Miró hacia dentro. Era imposible ver nada, pero podía oír; conteniendo el aliento, escuchó, atento, a través de la lluvia la respiración del inglés. Pero no pudo oír nada. Se agachó para cruzar el umbral y se acercó sin ruido hasta la cama. Su enemigo, al que había burlado, estaba durmiendo. El nativo se volvió con desdén y volvió a la casa. Pareció querer pasarla de largo, pero cuando llegó a la altura de la veranda, se detuvo, apoyó la mano en el muro y miró hacia dentro. La noche era tan oscura que no vio nada. Esperó a que el acuoso reflejo de un relámpago iluminase por última vez la pequeña casa, la veranda, el bulto informe de Mary sobre los ladrillos y los perros que se movían inquietos a su alrededor, gimiendo todavía con suavidad, indecisos. Llegó el relámpago: un prolongado destello de luz, como un amanecer lluvioso. Y aquél fue su último momento de triunfo, un momento tan perfecto y completo que eliminó la urgencia de cualquier pensamiento de huida, dejándole indiferente. Cuando volvió la oscuridad, retiró la mano del muro y caminó despacio bajo la lluvia hacia el chaparral, aunque es imposible decir qué sentimientos de dolor, piedad e incluso afecto humano no correspondido componían la satisfacción de su venganza porque, cuando había caminado unos doscientos metros por el empapado chaparral, se detuvo, dio media vuelta y se apoyó en un árbol, sobre un hormiguero. Y allí permanecería hasta que sus perseguidores, a su vez, fueran a buscarle.

Fin

**notes**

# Notas a pie de página

[1] Se denomina *veld* a las praderas de la República de Sudáfrica, las cuales se extienden por el norte y el nordeste del país. Es una palabra neerlandesa y afrikáans.

[2] Es un idioma simplificado sobre la base de los zulú, Inglés, afrikaans y otras lenguas. Se utiliza como una lingua franca, principalmente el en el sur de África y, en menor medida, en la República Democrática del Congo, Namibia, Zambia y Zimbabwe.